

LEOPLÁN

MAGAZINE POPULAR ARGENTINO



este número:

LA PENSION VITALICIA

TO INTEGRO DE LA FAMOSA NOVELA DE LUIS PIRANDELLO

Y
GUY MANNERING,

conclusión de la apasionante
obra de WALTER SCOTT



ENCONTRÓ UN AMIGO



que lo llevó al triunfo!

En las cartas y relatos de nuestros ex alumnos vemos a menudo cómo la enseñanza por correo de la **UNIVERSIDAD POPULAR SUDAMERICANA** realiza el milagro de transformar una vida!

Para el joven que nos mandó un cupón, como última tentativa de romper la adversidad de la suerte, la atención personal que le brindamos es toda una revelación. Lo que parecía difícil y aburrido, resulta fácil y agradable. Donde no esperaba más que instrucciones frías, encuentra verdaderos amigos que se preocupan de hacerlo progresar. Así, al poco tiempo, no solamente adquiere valiosos conocimientos, sino también la seguridad que tiene toda persona que se ve apoyada en su lucha. Y el profesor amigo lo lleva firmemente hasta el éxito, sin que el alumno recuerde sus titubeos iniciales.

Usted también puede tener esta ayuda! Lo que hemos hecho para más de 40.000 ex alumnos triunfantes, lo podemos hacer para usted también! Todo lo que hace falta es: que se decida. Resuélvase, pues, y mándenos el cupón adjunto **HOY MISMO!**

UNIVERSIDAD POPULAR SUDAMERICANA

RIVADAVIA 2465 - BUENOS AIRES

COLOMBIA

Alfonso Fernández Quintero
Edificio Olano, Medellín.

REPRESENTANTES EN:

BOLIVIA

Calle Belisario Díaz Romero
(Miraflores) 411, Casilla de
Correo 1307, La Paz.

PARAGUAY

Ramón Ortiz Cabriza
Brasil 142, Asunción.

Sr. Ing. B. Margulien, Director de la "Universidad Popular Sudamericana"

Rivadavia 2465 (R. 25) - Buenos Aires

NOMBRE

DIRECCIÓN

LOCALIDAD

Mándeme este cupón y recibiré GRATIS y sin compromiso el interesante folleto "HACIA ADLANTE" que le enseñará a triunfar en la vida.

LISTA DE CURSOS

IMPORTE DE LAS CUOTAS MENSUALES

Tenedor de Libros	\$ 8
Contador General	\$ 10
Contador Mercantil	\$ 10
Jefe Oficina	\$ 10
Empleado Bancario	\$ 10
Cajero	\$ 10
Emp. de Comercio	\$ 10
Corresponsal	\$ 10
Secretariado	\$ 10
Meganografía	\$ 5
Taguigrafía	\$ 10
Fec. Arg. Ciuem	\$ 15
Tagu.-Mecanografía	\$ 10
Caligrafía	\$ 5
Aritmética Comercial	\$ 6
Redac. y Ortografía	\$ 5
Marillero Público	\$ 10
Procuración	\$ 10
Prep. p/Id. Farmacia	\$ 10
Química Industrial	\$ 10
Técnico en Vinos y Licores	\$ 10
Jabones y Perfumes	\$ 10
Telegrafía (con discos)	\$ 15
Técnico en Pinturas, Barnices y Materiales Colorantes	\$ 10
Aceites y Grasas	\$ 10
Dibujo Artístico	\$ 8
Dibujo Ind. y Com.	\$ 10
Adminis. de Hoteles	\$ 10
Radio-telefonía	\$ 10
Electrotécnico	\$ 10
Construcción	\$ 10
Arquitectura	\$ 10
Mecanico Automóvil	\$ 10
Motores a Explosión	\$ 10
Perito Agrónomo	\$ 10
Adm. de Esencias	\$ 10
Técnico Tintero	\$ 10
Mecánico Agrícola	\$ 10
Avicultura	\$ 10
Jard. y Arboricultura	\$ 10
Motores Diesel	\$ 10
Carte y Confeccion	\$ 5
Radio-telegrafía	\$ 15
Inglés (c. discos)	\$ 15

	Págs.
GUY MANNERING, conclusión de la famosa novela de Walter Scott	44
LA PENSION VITALICIA, texto íntegro de la famosa novela corta de Luis Pirandello	4
COMO NACIERON NUESTROS TEMPLOS Y CAPILLAS, de Argentina adentro, por Valentín de Pedro	8
EL ASISTENTE, cuento dramático, por Pedro Antonio de Alarcón	12
TRIVIALIDADES SOBRE COSAS NO TAN TRIVIALES, un nuevo ensayo de Eduardo Mallo	16
ACTUALIDADES GRAFICAS	18
EL SALON AZUL Y RUBI, cuento de amor, por Claude Farrère	20
GUIA CAPRICHOSEA DE BUENOS AIRES, nuevas estampas de la vida porteña, por Fernández Moreno	22

Sumario

	Págs.
UN VISTAZO AL MUNDO PREHISTORICO, nota curiosa, por Remo Valence	24
EL ASESINATO DE JULIO CESAR, cuento humorístico, por Mark Twain	26
LA EJECUCION DE LUIS XVI, CONTADA POR EL VERDUGO, un episodio de la Revolución Francesa, por Guillermo Cabañellas	28
¿CONOCE USTED... NUESTRAS CIUDADES?, interrogación a los lectores	30
LOS SIETE TRIPULANTES, cuento del mar, por Hicter Pedro Blomberg	32
EL ROMANCERO SE TRASLADA, al margen del cancionero orillero, por José Luis Llanusa	34

	Págs.
CUANDO EL PRINCIPE MURAT DETUVO A FUEYREDON, una anécdota del patricio argentino, por Manuel M. Alba	36
CINE, por Amelio Monti	38
CON BRILLANTES ACTOS CELEBROSE EL 128.º ANIVERSARIO DE LA INDEPENDENCIA	40
EL CADÁVER DE QUIROGA EN LA POSTA DE SINSACATE, evocación histórica, por Ramón de Castro Estévez	42
PARA MATAR EL TIEMPO, sección recreativa	98
AQUI LE CONTESTAMOS, correo de LEOPLÁN	98
★	
Ilustraciones de: PREMIANI, VALDIVIA, ARTECHE, RAUL VALENCIA, VILLAFARE, FAIRHURST y MARIANO ALFONSO. Historietas de: CAO, TOONDER, VILLAFARE, HALEBLIAN y DEL CASTILLO, GONZALEZ FOS-SAT, etc., etc.	

En el próximo número:

LOS DIOS TIENEN SED,

la famosa obra de ANATOLE FRANCE

y trabajos de: NICETO ALCALA ZAMORA, F. BRET HARTE, ARCADIO AVERCHENKO, TRISTAN BERNARD, B. GONZALEZ ARRILL, etc.

LEOPLÁN aparece el 2 de agosto * Treinta centavos en todo el país

ATARDECER SERRANO

El interior del país ofrece al turista muchos rincones de singular belleza, como éste, situado en La Jón de Cayo, al pie de los Andes meridionales.

LA PENSION



I
 C os los brazos
 sobre las piernas
 didas y deprimidas
 como si fueran
 muertas las manos
 viejo Maribito estaba
 sobre la tapia detrás
 la puerta de su "casa"
 establo, empedrada
 guijarros del río.
 no faltan; esa vieja
 dosa y enarenada le
 tir, todavía un poco
 ese olor graso y cal
 tiércol; ese hedor
 del humo aplastado
 él, era el olor mismo.
 Contemplaba mien
 su granja, parpad
 nuadamente con sus
 driosos y hundidos
 quedaban duros y
 despocho de las p
 Bajo el cielo, los
 taban inmóviles, como
 mergidos en la pena
 el viejo dueño los
 debieran permanecer
 do él ya no existiera
 urraca, allí detena
 guíarle burlona, de
 cuando, mientras de
 res, en los montes y
 zara del sitio, las ex
 ternaban su estridencia.
 Se esperaban las

VITALICIA

TEXTO INTEGRO de la famosa novela de
LUIS PIRANDELLO



ILUSTRACIONES DE RAUL VALENCIA

después de las cuales comenzaría el
de las fatigas en el campo; la siega, el
la siembra. Tres veces Maribito sacudía
na, porque ya no eran para él esas fati-
reconocía el mismo. Tanto que, en-
en marzo la época de los trabajos, se
dicho a sí mismo:

será la última temporada.
la siega la avena y recogido las al-
deja, dejando para los nuevos dueños el
de los olivos y la vendimia. Ese día,
ente, debían llegar para tomar pose-
su granja. Se la entregaría, y ¡adiós!
muerte, cuando Dios lo mande, vendrá
a mí puerta, allá.

la mirada, así pensando en Girgenti,
alzaba en la colina con sus viejas casas
por el sol, como en un escenario y
en el suburbio de Rábito, que parecía el
sobre la que se apoyase, así largamente
la, por si alcanzaba a divisar el peque-
ñario de Santa Cruz, que era su pa-
Había alquilado allí un viejo palomar,
hubiera cerrado los ojos para siempre.
que sea pronto —suspiró.

le sucedió a Cuzzo Pace. Antes que él,
Pace había cedido por una pensión vie-
de una lira al día, su antigua granja al
ante Scímé, de sobrenombre el Maltés, y
cuando de transcurridos seis meses, murió.
el silencio, que parecía herviera lejos,
cabe un sordo zumbido de moscas y que,
largo estaba cerca, daba arcanamente
de esa muerte. Pero el viejo no ex-
taba terror, sino más bien angustia.

El solo, porque nunca había querido ni
ni amigos. Sentía pena por su granja,
arla después de tantos años. Conocía los

árboles uno a uno; los había criado como si
fueran sus criaturas. El los plantó, los podó, los
injerió, así como sus vides, gajo a gajo. Pena
por la granja y pena también por las bestias
que durante tantos años lo habían ayudado. Las
dos hermosas mulas, que jamás se habían aver-
gonzado de tirar del arado durante enteras jo-
nadas. La borrica, que valía más que las mulas,
y Piro, el jumento rubio como el oro que tiraba
de por sí, sin vendas ni guía, de la noria, poco
a poco, tal como él le había enseñado. La no-
ria: a cada vuelta de la bestia dejaba oír un sil-
bido lamentable. El, desde lejos, contaba esos
silbidos. Sabía cuántas vueltas eran necesarias
para llenar los canales de regadío y así se re-
gulaba. Ahora, ¡adiós Piro! Y el silbido de la
noria, desde ese día en adelante, ya no lo es-
cucharía más.

—¡Sierte —contó entretanto, ya que, a pesar
de sus pensamientos, la cuenta de las vueltas
de la noria, por su antigua costumbre, no se le
perdía nunca.

Las mulas y la borrica estaban pastando en el
pajar. Paia, ¡jauanta quisieran! También a ellas
el viejo Maribito dirigió una mirada. ¿Cómo
las trataría el nuevo patrón? Estaban acostum-
bradas, pobres bestias, a las fatigas, pero tam-
bién su ración de avena y maíz todos los días,
a más de la paia. Pero, qué tenían ese día,
las calandrias; chillaban más que de costum-
bre como si supieran que el viejo debía irse y lo
salutaban. Desde el callejón, de pronto, lle-
gó un alegre rumor de campanillas. Pero al
viejo se le nubló el rostro.

—El coche, halo allí —dijo, y fué al encuentro
del nuevo patrón, arrojando sobre sus hombros
la chaqueta que llevaba colgada, con las man-
gas oscilantes.

II

Desde su choza, Grégoli, el mozo que Don
Miguel Angel Scímé tenía de casero en la gran-
ja de Cuzzo Pace, le gritó:

—¡Contento, ¿eh?

Contento él, acaso, Grégoli, que desde aquel
día comería a dos carrillos, abatido que fuera
el débil muro de cintura que separaba la tier-
ra de Maribito de la granja del pobre Pace.
¡Suerte y buen sueño! Se había cautivado la
confianza del Maltés, quién sabe cómo, así pe-
tizón, con sus ojos redondos y risueños y esa
puntita de nariz que se levantaba curiosa a ex-
pensas de la cara de bonachón sin malicia.
¡Pero la tenía y cuánta! su malicia, también
él. Bastaba mirarle esa nariz. Entretanto, gracias
a la ayuda del cocherito, Don Miguel Angel
pudo bajar del coche, uno de esos desvencija-
dos “landós” de alquiler, que olían a sepelio
desde una milla y eran utilizados con gran rui-
do de sonajería para los paseos por el campo.
Descendió, con idéntica fatiga la señora Doña
Nela y, en seguida, tomándose con dos dedos el
vestido, comenzó a sacudirse como un perro de
agua. Después bajaron las hijas, dos muchacha-
chonas gemelas. Parecían los cuatro una cuba,
una pipa y dos barriles. El coche, incorporán-
dose sobre sus elásticos, pareció suspirar aliviado.
Los caballos no, pobres animales, tan cubier-
tos de espuma y gotantes de sudor.

—¡Servidor, Vuencia —saludó apenas Mar-
ibito.

Entregado al trabajo desde hacía tantos años,
hablaba poco de costumbre, y ahora, por añi-
dadura, experimentaba casi vergüenza pensando
que, por esa cesión que hacía de sus tierras, su
manutención la debía aún a ellas, pero ya no
en pago de su trabajo.

—¡Ah... se revienta! — bufó Sciné, enjugándose con el pañuelo — la cosa cuestionada. ¡Cuatro kilómetros de callejón! Calculando desde la ciudad; ¡no creía que estuviera tan lejos!

Era un primer golpe éste, de mercante advenedizo que demostraba cómo había meditado en el camino su propósito de despreciarlo todo. No en vano la gente se lo traía a la memoria, andrajoso y sucio, callejuelas arriba, en el barrio de San Miguel, con el fardo de las mercaderías al hombro y un palo en la mano, sudoroso, mientras que con la otra hacía de altavoz para gritar:

—Productos de Fra... a... a... neia! Se había enriquecido en poco tiempo, practicando la usura y ahora pontificaba, sentado bajo la lámpara de la Virgen, detrás del ancho banco de su negocio de paños, que era el más importante en toda la calle Atena.

La señora Nela, con su cara de berenjena, plantada sin cuello sobre sus enormes pechos, no abría los ojos sin antes lanzar una mirada copulativa a su marido. Pero una de las chicas, girando la mirada al ribazo vecino sobre el que surgían los dos templos antiguos, el de Julián por una parte y el llamado de la Concordia por la otra, en un sobresalto de admiración exclamó como si le saliera verdaderamente del corazón:

—¡Oh, qué lindo, papá! El Maltés la fulminó con una mela mirada.

Conocía el valor que tenía todo eso. Y sabía que Maribito ya había cumplido setenta y cinco años. De manera que, demostrándose de un lado el descontento de esas tierras y por el otro contenido del estado de salud del viejo, esperaba poder aún arañar algo sobre la pensión de dos liras al día, ya convenidas. La tierra es tierra, sujeta a las vicisitudes del tiempo y dos liras al día son dos liras al día.

Pero no pudo hacerlo. Visitando paso a paso la granja, no pudo meter baza. Y ese animal de Grégoli parecía hacerlo a propósito!

—¡Mire esto... ¡mire esto! Y con las manos suspendía los pámpanos de una vid para enseñar algunos racimos más grandes que los senos de la señora Nela.

—¡Aquí... aquí... ¡Mire esto! Y enseñaba en el huertecillo, que él llamaba "jardín", limones y naranjas cuya sola vista, según su decir, recreaba el corazón.

—Este jardín, Excelencia, está verdiceado así, todo el año!

Miguel Angel Sciné, miraba y agachaba la cabeza, bruscamente. No pudiendo hacer otra cosa (o acaso también gracias a ese "excelencia" que Grégoli no le mezuquinaba) fingía bufar, abrumado por el calor.

—¡Revientó! ¡Revientó!

Maribito no hablaba. Le fastidiaba también que Grégoli hablara tanto, habiéndose dado cuenta de que poco a poco Sciné se intoxicaba en su propia baba. Por veces, en efecto, como si no hubiese oído los continuos llamados de Grégoli, había pasado sin detenerse o haciéndolo con los ojos cerrados y el índice de una mano en la punta de la nariz, como si estuviera absorto en algún cálculo complicado. Grégoli, en cambio, sin inmutarse, se dirigía a la señora Nela y a las dos muchachas.

—¡Aquí... ¡miren esto!

Y tanto insistió que Maribito, por fin, estimó prudente recomvenirle:

—¡Calla, calla, Grégoli! Los patrones tienen ojos para ver por su cuenta.

Fue peor, porque Grégoli, impertérrito, se

enardeció:

—¡Tiene razón! ¡Su boca no habla nunca! ¡Oh!, no es porque él esté delante, pero la verdad es la verdad. Otro hombre, así nacido para fatigar, como el tío Maribito, nunca ha existido ni existirá. Un verdadero maestro para el campo, además. En cuanto a podar, a injertar, a cuidar, iguales sí, pero mejor que él no se encuentra en todo el territorio de Girgenti. Miren, miren estos almendros que él injertó. Arboles macizos como éstos no los hay. Cada árbol tres, cuatro fanegas al año que Vuccencia puede contar con los ojos cerrados; ¡y estos albaricques, aquí! Si Vuccencia prueba el fruto, no se lo puede ya quitar de la boca. ¡Una verdadera primicia! Pero éste, señoría, da peras gordas, ¡así! ¡Tierra como ésta no hay, no le falta nada! Y Maribito, en conciencia, se la ha merecido, porque supo trabajarla como Dios manda. Qué lástima que ahora esté viejecito...

Don Miguel Angel no podía más. Prorrumpió:

—¡Qué viejecito, ¡burro!, ¡qué viejecito! ¡No ves que camina mejor que yo?



—¡Eso no quiere decir nada! —repuso con tanta sonrisa Grégoli—. Vuccencia es mi patrón, y no es por contradecirlo, pero así como está tan gordo, quiero decir, en tan buena salud, como es Vuccencia, no es tan fácil caminar ahora aquí, por la viña.

La viña había sido removida poco antes y realmente uno se hundía en la tierra, con peligro de dislocarse un pie. Exhalaba, además, una indefinible humedad, corrupta en su superficie por el bochorno de esos días, aun de calido sol. Y don Miguel, resoplando, sufría una especie de desmayo que se le había instalado en el estómago. Pero ello se debía también a la charla de ese flojazo de Grégoli.

—¡Y cállate de una buena vez! ¡Hablas más que un abogado sin pleitos! La tierra es buena, es buena, no digo que no... pero, pero...

Y continuó la frase moviendo el índice y el medio de una mano. Lo que significaba: "Dos liras al día son dos liras al día".

—Patrón —intervino entonces Maribito, deteniéndose—. Mañana al amanecer yo me voy a la ciudad y esté usted seguro de que irá para morir, porque todo lo que hasta hoy ha

sido mi vida la dejaré aquí, en esta casa, me gusta hablar, pero lo que es que me gusta decirlo! No crea que yo esté en este negocio por poca voluntad en. He trabajado desde que era un niño años, y vida y trabajo han sido para sola cosa. Sepa que lo hago, no por por mi tierra, que conmigo sufriría. Ya no sirvo para trabajarla como me quisiera y el arte nanda. En poder de gracia y de Grégoli, que sabe el arte que yo, estoy seguro que a la tierra me taré nunca nada y estoy dispuesto a ser mismo, sin siquiera suspirar. Pero cencia no está ya dispuesto, dígalelo a te y no hacemos nada.

La señora Nela y las dos chicas no raban esta salida del viejo y lo miraron bradas. Pero don Miguel Angel, zorr exclamó sonriendo, dirigiéndose a Grégoli:

—¡Y tú me decías que no habla!

Luego, a Maribito:

—Entonces tengo que decirle que el viejo, viejísimo y a punto de morir?

—Como soy, Vuccencia —respondió el viejo, los brazos—. Mis años no me que me siento cansado. cencia, repito, puede que de su lindo dinero no desfilara mucha. canino de Guizzo para mí el mejor y señoras se gozaron de esperar en Dios que no gan sufrir.

III

—Han derribado los ques frente a la casa de Maribito, apenas quince pués, a las vecinas de la ta de Santa Cruz. Cerrado y volado a verlos, los arbolitos, sobre el bazar bazo. ¡Eran tan hermosos que voltearlos?

—Tan cierto como que eso es obra de Grégoli por hacerse de leña, han patrón que los árboles.

Pero se engañaba. No rrió ni siquiera un mes dijeron:

—Han derribado la casa. ¡Su casa! ¡Claro! En el sitio de la viña quería construir una

nueva, y esos tres arbolitos se lo nueva, y esos tres arbolitos se lo taban las vecinas—. ¡Tres arbolitos! usted como si le hubieran cortado los

—¿Y las bestias? —gregaba entonces bito—. Me han dicho que las borricas malito mismo, está ya en un estado de sostenerse. ¿Y "Piro"? "Piro" no se a la sombra de lo que era.

—¿Quién es Piro?

—El jumento.

—¡Creíamos que era su hijo!

De un lado las vecinas sentían piedad. De otro, algunas veces, no podían risa.

—Pero si ahora el patrón es el otro hacer todo lo que a él le plazga!

Pero era otro, precisamente. Lo que tolerar Maribito. Que el Maltés fuer trón, sí, pero que destruyese luego de tantas fatigas, maltratarle las bestias. Eso Dios no debía permitirlo.

Y se dirigió al extremo final de la mada del Paseo, a la salida de la casa de donde podía contemplar su tierra

en el valle, entre los dos templos antiguos. Miraba y remiraba como si con los ojos quisiera impedir allí el exterminio del Maltesé. Mas, sin embargo, no se le sostenía muy, y entonces regresaba lentamente, con lágrimas en los ojos. Pero desde la Puerta del Sur, prefería tomar por la calle Solitaria, la de San Pedro, hasta el hueco de Ravada. A pesar de su mala fama, a causa de los delitos que permanecieron en el misterio, allí, y a ser ya muy tarde, cosa respiraba cierta aprensión. Los pasos resonaban porque la colina, muy empinada, estaba allí casi los muros de las casas. Casas, su frente, en la callejuela de más arriba, de un solo piso y de mísero aspecto, pero en su parte trasera presentaban algunos que parecían catedral. Por otro lado, al comienzo, la calle mostraba todavía la muralla de la ciudad, con sus torres mueras. En la primera, cerrada apenas una portezuela despintada y desgonzada, habían los muertos desconocidos, y se llegaba allí a los suicidas para comprobación jurídica. Atravesando aquel trecho, Marábito iba realmente, en el silencio y entre los pasos, como una sospecha que existiera, en esa calle, de misterio, y no aguardaba el momento de alcanzar la plazoleta de Ravamusella. Pero era por poco. Porque debía salir por el corredor de Lucía, también éste de mala fama, y casi un desierto, para llegar a Puerta Mazzarda, donde embocaba la calle del Rábato. Cambrado a vivir en el campo, entrando estrechez de las casas se sentía toda vez, aun cuando cruzaba por la calle mayor, no llamaba por su nombre: Vía Atena, de la manera de todos (y quién sabe por la Plaza Chica. De plaza no tenía justificada. Era una calle un poco más extendida, ancha que las otras, serpenteante, empujando con esas señoriales y tiendas en fila, dando hacían sobre esas losas, alisadas y lisas, los zapatos claveteados de Marábito que caminaba, curvado y cauto, con el del campesino, las manos atrás y mirando, mientras la borla de su gorra negra, oscilaba sobre su nuca a cada paso. Turbaba profundamente al descubrir desde, a derecha, la tienda de paños de Scíné, sus cuatro grandes vidrieras orgullosas en el medio. Estaba precisamente en el medio de la calle, un poco antes del viaducto de los Tribunales, donde más se amontonaba gente. A menudo, don Miguel Angel estaba delante de la puerta, con el panzón abarcía un saco de salvado entre los abierros y tan desabotonado que la camisa salía hasta por debajo del chaleco. Fue y escupía. Viendo a Marábito que avanzaba, despaño, clavaba en él sus ojos, decía como si se lo quisiera chupar vivo a mirada, tal cual hace la víbora con la Lleno de despocho, le preguntaba sonriendo: ¿Cómo va? ¿Cómo va?

—Como Dios quiere — respondía duramente, pero, sin detenerse, y entre sí, se decía —. Despocho tuvo quiero vivir! — Y le entraban de darse vuelta y hacerle cuernos los dedos, en plena calle.

—Y, después, viéndose solo en su viejo despocho avergonzaba:

—Para qué quiero vivir?

—Calle, viejo estólido! — le reprochaban en las vecinas para reconfortarlo —. ¿Está llamando a la muerte? Agradezca a Dios, viejo, porque ha querido darle una buena

el viejo sacudía la cabeza, alzaba una

—y se echaba a como un niño —. Me arroja a la cara el

pan que como y estos cuatro días que me quedan...

—¡Ah! ¡Pero si usted va a vivir cien años, para que reviente de rabia! — le gritaban las mujeres en coro, abriendo el fuego contra Scíné —. ¡Sanguijuela de los pobres! ¡Chúpele usted la sangre, como él se la ha chupado a tanta pobre gente! ¡Cien años, cien años tiene usted que vivir! Dios y María Santísima deben hacerlo vivir para que se muera de despocho. Los huesos, los huesos tiene que roerse, así, así... — y frotaban circularmente, con furia, la punta de un codo con la palma de la mano —. ¡Así! ¡así!

Al mismo tiempo, don Lucio, el joyero, que era la lengua peor en toda la calle Atena, y el boticario de enfrente, sostenían más o menos un mismo comentario, aunque con menor eficacia de gestos y frases y en tono de broma, ante don Miguel Angel:

—¡Ese viejo le va a vivir cien años, queriendo Maltesé!

Pero Scíné sumía las mejillas y la boca en un gesto de incredulidad rabiosa.

Cosa extraña, sin embargo; aun en aquella muesa, las cejas fuertemente señaladas bajo la frente pelada como un bocal, imprimían en la cara gorda, estúpida y vulgar casi una señal de avergonzada tristeza. La granja la había estimado, antes de firmar el contrato. Diez acres y medio de tierra, con mejoras, por menos de doce mil liras no hubiera podido tenerla. Marábito setenta y cinco años, no podía cumplir muchos más ya. Por más salud que tuviese, cuántos años podría vivir aún? ¿Tres, cuatro? Digamos hasta los ochenta. De manera que de tres a cuatro mil liras. Hasta doce mil..., sobrava.

—Déjelo vivir, pobrecito. Ese es mi mayor deseo.

(CONTINÚA EN LA PÁGINA 92)



GENIOL

HAY UNO SOLO Y ES ARGENTINO



Los capillos que los jesuitas levantaron en Misiones coexistieron prontamente en ruinas. La selva volvió a apoderarse de sus muros de tierra, como para demostrar que lo que importaba era el espíritu y no el templo.



La supremacía de la imagen sobre el templo en Catamarca. Esta y otros parecían

COMO NACIERON NUESTROS TEMPLOS

Por Valentín de Pedro

ESPECIAL PARA "LEOPLÁN"



En nuestra tierra no se levantaron grandes templos, que aspiren a competir con los de Europa, para dar testimonio de la nueva fe, que llegaba junto con los conquistadores.

A la pétrea arrogancia de las iglesias monumentales del Viejo Mundo, podemos oponer las capillitas esparcidas como flores humildes en la inmensidad de nuestro territorio. Es una humildad campesina que rezuma por todos sus poros, es decir, por todas sus letras, esta copla, cantada por los paisanos del Norte:

*En la falda está llorando
una ovejita y su cría,
porque Jesucristo ha muerto,
hijo de Santa María.*

Junto con los conquistadores llegaban a las tierras recién descubiertas los misioneros, y en el reparto del terreno que se hacía para levantar las nuevas ciudades, tocaba a ellos su parte, para construir la casa de Dios, que a semejanza de las que para ellos construían los hombres, era de sobria arquitectura y de idénticos materiales.

La parquedad de los medios con que conta-

ban y la carencia de piedra en la mayor parte de nuestro territorio, hizo que los templos primitivos participaran de la humildad del barro con que eran contruídos. Si bien en aquella chatura arquitectónica la línea del campanario, por poco que se elevase, era el arco que disparaba la flecha del alma en busca de Dios, y bastaba para comunicar a los hombres una profunda emoción religiosa y poética.

Muchas de esas capillas tienen el encanto de los dibujos infantiles, como que en su construcción participó el indio, que al convertirse a la nueva fe entregaba a ella su alma de niño.

De acuerdo con la humildad y con la ingenuidad que trasuntan los primitivos templos y capillas de nuestro país, la figura más representativa de la evangelización es San Francisco Solano, cuyo carácter se define en esta anécdota, que tiene la precisión y la belleza de una parábola:

"Cuéntase que cuando San Francisco Solano llegó a La Rioja, fue invitado a comer en casa de un encomendero muy rico, que explotaba a los indios y los trataba cruelmente.

"Sentados a la mesa, el santo tomó un pan y lo apretó entre las manos. Ante la extrañeza de todos los comensales, del pan brotó sangre.

Se puso entonces de pie y, en actitud de alzar la voz, dijo con voz amarga y enérgica: 'Comeré nunca a la mesa en la que se amasa con la sangre de los humildes'.

"Desde ese día fué decidida su preferencia por los indios que los españoles zaban para enriquecerse. No consiguió por la persuasión ni por el ejemplo. Enfadado, resolvió irse."

Este sentido popular de la religión se manifestó igualmente en la Virgen del Valle, la más venerada de las provincias andinas. La tradición que ha llegado hasta nosotros es la santa imagen fué sacada de la gruta de Catamarca — por el español Manner en el año 1618. Nadie sabe quién la sacó en ese punto y la escondió en la gruta rodeada de peñascos, donde fué hallada por los indios, a principios del siglo XVII.

"Estos la festejaban a escondidas, con fogones, creyendo que Dios mismo estaba colocado allí.

"Un indio, sirviente de Salazar, descubrió el secreto de la virgen, y Salazar, a las informaciones recibidas, encontró a la virgen y la sacó de su nicho de piedra, de la oposición de los indios.



Interior de la iglesia de San Francisco, de Santa Fe.
En un nuevo estilo de vida.



Nada más humilde que esta cruz que se dibujó tras la silueta del pozo. Pero humilde, es como el arco que dispara la flecha del alma en busca de Dios. Pertaneca a una aldea de Entre Ríos.

CAPILLAS



Este campanario de la capilla del convento de Santa Teresa, de Córdoba, muestra ya líneas arquitectónicas más elevadas. Pero, con todo, no alcanza a competir con los monumentales templos del Viejo Mundo. Refleja, como otros de América, la importancia de los cabildos eclesiástico y real.



La capilla de Valle Morán. Entre otros, do los fideles de la Virgen Valle y la Virgen Luján, terminan erigir su milagrosa se resistan esto, con un hombre.



"El español la llevó primero a Collagasta y luego a su residencia de Valle Viejo; pero durante aquella noche desapareció la imagen, y fué encontrada al día siguiente en el interior de la gruta. Salazar la llevó nuevamente a su casa, de donde desapareció por segunda vez. Los vecinos interpretaron estas ausencias de la santa como una manifestación de su divina voluntad: la virgen abandonaba la vivienda particular, porque no quería ser *patrona de pocos*, sino de muchos y de todos. Entonces, convencidos de este deseo, los vecinos edificaron una capilla, y allí colocaron la imagen milagrosa."

Algo semejante pasó con la Virgen de Luján. Ella demostró su voluntad de quedarse en el lugar de este nombre, haciendo que fuera imposible al carretón que la llevaba el seguir adelante, como no la dejase allí, donde manos humildes y piadosas levantaron la capillita en la que por primera vez se le rindió culto; y cuando, por quedar ésta en desolado, quisieron llevarla a un sitio mejor, la sagrada imagen mostró repetidas veces su voluntad de no abandonar su primitivo albergue, volviéndose a él.

Así nacían las capillas en nuestro suelo, como humildes flores de santidad.

Los templos con carácter monumental que hoy en él se levantan son de construcción reciente, y si algunos hay de la época colonial, más que el espíritu popular reflejan la importancia de los cabildos eclesiástico y real de las ciudades donde se levantan, como en el caso de Córdoba.

Sin embargo, unos y otros distan mucho de poder competir con los templos monumentales de Europa. Estos fueron levantados para mostrar al mundo el triunfo de la fe católica en la eternidad de la piedra, sobre la cual refulge la eternidad del arte, como signos de un incienso, de un infinito poder, ante el cual todo poder humano resultaba empujado. Y por eso las catedrales góticas se elevaron más altas y majestuosas que los castillos medievales.

Nuestras capillitas nacen de distinto modo, como para mostrar al mundo un nuevo estilo de vida.

La misma fragilidad de su construcción ha hecho que muchas de esas capillas se convirtieran prontamente en ruinas, como aquellas que los jesuitas levantaron en sus misiones y permanecieron olvidadas en medio de la selva después de su expulsión. La selva volvió a apoderarse de sus muros de tierra cuando éstos

fueron abandonados por los hombres y la imagen se veneraba en su interior, para demostrar que lo que importaba era el culto que vino a florecer entre las arquitecturas de la naturaleza virgen del Mundo.

La supremacía de la imagen sobre el templo, se advierte desde un principio, como los que hemos citado de la Virgen de Valle y de la Virgen de Luján y de otros, como en aquel de la Virgen del Luján que desde un ignorado puerto vino sobre el mar, en un cajón, hasta tocar puerto del Callao. Pero la inscripción, olas no lograron borrar, la destinaba a ba, donde fué llevada en procesión, cumplimiento de aquel designio misterioso.

Estas sagradas imágenes vinieron en los corazones sencillos de unas gentes que podían ofrecerles más que eso: su zona. La virgen no quiere otra cosa, y en las rústicas capillitas que se levantan albergarla, se encontraría muy cerca del bre donde nació su Hijo divino, a los primitivos habitantes de nuestro suelo con la fe ingenua de los pastores de Belén.

VALIDO

Por un mes solamente
A menos de la mitad de su valor!



74⁴⁵

Oro 18 Ktes. grande Platinado Diamantes y Zafiro An-
cora 15 Rubies granada
Su Precio, pesos 183.—
Por un Mes Solamente, \$ 74⁴⁵



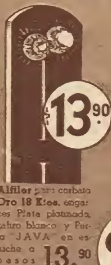
24⁷⁵

Cromado, máquina An-
cora, 15 Rubies, granada, Op-
tica, cuero liso, granada.
Su Precio, pesos 50.—
Por un Mes Solamente \$ 24⁷⁵



94⁵⁰

Oro 18 Ktes. moderno
Ancora 15 Rubies.
Su Precio, pesos 94⁵⁰
Por un Mes Solamente, \$ 94⁵⁰



13⁹⁰

Alfiler para corbata
Oro 18 Ktes. engar-
ces Platinado, en
estuche a pesos 13⁹⁰
Su Precio, pesos 30.—
Por un Mes Solamente \$ 13⁹⁰



14⁹⁵

Esplendido anillo, ORO 18 Kilates,
hecho de Plata platinada, con Brillante
en el centro, modelo moderno, en estuche.
Su Precio, pesos 30.—
Por un Mes Solamente \$ 14⁹⁵



15⁴⁵

Cromado, máquina An-
cora, con cristales, impen-
sible y marcha garantida.
Su Precio, pesos 31.—
Por un Mes Solamente, \$ 15⁴⁵



29⁵⁰

Oro 18 Kilates. Platinado con la-
minas y Agua Marina, en estuche.
Su Precio, pesos 60.—
Por un Mes Solamente, a pesos 29⁵⁰



23⁹⁰

Cromado, máquina An-
cora, 15 Rubies, cuero liso,
marcha garantida.
Su Precio, pesos 48.—
Por un Mes Solamente, \$ 23⁹⁰



12

Hermoso Juego, Bañador, Pina 200 ba-
ñador y vitrola de Oro 18 Kilates,
cromado a baño, con vitrola a ba-
ño, granada, Paga 717, suma y Mate
decorado con alfiler de Plata 200
Su Precio, pesos 25.—
Por un Mes Solamente, a pesos 12.—



12⁴⁵



Cuero Marroquí, aplicados y
estuche de Oro 18 Ktes. moderno,
e incluye grabados en estuche.
Su Precio, pesos 25.—
Por un Mes Solamente, a \$ 12⁴⁵

RELOJES DE
FAMA MUNDIAL
**LONGINES
CROTON
ZENITH
ELECTION**
Surtido Completo
Precios Convenientes



18⁴⁵

Juego Collar y Cruz ORO 18 Ktes.
hecho de Platinado y Diamante.
Su Precio, pesos 37.—
Por un Mes Solamente, a pesos 18⁴⁵



17⁹⁵

Gemelos, Oro Garantido. Hecho de
mate e incluye grabados en estuche.
Su Precio, pesos 36.—
Por un Mes Solamente, a pesos 17⁹⁵

Oro 18 Kilates
MACIZO



CADA
UNA \$ 13⁹⁵

Amplio surtido en Juegos de
Alianzas y Cintillo de Platinado
con Brillantes puros 2000.—
hasta pesos

ENVIAMOS
PEDIDOS
CONTRA
REEMBOLSO

REMITA ESTE CUPON
Besa. PALMIERI Hnos. - C. de Comercio 1882 - Bo. As.
Sírannos remitir GRATIS CATALOGO

SUCURSAL
CONSTRUCCION
Brasil 1050
Buenos Aires

Palmieri hnos.
JOYERIA - RELOJERIA
CASA CENTRAL LAVALLE Esq. MAIPU Bo. Aires

SUCURSAL
AVELLANEDA
Avenida
Mitre 117

Nombre Calle Localidad Provincia F. C.

¿Cuántas horas tan dulces son las que siguen a una comida de amigos entusiastas, rociada grandemente de *matutinos*, cuando el humo de los cigarrillos envuelve ya a los comensales, elevándose la imaginación tras sus volapluosos, mientras el dedo de la memoria hojea melancólicamente el libro de lo pasado, y los secretos se desbordaron de todos los corazones, y la máscara cae de todos los semblantes, y llueven las anécdotas, los chistes, los cuentos, las historias, los dramas y los poemas!

Todos cuentan algo: hasta el más taciturno y desconfiado descubre el fondo de su alma. Los criados o mozos (según que sea en casa o en fonda) han abandonado el comedor. Ya no se habla de música, de política, de literatura, de religiones... Se habla de la vida, del tiempo, de la esperanza, del mundo cual es en sí. Todos los espíritus se han alzado a igual altura, y desde aquella cumbre filosófica echan miradas retrospectivas a las llanuras de la existencia, y tranquilas ojeadas al descenso de los días...

Dice Byron: *Yo gusto del fuego, de los crujidos de la leña, de una botella de champagne y de una buena conversación.*

Nosotros lo teníamos todo..., menos leña, porque principiaba mayo y estábamos en Andalucía, en Granada, en la Alhambra, en la fonda de *Los Siete Suelos*.

Habíamos hablado de muchas personas: de ese mismo Byron, del duque de Reichstadt, de Luis XVII, de la papisa Juana, del preste Juan de las Indias, de D. Sebastián de Portugal y de otros muertos ilustres, cuando, no sé por qué camino, llegamos a hablar de perros, de monjes, de horrores y, por último, de *asistentes*.

Un capitán muy joven, muy bravo y muy ilustrado, a quien dedico esta reseña, tomó entonces la palabra, y, sobre poco más o menos, vino a contarnos lo que sigue:

—Quiero que forméis idea exacta de lo que es ese tipo sublime que medio habéis adivinado. Luego podréis vosotros deducir las consecuencias que quedarán pro o en contra de la civilización cristiana y de la civilización en general; podréis seguir discutiendo acerca del maniqueísmo, del instinto de los animales, del mérito y demérito de las acciones humanas, y de la forma social que se adapta mejor a nuestra naturaleza caída... En cuanto a mí, hombre práctico, me contentaré con referiros un hecho, o sea con acusarme de una culpa.

—Historia tenemos! —dijimos todos, arrelinándonos en las sillas—. ¡Así termina toda buena conversación! ¡Hable el capitán!

Este encendió su tercer cigarro, y dijo con solemnidad y tristeza:

—Desde que salí del colegio e ingresé en las filas, hasta hoy, que han pasado ya diez años, sólo he tenido dos asistentes: el que acabáis de ver y un tal *García*..., que es el héroe de la presente historia.

La voz del capitán tembló al pronunciar aquel nombre.

Tomó un sorbo de café, y continuó:

—García era un soldado reenganchado; hombre de más de veintiocho años; natural de Tona; tipo árabe, o, por mejor decir, tunecino; de ojos negros, tez morena, pocas palabras, un valor a toda prueba, y muy apasionado en sus odios y en sus simpatías.

Debo advertiros, sin embargo, que yo no le conocí más odios ni otros cariños que el reflejo de mis sentimientos. ¡Amaba a quien yo amaba, y aborrecía al que yo aborrecía!

Tampoco le conocí nunca ni vicio alguno, ni menos supe cuándo comía ni cuándo descansaba. Sólo puedo decir que a todas horas se hallaba al alcance de mi voz, dispuesto a servirme en mis menores caprichos, tuviésemos o no dinero, fuese de día o de noche, ardiese

la tierra bajo el sol del verano o estuviese cubierta de una vara de nieve.

Aquel hombre constituía toda mi familia cuando yo estaba fuera de mi casa, que era casi siempre: por lo tanto, yo debía quererlo mucho... y quizá lo quería... ¡Oh! Si... después lo he sabido...; ¡yo lo adoraba! Pero nunca me ocurrió darme cuenta de ello! Esto es muy común en los hombres de mi carácter... Lo mismo soy ahora con mi mujer... ¡Disculó y endemoniado! En fin, vamos al asunto.

Por todo lo dicho comprenderéis que yo era un ser fabuloso a los ojos de García, y que él me idolatraba como un buen hijo idolatra a un mal padre... Pero no... Esto es poco... ¡Como un perro idolatra a su amo!

—Un perro..., sí!... Tal fué siempre el papel que a mi lado representó García.

Tenerme contento, evitar un regaño, merecer una mirada de mis ojos... he aquí la suprema felicidad de aquel hombre.

¡Oh!..., el genio humano es esencialmente bueno. Y si lo dudáis, seguid prestándome atención.

García, que era diez años mayor que yo, me hablaba de usted...

Yo a él de tú.

El me hacía la comida con mil afanes.

Las sobras de mi comida eran su alimento.

Yo, militar voluntario, recibía ocho reales al mes por pasarme...

¡El soldado forzoso, ahoraba seis céntimos el día que más, y estaba trabajando...

Yo no le pagaba...

El me servía con gusto, con entusiasmo, cariño.

Tales eran nuestras relaciones, y tales ventajas que me llevaba en el orden moral por el asistente.

Pues, sin embargo..., no sé por qué me sentía algo de pánico...

—Pues, sin embargo..., no sé por qué me sentía algo de pánico... (preocupación, raza o de clase, que desnaturaliza nuestra razón), yo trataba a García con mucha dulzura.

Sólo le hablaba para mandarle, para decirle el más leve descuido o para prohibirle alguna cosa...

Mi voz era su ordenanza viva, su autoridad, su tormento.

—¿Qué diablo! Yo soy hijo y hermano de militares, y la consumbre de obedecer me tenía en la cabeza dando el hábito de un soldado con rigor...



EL CUENTO DRAMÁTICO

E L



ASISTENTE

por **PEDRO ANTONIO DE ALARCON**

ILUSTRACIONES DE ARTISTAS

OFRECEMOS EMPLEOS

bien remunerados a quienes sigan el curso de

VENDEDORES

para ambos sexos que dictamos por correspondencia.
Envíenos \$ 0.60 y recibirá una lección de maestra.
Solicite informers a

A M C A R

Ave. ROQUE SAENZ PEÑA 615 - Bs. Aires

Nombre

Dirección

Localidad

PARA APRENDER A CONSTRUIR UNA CASA !

Tratado sencillísimo. Elección del terreno y las distintas etapas de la construcción con 20 proyectos de viviendas económicas. Un tomo ilustrado, \$ 6, flete \$ 0.75. Mandamos por c. reembolso. PEDIDOS:

A. WARD,

Sgo. DEL ESTERO 1519-Bs. As.

Remite su nombre y dirección a los Escuelas Latinas. Americanas, Boyard 932, Capital, y a recibir de correo recibo GRATIS Y SIN COMPROMISO LA "GUÍA DE ENSEÑANZA", de 92 páginas ilustradas, con detalles de los 72 cursos que enseñamos por correo.

Ver última tapa.



EL

Piorri
Brisol

LIQUIDO
MANTIENE
LA BOCA
FRESCA E
HIGIENICA

USELO DIARIAMENTE

En medio de todo... ¿qué era García? ¡Un inferior mío..., un soldado de mi compañía..., un subordinado! ¡Un autómatas! ¡Una máquina!

¡Cuánto debió de sufrir en su vida! ¡El, que nada amaba en el mundo tanto como a mí, y nunca recibió pruebas de mi estimación; que jamás ovó de mis labios una palabra afectuosa, ni estreché mi mano al separarse de mí, ni me abrazó al volver a verme, ni pudo decirme en los peligros de la guerra: *Cuidado, amo mío!* Que siempre amó, calló y sufrió en mi presencia, como un paria ante su dios, como un eunuco ante la sultana, como un esclavo ante su dueño...

¡Oh!... Pero, ¡eso sí!... Estoy seguro de que no me engaño... y después lo he pensado muchas veces... Si García hubiera caído enfermo; si me hubiese querido abandonar; si hubiera llorado delante de mí..., en aquel mismo punto habría dejado de ser mi inferior... Hubiérame dicho: "García, no podré vivir sin verte...". En fin, ¡me habría dado cuenta de que éramos dos hombres que se amaban en el fondo... como hermanos!

No exagero, amigos míos! Considero lo que para un oficial es asistente... Cuando a medianoche volvía yo a mi alojamiento, solo, triste, fastidiado..., él era quien me esperaba.

Si estaba enfermo, me cuidaba él.

No bien deseaba una cosa (a veces sin decirlo), me la proporcionaba a costa de las mayores molestias. En campaña, estaba a mi lado. En los caminos, me servían sus brazos de puente para pasar los ríos. En el invierno, se tendía a mis pies para abrigarlos. En el verano, me cubría bajo la sombra de su cuerpo.

El era el único que sabía el estado de mi bolsillo... ¡Solo él podía adivinar el estado de mi corazón!

Me veía sufrir, me veía lloroso, me veía enamorado, débil, arrastrado por los vicios, poco respetable por cualquier circunstancia de

la juventud..., y me miraba, sentía, callaba, se quitaba la gorra con respeto!

El se peleaba con las patronas hasta que me en la mesa mis manjares favoritos. A la hora de mi dinero, o sea *no robaba* simplemente, para sacarme después de apuro, revisaba la ropa como una mujer. Me daba, me cepillaba, me vestía.

Era, por último, protector como un proveedor como una madre, dócil como un hijo, cariñoso como un hermano, económico como una esposa, leal como un amigo...

¡Oh! ¡Aquel hombre no tenía nada de propio! ¡Vivía de mi vida..., y murio por mi muerte!

Escuchad.

Cuando la última intentona carlista acabó por consunción, hallábame yo en Girona, a las órdenes del general B...

García me acompañaba. Un día encontramos al enemigo cerca del pequeño pueblo de Gironella.

Desde por la mañana nos estuvimos peleando con el mayor orden, y a la caída de la tarde, cuando la victoria era casi nuestra, fuimos sorprendidos a retaguardia por otra columna formidable partida.

¡Estábamos entre dos fuegos!

Nuestro coronel mandó la retirada viniendo a la cosa perdida, y en un momento casi todos los soldados huyeron en dispersión.

Pero yo no oí aquel toque y permanecí tendiéndole al frente de mi compañía, que estaba al extremo del ala derecha, y cuyo deber era mantenerse firme. Yo era el único que quedé entonces.

Los carlistas avanzaron...

Mis soldados empezaron a caer a mi alrededor como segadas espigas.

¡Y yo no mandaba la retirada!

Estaba loco: era presa de la epilepsia, de esa enfermedad que acompaña a todos los hombres de mis pasiones.

Pero tan estrechados se vieron aquellas víctimas infelices de mi ciego furor, que huyeron sin fin esperar mi orden, dejándose en el campo a la mayor parte de sus compañeros.

García se figuró que yo había mandado a los fugitivos, y corrí más que todos, creyéndome rezago al frente de la compañía.

¡Qué! pues, solo, sobre en mano.

De este modo avancé hacia el enemigo, pocho de tan insensata furia, que pronto caí a tierra presa de una terrible convulsión.

Los facciosos me creyeron muerto y siguieron acosando a los fugitivos.

¡Llegó la noche sin que yo me recobrase.

Los restos de nuestras tropas estaban ya en Gironella, donde se fortificaban y rechazaban a caer al día siguiente sobre los facciosos.

Los por su parte, acamparon en frente de la nuestra población.

García, entretanto, había notado mi falta y había volado al teatro de la lucha a fin de recoger mi cadáver si yo había muerto, o avararme si me hallaba herido.

Para lograrlo tenía que atravesar el campamento carlista...

Solo un loco o una madre hubieran conseguido tan temeraria empresa!

Salí del pueblo cautelosamente, y dando un rodeo de tres leguas, conseguí atravesar la línea contraria.

Poco después me encontré entre los cadáveres.

No seguía insultado; pero sumido en esa terrible somnolencia de los epilépticos, que parece ver y oír, va que no hablar o moverse.

García adivinó al momento lo que me sucedía: enjugó sus lágrimas, reprimió sus sollozos, agachó la cabeza y echó a andar hacia el pueblito.

Así se fue acercando a los facciosos, impasible, sereno, resignado con su suerte.

Solo un prodigio podía salvarnos!

El lo sabía, sí! Pero sabía también que si se empleaban los medios acostumbrados para curarme de aquel insulto, o me dejaba allí a intemperie en tan horrible noche de ventisaca, yo quedaría muerto al cabo de algunas horas...

Continué, pues, su camino.

¡Tenía que volver a forzar la línea de los carlistas! La oscuridad de la noche era la única probabilidad de salvación que nos quedaba.

Pero la luna, que no suele saber lo que acontece en la tierra, rompió en esto su cárcel de nubes y apareció plena, hermosa, resplandeciente, esclareciendo por completo todo aquel mar nevado.

García suspiró, previendo una desgracia.

¡Yo la preveía también!... ¡Yo, inerte, exánime, echado sobre la espalda de aquel mártir!

¡Qué horrible pesadilla!

¡Mas... ¡oh, portento!... García atravesó con carga a veinte pasos de un centinela, sin descubrirlo por él...

¡Quizá nos habíamos salvado...

¡Mas, ay!, no... ¡la fatalidad lo tenía dispuesto de otro modo!

Ya tocaba el resignado Cristo al término de su vía de dolor, cuando los carlistas lo descubrieron a la luz de la luna.

¡Qué! vivió! — gritó una voz a lo lejos.

¡A él! — exclamó otra más cercana.

¡María Santísima! — murmuró García.

Y estrechando convulsivamente mis miembros, apreté el paso.

En esto silbó una bala y sonó un tiro...

¡Mi asistente se derretió...

Bambuleé después con su carga; dió un paso, y cayó de boca contra el suelo.

Yo caí encima de él... El sacrificio estaba consumado.

¡Qué noche, Dios mío!

Primero sentí que García temblaba y se retorcia bajo el peso de mi cuerpo y entre mis inertes brazos...

Luego se quedó tranquilo...

Después se fue enfriando poco a poco...

Sus miembros adquirieron, en fin, una rigidez espantosa...

Estaba muerto.

¡Yo lo sabía, y no podía moverme!

Pasé, pues, la noche abrazado a un cadáver... ¡al cadáver de mi inferior, de mi esclavo, del pobre García!

¡Aquél era el primer abrazo que le daba!

El fresco de la mañana me volvió el sentido. Me puse de pie, miré a mi alrededor.

Estaba solo... ¡solo entre los muertos!

Los carlistas habían levantado el campo durante la noche, llevándose a todos los heridos.

Registré a García y vi que la bala le había entrado por un costado y salido por el otro.

Tomé a mi vez a cuestras, y trémulo, vacilante, con los ojos húmedos y el corazón destrozado, entré en Gironella...

Allí está enterrado el pobre García.

Hoy es para mí su noñbre objeto de culto y veneración.

¡Cuántas veces, cuántas, he pedido locamente a Dios que le permitiera resucitar, para consolarlo de mis acrimias y violencias y pagarle con amor su sacrificio! ¡Cuántas le he pedido perdón con el pensamiento! ¡Y cómo me ha mejorado su muerte!

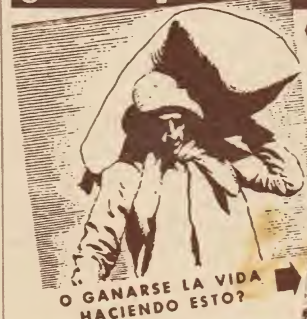
Desde entonces soy dulce, afable, cariñoso con aquellos de mis inferiores que se portan bien, y en vez de aspirar a que tiemblen ante mí y me crean un ser de especie superior a la humana, sólo deseo ser como un padre de todos ellos... Porque he comprendido, demasiado tarde, que bajo el burdo capote del soldado laten a veces corazones más hermosos que bajo el uniforme dorado del general.

¡Oh! Cuando los asistentes que he tenido después han celebrado mi trato paternal; cuando he oído las bendiciones de mi compañía; cuando he derramado algún consuelo sobre esos pobres hijos de la Patria, ¿no es verdad, pobre García, que has sonreído en el cielo, diciéndome: "Mi sacrificio no fué inútil, pues que ha redimido a algunos de mis canariadas?"

El joven militar quedó con los ojos clavados en el cielo; nosotros nos asimos a sus manos, y el mozo de la fonda entró con la cuenta.

¿Qué prefiere Ud. ser...

ESTO DURANTE TODA SU VIDA



O GANARSE LA VIDA HACIENDO ESTO?



APRENDA RADIO Y GANARA MAS

En Radiodifusión, Radiomédica, Cine Sonoro, big Televisión y otros numerosos ramos de la Radiotelefonía que ofrecen ocupaciones lucrativas al Radiotécnico bien preparado.

Aprenda en forma rápida y eficaz mediante el sistema teórico-práctico por correspondencia de esta acreditada Institución, que por 38 años ha venido preparando a militares en carreras técnicas con gran éxito. Logre su independencia económica con una profesión lucrativa.

Además del Receptor Superheterodino recibirá GRATIS con su Curso:

Altoparlante Dinámico

Laboratorio de Medicin

Herramientas con su Estuche de Metal

Audifonos

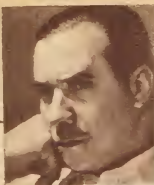
Envíe HOY MISMO ESTE CUPON

NATIONAL SCHOOLS, (De los Angeles, Calif.) Sucursal: Victoria 1556, Depto. Núm. RC 7-380 Buenos Aires, Argentina.

Señorese enmienda sin compromiso de mi parte, su Libro con datos para ganar dinero en la Radiotelefonía.

Nombre _____ Edad _____ Dirección _____ Localidad _____ Prov. _____

También importamos enseñanza en Clases Prácticas sobre Radio Superior, Radiotécnico, Armado y Operador Radiotelefónico en nuestro Sucursal. CURSOS DIURNOS Y NOCTURNOS. Visítelos.



Por

**EDUARDO
MALLEA**

ESPECIAL PARA "LEOPLAN"

1. Cómo nació Mr. Pickwick

Los elementos fortuitos o providenciales, los accidentes, las iluminaciones, lo imprevisto que interviene en la creación de la obra de arte son, si se acierta a considerarlos y calcularlos bien, numerosísimos, diferentísimos, y tienen la peculiaridad de su misteriosa y propiciatoria concurrencia. Días pasados, leyendo una vez más la biografía de Dickens escrita por su amigo Foster, he vuelto a pasarme sorprendido ante las circunstancias externas, concurrentes y casuales — por así llamarlas — que intervinieron en la invención y primera salida del famoso Pickwick. El cual, como se verá, se pareció mucho a nuestro señor Don Quijote, no tanto por el especial designio de su autor, como por la fuerza de una serie de coincidencias tan externas como determinantes.

Unos editores londinenses — Chapman and Hall — resolvieron un buen día encargarse a un escritor de los textos que deberían acompañar a ciertos dibujos festivos y deportivos preparados por un artista de éxito: Mr. Seymour. Se trataba de inventar un grupo de miembros de algo así como un Nimrod Club, los cuales saldrían a cazar, pescar y tener experiencias afines. Invitado Dickens a encargarse de la tarea, objetó que no era él hombre de campo ni cosa parecida;

que la idea no era nueva y que sería mucho mejor que las ilustraciones surgieran del texto y no al revés. Así se hizo. Seymour concibió al personaje principal en términos de un hombre alto y delgado. Una sola entrega pudo librarse al público con dibujos de Seymour; el artista se suicidó antes de dejar terminada la segunda. Y el protagonista original, alto y delgado, se transformó, debido a una sugestión del editor Chapman (quien describió a Dickens un personaje de Richmond, gordinflón y de polainas), en la figura cuvas anchas y redondas líneas todo el mundo conoció después.

Idea general, ambientes y figuras — pues además de la del ilustre fundador del Pickwick injertó Dickens la de Mr. Winkle, debido a la necesidad de brindar a Seymour un personaje de su simpatía — le vinieron así a Dickens dadas. Su genio recogió todo, y de todo eso surgió uno de los libros más extraordinarios y frescos que se hayan producido nunca.

2. Thackeray y Dickens

Pero el juego de las cosas no paró ahí. Muerto el dibujante que había creado el personaje de Dickens e ilustrado la primera divertida entrega del libro, el novelista hubo de elegir al artista que sucediera a Seymour. Dickens vivía entonces en Furnivals Inn y recibió con tal motivo la visita de no pocos dibujantes que aspiraban a compartir con él la gloria, presumible ya, de las aventuras y experiencias del señor Pickwick. Entre esas visitas, una fué la menos memorable desde el punto de

vista de aquellos días; la más memorable desde el punto de vista de la historia literaria. Dickens recibió, en efecto, una tarde, a cierto novelista dibujante, tímido y demasiado primerizo, que llegaba hacia él temblando de cortedad. El autor ojeó aquellos dibujos; los rechazó prontamente. El dibujante partió, oscuro y confundido, perdiéndose en las calles próximas a Furnivals Inn. Se llamaba William Thackeray. Años más tarde iba a escribir *Vanity Fair* y a alcanzar la inmortalidad de los más grandes, a figurar en la historia de las letras inglesas al lado de Dickens, y aun a la luz de una iluminación menos popular pero más delicada.

3. El encanto y la fuerza

Existe otro examen tanto o más interesante que el de los elementos fortuitos o providenciales que intervienen en la creación de las obras de arte, y es, naturalmente, el de los elementos de labor subterránea e invisible, actividad de topo lúcido, propios de la lucha de un creador por hacerse de los materiales adecuados y personales que requiere para su objeto, y que no se parecen a los materiales necesitados por otro. Cada autor necesita desbrozar el terreno y plantar ahí su casa, después de haber elegido el espesor, tipo y calidad de aquellos materiales. Tiene que rechazar y preferir; y esto es el trabajo mayor, aquel en que prueba su verdadero rigor y la especie de su genio. En este sentido, una de las experiencias más sugestivas es la de Henry James, el estilista delicioso de *The*

Ambassadors, *The* *in the carpet*, y *The of the dead*. Era, en comienzos, un baltaz impertinente; todo lo más admiraba en el mundo de la novela — el genio de la novela — estaba en general — estaba en general — menos una cosa: el genio. Era dueño de todos los dominios, menos de los de la novela. Y éste era el que necesitaba Henry James; era el que iba a levantar Henry James su construcción en la manera que su primer libro bajo fué prescindir de lo que había acumulado en términos de conocimiento del otro arte, renunciando a todos los recursos genéricamente propios de fuerza, despojarse de todo lo que no sirviera a la creación — clima delicioso — propio dominio. Su genio, en efecto, lo contrainvenció; existe algo en verdad genérico, del arte de la novela, todo lo que éste tiene en el enorme fresco de la vida de grandes hombres; lo fué Henry James, baltazando en términos de novela, cuidado y limpieza. Todo lo que en la novela es acentuación y énfasis en Henry James es modificado y confidencia. Todo que en Baltaz es genérico, romántico, provincial, romántico, se confiesa en un modo clásico. Y todos los recursos escogidos y utilizados en uno para la creación agitada, y en otro para el aplacamiento de los dos, el verdadero paciente es James. El genio de su apuro ha sacado de la calma apariencias de la calma.

Lo difícil del arte de la novela no es tanto que técnicamente tenga un estilo, como la novela es como novela sus leyes, sino que cada

cosas no tan triviales

que las suyas particulares. Pero eso, más adecuado que estar ante una tentativa de estas leyes están escritas: "Esto no es una novela", es decir: "Esto no es una novela que quiso ser". Lo cual equivale a decir que los materiales fueron tratados en confusión y tratados sin sabiduría de las necesidades interiores de una construcción, no ya americana, sino particular.

las leyes de un género, según Thomas Hardy

Arquitecto de oficio antes de ser novelista, Thomas Hardy calculó como fue la proyección de esas cosas en lo que hacía a sus propios libros. Y en lo que se a la novela en general, porque ésta tiene, obviamente, sus principios sumarios o premisas mayores en que las previsiones de los detalles particulares han confluído sin que por eso redunda su volumen, su fisonomía o su dimensión estética.

Hardy concebía sus libros arquitecturalmente, en la misma perspectiva de grandeza con que, atado y personalmente, estaba habituado a planear naves de templo, absides, cruces. El mismo cuenta leyendo a Henry James —y por lo que se ha leído más arriba se deduce— que no compartía el juicio que sigue: "la sensación de que se podía frecuentar esa estructura amanerada y prosaica sino cuando no se tenía ocasión de ir al encuentro de mayores temas. El que ocasionaba esta sensación era el *Reverberate*. Y pronosticaba Thomas Hardy que las grandes novelas del futuro no tendrían nada que hacer



Carlos Dickens

con las minucias de manera. (En lo que tenía razón.) "La misión del poeta y del novelista —decía— consiste en mostrar la tristeza que existe bajo las más grandes cosas, y la grandeza existente bajo las cosas más tristes." Según sus biógrafos, a Hardy no le importaban ni mucho ni poco las costumbres, las actitudes externas, los modos visibles de la gente —eso que se ha dado puerilmente en decir que los novelistas *observan*—, sino la substancia misma de la vida. A lo que los mayores

corativo, ningún obstáculo externo, ninguna digresión hacia lo externo y circunstancial turbaba la extraordinaria línea interna o sentido immanente de sus tenues relatos. Llegaba a la dramaticidad sin recurrir a las *appoggiature*; sólo mediante un dejar que las cosas fueran gradualmente abriéndose y mostrando su espectáculo interior.

Porque toda escena humana tiene dos cosas: la que está pasando y la que no está pasando; la que está quedando. Su intimidad sin tiempo, perenne.

De esto, en el fondo, sí se daba cuenta Thomas Hardy. Pues alguna vez dijo: "Esto concuerda con mis sentimientos sobre, pongamos, Heidelberg y Baden versus Scheveningen —como lo anoté al comienzo de mi "Retorno del Nativo"—, en el sentido de que la belleza de asociación es enteramente superior a la belleza del aspecto... Para hablar paradójicamente, se trata de ver la belleza que existe en la fealdad".

Y en otra ocasión, reflexiona: "Así, pues, si los defectos de la Naturaleza deben mirarse a la cara, cuándo comienza el arte en la poesía y en la novela? Porque deben implicar arte, o de lo contrario no son más que mero reportaje mecánico. Yo creo que el arte reside en hacer de aquellos defectos la base de una belleza no peribida, en imponerles la irradiación de la luz que nunca estuvo en su superficie, pero cuya existencia es dividida en ellos por el "ojo espiritual".

En este aspecto, Hardy no entendió una palabra de lo que era el arte de Henry James, en quien ningún accidente accesorio o de-

Edgar Allan Poe

EL SECRETO DEL PODER

Para el hombre y la mujer, al alcance de su mano, por sólo msn. 4.50 c/L (único desembolso) y a vuelta de correo recibirá certificada una maravilla de la ciencia que le abrirá los ojos para brillar en la vida como brilla en el firmamento una estrella de primera magnitud, sin talismanes, mascotas ni otras supercherías.

La organización editora "Sueca SKA, Ltda.", siembra felicidad y riquezas positivas a seres ambiciosos de un futuro mucho mejor.



Gíre por correo o banco, sin temor y sin dilación, el importe de \$ 4.50, a:

Sr. Gerente de "SKA Ltda."

LAVALLE 1362 — Buenos Aires

Cómo suprimir las imperfecciones del cutis



Usando los productos de

RAPHAEL DUFOUR

Aprobados por el Departamento Nacional de Higiene.

Desaparecerán de su piel, manchas, acné, puntos negros, pecas, arrugas, cutis grasoso o seco, asperezas y todas las imperfecciones cutáneas.

CREMAS,
POLVOS
y EMULSIONES

Precio por cada
producto, \$ 5%

Pida prospecto ilustrativo gratis y sin compromiso para usted o

RAPHAEL DUFOUR
PARAGUAY 631-Bs. As.-U. T. 32-0475

Los productos Dufour se venden en Farmacia Franco-Inglesa, Farmacia Nelson y casas de reputación en esta capital.

ACTUALIDADES



El general Farrell leyendo la placa recordatoria de la inauguración del dique San Roque.

DE LA VISITA DEL PRESIDENTE A CORDOBA

La inauguración del nuevo dique San Roque y la gran concentración de agricultores realizada en Marcos Juárez, subrayaron la importancia de la breve visita que el presidente de la Nación, general Edelmiro J. Farrell, realizó recientemente a la provincia de Córdoba, y en el curso de la cual se llevaron a cabo numerosos actos oficiales. Tres de ellos se reflejan aquí en sendas notas gráficas.



El comisionado municipal de la ciudad de Córdoba pronuncia palabras de bienvenida ante el presidente, su comitiva y autoridades.



Durante la gran concentración de agricultores realizada en Marcos Juárez, donde escucha la palabra del interventor en Córdoba, general Guglielmino.



EL DIA DE LA BANDERA EN SAN JUAN. — Singular lucimiento alcanzaron los actos realizados en San Juan con motivo de la celebración del Día de la Bandera. La ceremonia principal tuvo lugar en el parque de la ciudad, donde después de oficiada la misa de campo, el coronel Fajoli preside la alocución tomando el juramento a los soldados, en presencia del interventor federal, general Molina, de las autoridades cívicas y de muchos



JURO SU CARGO EL VICEPRESIDENTE. — En el Salón Blanco de la Casa de Gobierno, y dentro de las acostumbradas fórmulas protocolares, el presidente de la Nación tomó el juramento de su cargo al nuevo vicepresidente, coronel Juan D. Perán. Asistieron a la ceremonia altos funcionarios del gobierno y las autoridades militares y eclesiásticas. El coronel Pezón aparece aquí saludando al general Farrell, instantes después de prestar juramento.



DESFILE DE MODELOS. — Muy brillante resultó el desfile de modelos para la próxima temporada de primavera-verano, que la firma Hirschberg Tejidos S. A., realizó días pasados en "Gayescas". Se ven aquí tres sugestivos modelos de noche, en seda natural. De izquierda a derecha: vestido confeccionado en "Jacques Fouquet", "Delarme" y la variedad "Bahama", de Firmetex.



DESIGNACION. — Con motivo de haber sido designado profesor de economía y organización industrial de la Facultad de Ciencias Económicas, le fué ofrecido una demostración al ingeniero Tarcuato Di Tello. Asistieron al banquete, entre otras personalidades, el contraalmirante Pedro S. Casal, el general Manuel N. Savio y los señores Enrique Butty, Jorge W. Dobronich, Robustiano Patrón Costas, Ernesto C. Bontti, Salvador Orio, Carlos Alberto Pueyrredón, María A. de Tezanos Pinto, etc., etc.

La agradable
espuma de
KOLYNOS
limpia y refresca
toda la boca



**APENAS 1
CENTIMETRO DE
KOLYNOS**



Basta para Poetizar su sonrisa

Cuide su dentadura con KOLYNOS, la deliciosa crema dental cuya agradable y abundante espuma refresca la boca, al mismo tiempo que limpia los dientes. Prefiera entonces KOLYNOS si quiere sonreír con franqueza y belleza.



*el dentífrico
que poetiza la
sonrisa.*

HAGA DE SU DENTISTA SU MEJOR AMIGO

RITMO Y LEYENDAS DE AMERICA con el cuarteto vocal GOMEZ CARRILLO. Se irradia por RADIO BELGRANO todos los miércoles y domingos a las 22.05 hs. ¡No deje de escucharlos!



EL CUENTO DE AMOR

El salón azul y rubi

Por
CLAUDE FARRÈRE

ILUSTRACIONES DE FAIRMURST

Pues bien, en el año de gracia de 1906, los colores elegidos para el gran salón de baile, durante el carnaval de Niza, fueron el rubi y el azul.

La noche de esa fiesta mágica, y cuando terminaban de dar las once horas —ya la sala enorme, florida, engalanada, iluminada, desbordaba de una multitud resplandeciente, azul y rosa—, una pastora celeste, al pie de la gran escalinata que accedía hasta los salones de juego, se atrevió a decirle la palabra a un pastor de atavíos color rubi.

—Te conozco —le dijo.

(Mentira evidente; si lo hubiera realmente conocido se hubiera cuidado de confesárselo.) El la miró en silencio. Sus dos antifaces, apretados y prolongados por largos encajes, disimulaban por completo sus rostros. El sólo veía los ojos de ella, sus ojos verdes; y ella los ojos de él, sus ojos pardos.

La mujer continuó, con atrevimiento creciente:

—Te encuentras solo... No parece divertirse... ¿Te abandonaron tus amigos?... ¿No los tienes, acaso?... ¿Para qué viniste al baile?

El hombre continuaba contemplándola fijamente. Repuso al fin:

—Vine para verla.

La mujer retrocedió un paso.

—¿Para verme?... ¿A mí?... ¿Pero si tú no conoces ni mi nombre?

El se encogió suavemente de hombros.

—No tengo necesidad de conocerlo. Es usted la mujer que esperaba. La desconocida, aquella que aguardé toda mi vida. Tanto me da que se llame usted Jeanne como Suzanne.

La mujer lo miró, levemente inquieta. Preguntó al fin:

—¿Por qué no me tutea?

El hombre se inclinó para responder:

—Porque escuché su voz. Desde ese momento dejó de ser para mí una máscara anónima. La reconocí y sé que es aquella a la que yo aguardaba. Mi prometida. No creo conveniente tutear a mi prometida. Lo haré cuando sea mi esposa.

Ella rió:

—Es que ya soy la esposa de alguien... Mire...

Terció la mano izquierda, donde, bajo el guante de seda azul, traslucíase la alianza de oro. El le tomó la mano, quitó el guante y, después de besarla, le sacó el anillo.

—¿Lo ve usted? Ya no lo tiene. La mano está desnuda y su dueña es libre.

La muchacha no sintió el menor deseo de enojarse. Tomando el brazo que su compañero le ofrecía, ambos se mezclaron con la multitud. La farándula audaz y retorcida de un extremo a otro de la sala, grande como un parque. Llevados por el viento, corrieron. Teníanse de la mano, y sus palmas, apretadas una contra la otra, mezclaban sus vivientes tibiezas.

Terripeculo azul y satén rosado, semejaron,

durante cinco minutos, dos titeres tornadizos acudidos por cordales delirantes. Por fin quebróse la farándula para arrojarnos, sofocados y con el rostro humedecido, sobre dos sillones junto a un macizo de palmeras.

—¡No puedo más! —dijo ella—. ¡Es una locura!...

Para respirar levantó el encaje del antifaz. Un instante tan sólo, apenas el de un parpadeo, pero el preciso para que el hombre entrevera una nariz graciosa y una boca sensual.

—¿Quiere usted beber?... Es verdad que la farándula giraba con excesiva rapidez... Pero, ¿para qué estaríamos nosotros aquí si no fuera para aturdirnos?

Le sirvió un champaña dulce, que ella bebió a grandes sorbos. Sostenía la copa con las dos manos como una chiquilla que tiene mucha sed. Pronto sintióse levemente embriagada. Levantándose, quiso bailar de nuevo. El hombre, al tomarla del tallo, aventuró una caricia. Ella, riendo, lo amenazó con el dedo:

—¡Con una vez basta!... ¡Pero no comience de nuevo!

—¡Como usted ya no lleva alianza!...

La multitud gozosa los asediaba, obligándolos a oprimir y confundir sus cuerpos. El repitió:

—Ya no lleva usted alianza. El último lazo que la retenga a su vida ha sido quebrado.

Pertenece ahora al sueño, al sueño rosa y azul. Ya no es usted Jeanne o Suzanne, la mujer cuyo nombre no conozco. Es mi prometida, y pronto será mi esposa. Pronto, apenas la haya raptado...

—¡Raptado!... ¿En una silla de posta o en la grupa de su corcel?

—En la grupa primero y en la silla después, como lo exigen las conveniencias. Tendré cuarenta caballos mágicos, cuarenta caballos de bronce y acero que aguardan en la puerta de este palacio. Mandaré de inmediato un genio alado, un genio más rápido que el viento y el relámpago, para que retenga para los dos, es la posta más próxima, dos lugares en el carruaje de fuego que parte a medianoche.

—¿Adónde va?

—¿Qué importa adónde?... Al castillo del hada, su madrina..., o a la isla afortunada que alguien quiso regalarle alguna vez a la hermana de Aníbal... A otra parte, quizá... ¿Qué importa eso?... Quizá a París, si usted quiere a mi casa...

—¿A su casa?

—Es también una comarca de ensueño. Fíjese usted una casita p.queñita, oculta bajo árboles muy grandes. Cuando usted llegue estarán cubiertos sus peldaños de pétalos de rosa. Y el esclavo amarillo que traje del reino de la seda se arrodillará para besar el ruedo de su vestido...

—¿Así como todo esto sea un sueño solamente?

—Un sueño, es verdad. Pero no olvide que esta noche es la vida la irreal, y los sueños la única realidad...

El azar los había conducido cerca de la puerta. El vestíbulo, desierto, los atraía hacia afuera. Se detuvieron un instante para respirar el silencio y el hombre, a su vez, se sacó el antifaz. Un segundo, tan sólo, pero un instante lo reconoció y se precipitó hacia la mujer gritando hasta desgajarse:

—El automóvil del señor conde de...

El hombre se perdió en el estrepito callejero. De inmediato escuchóse el ruido de un vehículo. Y, semejantes a algún resplandeciente dragón de leyenda, los cuarenta caballos, con sus faros horadando la noche, se aproximaron al borde de la acera. El lacayo, solícito, abrió la portezuela.

Ambos, la pastora azul y el pastor rubi, pie en el umbral, se miraron:

—Ya lo ve usted —dijo él de pronto—, ¿tenía razón. El sueño, pese a nosotros mismos, se realizza... ¡Venga!...

Ella hizo un esfuerzo para retroceder, pero recobrase. Pero el champaña que había arrastrado las ideas de su mente en una cascada zarabanda. ¿Quería o no?... Lo ignoraba.

La deslumbraban los faros, como el espejo a las alondras. Giró dos veces sobre sí misma, como presa del vértigo... y, bruscamente, corrió hacia la abierta portezuela.

El lanzóse tras de la mujer. De paso, ordenó al lacayo:

—Telefónee a la estación. Un camarote en el rápido.

El auto gruñó en la calle en sombras. Entonces, solos ya, levantaron sus antifaces para gustar sus labios. Pero, como la noche pesara su sombra en torno de ellos, no se vieron, no se vieron más...

Tampoco se vieron en la oscuridad aun más secreta del tren, que huía vertiginosamente por montes y llanuras.

Se adormecieron. En el vagón en tinieblas, sus cuerpos parecían una mancha color de cielo y otra color de aurora. Un resto de ensueño volaba todavía sobre ellos.

Pero, poco a poco, el vidrio del vagón trocóse en blanco. Levantábase el alba, fría y erizada como un sudario. Nubes bajas pesaron sobre una campiña triste, sobre campos fangosos, esqueletos de árboles, dispersa escarcha. El día destronó la noche; un día de invierno, lúgubre y descolorido. El terciopelo azul y el satén rubí transformáronse entonces en ropas arrugadas, sucios, grotescos.

Juntos, el amante y la amante, despertaron. El tren atravesaba en esos momentos un río. En torno flotaban olas de niebla. Bajo ellas entrelazaba una ciudad. Chimeneas de fábricas surgían, mezclando con las nubes su humareda. El tren se detuvo. Sus empleados corrieron a lo largo de los vagones.

—¡Lyon!... ¡Quince minutos de parada! La pastora pasó dos veces la mano sobre su rostro.

—¿Lyon?... No comprendía... No lograba reunir sus recuerdos... ¿Y este vagón?... ¿Y ese vestido de carnaval?... ¿Y ese desconocido sentado cerca de ella?... demasiado cerca de ella?...

De pronto lo recordó todo, comprendió.

—¡Dios mío!... ¡Qué será de mí!... El hombre no replicó. ¿Para qué pronunciar palabras inútiles?... Ella estaba perdida, era evidente, para la ley moral del mundo. Calló, entonces, sintiéndose triste hasta lo más hondo de su alma. Ella pensó ahora:

—¡Toda mi vida destruída!... ¡Mi esposo!... ¡Mi pobre hijo!... ¡Mi hogar!...

Una emoción violenta lo conmovió de la cabeza a los pies. Puesto de pie, arrancó su máscara, desgarró su jubón. Ella, maquinalmente, lo imitaba: desgarraba su corpiño y su faldellín. Apareció entonces vestida con un traje de ciudad, correcto, gris...

—Señora —dijo él—, escúcheme usted. No llore así, se lo ruego... Estas ocho horas que acaba usted de vivir..., que usted cree haber vivido..., son realmente un sueño, un mal sueño..., una pesadilla... ¡Recuérdelo, nada más! No ha sucedido nada, nada, absolutamente nada... La única realidad es ésta: ayer, la embriagaron..., conoció usted la embriaguez... Hoy, hoy tomará en ese andén de la izquierda el tren que se ve allí..., sí, ése..., que la llevará a Niza... Su marido será indulgente... Su hija nunca sabrá nada... Yo..., yo no existo... ¡Vaya!... Adiós, señora...

Abrió la portezuela. La mujer no descendió de inmediato; contemplaba, a sus pies, con extraña fijeza, el satén rubí y el terciopelo azul. Pero al fin, como con esfuerzo, huý, corrió hacia el otro tren, desapareció en él.

Los dos silbatos resonaron al unísono. Solo en el vagón que lo conducía, él, ya lejos de ella, se arrodilló para besar piadosamente los despojos de seda, el sudario del sueño muerto. *



GUIA CAPRICHOSA DE BUENOS AIRES



A vueltas con el tránsito

El tránsito urbano nos tiene a todos enfermos del corazón. Vivimos sumergidos, embargados por él. Es una muralla movable que corta las calles o, mejor dicho, una muralla que se abre, que se cierra, que nos alienta, que nos burla, pero más infranqueable que cualquiera medieval. Sus lienzo, sus bastiones, están hechos de camiones, de tranvías y de bicicletas.

Está uno, spongamos, en la avenida de Mayo y Piedras, y sueña con las frondas y mármoles de la plaza San Martín, lleno de prisa, y no ve más solución que un taxímetro. Se mete, ciego, en el primero que encuentra, adelanta un metro en lo que supone que va a ser el vértigo, y se detiene en seco. No tan en seco, sino saltando, trepidando, ante la imposibilidad del chofer, que vuelve las espaldas y le da lo mismo. Se mira

Por
**Fernández
Moreno**

ESPECIAL PARA "LEOPLAN"
DIBUJOS DE
RAUL VALENCIA



Grecia en el ómnibus

VIAJA enfrente de mí, el rostro blanco y el traje negro. Pero, el rostro, de mármol, perfecto, clásico, entre los desgarrones del ómnibus. Como no me quiero convencer a mí mismo de su perfección, la miro y la remiro todo lo posible. Y hay que darse por vencido: no hay una falla.

La frente serena, la nariz recta, las aletas perdiendo netamente su ese en las mejillas, la boca entreabierta, como tallada por un cincel fino como el viento, dulce como la miel. Los ojos claros, zarcos; las cejas ya no reales, sino divinas. Rostro marmóreo, pero no duro, con brillos y sombras, debidos al juego de



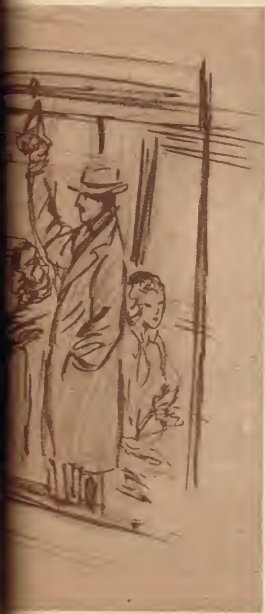
hacia adelante y todo el rebaño se ha detenido, balanceando. En mitad de las bocacalles, el agente de policía gira como un muñeco, ovillándose en la propia madeja del tránsito. Pero no nos hace caso. A lo lejos y a lo alto, la calle se estrecha hasta la fisura. Y los tranvías que, sin duda por antigüedad, y los tranvías que, sin duda por antigüedad, se creen dueños del espacio, hacen lo que quieren; allí está uno de ellos en diagonal, en la esquina, geológico. En fin, uno es siempre el que no puede pasar. A derecha e izquierda, las vidrieras familiares, los avisos multicolores, verticales u horizontales; y allá, inalcanzable, la meta florida. Aumentan las pulsaciones cardíacas del viajero, y se desespera, entre suspiros y denuesos. Es el momento en que recordamos el campo y nos contemplamos felices, crucificados en una tranquera, las puntas de las botas hundidas en el trébol fragante.

Si vamos a pie, y el tránsito nos sorprende en su espesura, es una especie de torreo de vehículos obligado, sin traje de luces y sin gracia. Los autos se nos echan encima y hay que adivinarlos, presentirlos, por una especie de sensibilidad de los hombros, de los músculos. Yo me siento muy a menudo atropellado, oigo el crujido de mi columna vertebral, rota como un leño viejo, y me veo aplastado contra el asfalto. Ya estoy un poco cansado de la faena. Confieso, francamente, que prefiero pegarme a un transeúnte, a un grupo de transeúntes más atentos que yo a la vida, y correr su albur.

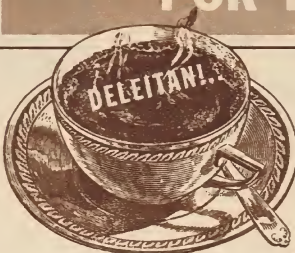


la luz sobre ellos. Porque la barbilla, por ejemplo, parece que fuera discutible aquí o allá. Y no. Es la luz. Es un poco de sol, sol de ómnibus, pobre y amarillento. El cuello, redondo, delicado, sin una palpación. Lleva un abrigo cuyas solapas le dividen y señalan el pecho, tan perfecto como el rostro. Ahí está. No hay más que dibujarla, esculpirla, para una Diana al sesgo, para una moneda, para un camefeo. Es un prodigio, una resurrección, un salto de Atenas a Buenos Aires, calle de San Juan arriba. Es una pequeña diosa que ha atravesado las generaciones, incólume, purísima, fugitiva y quieta. Hasta su pelo echado hacia atrás en rizos menudos le deja las orejas descubiertas, para mayor limpieza y nitidez de todo el rostro.

La miro incansablemente, absorto, maravillado. No le falta nada más que una cosa: las manos. Gordezuelas, rojizas, trabajadas, vedlas sobre el regazo negro. Ha debido dejarlas, en su viaje fabuloso, en algún mesón del camino, en algún trueque falaz de mercado. Y algo más: el cono de su divinidad detrás de la frente. ♦



3 TAZAS DE TODDY POR DIA!



POR LA MAÑANA

No hay mejor desayuno que una taza de TODDY bien caliente!



POR LA TARDE

Repone las energías y predispone para seguir con el trabajo o el estudio.



POR LA NOCHE

Nada mejor para un descanso completo y reparador que una taza de TODDY.

No hay régimen más delicioso para el invierno que tres tazas de TODDY bien calientes. Tómelas y sirvalas a TODDYta la familia! El tarro grande le rendirá mucho más. También en económicos estuches familiares.

¡Sintonice toddytos los domingos a las 22 hrs. las obras completas del TEATRO UNIVERSAL TODDY y las audiciones extraordinarias de los laúdes a las 20 horas por RADES.



PRUEBE TODDY UNA VEZ Y LO TOMARA TODDYTA SU VIDA!



Los visitantes se interesan por la labor de Jorge Adams, armador del Museo, que está preparando un ejemplar de chimpancé.



Un fósil de triceratops, animal que vivió hace unos 60 millones de años. Su apariencia es la de un verdadero tanque natural.

Un vistazo al mundo

Revelando el secreto

Quiénes tienen la idea de que un museo de historia natural es una mansión verusta y solemne, habrían de cambiar de opinión si pudieran visitar, en la actualidad, el que abre sus puertas al paseante en la ciudad de Nueva York.

En el deseo de proporcionar a las fuerzas armadas de la nación, y a las mujeres que trabajan en los Servicios Auxiliares, un motivo más de distracción en los momentos en los que se hallan fuera de servicio, las autoridades del museo han dispuesto que quienes visten uniforme pueden visitar, además de las salas destinadas a exhibición, los salones privados de la institución, donde una legión de expertos trabaja afanosamente para presentar al público los ejemplares debidamente acondicionados. De tal manera el visitante agrega al interés de la vista de una pieza geológica desconocida o rara, el hecho siempre interesante de haber observado cómo se prepara un fósil o un animal cualquiera antes de ser mostrado al público.

Pero no es eso todo: en las dependencias del museo existen además amplios salones dedicados exclusivamente a solaz de las fuerzas armadas y a sus huéspedes civiles. Hay allí cantina, sala de lectura, salón de juegos, etc., etc. Allí, todo aquel que viste uniforme: soldado de infantería, marino, aviador y las mujeres adscriptas a los Servicios Auxiliares del ejército y la marina, pueden pasar un rato agradable y entretenido.

Un sabio en ridículo

Pasó ya el tiempo en que los sabios creían que los fósiles eran formaciones caprichosas que la naturaleza hacía en el barro. A ese respecto

EN EL MUSEO DE HISTORIA
NATURAL DE NUEVA YORK
SE PREPARAN LOS ESQUELETOS
DE ANIMALES QUE VIVIERON
HACE 60 MILLONES DE AÑOS

Por

Remo Valcarce

ESPECIAL PARA "LEOPLAN"

se recuerda que, no muy lejos en la historia del tiempo, el sabio Beringer, a pesar de ser una de las notabilidades de su época, fué objeto de una pesada broma que tuvo la virtud de acabar con tan peregrina teoría. Sus propios alumnos escondieron, en los terrenos donde él acostumbraba excavar, una serie de tallas en piedra. Cuando el sabio hubo reunido lo que él creyó que era la colección más importante de la época, descubrió, en su última excavación, la estatua de un monstruo alado y deforme, que sonreía en forma insolente. En el pecho tenía grabada, con caracteres góticos, la palabra Beringer. La decepción del sabio, al comprender la broma cruel de que había sido objeto, fué enorme. Quemó la edición del libro que había hecho publicar al respecto, y procuró que sus "investigaciones" fueran olvidadas. 40 años después, alguien hizo editar, sin embargo, una segunda edición de aquella obra, para escarnio del sabio.

Hoy en día, se conoce ya perfectamente el proceso de formación de un fósil, y a través de esos restos, a veces insignificantes, se ha podido reconstruir el proceso evolutivo de seres hoy desaparecidos para siempre.

El Museo por dentro

Desenterrar un fósil es ya, de por sí, tarea difícil. Es necesario proceder con sumo cuidado a fin de no romper los restos del animal. Pero cuando una vez en el museo, los técnicos proceden a la tarea de limpiarlo, clasificarlo finalmente armarlo, la tarea se complica. En ciertos casos la labor demora un año y medio, debido a que es necesario proceder con suma cautela para colocar cada pieza en el lugar correspondiente. A veces, como es de imaginar, faltan algunas piezas anatómicas. Entonces los expertos deben reconstruirlas para completar el esqueleto total. Todo ese trabajo antes se hacía casi en secreto, en el ambiente tranquilo y apacible de las salas interiores de los laboratorios del museo, se efectúa ahora en público, para que los profanos gan un motivo más de interés en sus visitas.

De tal manera, los miembros de las fuerzas armadas y auxiliares, pueden ver, con la natural curiosidad que ello despierta, cómo se arma, por ejemplo, el esqueleto de una gacela o cómo se le coloca la piel al armazón del cuerpo de un chimpancé antes de exhibirlo en público.

Un mundo apasionante

A través de las salas del Museo, es posible trasladarse mentalmente hasta aquellos tiempos hace millones y millones de años, en los

la naturaleza se prodigaba en ejemplares enormes de la flora y de la fauna. En la época terciaria, por ejemplo, reinaban sobre la faz de la tierra los gigantes dinosaurios, de 40, 50 y más pies de altura. Con un poco de imaginación, no es difícil "ver" el panorama que presentarían las llanuras de lo que hoy es América pobladas por los brontosaurios, de la era jurásica, que alcanzaban a 66 pies de altura; por iguanodontes, que daban zancadas de quince pies de longitud y que en el agua se movían con enorme velocidad merced a los impulsos de sus poderosas colas; llanuras donde pacía también el triceratops, coloso de 8 toneladas de peso, armado con formidables cuernos frontales y provisto de un enorme espinazo. Aquel animal prehistórico vagaba hace la friolera de 60 millones de años, en las llanuras de lo que es hoy Wyoming, y se alimentaba con hojas y ramas de árboles. Pero el terror de todos aquellos seres era sin duda el formidable tiranosaurio, feroz carnívoro de 45 pies de altura, al que la naturaleza había dotado de colmillos de 11 pulgadas de largo.

¿Qué queda ya de aquel mundo de gigantes, donde los helechos parecían árboles y los seres vivientes verdaderas fortalezas de músculo y hueso? Nada más que unos cuantos fósiles cui-

dadosamente alineados en los museos para curiosidad del que los sobrevivió a todos: el hombre, que, según la teoría del sabio Ameghino, era en aquellas épocas un animalito semejante a una laucha.

Otros historias

Claro está que, por lo que respecta a los representantes de las fuerzas armadas, sus miembros se interesan principalmente en la historia natural de las regiones en las cuales han estado luchando, o en las que lucharán muy pronto, haciendo, ellos también, un poco de historia humana. Las representantes de las fuerzas auxiliares femeninas se reúnen en la sala destinada a los seres marinos. Allí la colección de bivalvos es enorme y algunos ejemplares son realmente notables. Tal, por ejemplo, la gigantesca ostra capaz de aprisionar un hombre, y cuya fuerza, si se tiene en cuenta la que poseen los ejemplares que los gastrónomos saborean con deleite ante una mesa bien servida, ha de haber sido prodigiosa.

Tal es, en síntesis, el panorama actual del Museo de Historia Natural de la ciudad de Nueva York. Estamos seguros de que el lector no ha de pensar ya que se trata de lugar vetusto y triste... ♦

prehistórico



Una enorme ostra llama la atención de dos reclutas de las Fuerzas Auxiliares Femeninas. Se trata de un ejemplar cuyo peso es de 519 libras.

El aceite Las Palmas
es
realmente delicioso!

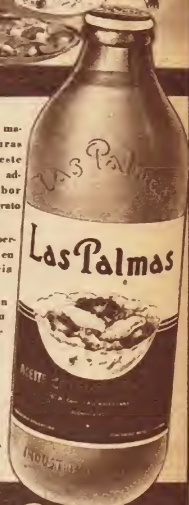


Las ensaladas, mayonesas y frituras preparadas con este exquisito aceite, adquieren un sabor delicioso más grato al paladar.

Su refinación perfecta se refleja en su transparencia cristalina.

Esta vez haga un ensayo, pídale a su almacenero Aceite LAS PALMAS.

DISTRIBUIDORES
S. A. Com
LA CASTELLANA



ACEITE
Las Palmas
EL ACEITE DE LA BUENA MESA

EL ASESINATO DE JULIO CÉSAR

por MARK TWAIN

ILUSTRACIONES DE RAUL VALENCIA

Único relato completo y auténtico aparecido ese día. Extracto del periódico romano "Los haces de la noche", diario de la fecha de este terrible accidente.

NADA en el mundo procura tanta satisfacción a un cronista como el reunir los detalles de un asesinato sangriento y misterioso, y exponerlos con todas las circunstancias agravantes. Experimenta un vivo placer en esa labor encantadora, sobre todo cuando sabe que todos los demás periódicos se están imprimiendo en aquel momento, y que él será el único en poder dar los espantosos detalles. Muchas veces he experimentado un sentimiento de pesar por no haber sido periodista en Roma, en tiempos del asesinato de César; cronista de un diario de la noche, el único diario de la noche que se publicase en la ciudad. Hubiese puesto en movimiento lo menos a doce reporteros de los diarios de la mañana, y los habría llenado de desesperación al leer la crónica más maravillosa que jamás haya podido ser escrita. Claro está que se han producido otros sucesos de tanto revuelo como éste; pero ninguno ha presentado tan particularmente todos los caracteres de crónica periodística, como se la conoce en el día, realizados y magnificados por la posición elevada, la reputación, la situación social y política de los personajes.

Puesto que no me ha sido posible hacer una información completa del asesinato de César de un modo regular, tengo al menos la satisfacción de traducir el fiel relato siguiente del texto latino de *Los haces de la noche*, de aquella fecha, segunda edición:

"Nuestra ciudad de Roma, tan apacible ordinariamente, se vio aver convulsionada por uno de esos crímenes sangrientos que producen espanto y escalofríos en cualquier parte del mundo.

"En este terrible crimen ha sido elegida como víctima uno de nuestros más estimados conciudadanos, cuyo renombre rebalsa las fronteras del país, debido en parte, dicho sea de paso, a la gran difusión de este diario y a nuestra constancia en la defensa de la reputación de dicha persona contra las calumnias y las mentiras de sus adversarios políticos. Estamos convencidos de que la víctima estaba adornada por las más altas dotes y de que se destacaba en la vida pública con relieves propios. Por esto es por lo que el sangriento suceso ha motivado una honda demostración de pesar. Se trata, pues, del señor Julio César, emperador electo.

"He aquí los hechos, tal como surgen de las informaciones que han podido ser recogidas por nuestro cronista, romando los datos de los

contradictorios relatos que le hicieron los testigos presenciales.

"El origen de todo fué, naturalmente, una querrela electoral. Las nueve décimas partes de las espantosas matanzas que nos deshonran diariamente en nuestra ciudad, son causadas por las querrelas, celos y odios provocados por esas malditas elecciones. Roma ganaría mucho si los mismos agentes de policía fuesen nombrados por cien años. Porque es un hecho comprobado que no hemos podido elegir ni siquiera un recogedor de perros sin celebrar el suceso con una docena de cabezas rotas, y llenando los puestos de policía con vagabundos ebrios.

"Además, sabido es que, cuando días pasados ese distinguido caballero fué proclamado en la plaza del Mercado por una aplastante mayoría, y se le ofreció la corona, no se salvó de los insultos, como los murmurados por hombres de la clase de Casca, del décimo distrito; por otros adeptos de los candidatos derrotados, venidos, sobre todo, del undécimo y décimotercer distritos, y de los otros de las afueras. Se les sorprendió comentando con ironía y desprecio la conducta del señor César en esta ocasión, a pesar de su bizarro desinterés demostrado al rehusar por tres veces la corona.

"A estar a las versiones que circulan entre los que fueron sus amigos, el asesinato de Julio César era un plan concebido y largamente madurado por Marco Bruto y un grupo de maldados a sus órdenes, cuyo programa ha sido fielmente ejecutado. Si esa sospecha reposa sobre bases sólidas o no, dejamos a la policía que lo juzgue. Nosotros nos limitamos a consignar los hechos tal como han ocurrido, en el siguiente relato del triste suceso.

"El Senado estaba ya reunido, y César bajaba por la calle que conduce al Capitolio, hablando con algunos amigos, y seguido, como de costumbre, por un gran número de criados. Precisamente cuando pasaba por delante de la droguería de Demétrios y Tucidides, hizo notar a un caballero con apariencias de adivinator del porvenir, que los Idus de Marzo habían llegado; a lo que contestó el otro: "Sí; pero aun no han pasado". En aquel momento, Arctimidor se adelantó y dijo a César "que tenía mucha prisa", y pidióle que leyese un papel, un cuaderno o algo parecido, que había llevado para enseñárselo. Decio Bruto dijo también algunas palabras con respecto a una "insignificante investigación" que quería someter al dictamen de César. Arctimidor hizo valer la prioridad, diciendo que su escrito concernía personalmente a César. Aquel replicó que lo que se refería a éste debía quedar en segundo lugar; dijo esto o algo análogo. Arctimidor le suplicó que leyese aquel papel inmediatamente (!), pero César se apartó y negóse a leer ninguna petición en la calle. Entró en

seguida en el Capitolio, y la multitud tras él.

"Posiblemente, en aquellos instantes, fué sorprendida la conversación siguiente, que relacionada con los sucesos que acaecieron, toma una terrible significación. El señor Pripelo Lena hizo notar a Jorge W. Casco, comúnmente conocido con el nombre de "el mozo grueso del tercer distrito", que andaba por allí: un agitador pagado por la oposición, al que deseaba buen éxito en la empresa. Y como Casco preguntase: "¿Qué empresa?", el otro se contentó con guiar un ojo, diciendo con una indiferencia fingida: "Buena suerte", y se fué al lado de César. Marco Bruto, del cual se sospecha que fuera el que capitaneaba la banda que cometió el crimen, preguntó qué era lo que Lena acababa de decir. Casco se lo repitió, añadiendo en voz baja: "Temo que se describa nuestro proyecto".

"Bruto encargó a su miserable cómplice que vigilara a Lena, y un momento después, Casco se unió con Casca, ese famélico vagabundo cuya reputación es detestable, encargándole que no perdiera tiempo, pues temía que abortase el plan.

"Casca se volvió hacia Bruto, muy excitado, y pidió instrucciones, jurando que, o César o él, uno de los dos, quedaría en el sitio, porque se hallaba decidido a sacrificar su vida.

"En aquel momento, César hablaba con algunos representantes de los distritos rurales, y apenas si se fijaba en lo que a su alrededor ocurría. W. Trebonio entabló conversación con un amigo del pueblo y de César: Marco Antonio, y con un pretexto u otro los separó. Bruto, Decio, Casca, Cinna, Metelio Cimber y otros de esta banda de infames forajidos que infestaban Roma actualmente, aproximándose al infortunado. Metelio Cimber, entonces, arrojándole y pidió el perdón para su hermano desterrado. César se avergonzó de aquella bajura y se lo negó. En seguida, a una señal de Cimber, Bruto primero y después Casco, imploraron la vuelta de Publio que se hallaba cargado. Pero César negó igualmente. Dijo que nada podría conmoviérlo, que estaba tan inmóvil como la estrella polar, y comenzó después a hacer el elogio, en los términos más halagadores, de la estirpe y de esa estrella y de firmeza de su carácter. Añadió que él era semejante a ella y que pensaba ser entre todos los hombres el único así. Y, por lo tanto, si la vida constante en creer que Publio debía estarlo, constante debía ser en creer que él había de continuar en el castigo, y que preferiría ser colgado él mismo a libertarlo del territorio.

"Valiéndose en seguida de ese fútil pretexto de violencia, Casca se abalanzó contra César tirándole una puñalada. Pero César, con la mano derecha le contuvo el brazo, y con el izquierdo le dió tal puñetazo, que el

nable, ensangrentado, cayó rodando por el suelo. Apoyóse en seguida en la estatua de Pompeyo y se puso en guardia. Casio, Cimber y Cinna se precipitaron sobre él con el puñal levantado, y el primero consiguió herirlo. Pero, antes de que los agresores pudiesen repetir el golpe, César tendió a sus pies a los tres asesinos, de otros tantos puñetazos. Durante este tiempo el Senado se hallaba en un tumulto inarrable. La multitud de ciudadanos se agitaba en los corredores y en sus esfuerzos frenéticos para escapar, habían obstruido las puertas. La fuerza pública luchaba contra los asesinos. Venerables senadores habían arrojado sus túnicas molestras y saltaron sobre los bancos, huyendo de una confusión salvaje a través de las salas laterales para encontrar refugio en las salas de las comisiones. Un millar de voces gritaban: "¡La policía!, ¡la policía!", en tonos tan discordantes que se elevaban sobre el estrépito, espantoso como el silbido de los vientos sobre la tempestad que ruga. Y ante todo esto continuaba de pie el gran César, adosado a la estatua, como un león acorralado; sin armas, lu-

chando con sus nianos contra los agresores, con el aspecto altivo y el valor intrépido que tantas veces había demostrado en los sangrientos campos de batalla. Trebonio y Cayo Lizario le hirieron con sus puñales, y ambos rodaron por el suelo, como habían rodado sus cómplices. Por último, cuando César vió a su antiguo amigo Bruto que se dirigía hacia él armado con una daga mortífera; dícese que pareció sucumbir bajo el dolor y el asombro. Dejó caer su brazo invencible, ocultó el rostro en los pliegues de su mano y recibió el golpe que le asestara el traidor, sin hacer un solo esfuerzo para apartar la mano que se lo dirigía. Dijo únicamente: "¿Tú también, Bruto?", y cayó muerto sobre el mármol del pavimento.

"Se afirma que el traje que llevaba cuando fué muerto, era el mismo que vestía la tarde del día de su victoria sobre los galos. Cuando se lo quitaron, se vió que estaba agujereado y desgarrado por siete lados diferentes. Este traje se ha llevado ante el tribunal, constituyendo una prueba irrefutable del asesinato. En los

bolsillos no se ha encontrado nada. Estos últimos detalles son dignos de fe.

"De ellos nos ha enterado Marco Antonio, cuya posición le pone en condiciones de conocer todas las particularidades relacionadas con el asunto de mayor actualidad hoy.

"Últimas noticias: Mientras el magistrado convocaba al jurado, Marco Antonio y otros amigos del difunto César se apoderaron del cuerpo con el propósito de conducirlo al foro.

"A última hora, Antonio y Bruto estaban preparados para pronunciar sendos discursos ante el cadáver, y producían tal estrépito entre el pueblo, que en el momento de entrar estas páginas en prensa, el jefe de policía se halla convencido de que van a ocurrir disturbios, y toma las necesarias medidas del caso para reprimirlos." ♦

(1) Detalle digno de ser notado: William Shakespeare, quien asistió al deplorable suceso, desde el principio hasta el fin, insinuó que aquel escrito no era otra cosa que una delación, en la que se descubría a César un complot tramado contra su vida.



LA EJECUCION DE LUIS XVI CONTADA



Luis Augusto de Francia, el rey débil, mostró durante los instantes previos a su ejecución, una admirable serenidad. Este grabado de la época lo muestra ya sobre el tablado de la guillotina, en los minutos calmantes que describe, en la presente nota, su propio verdugo.

AÚBICO, falto de iniciativa, con escasa personalidad y sin ambiciones, Luis Augusto de Francia, duque de Berri, que reinó con el nombre de Luis XVI en la Francia convulsiva de fines del siglo XVIII, parecía condenado por un hado adverso. Tanta era la inferioridad que sentía que en una ocasión, como un cortesano le cumplimentase sobre la precocidad de su inteligencia, hubo de contestarle:

—Estáis equivocado, no soy yo ése, sino mi hermano, el conde de Provenza.

Únicamente lo salvaba su sinceridad. Reconocía sus defectos. Y como contraste con su espíritu normalmente débil, está la entereza que muestra el 21 de enero de 1793, en la Plaza de la Revolución, frente al verdugo Samson.

De los siete hermanos del duque de Berri, nacidos del segundo matrimonio del hijo de Luis XV con la princesa María Josefa de Sajonia, tres murieron de corta edad; el cuarto, Luis Estanislao Javier de Francia, conde de Provenza, reinó con el nombre de Luis XVIII; el quinto, Carlos Felipe, conde de Artois, también reinó llevando el nombre de Carlos X. Dos mujeres completaban el número, de las cuales la última, María Isabel, murió, como su hermano, en la guillotina.

El 23 de agosto de 1754 nace aquel que pasaría por la historia con el nombre de Luis XVI. Once años después se convierte, por fallecimiento de su padre, en heredero directo del trono en el que reinaba su abuelo Luis XV. No contaba dieciséis años cuando se le impuso en matrimonio a María Antonieta de Lorena, archiduquesa de Austria, hija de Francisco de Lorena y de la emperatriz María Teresa, de 15 años de edad, aun no cumplidos. Los jóvenes recién casados se convierten bien pronto en los ídolos del pueblo.

Cuando el 10 de mayo de 1774 fallece Luis XV y se le comunica al Delfín que él debería ocupar el trono de Francia, se expresó con palabras que demostraban sus temores:

—¡Dios mío, es reinar demasiado joven! ¡Dios mío, protégeme y ayúdame en mi insuficiencia!

Ese hombre que hubiera sido un excelente artesano se convierte de pronto en el rey de Francia. Los esfuerzos hechos por darle una sólida inteligencia fueron estériles y no pudieron desenvolver en él la energía que las circunstancias exigían.

El 11 de diciembre de 1792 se transforma Luis XVI en *Luis Capeto*. Ha dejado de ser monarca para trocarse en prisionero de la Convención. Cuando le comunicaron el decreto en virtud del cual debía comparecer para ser juzgado, afirmó con esa entereza que parece patrimonio de los tímidos en las circunstancias excepcionales:

—Capeto no es mi nombre; uno de mis antepasados lo ha llevado, pero no es el de mi familia.

Ello no impidió que como *Luis Capeto* fuera juzgado y fuera condenado. Trescientos setenta y un votos decidieron su muerte. Sus últimas palabras ante la Convención revelan confianza.

—¡Hablandos por última vez —dijo—, yo os declaro que mi conciencia no me reprocha nada y que mis defensores no han dicho más que la verdad. Jamás he temido que mi conducta fuese examinada públicamente, pero mi corazón se desgarró al encontrar en el acta de acusación la imputación de haber querido hacer derramar la sangre de un pueblo.

La noticia de que había sido condenado a la guillotina la recibió Luis XVI con tranquilidad. Únicamente demostró alguna emoción cuando encontró entre los nombres de quienes habían votado por su muerte el del duque de Orleans, su primo hermano.

El 21 de enero de 1793 es conducido entre dos filas de Guardias Nacionales desde el Templo a la Plaza de la Revolución, donde se levantó la plataforma en cuya altura brillaba la guillotina. Pero

POR EL VERDUGO

Por
Guillermo Cabanellas
ESPECIAL PARA "LEOPLAN"

jemos que el propio verdugo Samson nos describa los últimos momentos de Luis XVI.

"Descendiendo del coche para la ejecución, se le dijo que era necesario que se quitara su chaqueta. Opuso algunas dificultades, indicando que se le podía ejecutar como estaba. Al replicarle que eso era imposible, el mismo ayudó a quitarse la ropa.

"También puso dificultades al tratar de atarle las manos, pero en seguida cedió cuando la persona que le acompañaba le dijo que éste era un último sacrificio.

"Después preguntó si los tambores redoblarían siempre; se le contestó que no se sabía y esto era la verdad.

"Subió a la plataforma y pretendió adelantarse como para hablar, pero se le prohibió.

"Entonces se dejó conducir hacia el lugar del suplicio y una vez allí gritó muy alto: "¡Pueblo, muero inocente!" Volviéndose hacia nosotros nos dijo: "Señores, soy totalmente inocente de lo que se me inculpa y deseo que mi sangre pueda cimentar la felicidad de los franceses".

"He aquí sus últimas y verdaderas palabras.

"Para rendir homenaje a la verdad, se mantuvo con una sangre fría y una firmeza que nos asombró a todos. Estoy convencido de que basaba su firmeza en los principios de la religión, de la que nadie parecía más penetrado y persuadido."

Tales son las palabras textuales que Samson, ejecutor de las sentencias de muerte y testigo de excepción, escribió en una carta pocos días después de la muerte de Luis Capeto. Vemos por ellas que Luis XVI reveló en sus últimos momentos una entereza de carácter que sorprendió hasta a su propio verdugo. En los posteriores instantes pareciera como si su personalidad cobrara un nuevo ritmo, y en donde hubo debilidad apareció firmeza.

De la familia de Luis XVI, su esposa, María Antonieta, es ejecutada el 16 de octubre del mismo año. Su hermana, la princesa Isabel, el 10 de mayo de 1794. Su hijo, el pequeño Delfín, guardado por el zapatero Simón, sucumbe dos años más tarde que sus padres; algunos dicen que por los malos tratos a que estaba sometido. ♦



Separado de María Antonieta y de sus hijos, Luis XVI se despidió de ellos con entereza por encaminarse al cadalso. El nieto de Luis XV fue ejecutado el 21 de enero de 1793.

ORGULLO DEL BUEN TIRADOR..



ESCOPETAS-RIFLES-CARABINAS

CENTAURO
* LA MARCA DE LOS ENTENDIDOS *

Se fabrican en varios modelos y todos los calibres.



Se venden con certificado de garantía

SI SU VENDEDOR NO LAS TIENE SOLICITELAS A

• **LEANDRO REDAELLI** SALTA 1071 - Bs. AIRES •

NO ACEPTE



X



CUANDO PIDA
GOMINA
FIJASE
QUE DIGA



GOMINA
UNICO FABRICANTE
BRANCATO

¿Conoce Ud...?



...Nuestras



¿C ONOCE usted, lector, nuestro país?

He aquí una pregunta a la que no todos los habitantes de la República podemos responder — como sería de desear — afirmativamente.

La Argentina es grande y no siempre nuestras posibilidades están en relación con nuestro afán de recorrerla. Pero, ¿conocemos al menos nuestras ciudades, nuestros lugares históricos, nuestros paisajes característicos, nuestros parques, nuestros templos o nuestras estatuas?

Poner a prueba el conocimiento que el lector tiene de todo eso es el objeto de la presente sección.

Identifique, pues, las ciudades cuyas fotografías ilustran las presentes páginas, y recurra... si lo necesita, a los datos que damos de ellas en "Aquí le contesta mos".



ciudades?



EL CUENTO DEL MAR

Los siete tripulantes

Por
**HECTOR
PEDRO
BLOMBERG**

ILUSTRACIÓN DE VALDIVIA

ESTA historia la he contado muchas veces, en diversas ciudades, en variados puertos, y la mayoría de las gentes que la han escuchado no la han creído. Pero yo juro solemnemente que lo que cuento aquí es verdad. Los hechos, por más extraños que parezcan, sucedieron del modo que yo los relato, hace siete años justamente.

Fué a bordo de un brick americano, el *Martín Wilsonson*, matrícula de Charleston, un velero bastante viejo, que arrastraba sus viejas maderas por las costas de la América del Sur cargando salitre, hierro viejo, máquinas nuevas, algodón, café, cueros... Me nombraron oficial a bordo de este desdichado barco, y pisé por vez primera sus carcomidos puentes



una mañana de invierno, en los muelles agitados de Charleston. Me hizo mala impresión, lo confieso. Hacía más de dos años que no lo pintaban. Parecía un barco atacado de lepra.

Dejamos parte del cargamento en Montevideo, y seguimos viaje al sur. Debíamos cruzar el estrecho y llegar hasta Antofagasta, por nitratos.

El *Martha Williamson* había salido de aguas norteamericanas en el invierno. Era también en invierno cuando las marejadas furiosas y cruces empujaban al podrido velero en las entrañas siniestras del estrecho de Magallanes. Perdimos varios hombres, cuatro o cinco. ¡Pobrecitos! Es necesario haber sido marino para comprender lo que significa estar a bordo de un viejo barco de vela en una zona de tempestades como es la entrada del estrecho durante todo el año.

Yo solía pensar, algunas veces, que estábamos viviendo la leyenda del capitán Vanderdecken y el buque fantasma que nunca pudo doliar el cabo de Ultima Esperanza.

Los marineros que quedaban: finlandeses, noruegues, dinamarqueses, y un puñado de negros de Nueva Orleans y Cuba, estaban desmoralizados después de la desaparición de sus pobres compañeros. Además, el trabajo brutal, incansante, les enfurecía cada vez más.

En mitad del estrecho, al cabo de un mes largo y espantoso, entramos en una zona de calma. Las aguas se extendían, inmensas, transparentes y serenas, por todas partes. Tan sólo el soplo de las brisas heladas nos recordaban donde estábamos...

¡Pobrecitos! Yo los dejaba dormir a los dinamarqueses, noruegues y finlandeses. El *Martha Williamson* navegaba a medio trapo en aquellas noches tranquilas y profundas.

¡Las noches del estrecho de Magallanes! Sólo pueden compararse a las noches de las costas del Africa Occidental, radiantes, silenciosas; arriba todas las estrellas de la Vía Láctea se encienden sobre la miseria, la tristeza y el cansancio de los marineros; abajo se siente, bajo la quilla de los barcos, el beso de los océanos...

Una de esas noches, estando de guardia, sorprendi dormitando al timonel. Era un negro de enorme estatura: un cubano. Me dió lástima. Le desperté del todo, en la noche magnífica, y le dije que podía irse a dormir. Yo me quedé junto al timón, bajo las estrellas. El *Martha Williamson* robaba un poco, como rolan todos los barcos viejos, y el *Martha*, además, estaba mal estibado desde que salimos de Montevideo. El suspiro jadeante, como he dicho ya, a medio trapo. El sortilegio de la noche, el resplandor extraordinario de la Cruz del Sur, del estrecho, llenaba la noche inmensa del sur. ¡Ah! como parecía abrir sus brazos de estrellas como un símbolo inmenso de esperanza, como un gesto infinito de amor sobre la miseria del mar, sobre el dolor de la tierra, que se zamborrea extrañadamente en mi alma. Eran las dos de la mañana.

Fué entonces cuando mis ojos adormecidos presenciaron un extraño espectáculo: un barco espectral, navegando en el misterio azul de la noche, sin luces y a medio trapo como nosotros. Créi que se trataba de un sueño. Recordé claramente que vi siete hombres extra-

ños, horribles, transparentes como fantasmas, que estaban encaramados en la arboladura, empujados en la faena de recoger una de las grandes velas que el viento helado y alveoso del Antártico empezaba a hinchar en la proximidad del alba...

No sé cómo fue, pero me quedé profundamente dormido. Acuéronse que cuando mi cabeza cayó sobre la rueda del timón, el *Martha Williamson* robaba fuertemente bajo el soplo del viento glacial... Me dormí arrullado por el sortilegio de la noche magnífica; comencé uno de los crímenes mayores que puede cometer un marino incante, un hombre a quien se le confía la vida de sus humildes compañeros y la fortuna de sus armadores. Me dormí en el timón, con la visión del buque fantasma en mis pupilas, de los siete tripulantes espectrales recogiendo la gran vela en la brisa huracanada del alba, en la maniobra que yo debía haber dispuesto en ese momento bajo peligro de que el *Martha Williamson* se tumbase en medio del estrecho de Magallanes, y se fuera a pique quizá...

Desperté bruscamente dos horas más tarde. La guardia, que debía haber sido relevada: las cuatro, no lo había sido. Estaba amaneciendo, una de esas madrugadas gloriosas y deslumbrantes del estrecho que llenan de gloria el alma de los hombres, en que los cielos parecen jugar con todas las maravillas de la creación y los mismos marineros se convierten ante el gran espectáculo que no comprenden, advirtiéndolo sólo que se hallan en presencia del Creador...

Como decía, la guardia no había sido relevada. Los tripulantes del *Martha Williamson* dormían profundamente, como pueden dormir los marineros de un pobre velero que ha logrado entrar sano y salvo en el estrecho. El viento soplaban con furia creciente en el amanecer grandioso y helado, pero el *Martha Williamson* no robaba... Miré hacia arriba: manos misteriosas y providenciales, en la bruna del alba, habían arrojado la mitad del velamen; habían realizado la maniobra necesaria para que el barco no se fuera contra las horribles rocas de la orilla...

Pálido de terror, volví a mi memoria la visión del barco espectral que había visto pasar bajo la gloria deslumbrante de las estrellas, cuando me iba quedando dormido junto a la rueda del timón; volví a ver, distintos y espantosos, los siete marinos fantasmas... ¿Habían sido esos siete espectros los que habían realizado la maniobra a bordo del *Martha Williamson*, salvándonos a todos nosotros de la muerte y al barco de su segura perdición, mientras todos dormían a bordo? Hasta hoy, diez años después, sigo creyendo que sí. Las gentes duermen cuando yo lo quento, mueven la cabeza, algunos se ríen, como insinuando que yo estaba borracho cuando vi el barco fantasma y sus siete tripulantes.

De dónde había salido ese barco? ¿Sería uno de los innumerables veleros perdidos para siempre en las soledades inmensas del estrecho, desde hace cientos de años? ¡Quién sabe!... ☼

APRENDA MECANICA DENTAL

LE ENSEÑAREMOS EN POCOS MESES. CLASES DIURNAS Y NOCTURNAS.

Toda persona tarde o temprano necesitará colocar dientes artificiales, que los mecánicos para dentistas ejecutan para los profesionales. HAY GRAN DEMANDA.

No hace falta experiencia mecánica previa. ¡ABRASE CAMINO EN LA VIDA! GRATIS. — Pide inmediatamente el interesante folleto explicativo, o mejor ponte a conversar personalmente. — Escribanos hoy mismo.



Profesión lucrativa para ambos sexos.

Escuela de Mecánica Dental de Buenos Aires
2021 - RIVADAVIA - 2021

NO SE DICTAN CLASES POR CORRESPONDENCIA

Nombre

Calle

Localidad L. 244

GUITARRAS

FABRICANTES DESDE 1970
DESDE \$ 18 HASTA \$ 1.500

MÉTODOS MÚLTIPLES
CUERDAS

CREDITOS

COMPONENTES GUITARRAS

ALQUILER

CASA NUEVA

SIC. DIEGO & GRACIA

SARMIENTO 1573- Bs. As.

PREFERENCIAS POR CONCERTISTAS Y MAESTROS

SOLICITE CATALOGOS

LOS REMITIDOS GRATIS

PRODUCTOS CAPILATYS

ABSOLUTAMENTE VEGETALES

LOCION CAPILAR: Preserva y detiene la calvicie; tonifica, fortalece y favorece el crecimiento del cabello. Evita y combate la caspa y la borrea. Pco. de 150 c.c., \$ 4.50; de 250 c.c., \$ 7.00; y de 500 c.c., \$ 12.00.



SHAMPOING, para el lavado e higiene de la cabeza. Frasco de 100 c.c., \$ 0.90, y de 250 c.c., \$ 2.10.

FIJADOR LIQUIDO VEGETAL, exento de grasas y aceites; no produce caspa; fija, da brillo y sedosidad al cabello. Frasco de 50 c.c., \$ 0.80; de 100 c.c., \$ 1.50, y de 160 c.c., \$ 2.50.



Venta en perfumerías, farmacias y tiendas, y si no los encuentra en la casa de su preferencia, pídanlos hoy mismo previo envío de giro o bonos postales, directamente a:

LABOR. CAPILATYS Sdo. Ingénieur 1288 - (U. T. 23 - 0846) Bs. As.

El romancero se



EN el tiempo de la conquista de América, el pueblo español — todas las clases del pueblo — poseía un maravilloso tesoro de arte y de cultura: el romancero. Viejos recuerdos de historias antiguas — Nerón cantando en la Roma incendiada —, inolvidables heroísmos de la raza, aventuras de los paladines de las gestas, el Cid, Bernardo del Carpio, las intrincadas andanzas de Carlomagno y sus doce pares, las misteriosas leyendas de los celtas, Tristán, Lanzarote, y los episodios casi recientes de la conquista de Granada, todo era materia de romance.

Amores, aventuras, crímenes, milagros eran canturreados con una tonada monótona por toda la nación. Era una sabiduría común. Podía citarse un verso, suelto de cualquier romance, y el oyente sabía a qué atenerse, comprendía la alusión. Don Quijote, vapseado en el camino, se lamenta con letra de romance:

*¿Dónde estás, señora mía,
que no te duele mi mal?
O no lo sabes, señora,
o eres falsa y desleal...*

Esas letras pasaron a América con los

conquistadores. "Acuérdome — dice Bernál Díaz del Castillo, compañero de Hernán Cortés en la conquista de México —, que llegó un caballero que se decía Alonso Hernández Puertocarrero, y dijo a Cortés: "Paréceme, señor, que os han venido diciendo estos caballeros que han venido otras veces a esta tierra:

*Cata Francia, Montesinos,
cata París la ciudad,
cata las aguas del Duero
do van a dar a la mar;*

yo digo que miréis las tierras ricas, y sabéis bien gobernar.

"Luego Cortés bien entendió a qué fin fueron aquellas palabras dichas, y respondió:

*"Denos Dios ventura en armas
como al paladín Roldán,*

que en lo demás teniendo a vuestra merced y a otros caballeros por señores, bien me sabré entender."

El romancero era planta llena de savia, que prendía con un gajo en cualquier tierra y en seguida se adornaba con flores nuevas. Entre esos mismos capitanes del conquistador de Nueva España, tan amigos de citar romances, nacieron romances nuevos, que cantaban las recientes hazañas:

*En Tacuba está Cortés
con su escuadrón esforzado,
triste estaba y muy penoso,
triste y con grande cuidado
la una mano en la mejilla
y la otra en el costado...*

Las nuevas palabras de América se iban acomodando al metro de ocho sílabas, como en el romance de los milagros de Santo Tomé, que Ciro Bayo — hombre curioso, pintoresco y trashumante — recogió mientras bajaba el río Paraguay desde de Corumbá en dirección a Buenos Aires:

*Santo Tomé iba un día
orillas del Paraguay,
aprendiendo el guaraní
para poder predicar.
Los jaguares y los pumas
no le hacían ningún mal,
ni los jejenes y avispas
ni la serpiente coral.
Las chontas y motacúes
palmito y sombra le dan;
y el mangangá le convidó
a catar de su panal...*

Esta nueva realidad americana, entre indígena y española, se dejaba mecer, perezosamente, en el ritmo de los romances. El primer poeta nacido en nuestros pagos, don Luis José de Tejeda y Guzmán, cantaba en romances sus aventuras juveniles en la Córdoba del siglo XVII, que él comparaba — ya arrepentido de sus pecados — a una Babilonia nefanda.

*La ciudad de Babilonia,
aquella confusa patria,
encanto de mis sentidos,
laberinto de mi alma...*

Y tal vez por los mismos años, un funcionario o tintierillo colonial garabateaba en una hoja en blanco de los libros del Cabildo de Jujuy un romance (encontrado luego por Ricardo Rojas) sobre los amores de un tímido mancebo con la mujer de un gobernador:

*Un martes era por cierto
cuando aquel hermoso sol
de Catalina Sambrano,
mujer de un gobernador,
saliendo un día a pasearse
con damas de gran primor
se enamoró de un mancebo
por su sonora voz.
Escribele mil billetes
y prendas de gran valor,
y el mancebo se curaba
de tener con ella amor...*



Don Juan

Traslada

Por
**José Luis
Lanuza**

ESPECIAL PARA "LEÓN" ILUSTRACIONES DE D. VILLAFARÉ

Poco a poco los romances se iban adaptando a la tonada criolla y aun al habla puechera, como aquel (atribuido sin mayor convicción al canónigo D. Baltasar Criel) en que Canta un guaso en estilo campestre los triunfos del Excmo. Señor Pedro de Cevallos:

*Aquí me pongo a cantar
abajo de aquestas talas,
del maior guaina del mundo
los triunfos y las gazañas...*

Las guitarras de los gauchos acompañan bien la monotonía del romance. Panteón Rivarola, autor de un Romance troico sobre la reconquista de Buenos Aires en 1806, explica que escribe "en verso corrido porque esta clase de metro se acomoda mejor al canto usado en nuestras comunes instrumentos y, por consiguiente, es el más a propósito para que esta clase de gentes lo declame y cante: los labradores en su trabajo, los artesanos en sus talleres, las señoras en sus estradas y la gente común por calles y plazas". De tal manera seguía uniendo el romance a todas las clases sociales de un país, entre nosotros lo adoptaron todos los aures, ya se llamaran cultos o populares. En los romances había escrito Tejeda, poeta argentino, y en romances escribió Hidalgo el primer poeta popular de después de la revolución. Echeverría también los escribió

preludiando en tonos nuevos.

Ninguno, o casi ninguno de nuestros poemas se sustrajo a su metro, aparentemente fácil. Ni Hernández, ni Ascasubi.

Lugones, ni Banchs. A ratos se acortillaba, a veces resumía la raigambre española. "Era tan parecida la imagen de un caballero de leyenda a la de un gaucho en trance de pelea" Ricardo Rojas hace notar la apostura casi puechera del Infante vengador:

*Helo, helo por do viene
El infante vengador,
caballero a la ginetá
en caballo corredor,
su manto revuelto al brazo,
demudada la color,
y en la su mano derecha
su venabio cortador...*

Las figuras del romancero revivían en pampa y entre los cerros. ¿No aparece conde Claros, contemporáneo de Carmagno, bailando una huella en una fiesta pampeana? Esa supervivencia



de don Claros (que recogió Ciro Bayo en su Romancero del Plata) aparece teñida con una gracia irónica deliciosa:

*Don Claros con la Infantita
está bailando en palacio;
él viste terno de seda,
ella falda de brocado.
A cada paso de danza
va diciendo el conde Claros:
A la huellita, huella
dame la mano
como se dan la mano
los escribanos.
A la huellita, huella
dame las manos
como se dan la mano
los cortesanos.
A la huellita, huella
dame un abrazo...
La Infantita al oír esto,
furiosa se aparta a un lado.
A la huellita, huella
(canta don Claros)
no hay mujer que no caiga,
tarde o temprano.*

Junto con este agachado conde Claros, los viejos romances españoles reaparecen, más o menos modificados, en las canciones populares de América. Sobre todo, en las canciones infantiles. Las rondas de niños en los arrabales de las ciudades, en las plazas de los pueblos casi perdidos en la llanura aplastante o en los repliegues de los cerros, repiten, como cosa litúrgica, que llega del fondo del tiempo, fragmentos de romances viejos.

Ya es la historia del pastor que elige novia:

*—Vuelve, vuelve, pastorcillo,
no seas tan descortés,
de las tres hijas que tengo
la mejor te la daré...*

Ya la triste historia de Delgadina:

*Un rey tenía tres hijas,
y las tres eran doradas,
y la más linda de todas
Delgadina se llamaba...*

La cosecha de romances sobrevivientes en América ahora es copiosa. Muchos se encuentran en las colecciones de Jorge M. Furt, de Juan Alfonso Carrizo, de Juan Draghi Lucero, de Orestes di Lullo, de Ismael Moya y en la Historia de la literatura argentina de Ricardo Rojas. Ventura R. Lynch ya había recogido algunos romances criollos en 1883, y Ciro Bayo a principios de este siglo. Ramón Menéndez Pidal, en su estudio sobre Los romances tradicionales en América, publicado por primera vez en la revista Cultura Española en 1906, transcribe algunos de Buenos Aires, facilitados por Juan B. Ambrosetti y la señora de Ambrosetti. También copiaba algunos de los recogidos por Ciro Bayo, pero en una nueva edición los suprimió ("porque tienen trazas de amañados"), en espera de versiones semejantes.

Las nuevas colecciones parecen ahora volver por los fueros de Ciro Bayo. Sería realmente una lástima que la huellita del conde Claros no fuera auténtica. ♦

CANDO EL PRINCIPE MURAT DETUVO

UNA LOGIA DE AMERICANOS EN EL MADRID OCUPADO POR LOS FRANCESES

CUANDO el joven americano don Juan Martín de Pueyrredón llegó a Madrid con un mensaje del señor Santiago de Liniers, gobernador militar de Buenos Aires, en el feliz resultado de las luchas contra el inglés invasor, la ciudad entera celebró la fiesta. Falta le hacía a Madrid esa buena noticia, pues ya estaban poniendo demasiada pesadez en el ambiente los sucesos ingratos que se iban sucediendo, por causa de la ingrata alianza con Francia, que el señor Godoy, príncipe de la Paz, parecía decidido a sostener. Trafalgar pesaba como una lápida sobre la tranquilidad del soberano, y esta reacción de sus colonias contra el poderoso británico podía ser ofrecida al pueblo español como una revancha de aquel infame suceso.

—Eres el héroe del momento —decían a Pueyrredón sus amigos Francisco de Gurruchaga y Manuel Pinto, dos americanos que, como él, estaban eventualmente en la metrópoli—. Tanto, que no podemos contar contigo para ofrecerte una cena.

Y, efectivamente, el enviado personal del señor de Liniers, agasajado en todas las esferas, recibido por el rey, invitado por los nobles y los políticos, no disponía de tiempo para atender a sus coterráneos.

Pero por último se realizó aquella comida. En un lugar apartado, poco aparente para tal homenaje, lejos de toda mirada y oído indiscreto, el grupo de los americanos que se hallaban por ese entonces en Madrid, los más en estudios en el Colegio de Nobles, otros incorporados al ejército, otros en tareas mercantiles, se reunió en una mesa tendida en honor del recién venido. Allí estaban Carlos de Alvear, Juan Antonio, José y Eustaquio Moldes, Manuel Pinto, Francisco Gurruchaga, Bernardo O'Higgins, los Lezica, Balcarce, Zapala, y otros. Durante la comida se habló de asuntos políticos. Violentamente, airadamente, se refirieron al rey y a su ministro y se expuso la necesidad de liberar al virreinato del Río de la Plata de los vínculos que lo unían a la metrópoli. ¡Sabía ya Pueyrredón de aquel tema andaz que estaban comentando sus coterráneos? Sí. Venía él de un Buenos Aires en el que ya se hablaba de independencia, en el que también se conspiraba. Había visto crecer allí los partidos criollos después de que los ingleses fueron derrotados por el coraje de los hijos del país. Además, Gurruchaga y Pinto, en conversaciones privadas, le habían adelantado ya detalles de sus trabajos de conspiradores...

Por eso escuchaba ahora sus asombro la palabra de Moldes:

—Esto se viene abajo: El pueblo está contra

el rey y contra Godoy; el príncipe de Asturias conspira contra su padre; los franceses mandan en tierra española como en su propia tierra. Es nuestro deber salvar al Río de la Plata de este naufragio, crarnos un gobierno propio...

Todos opinaban lo mismo. Querían saber qué le decía al joven Pueyrredón cuál era la evolución de las ideas allí, en el virreinato, qué se podía esperar de este señor de Liniers convertido ahora en héroe americano, qué posibilidades inmediatas existían para intensificar la lucha antipagana de independencia. Querían, además, pensar al recién llegado a ingresar en una logia formada por ellos y que presidía el entonces alicóde de la Guardia de Corps Americana José Moldes.

Pueyrredón expresó de inmediato su aprobación y le fué leído el compromiso de los jurados: "Nosotros tenemos derecho a tomar armas. Nuestros derechos son la necesidad, una justa defensa, nuestras desgracias, las de nuestros hijos, los crecidos cometidos contra nosotros. Nuestros derechos son el título augusto de nación. Sepáramonos y ya está formada. La Patria será nuestro único tribunal. Si amamos nuestro país, si amamos a nuestros hijos, respetemos. Leyes y libertad es la herencia que debemos dejarles. Esta sola causa puede darnos pensamientos dignamente nuestros tesoros y nuestra sangre".

Juró solemnemente el compromiso y desde ese momento comenzó a conspirar con sus amigos. Mientras en Palacio se le seguía agasajando mientras nobles y funcionarios expresaban en su admiración hacia "los fieles súbditos del virreinato", el emisario del señor de Liniers celebraba misteriosas reuniones con los conspiradores, preparaba cartas para algunos oficiales del ejército de Su Majestad, que siendo ellos no podían desoir el llamamiento de sus patriotas (esos oficiales eran José de San Martín, José Miguel Carrera, y otros), y tendía los hilos de la conspiración.

Las dos puntas de la conjura estaban en Madrid, la capital, el asiento de todos los negocios de Estado, y Cádiz, puerta por la que entraban y salían los americanos. En la primera estaba el grupo de la logia, cuyos nombres hemos dado. En Cádiz, don José de Gurruchaga, hermano de Francisco, atendiendo sus intereses comerciales. Este, ubicado en un punto geográfico importantísimo para todas las comunicaciones peninsulares, era el lazo de unión entre los conspiradores madrileños y los muchos americanos dispersos por España.

Los militares, por ejemplo, San Martín, Rivar y Carreras, en más de una oportunidad se habían acercado a la casa del señor Godoy, siendo siempre atendidos cordialmente, pues él disponía en cualquier momento de los y caudales para sus americanos...

Otro amigo conspirador tenía don José



Joaquín Murat, más tarde rey de Nápoles, fue el que abrió el camino en España a la coronación de José Bonaparte. Su oír de atraerse lo amistad de Pueyrredón fué el motivo que originó el descubrimiento de la conspiración de la logia criolla.



Don Juan Martín de Pueyrredón
Dear Sir,
I have the pleasure to inform you that I have something very interesting to communicate to you - the whole can only be done by a personal interview - for we are acquainted with the means of feeling this difficult subject - I only add that such is my confidence in your honor & your sense by yourself that I will leave to you the whole of the Spanish people to be henceforth by a separate council to be the first whom you may be proud to belong always as your own people to the spirit of our nation.
Yours truly,
Don José de Gurruchaga

Juan Martín de Pueyrredón llevaba a Madrid el prestigio de haber sido uno de los principales figuras de la reconquista. Así lo prueba esta carta del norteamericano White, a base de la cual los británicos iniciaron los gestiones de su rendición.



El general Juan Martín de Pueyrredón en sus últimos años, después de una vida de beneficios de uno por lo que el mismo hizo

A PUEYREDON

Por Manuel M. Alba

ESPECIAL PARA "LEOPLAN"

Gurruchaga, el que por su intermedio se entendía también con la logia de José Moldes: el venezolano don Francisco de Miranda, eterno revolucionario al que ya tenían sindicado en España como hombre peligroso y sobre quien tenían fijados los ojos todos los servicios policiales del reino.

Mientras los jóvenes americanos preparaban su plan, que por difícil erigía calma, serenidad y estudio para evitar un fracaso lamentable, los sucesos se desenvolvían en España con inesperada violencia. Primero fue el escandaloso proceso del Escorial, en el que Carlos IV acusó al príncipe de Asturias, su hijo, de tentativa de parricidio; más tarde el motín de Aranjuez, que dio en tierra con el poder de Godoy y convirtió en rey a Fernando, ante la abdicación de su padre; la penetración de las tropas francesas; el apresamiento del rey en Bayona, por Napoleón; la presencia del señor Murat, todopoderoso, en Madrid...

—¡Este es el momento! —dijo José Moldes, director del grupo de conspiradores.

—¿El momento de qué? De que uno de ellos se alzó y dijo que ese uno debía ser el joven Pueyrredón, cuyas vinculaciones y prestigio en Buenos Aires le harían más fácil la tarea) para para el Río de la Plata, diera aviso del rumbo de la monarquía, hiciera ver a los señores que ninguna autoridad podía oponerse a su independencia, les animara para la rebelión.

El enviado de Liniers aceptó la misión y en seguida comenzó los preparativos para la marcha. Al día siguiente (11 de mayo de 1808) partió de Madrid con rumbo a Cádiz, donde trataría de embarcarse para Buenos Aires...

Extraño día aquel primero de mayo! Eran las vísperas de la gloriosa fecha de la lucha por la independencia, y ya latía en las calles madrileñas una nerviosidad de guerra. Cuando dejó Pueyrredón la capital del reino, sintió que a su espalda quedaba una hoguera.

La fuga del joven americano fue rodeada de todas las precauciones. La logia obraba con cautela y en la mayor reserva. Pero una circunstancia inesperada vino a descubrir el complot.

Murat, que estaba trabajando en España para provocar la caída de los Borbones, había acordado con especial interés al envío del Río de la Plata. Allí, en las posesiones españolas del otro lado del Océano, estaba un francés al frente del virreinato, un francés que ya había hecho llegar a Napoleón las expresiones de su admiración. Pueyrredón era, pues, el puente para establecer con el señor de Liniers una vinculación muy útil a las aspiraciones del emperador, que en esta forma podría extender sus dominios a las tierras de América...

Por estas razones, y desearo conocer detalladamente al joven americano, Murat había puesto cerca del mismo a dos observadores que informaban de todas sus preferencias y flaquezas.

Fueron ellos los que unos días después de la partida de Pueyrredón se presentaron a Murat para denunciarle su ausencia.

Después del 2 de mayo todo era dramático y aséptico en España para el señor Murat. Esa ausencia del joven americano, que en otra oportunidad no hubiera tenido para él mayor importancia, despertó ahora todas sus sospechas. Hizo detener a sus amigos más inmediatos, José Moldes y Francisco Gurruchaga, contra los cuales consignó de inmediato pruebas de conspiración, y, como sospechó que el prófugo estaría en ese momento buscando en Cádiz la puerta para huir de España, ordenó a esa ciudad que le detuvieran...

Y le detuvieron. De regreso a Madrid, Murat le llamó a su presencia y le hizo toda clase de ofrecimientos para inclinarse a su favor, pero Pueyrredón supo esquivar todo compromiso. Y en tanto sus amigos seguían presos, él trataba en toda forma de seguir tendiendo las líneas de la conspiración.

Moldes pertenecía a una familia muy adinerada de Salta. Y como el dinero era en lenguaje que todos entendían en aquel Madrid de entonces, con el abrió la puerta de su prisión, sobornando a sus guardianes.

Libre ya, y liberado también por su intermedio Gurruchaga, "rastbieron de inmediato los contactos con todos los complotados. Otra vez Pueyrredón, ahora en compañía de todos los miembros de la Logia, huye de Madrid rumbo a Sevilla y de allí, nuevamente a Cádiz.

La situación de desesperación, en la que el peligro personal de los conjurados, sino porque no quieren que fracase su plan. Y por eso es que Moldes, en una tentativa desesperada, desoyendo la amenaza de pena de muerte para todo aquel que trate de ponerse en contacto con los barcos ingleses que bloquean el puerto, parte en una pequeña embarcación y se comunica con los sitiadores. En esa forma llega a Londres.

¿Qué quiere este americano que llega a la capital británica sin representación alguna, pretendiendo hablar con los personajes del gobierno?

Moldes no se amilana ante dificultades. Mueve influencias y amistades, habla con Miranda, radicado en Londres desde tiempo atrás, y llega a Canning. Este le escucha y medita... ¿Aceptaré ayudarles? Acepta. Le dice que ve con simpatía el deseo de libertad del Río de la Plata, que a Inglaterra le conviene eso porque así tendrá libre comercio con estos países. Hay 8.000 soldados inactivos en Suecia. ¡Pues esos ocho mil soldados irán a apoyar la causa de la libertad americana!

Pero tres días después, cuando va a celebrar la segunda entrevista con el primer ministro inglés, las cosas han cambiado...

—El movimiento de resistencia de España contra Francia convierte a aquella en una aliada nuestra. Usted comprende. Si usted pretendía a una aliada y, sobre todo, en estos momentos todo nuestro esfuerzo debe ser contra Napoleón...

El joven americano ve derrumbarse una gran esperanza. Pero no se entrega. Venidos mil dificultades vuelve a Cádiz, se reúne con sus amigos, usa una vez más el talismán de su bolsa para fletar un barco, el "Castillo", y en el mismo se embarcan 42 americanos... ¿Adónde van? ¡A Buenos Aires, a llevar allí la palabra de la rebeldía! Los que no tienen dinero para su pasaje, embárcanse lo mismo, pues el señor Moldes se hace cargo de eso...

Y parte a fines de 1808 rumbo a Buenos Aires el "Castillo", trayendo a bordo los abanderados de la independencia. Vienen en él, Gurruchaga, José, Juan Antonio y Eustaquio Moldes, salteños; Juan Martín de Pueyrredón, porteño; Riva Agüero, peruano; O'Higgins, chileno, y muchos otros.

Cada uno de ellos llevará bien alto por toda la extensión del virreinato la bandera de la revolución. Cada uno de ellos será más tardí un heroico soldado en la guerra de Mayo... é



Ortopedia Científica

La ortopedia moderna ha realizado grandes conquistas en su técnica. TOUSON les ha aplicado y les proporciona en todos sus aparatos ortopédicos, así como en sus miembros artificiales, livianos, cómodos y, en una palabra, perfectos.

CONSULTAS GRATUITAS

Seriedad-Responsabilidad-Prestigio

INSTITUTO ORTOPEDICO TOUSON
PUEYREDON 1318 - U. T. 41, PLAZA 9700

S	SOLICITE FOLLETOS
Nombre
Domicilio
Localidad F. C.

ESTUDIE UNA PROFESIÓN

En su casa, durante sus ratos desocupados, por nuestro sistema que es el más FÁCIL, RÁPIDO y ECONOMICO. Aproveche usted hoy mismo esta magnífica oportunidad que le ofrecemos para mejorar su posición y ganar PRONTO más dinero. Envíe flene este cupón y recibirá, a vuelta de correo, informes muy interesantes. Estos famosos escuelas (fundadas en 1915) enseñan por CORREO: RADIO, AUTOS, DIESEL, DIBUJO, CONSTRUCCION, CONTADOR, SASTRE, MODISTA, TENEDOR DE LIBROS, SECRETARIO, ELECTRICIDAD, ORTOGRAFIA, CALIGRAFIA, ARITMETICA, etc.

ESCUELAS SUDAMERICANAS
AVENIDA MONTES DE OCA 695 - BUENOS AIRES

Director: PATRICIO C. RYAN
Bachiller y Contador Público Nacional

Nombre
Dirección
3-6 Localidad
Provincia F. C.



Jorge Canning, el primer ministro inglés que prometió a los americanos el apoyo de la gólette o su causa, viéndose luego obligado a dejar sin efecto tal promesa.

Cine

★ por *Amelia Monti*



Las "estrellas" también bombardean

COMO tributo a los desvelos y contribuciones de Hollywood al esfuerzo bélico, aviadores norteamericanos, estacionados en Europa, están pintando los nombres de estrellas del cine en las bombas que, a diario, hacen llover sobre las zonas que atacan. Rita

Hayworth, Rosalind Russell, Janet Blair, Ginger Rogers, Susan Peters, Diana Durbin y otras estrellas más, por ejemplo, "han causado tremendos daños" a las ciudades industriales atacadas recientemente. Así lo hace saber una carta recibida del sargento Earl M. Cherry, del grupo 91, de Bombardeadores de Ultramar; uno de los que han pintado más nombres de estrellas en las cubiertas de las



Una empresa de titanes va a emprender Luis César Amadori en Argentina Sono Film: llevar a la pantalla una versión libre de "Madame Sans-Gêne", la famosa obra de Victoriano Sardou, con Nini Marshall en

el papel principal. Clima, ambiente y fidelidad son los gigantes a vencer, y todos ellos se refieren, inada menos! a la época de la Revolución Francesa y la subiguiente del Imperio. En "chunga" y todo, la cosa

PARA UNA BIOGRAFIA

Nélida Bilbar, nunca retroceda

UNA figura joven, que cada día impone más su calidad de actriz, es Nélida Bilbar. Nació en la Argentina el 9 de enero de 1918. Casi se puede decir que en el año de la anterior victoria. Su niñez fue feliz. Después, Nélida cursó estudios en el Liceo, y para bien de todos la ganaron la radio, el cine y el teatro. Es su teatro, y su actuación en nuestra pantalla lo siguiente: "Mujeres que trabajan", en "Jettatore", en 1938; "La modelo y la estrella" y "Divorcio en Manhattan", en 1939; "Ha entrado un ladrón", "Mi fortuna por un plato" y "Pueblo chico, infierno grande", en 1940; "El más infeliz del pueblo" y "Mejoras para las muchachas", en 1941; "La novela de un joven pobre", en 1942. Ha intervenido en otras películas de lucimiento. Entre ellas "Valle Negro", en la que destacó el perfil de una personalidad. Le tocó, naturalmente, asumir la responsabilidad del primer papel femenino en "La verdadera victoria". Es de firme carácter y mucha fuerza de voluntad. Capaz de emprender un camino sin retroceder. Dueña de sí, sin orgullo. Aunque a veces no pueda representar ciertos gestos de liberalidad. Le gusta la lucha, y no se conforma con abandonar un antes proba la satisfacción del triunfo. Hasta ahora, pocas veces le ha fallado la suerte. Tiene el pelo castaño. Como los ojos. Es alta y elegante.



MISCELANEA

es seria, y se tiene la seguridad de arribar a buen puerto.

E. F. A. tampoco se queda atrás, y

embiste — con altura y respeto — hacia la vida de Amado Nerro. Título: "La amada inmóvil". Librerías Villegas López. Intérprete: Santiago Gómez Cou. Trama: una emoción romántica.

ENTRE ASTERISCOS

También Mickey Rooney se ha alistado en el ejército norteamericano, pero parece que antes de partir para el frente a que se le destine, filmará una nueva película en la que vestirá de uniforme.



Gloria Swanson, de tan resonante fama en aquella época de "Macho y hembra", la gran película de entonces, tan lejana ya, vuelve de nuevo. Pese a que su última incursión en la pantalla, después de algunos años, no fue muy afortunada, parece haber aceptado una oferta para retornar al cine.

Gene Tierney, que apuntó — y apunta — como una intérprete de excepcionales facultades para papeles dramáticos, no estaba contenta con lo que le tocó en suerte interpretar hasta ahora, y lamentándose de que se le tuviera un poco olvidada. Pero acaba de sentirse feliz con el papel que se le ha encomendado para una próxima cinta.



Después de haber terminado y asistido al estreno de "El impostor" — conocida entre nosotros con el título de "El falsario", no sabemos por qué —, Jean Gabin partió para el norte de África con el propósito de alistarse en las filas de los franceses libres. Es de sospechar que ésta, su última película, lo vigorizó de fervor bélico.

Bárbara Stanwyck, inteligente actriz, es mujer exquisita y esposa ejemplar. Se complace en posponer la gloria a los íntimos y sencillos gozos del hogar. Tropezó el umbral de su casa, Bárbara gusta ser solamente la ama de casa. Es esposa de Robert Taylor, actualmente en servicio. Viven, juntos, un mundo propio donde no dejan penetrar el menor resplandor de la vida externa.



Tres grandes figuras del momento en la cinematografía norteamericana se destacaron en un mismo film. Este es "La aldea divorciada", donde obtuvieron papeles estelares Ginger Rogers y Fred Astaire y en el que hizo su presentación una figura femenina que también había de alcanzar rápida fama: Betty Grable.

En Hollywood triunfan las altas

Se terminó en Hollywood aquella peregrina idea de que para la pantalla era necesario pasar de metro y medio. Las "peritas" están ahora baja en la Meca del cine. Existe una "nueva generación" de altas, que va formando un número aplastante sobre las competidoras de ayer. Las desafortunadas muchachas que están, actualmente, hallando mayores facilidades para encontrar las puertas abiertas de Hollywood (según una estadística de Elena Carrillo) son las altas. Las pequeñas, las nienuditas, que hace algunos años reinaban en la pantalla como las preferidas, están siendo rápidamente desplazadas por las muchachas que miden diez o doce centímetros de estatura más que sus antecesoras. Puede decirse que la moda de las altas comenzó con la aparición, en el lienzo, de Rosalind Russell. Esta elegante estrella mide 1,67, y no es una novedad para nadie que se empezó desde el principio. Ella dice:

—No sé por qué las mujeres altas habíamos de vernos obligadas a renunciar a la gran aspiración de llegar a ser algo en el cine. Como si la estatura tuviera que ver con, o fuera un motivo en desmedro de la inquietud artística o el talento.

El caso es que el tiempo parece haber querido a darle la razón a Rosalind. Según el cómputo hecho hace poco, de las muchachas contratadas por varios estudios en Hollywood durante el año pasado, se ha averiguado que el promedio de la estatura excede de 1,67, existiendo, por lo tanto, una diferencia bastante notoria al compararla con el promedio de 1,45 que era lo normal hace algunos años.

Las nuevas actrices, como Esther Williams, Virginia O'Brien, Jean Rogers, Ava Gardner, Inez Cooper, Frances Russell, Marilyn Maxwell, Frances Rufferty y Kay Medford, miden un poco más de 1,67.

Dos de las más "recién llegadas", Helen O'Hara y Bunny Waters, son verdaderos "rascacielos", pues miden 1,82 a sus compañeras.

Esther Williams, que ostenta el título de ex campeona de natación, está bajo contrato con Metro, y los momentos libres los pasa en la playa acompañada de Pudy, su perro favorito. Helen O'Hara, desde que triunfó como modelo en fotografías, fué "descubierta" y llevada a Hollywood porque personifica el tipo ideal de la corista de Ziegfeld. La natural Bunny Waters, quien es más alta de todas, es bailarina y cantante.

Después de triunfar en Broadway, va camino a imponerse en Hollywood. Para "Sombras en el cielo", la nueva película estelar con Robert Taylor, el director Gregory Ratoff usó una selección de muchachas altas. Pero no son las mujeres altas las únicas que reinarán en Hollywood. La Metro ha estado buscando afanosamente un gigante de 2,15 mts., que sea de ser buen mozo, para el papel de Ursus, en "Quo Vadis".

—Habrá que estar de acuerdo con lo que dijo Rosalind Russell:

—En los tiempos que corren para el cine... vale la pena crecer!

Esther Williams, ex campeona de natación, contratada por la Metro, junto a su perro favorito. Es uno de los bellos más altos de la guardia joven. Mide 1,68.



Los autógrafos

CERTA vez, Brian Aherne se encontró de manos a boca con un marinero que visitaba el set, y que atajándolo le dijo:

—Perdóneme, Mr. Aherne, pero ¿podría tener el honor de que me diera su autógrafo "el cuñado" de Olivia de Havilland?

Un poco extrañado se quedó Brian Aherne ante semejante petición, mas siempre amable, replicó al marinero:

—Con mucho gusto. Pero, ¿no cree usted que podría haberme pedido mejor el autógrafo del marido de Joan Fontaine?

—Puede usted ponerme su firma de ambos modos, siempre que figure al lado de ella el nombre de una de las dos hermanas.

El astro escribió así:

"El esposo de Joan Fontaine y cuñado de Olivia de Havilland: Brian Aherne".

El marinero explicó entonces que, como se había casado recientemente con la hija de una de las hermanas de las hermanas Fontaine, quería demostrar a su mujer que él también "conoce" a un miembro de la familia...

Menos mal que el marinero se apuró, porque precisamente Brian Fontaine acaba de divorciarse de Aherne...

Alguien dijo

No vale tanto apurarse como llegar a tiempo...

CON BRILLANTES ACTOS CELEBROSE EL 128° ANIVERSARIO



El presidente de la Nación, general Edelmiro J. Farrell, el vicepresidente coronel Juan D. Perón y otras altas autoridades, presenciando la gran concentración estudiantil realizado el día 7 en la plaza de Mayo.

EL pueblo, las fuerzas armadas y los estudiantes de toda la Nación, celebraron una de las fiestas cívicas de más hondo significado, el 128° aniversario de la Independencia. Apoyada en un pasado de gloriosa tradición y con la mirada fija en el brillante porvenir que le aguarda, la Argentina toda recordó con emoción la fecha magna de aquel 9 de julio de 1816. Durante varios días, el pueblo argentino vivió momentos inolvidables en cada una de las ceremonias realizadas. Así la gran concentración estudiantil que tuvo lugar el día 7 en la histórica plaza de Mayo, con la presencia de las delegaciones de todos los centros de estudio de Buenos Aires y del interior, así como también de los gallardos cadetes militares, navales y del Licto. En los días 8 y 9 continuaron realizándose diversos actos, los cuales culminaron con el solemne Tedeum oficiado en la catedral, al que asistieron el presidente de la Nación, general Edelmiro J. Farrell, altas autoridades militares, eclesiásticas y civiles. Por último, el gran desfile que tuvo por escenario las avenidas Alvear y Vértiz, cerró con broche de oro la magnífica fiesta patria. La presente nota gráfica refleja destacados aspectos de las distintas ceremonias realizadas en la capital federal.



Los cadetes del Colegio Militar pasan, durante el desfile del día 9, ante el pabellón oficial.



LLamó la atención de la enorme concurrencia que acudió a las avenidas Alvear y Vértiz, el paso de los poracaidistas, que desfilaron por primera vez.

DE LA INDEPENDENCIA *



Un grupo de niñas abanderadas, de las delegaciones de los colegios de todo el país, que acudieron el día 7 a la plaza de Mayo.

En torno al monumento del general Belgrano, forman las abanderadas de los estudiantes argentinos.



Enfadados aplausos de la concurrencia provocó el desfile de las fuerzas de montaña, quienes también participaron por primera vez en un desfile en Buenos Aires.

LA ESMERALDA

¡AL TOPE!

Al tope del mástil más alto flameará siempre la insignia de "LA ESMERALDA". Honor justamente merecido por su corrección, honradez y ética profesional. Por eso debe confiar siempre el cuidado de su cabellera y cutis a "la más grande y mejor peluquería de señoras en Sudamérica".

La Esmeralda

Nuestras especialidades del momento.

PERMANENTES PRINCESA
SUAVES Y SEDOSAS

PERMANENTES CORONITAS 5
MAGNÍFICAS Y PERFECTAS

PERMANENTES PARA PEINADOS PLUMA

TINTURAS \$ 6.-
PERSONAL ALTAMENTE TÉCNICO

PERMANENTES
Al Vapor "ROBERTS" perfectos

PERMANENTES
AUTOTERMO DE BUCLES MARAVILLOSOS

TINTURAS
Polícróm, al aceite, colores naturales \$ 8.-

Retoque de Tinturas
COLOR UNIFORME. \$ 4.-

MAQUILLAJES
Modernos Hollywood. \$ 3.-

BAÑO FACIAL
Limpieza del cutis \$ 1.50

Permanentes especiales para cabellos teñidos y oxigenados.

LA ESMERALDA

(LA MEJOR Y MAS GRANDE PELUQUERIA DE SEÑORAS EN SUDAMERICA)

Casa Matriz: **PIEDRAS 79 - U. T. 34-1019** (Casi esquina Avenida de Mayo)

Casa Central: **C. PELLEGRINI 425 - U. T. 35-6645 - 1231**

Sec. Centro: Lavalle 735
U. T. 31-5720

Suc. Flores: Rivadavia 7150
U. T. 66-0030

Suc. Once: Rivadavia 2579
U. T. 46-2267

Suc. Belgrano: Cabildo 2342
U. T. 76-4017

Suc. Boedo: Boedo 783
Santa Fe 1746
U. T. 6732

Productos de belleza LA ESMERALDA

Creaciones nobles GUILLERMINA SCHWARTZ

Las CANAS Envejecen

Tinturas "POLICRON"

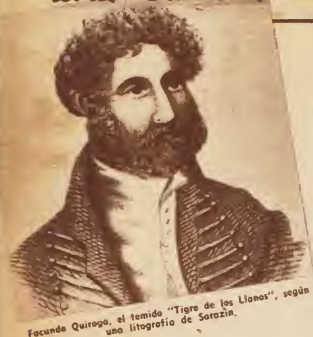
Arrugas
Aceite de Flores

CUTINET

a base de bálsamos y aceites de flores. Un jere masaje alrededor de los ojos demuestra su bondad en las Arrugas, Pintas de Gallo o Bolsas de los Ojos. Frascos de \$ 2, 3 y \$ 5. Al interior o reembolso, contra reembolso.

EN VENTA: Laboratorios LA ESMERALDA, C. Pellegrini 425, France Inglés, y Farmacias y Perfumerías.

EL CADAVER DE QUIROGA EN LA



Facundo Quiroga, el temido "Tigre de los Llanos", según una litografía de Sorzina.

Una escena sombría

A las nueve de la noche del 16 de febrero de 1835, por el camino que conduce a la ciudad de Córdoba llega a la posta de Sinsacate un cortejo de hombres armados, encabezados por el juez pedáneo del lugar, don Pedro Luis Figueroa. Son dieciséis personas, varias de las cuales descienden de una pesada galera, y cual sombras penetran en el amplio caserón, en cuyo extremo un campanario pone una nota sombría. Los hombres avanzan silenciosos, con el temor reflejado en sus semblantes, que destacan móviles e improvisadas luminarias. Los que descienden de la galera sacan el cadáver de un hombre, cuyo cuerpo desnudo han cubierto a medias. Pertenecía a un hombre de unos cuarenta y cinco años de edad, de renegrida y ondulada cabellera, que se prolonga en el rostro, de polladitas patillas. El aspecto de este hombre es horrible. Tiene un ojo traspasado por una bala y desfigurado el rostro por un colapso de tercera aplicada en una de sus sienes. Su garganta presenta un puntazo de sable.

Este cadáver que se deposita en la capilla de Sinsacate es el del hombre más temido y prestigioso entre las masas del país: don Juan Facundo Quiroga.

Mientras se disponía el velatorio del cadáver, el juez pedáneo se sentaba a escribir con ansiedad un parte dirigido al gobierno de Córdoba.

Barranca Yaco

¿Qué había sucedido? Esto no es desconocido y pertenece a la historia. A las once y media de la mañana de ese día, una galera que conducía a Juan Facundo Quiroga y que regresaba de Santiago del Estero en viaje a Buenos Aires, acompañado de varias personas, es asaltado en un lugar sombrío llamado Barranca Yaco y asesinados todos ellos por una partida de treinta hombres al mando del capitán de milicias de la provincia de Córdoba y cuyo nombre era José Santos Pérez. Se salva el correo Marín y el secretario de Ortiz, Funes.

Pero lo que es casi completamente desconocido es lo que ocurrió inmediatamente después del hecho y que, a la luz de una interesantísima documentación, pasamos a narrar.

Cuando tiene lugar el asalto, el correo Agustín Marín se sorprende sobremedura por fuertes detonaciones que se escuchan, presintiendo un asalto a la galera que le precedía a dos cuadras y media de distancia. Instintivamente se cabalgadura sin saber a qué atenerse, cuando ve que su compañero que marchaba con una precedencia de una cincuenta de metros retrocede a toda velocidad, intrinándose en el monte y como huyendo de lo que prevé un suceso trágico. Las sospechas del correo Marín se fortalecen, y sin entregarse a otras reflexiones sale en pos de Funes a igual velocidad.

Acosado por los más siniestros presagios, ambula el correo Marín por el monte, perdida toda idea de rumbo. Las escabrosidades del terreno, el calor sofocante, las tribulaciones del ánimo, todo coadyuva a que aquellas horas parezcan siglos. A medida que avanza se extravía más entre los arbustos espinosos, pero su ansia de huir de un peligro que cree inminente lo incita a proseguir.

¿Qué hora sería ya? No tenía idea de ello. El temor que lo embargaba había disminuido, cuando divisó en el monte a un leñador, que lo sacó de su triste situación conduciéndolo a la Posta de Sinsacate. Eran las cinco de la tarde.

Las primeras noticias

Al realizar el trayecto, el correo Marín se topó con el joven Funes, a quien interroga so-

bre lo que ha visto y le ha infundido tanto pavor.

«Muchos hombres montados — le responde — armados con terceras, gritando para detener la galera y haciendo fuego sobre ella. Esto me infundió todo el horror de la muerte y me impulsó a escapar como lo hice».

Y agregó luego de una pausa: «Este acontecimiento es para mí bien desgraciado, pues tan luego que el general sepa que en lugar de correr a su defensa he desertado del lugar me asalto, al instante me manda fusilar» (1).

Sin mayor demora, el correo Marín se apersona al maestro de postas de Sinsacate, a quien pone en conocimiento de lo que él ha oído y de lo que ha visto el joven de San Luis. También visita al juez pedáneo del distrito, don Pedro Luis Figueroa. Ambos, sumamente impresionados por lo que oyen, comienzan a sospechar la alevosía del atentado que se ha consumado y resuelven partir al lugar del hecho. Comienzan a reunir hombres, a los que arma en la forma que les es posible, y, además, se proveen de una carretilla, como medida de precaución.

El leñador que Marín había hallado en el monte aparece después. Había ido a Barranca Yaco a contemplar el desastre, y se ofreció a acompañar a la comitiva haciendo de baquero. Se llamaba Ignacio Videla.

Marín busca al joven Funes, pero no lo halla por parte alguna. Ha desaparecido misteriosamente, huyendo del castigo que le impondría el terrible «Tigre de los Llanos». Empero, el caballo riolano ya no era un peligro para nadie. Su cadáver, acerbillo, se mostraba al sol febrero.

En el lugar de la tragedia

La expedición se pone en marcha, en número de doce personas, y cuando las primeras horas de la noche se abatan sobre la tierra, llegan a Barranca Yaco, y allí, llenos de empuje, comienzan a comprobar la magnitud de la tragedia.

El cuadro era en verdad impresionante. El primer que llama la atención de los circutantes es el cadáver de Juan Facundo Quiroga completamente desnudo, como si los asesinos hubieran querido completar el espectáculo cruento con la vejación y el ludibrio. Es rápida inspección ocular que efectúan y hallan el cadáver del secretario de Quiroga, José Santos Ortiz.



«El algarrobo de Quiroga», bajo el cual reposó el caudillo el día que fue asesinado por la partida de Santos Pérez.



El compañero de la capilla de Sinsacate, donde fueron velados los restos de Quiroga en la noche del 16 de febrero de 1835. En la foto aparece el autor de esta nota.

POSTA DE SINSACATE

EL VELATORIO DE LOS RESTOS DEL "TIGRE DE LOS LLANOS" LA NOCHE DEL 16 DE FEBRERO DE 1835

Por Ramón de Castro Esteves

ESPECIAL PARA "LEOPLAN"

La galera había sido desprendida de sus caballos y saqueada por completo. La noche, que se había empezado a invadir el campo con su oscuridad, hacía más triste aquel paraje siniestro, que desde aquel momento entraba a la historia. La obscuridad, que aumentaba por momentos, no hacía fácil una inspección más amplia, por lo cual se resolvió regresar, colocando el cadáver de Quiroga en el carruaje. Y el cortejo fúnebre emprendió la marcha con rumbo a Sinsacate.

El posto de Sinsacate

El episodio trágico de resonancia histórica que lleva a visitar la posta de Sinsacate, llamada también Chinzacate, la cual, felizmente, no se conserva, aunque bastante destruida por acción implacable del tiempo.

Un decreto del Poder Ejecutivo Nacional, de fecha 14 de mayo de 1941, lo ha declarado monumento histórico, lo cual es muy acertado, pues su valor en el lúgubre acaecimiento de Barranca Yaco se une a la amplia evocación que representa de las postas antiguas, por las que se desenvolvió, a modo de una corriente vital, el progreso del país, desde los lejanos tiempos ancestrales. Su construcción sobrepasa a los dos siglos: data de 1709. Se halla situada a 57 kilómetros de la ciudad de Córdoba, a 7 de San María, a unos cuarenta de Barranca Yaco y a quince de Sarmiento.

Se encuentra a la vera del camino de la cámara de postas, llamada antiguamente "de Santos", y por el cual se desarrolló el tránsito más importante de nuestro país, marchando por él los ejércitos de la independencia. Está situada a una treintena de metros del camino, en una curva del mismo. El edificio, con paredes desmenuzadas por la acción de los años, es muy amplio, alcanzando la cincuenta de metros de largo. Es estrecho y consta de un solo piso, amparado en su frente por una espesa galería cuyos techos se hallan abiertos en parte. El extremo sur es de menor altura que el resto de la edificación, que termina con un campanario de españa y que sobresale por altura sobre el resto de la construcción.

Posee tres aberturas, dos en la parte inferior y una en la superior, y aun conserva los maderos de los cuales pendieron las campanas que doblaron por Quiroga, y cuyo destino desconocemos.

Es indudable que esta construcción requiere ser reparada para que no se destruya, aunque sin quitarle el valor histórico que obras de restauración realizadas sin criterio podrían depauperarle.

La capilla

Al inquirir en qué lugar preciso fueron velados los restos de Quiroga, un chico nos señala una habitación de piso de tierra, convertida en conejera, y en uno de cuyos costados una chimenea nos habla de cierta pretérita comodidad.

En esta capilla se dió sepultura al coronel mayor José Santos Ortiz, y, según dicen algunos historiadores, al correo José María Luegnes. El cuerpo de Ortiz permaneció un tiempo en Sinsacate, hasta que fué trasladado a Mendoza, en cuyo cementerio fué inhumado.

El 18 de febrero se transportó el féretro de Quiroga a la ciudad de Córdoba, en cuyo cementerio de la catedral fué sepultado con pompa.

Cuando tomamos de nuevo el automóvil, con la satisfacción de haber cumplido el recóndito anhelo de los que gustan vivir la historia en el mismo teatro del acaecimiento, echamos una última mirada al campanario que se pierde en el camino y evocamos la noche del 16 de febrero de 1835, en que, en medio del horror de la tragedia, los lugareños de la posta de Sinsacate velaron los restos del hombre que el gaucho supersticioso decía que no había muerto aun y que alguna vez estaría de regreso encabezando la turba de sus llaneros, cuyo nuevo oriflama era una calavera con dos tibias cruzadas... Tal era el prestigio, el temor y el respeto que había impuesto el "Tigre de los llanos..." \$

(*) Palabras textuales. Documento inédito en poder de doña Silvia Cabenillas.

Una gran noticia!

Ahora las medias, y toda la ropa de seda, dura el doble, lavándola con el nuevo y moderno Jabón en escamas TEX.

Esta vez haga un ensayo, pida a su almacenero TEX. Se vende en cajas económicas de 55 y 150 gms.

PROTEJA
SU ROPA DELICADA
LAVANDOLA CON
TEX



Fotografía de la posta de Sinsacate, declarada monumento nacional, donde desconocieron los restos de Quiroga la noche que fué asesinado en Barranca Yaco.

CAPÍTULO XXXV

Sois uno de aquellos hombres que no servirán a Dios aunque se lo mandara el diablo. Porque venimos a haceros un favor nos tratáis como a unos bellacos.

SHAKESPEARE. Otelo.

DE vuelta en la quinta, halló Glossin entre varias cartas que le habían llegado durante su ausencia, una de mucha importancia. Estaba firmada por Mr. Protocol, procurador en Edimburgo, quien se dirigía a él, como agente de negocios de Godofredo Berrán, último Esquire de Ellangowan y de sus representantes, para notificarle el repentino fallecimiento de mistress Margarita Berrán de Singleside, a fin de que comunicase esta nueva a sus clientes para el caso de que tuviesen por conveniente nombrar un apoderado que los

representase en todo lo relativo a la testamentaria de la difunta. Fácilmente discutió Mr. Glossin que el autor de aquella carta no estaba enterado de las particularidades que habían ocurrido entre él y su antiguo bienhechor. No ignoraba que los bienes de la difunta debían pasar a su parienta más cercana, que lo era Lucy Berrán, pero había mil probabilidades contra una de que un capricho de la buena anciana habría trastornado sus primeras disposiciones testamentarias. Después de haber revuelto bien en su fecunda imaginación todas las contingencias y probabilidades de que de aquel suceso le resultase a él algún beneficio personal, no pudo hallar más arbitrio para hacerle redundar en provecho propio que el de emplearle como un medio de levantar o, por mejor, de establecer su reputación de

hombre honrado, reputación de cuya falta había tenido ya más de una vez ocasión de resentirse y que conocía que más que nunca le iba a ser necesaria.

—Preciso es — decía — que trate de ponerme en buen lugar con las gentes, a fin de que si se malograsen los proyectos de Hatteraick, haya a lo menos algunas prevenciones en mi favor.

Además, para hacer justicia a Glossin, no debemos ocultar que en medio de toda su perversidad sentía algún deseo de resarcir a miss Berrán en cierto modo, y siempre que en ello no padeciesen sus propios intereses.

—Preciso es — decía — que trate de ponerme en buen lugar con las gentes, a fin de que si se malograsen los proyectos de Hatteraick, haya a lo menos algunas prevenciones en mi favor.

Además, para hacer justicia a Glossin, no debemos ocultar que en medio de toda su perversidad sentía algún deseo de resarcir a miss Berrán en cierto modo, y siempre que en ello no padeciesen sus propios intereses.

Resolvió, pues, pasar a la mañana siguiente a Woodbourne. No sin hacerse mucha violencia se decidió a dar este paso, inspirándole, como le inspiraba, la idea de presentarse al coronel Mannering, la natural repugnancia que tiene el fraude y la villanía a hallarse cara a cara con el honor y la probidad; pero tenía gran confianza en su *savoir faire*. Su talento era naturalmente despojado y su instrucción se limitaba al círculo de su carrera. Había residido bastante tiempo en Inglaterra en diferentes épocas, y con el trato de la sociedad inglesa se había despojado juntamente de la rusticidad propia de su crianza en un lugar, y del pedantismo de su profesión; a una destreza nada común y a una gran facultad de persuasión, unía un imperturbable desdoro que procuraba disfrazar bajo la capa de una naturalidad y de una sencillez sin límites. Lleno, pues, de confianza en sus propios recursos, presentóse a casa de las damas de la mañana siguiente en Woodbourne, donde mandó que pasasen recado a miss Berrán de que un caballero deseaba hablarla.

No dijo su nombre hasta que llegó junto a la puerta del comedor, donde estaba reunida toda la familia almorzando, y donde dijo a un criado que anunciase a Mr. Glossin, que deseaba hablar a miss Berrán. Lucy, recordando la escena que había terminado la vida de su pobre padre, se puso pálida como un cadáver, en términos que estuvo a punto de darle una congoja. Julia se apresuró a socorrerla y salió con ella de la estancia. Sólo quedaron en el comedor el coronel, Carlos Hazlewood, que todavía tenía un brazo vendado, y Dominus Sampson, cuyo escudado rostro y ojos hundidos presentaron un aspecto singularmente hostil al reconocer a Glossin.

Aunque algo chafado en vista del efecto que había producido su entrada, adelantose nuestro hombre con mucho desparpajo diciendo que se lionejaba de que su presencia no habría ahuyentado a aquellas señoritas. El coronel, con una sequedad verdaderamente glacial, le hizo presente que no sabía a qué atribuir el honor de una visita de Mr. Glossin.

—¡Hem!, ¡hem! Me he tomado la libertad, coronel, de venir a ver a miss Berrán para hablarla de un asunto que le interesa.

—Si podéis, caballero, comunicárselo a Mr. Mac-Morlan, su apoderado, creo que miss Lucy lo preferirá con mucho.

—El coronel Mannering me perdonará que yo no piense así — dijo Glossin procurando afectar cierta familiaridad harto intempestiva —; vos conocéis el mundo y va sabéis que hay casos en que conviene tratar los negocios directamente para entenderse mejor.

—En ese caso — repuso Mannering con

MANNERING

Continuación de
la famosa novela de
WALTER SCOTT

TAPA E ILUSTRACIONES DE PREMIANI

pulsivo además —, si Mr. Glossin quiere tomarse el trabajo de especificar en una carta el asunto que le trae, yo respondo de que miss Bertrán la examinará con la debida atención.

—Seguramente, pero hay casos en que una conferencia *viva voce*... ¡Hem!... Observo... conozco... veo que el coronel Mannering ha adoptado algunas prevenciones que hacen que mi visita le parezca algo fuera de razón, pero yo me someto a su natural rectitud de juicio; ¡páreceme justo rehusar oírme antes de saber el objeto de mi visita, ni cuántas pueden ser sus consecuencias para la joven Lady a quien honra con su protección?

—Ciertamente, caballero, mi ánimo no es ese; voy a pedir a miss Lucy su beneplácito sobre este punto, y si Mr. Glossin puede tomarse la molestia de aguardar un momento, yo tardaré en traerle su contestación.

Y dicho esto, salió del comedor.

Quedóse Glossin de pie en mitad de la estancia, sin saber qué hacer ni qué decir. El coronel no le había hecho la menor indicación para que tomase asiento, y en verdad él también había estado de pie durante su breve entrevista. Apenas se hubo retirado, cogió Glossin una silla y se sentó en ella, medio confuso, medio arrogante. El silencio de sus compañeros hubo sin duda de parecerle desagradable y aun insultante, por lo que resolvió romperle con cualquier pretexto.

—Hermoso día hace, Mr. Sampson.

Respondió Dominus con una especie de exclamación inarticulada como entre murmullos afirmativo y gruñido de indignación.

—Nunca vais a ver a vuestros antiguos conocidos de Ellangowan, Mr. Sampson; y a buen seguro que todavía hallaríais a muchos de los antiguos arrendadores, pues yo respeto demasiado a la familia que poseyó antes que yo aquellos bienes, para despedir a unos cuantos de muchos años, y no lo hiciera, sabe Dios, ni aun por lograr mejora. No es eso mi carácter: no me gusta ver caras nuevas, ni no me engañó, Mr. Sampson, la Escritura se estrella particularmente con los que oprimen al pobre y traspasan el lindero de su propiedad.

—O con los que devoran la sustancia de los míseros — añadió Dominus —. ¡*Anathema Maramba!*

Y diciendo estas palabras se puso en pie, metióse debajo del brazo el volumen en folio que estaba leyendo, dió media vuelta sobre la derecha y salió del comedor a paso dobleado.

Mr. Glossin, sin darse por desairado con aquel sofión, o procurando a lo menos apartarlo así, volvióse hacia el joven Hazlewood que parecía engolfado en la lectura de un periódico.

—¿Qué noticias tenemos, Mr. Carlos? — le preguntó.

Levantó los ojos Hazlewood, le miró, le presentó el periódico sin responderle, como si hubiera podido hacerlo en un café con un desconocido, se levantó de su silla y se dispuso a salir de la estancia, siguiendo el buen ejemplo de Dominus.

Dispensad que os interrumpa en vuestra lectura, Mr. Hazlewood, pero no puedo menos de manifestaros la viva satisfacción que me da en veros ya tan repuesto de aquel fatal percance...

La más fría, la más imperceptible inclinación de cabeza que imaginarse puede, fué



toda la respuesta que obruvo su atención, pero fué lo suficiente, sin embargo, para estimular a nuestro truhán legista a seguir adelante con su charla.

—Puedo aseguráros sin lisonja, Mr. Hazlewood, que pocos se han interesado tan de veras como yo en vuestra desgracia, tanto por el bien general del país, como por el particular respecto que profeso a vuestra familia, tan digna por todos estilos de la alta consideración que en él disfruta. Mr. Featherhead va estando ya achacoso, lo cual no es extraño a su edad, y como es de presumir que pronto tendrá que retirarse del parlamento, no haríais mal en ir tomando vuestras medidas con anticipación. Os hablo como amigo, Mr. Hazlewood, y como hombre que conoce un poco ese tinglado, y si pudiera seros de alguna utilidad...

—Muy gracias, pero no tengo por ahora más sobre cosa en que podáis serme de provecho para nada.

—¡Oh!, bien, bien; acaso tenéis razón, todavía hay tiempo de sobra... Gózome en ver un mozo tan sedoso. Pero hablaba de vuestra herida; creo que no se me escapará el perillón que os atacó, y si no le hago castigar como merece, consiento en...

—Perdonad si os interrumpo de nuevo, pero vuestro caso me parece extraño. Tengo razones para creer que mi herida fué casual; evidentemente no hubo premeditación de parte del agresor. Contra una ingratitude y premeditada traición, mi resentimiento no sería menor que el vuestro.

Tal fué la respuesta de Hazlewood.

—¡Vaya otro par de coques! —dijo Glossin para su colete—. ¡preciso sería que dirija mis baterías por otro lado...! ¡Bien dicho, Mr. Carlos!, no se puede pensar con más nobleza; yo por mi parte tendré mis compasión de un ingrato que de una chocha. Ya a propósito de chochas (Glossin había aprendido de su antiguo bienhechor este gracioso modo de mudar de conversación), muchas veces os veo con la escopeta al hombro, y espero que pronto podréis volver a vuestras habituales cacerías; pero he observado que siempre os limitáis a las tierras de Hazlewood, y espero que en lo sucesivo no tendréis escrúpulos en meteros cuando queráis en las de Ellangowan. Creo que son en las que más abundan las chochas, si bien no faltan tampoco en las vuestras.

Aunque no le valió esta oferta más que una pequeña inclinación de cabeza, todavía hubiera hecho Glossin nuevos esfuerzos para destar la lengua a su compañero, cuando vino a sacarle de apuros la vuelta del coronel Mannering.

—Temo, caballero, haberos hecho esperar demasiado —dijo dirigiéndose a Glossin—. Descaba persuadir a mis Bertrán a que os recibiera, debiendo en mi tratamiento ceder sus objeciones a la necesidad de oír lo que tenéis que decirle; pero veo que circunstancias demasiado recientes y no fáciles de olvidar, le hacen tan penosa la idea de una entrevista con Mr. Glossin, que sería una crueldad insistir en ello. En este supuesto me envía para que reciba órdenes y proposiciones, y en una palabra para que se sirva comunicarme lo que tenéis que decirle.

—¡Hentí!, ¡hentí! Siento, caballero..., sierto, mucho, coronel Mannering, que mis Bertrán pueda suener... que le menen animosidad... en fin, que crea que yo... por mi parte...

—Caballero —dijo el inflexible coronel—, donde no media acusación todo descargo es excusado. ¿Tenéis alguna dificultad en comunicarme como a tutor pretendido de mis Bertrán, el asunto de que venís a hablarle?

—En manera ninguna, coronel; no podía mis Lucy haber elegido un amigo más respetable, ni persona con quien yo por mi

parte tuviera más placer en explicarme francamente.

—Tened la bondad, caballero, de entrar en la cuestión.

—A eso voy, a eso voy..., pero no es necesario que Mr. Hazlewood se retire. Tanto bien deseo a mis Bertrán, que desearía que el mundo entero terciase en nuestra conferencia.

—Mi amigo Mr. Carlos Hazlewood no tendrá probablemente gran curiosidad de oír cosas que no le interesan; y ahora que ya estamos solos, permitidme que os ruegue que saís breve y explícito en lo que tenéis que decirme. Yo soy un soldado, caballero, y no gusto de ambages y preámbulos.

Y como esto se sentó y aguardó la respuesta de Glossin.

—Tened la bondad de leer esta carta —dijo Glossin presentándole la de Mr. Protocol como el medio más breve de enterarle del negocio de que se trataba.

Leyóla el coronel, apuntó en su cartera el nombre y las señas de Mr. Protocol, y devolviéndola la carta a Glossin:

—Este asunto, caballero, no me parece que requiera mucha discusión. Yo cuidaré de velar sobre los intereses de mis Bertrán.

—Pero, caballero..., pero, coronel —añadió Glossin—, no es eso todo, y sólo yo puedo enteraros de lo que falta. Esa señora, es miss Margarita de Singleide, cuando residía en Ellangowan, en casa de mi antiguo amigo Mr. Bertrán, hizo un testamento en el que instituí por su heredera universal a mis Lucy Bertrán; y de esto estoy bien seguro, pues Dominus, que este era el nombre que mi difunto amigo daba siempre al respetable Mr. Maner, le firmó conmigo en calidad de testigo. En aquella época tenía ya mis Margarita plenas facultades para disponer de los bienes de Singleide, aunque su hermana mayor que aun vivía, los usufructuaba a la sazón por juro de heredad hasta su muerte. Extraña disposición tomó en ese particular el anciano Singleide, pues animaba con ella una contra otra a sus dos hijas, como dos gatas. ¡Ja, ja, ja!

—Bien está, caballero —dijo Mannering con sequedad—, pero vamos al caso. ¿Decís que esa señora tenía derecho para testar a favor de mis Bertrán y que así lo hizo?

—Sí, coronel. Creo conocer un poquito las leyes; por muchos años las he estudiado a lo menos, y aunque ya me he retirado de los negocios para vivir quieto y tranquilo en mi casa, no he olvidado enteramente una ciencia preferible a todos los bienes de fortuna, y que es, como dice con razón uno de nuestros poetas,

...Ciencia tan excelente
Que recobrar no hace el bien perdido.

No, no, todavía sé chasquear mi látigo, quiero decir, que aun me queda alguna inteligencia en la materia al servicio de mis amigos.

Tomaba Glossin la cuestión en este tono con la esperanza de hacer una impresión favorable en el ánimo del coronel. Este, por su parte, sentía en sí las más violentas tentaciones de tirar a Glossin por la ventana, o a lo menos de echarle con cajas destempladas, pero considerando que aquel asunto podía tenerle favorables resultados para mis Bertrán, se animó de paciencia y escuchó con toda la echarra que pudo los elogios que se prodigaba a Glossin a sí mismo. En fin, luego que hubo acabado su tarabilla, le preguntó si sabía dónde paraba el testamento.

—Se..., es decir, creo..., presumo que se podrá desenterrar; pero en tales casos suele suceder que el depositario exige alguna retribución...

—Si no es más que eso, poco importa —dijo el coronel echándose mano a su cartera.

—Pero, amigo mío, no me dejáis acabar.

Quería decir que *hay depositarios* que suelen reclamar a título de indemnización tales o cuales cantidades, por gastos de diligencias judiciales, por el tiempo perdido, etc. Pero yo por mi parte sólo deseo convencer a mis Bertrán y a sus amigos de que procedo con ella con toda honradez... Ahí tenéis el testamento, caballero; mucha satisfacción hubiera tenido en ponerle yo mismo a los pies de mis Bertrán y en darle el parabién de la risueña perspectiva que le ofrece el porvenir; pero una vez que sus prevenciones contra mí son insuperables, sólo me resta suplicaros, coronel, que hagáis presente a esa señoría mis votos de que verla tan feliz como ella merece, que le manifestéis que estoy pronto a responder ante la justicia, cuando haga falta mi testimonio, de la legitimidad del testamento. Tengo el honor, caballero, de besáros la mano.

Este discurso de despedida estaba bien discurrido y fué pronunciado en un tono que imitaba tan perfectamente el de la integridad calumniada, que el mismo Mannering tuvo que borrar un momento en el pensamiento la culpa que tenía de Glossin. Acompañóle hasta la puerta, aunque siempre frío y reservado, se despidió de él con más atención de la que le había mostrado durante su visita. Saló Glossin de la quinta tan satisfecho de la impresión que habían producido sus últimas palabras, como corrido y picado de lo mal que le habían recibido.

—El coronel Mannering hubiera podido ser más atento conmigo —decía—, no todos llevan cuarenta y cinco libras esterlinas de renta a una mujer. Bien rentará Singleide, ya lo creo, cuarenta y cinco libras, pues Reylagegambeg, Gillifrid, Lovelerts, Lialone y Spinster la producen. Muchos en mi lugar hubieran tratado de sacar partido de este negocio, aunque todo bien considerado, no sé verdaderamente cómo diablos se hubieran compuesto para lograrlo.

Apenas se hubo retirado Glossin, entró el coronel un lacayo a buscar a Mr. Mac-Morlan, que acudió sin demora a la quinta, y habiéndole presentado Mannering el testamento y preguntándole qué le parecía que podía esperarse de él en beneficio de mis Lucy, lo leyó atentamente y exclamó en fin con entusiasmo:

—¡Admirable! No hay nada que pedirle; cuando Glossin quiere trabajar, nadie le gana a hacerlo bien, y cuando lo hace mal, es porque le tiene cuenta... Pero —añadió con algo abatimiento—, el uso que de esa vieja loca, perdóneme las malas ausencias, podría mi bien haber cambiado sus primeras disposiciones.

—¿Y cómo podríamos saberlo?

—Enviando a alguno que represente a mis Bertrán en las operaciones de la testamentaría.

—¿Podéis ir vos?

—Lo siento, pero no puedo; tengo que asistir a un juicio por jurados.

—En ese caso iré yo; mañana temprano me pondré en camino. Simpson vendrá conmigo; y si uno de los testigos y su presencia se cree necesaria..., pero necesito de alguien que me dirija.

—El antiguo sheriff de este condado reside en Edimburgo, y es sujeto que goza con justicia de excelente reputación: os dará una carta para él.

—Lo que más me gusta en vos, Mr. Mac-Morlan, es que siempre vais derecho al grano. Escribidme esa carta al instante: a propósito, ¿habláremos a mis Bertrán de esa herencia?

—Es preciso, pues tendré que otorgáros un poder para representarla; ahora mismo voy a extenderlo. Además, yo respondo de su prudencia y de que no mirará esa esperanza más

Poderoso Atractivo

Una mujer sin perfume es como una flor sin aroma. Su belleza se ve por los ojos. Por su aroma se la presente, y ese aroma se recuerda, como se recuerda su imagen.

Posea Ud. el poderoso atractivo que presta a toda mujer el sugestivo aroma de Loción CHIPRE de PREAL.

En todas las farmacias, tiendas y perfumerías.

Camauër y Cia. - Soc. de Resp. Ltda.

Capital \$ 200.000.— %.

Inclán 2839/47 - Buenos Aires

REPRESENTANTES:

URUGUAY: José C. Cadenazzi y Cia. Paysandú 906, Montevideo.

PARAGUAY: Vicente Scavone y Cia. Palma 224-26, Asunción.



MARJORIE REYNOLDS
Artistas Unidos

EXTRACTO
Y LOCION

Chipre de PREAL

(El perfume femenino por excelencia)

que como una probabilidad lejana.

No se engañó, en efecto, Mac-Morlan. Al recibir aquella nueva, mostró miss Lucy una moderación que probaba lo muy lejos que estaba de contar por segura la perspectiva que se le ofrecía. Preguntó, en verdad, por la noche, a Mac-Morlan, así como al descuido, cuanto podía producir anualmente la hacienda de Hazlewood; pero ¿debemos inferir de aquí que su objeto fuera saber si una heredera con cuatrocientas libras de renta podía ser un partido proporcionado para el joven laird?

CAPÍTULO XXXVI

Echadme una gran copa de vino para dar a mis ojos una expresión terrible. Es menester que me ponga furioso y que hable como el rey Cambises.

SHAKESPEARE. *Enrique IV*, 1.ª parte.

Mantering, con su compañero de viaje Sampson, no perdió un momento en ir a Edimburgo. Conociendo las habituales distracciones del buen Dominus, quiso el coronel llevárselo consigo en su silla de posta, no atreviéndose a perderlo de vista ni menos a hacerlo viajar a caballo, lo que hubiera sido exponerlo a que en cualquier posada lo bieran montado, sin que el pobre filósofo lo echara de ver, y uno de los caballos el rabo. Con ayuda de su camarero Barnes, que los seguía a caballo, logró desembarcar a Dominus sano y salvo en un mesón de Edimburgo (pues aun no se conocían las buenas posadas), sin que le sucediesen más que dos aventuras en el camino. Una de ellas fué en Moffat, donde mientras estaba alojando el coronel, armó una discusión con el maestro de escuela del pueblo sobre la cantidad de una palabra de la séptima oda de decálogo libro de Horacio. La discusión, que produjo otra vez más acalorada sobre la significación exacta de la voz *malobatro*, en la misma oda: disertando y discutiendo, acompañó el distraído Sampson al maestro de escuela hasta su casa, donde la atrajo Barnes, que, conociendo su carácter, había tenido la precaución de no perderle de vista. La segunda escapatoria ocurrió con motivo de ir a visitar el prado de *Rullion green*; grato a sus predilecciones presbiterianas, el coronel había sentido en detenerse un momento para que satisficiera su curiosidad; pero habiendo visto a distancia como de una milla un monumento fúnebre que no conocía, echó Dominus a andar hacia él muy formal, olvidándose completamente por segunda vez de su viaje y de su amigo, como si tal viaje y tal amigo no hubieran existido jamás, hasta que lo alcanzó Barnes en su caminata hacia las sierras de Pentland, después de haber tenido al coronel de plantón más de una hora. Cuando la presencia de Barnes le recordó el mal tercio que estaba haciendo, el compañero de viaje exclamó como solía: "¡Prodigioso! ¡Se me había pasado!", y echó pie atrás. Asombrado quedó Barnes del sufrimiento que mostró su amo en aquellas dos ocasiones, sabiendo por experiencia cuán insostenibles le eran las lentitudes y sobre todo la negligencia; pero Dominus era para él, bajo todos aspectos, un ser privilegiado. Sus genios no podían ser más encontrados, y sin embargo, parecía que la naturaleza los había destinado uno para el otro. Necesitaba Mantering un libro cualquiera; Dominus se lo encontraba al instante; tenía que ajustar o examinar alguna cuenta, Sampson estaba siempre dispuesto; quería acordarse de este o el otro pasaje de los autores clásicos, Dominus era para él un diccionario siempre abierto, y en medio de todo esto, aquella estatura anfibolante ni se enervaba cuando hacía falta, ni se daba por sentida de que la olvidaran. Para un hombre bilioso, frío y reservado como lo era Mantering, aquella especie de catálogo vivo, aquel

animado autómatas era justamente lo que le convenía.

Apenas llegaron a Edimburgo y se instalaron en el mesón del *Key Lodge*, junto a *Bratton*, de modo que era dueño a la sazón el viejo Cockburn (a ni me gusta la exactitud en todo), llamó el coronel a un mozo para que le llevase a casa de Mr. Pleydell, el abogado para quien le había dado una carta de recomendación Mr. Mac-Morlan. Recomendó a Barnes que no perdiese de vista a Dominus y salió del mesón con su conductor.

Pasaban estos sucesos hacia fines de la guerra con América, es decir, en una época en que no eran muy comunes en la capital de Escocia las habilitaciones cómodas, espaciosas y bien ventiladas. Empezábase ya a construir hacia la parte sur de la ciudad, *casas sobre casas*, como llamaban enfáticamente a las habitaciones nuevas, construidas efectivamente en el solar de las antiguas; y lo que hacía la parte del norte se llama hoy la *ciudad nueva*, tan dilatada ya en el día, iba ya estando también bastante adelantada; pero todas las personas de distinción y en particular las que pertenecían a la nobleza, habitaban en los barrios más recónditos de la ciudad antigua. Dos o tres de los más famosos abogados continuaban recibiendo a sus clientes en la taberna, según era costumbre hace cincuenta años, y aunque sus compañeros más jóvenes afectaban despreciar aquella antigua usanza, la costumbre de mezclar el vino y la cerveza a los asuntos más serios se conservaba con religiosa veneración entre los señores machuchos, ya porque la creyese buena, ya porque estuviere demasiado arraigada en ellos; para que se fuese posible abandonarla. Entre los partidarios de tan rancia costumbre figuraba en primera línea Mr. Pablo Pleydell, sujeto a todas luces apreciable, muy instruido y excelente abogado.

Siguiendo los pasos de su guía, se halló Mantering, después de haber pasado algunas callejuelas tortuosas y oscuras, en *High-Street*, atronada con los gritos de las ostras y con las campanillas de los pasteleros, por acalorados. Se dar las ocho en el reloj de Tron. Tiempo hacía que no se había hallado el coronel en las calles de una populosa metrópoli, que, con el ruido de las gentes que pasan, con el clamoreo de los revendedores, con el bullicio de las tiendas, con la multitud de las luces y el continuo movimiento de los grupos, ofrece, de noche especialmente, un espectáculo que, aunque compuesto de los elementos más vulgares, considerados aisladamente cada uno de por sí, producen en su conjunto un efecto tan singular como sorprendente. La extraordinaria altura de las casas se hacía aquí más de notar por el resplandor de las luces que brillaban irregularmente en las vidrieras de cada piso, y entre las cuales las más elevadas parecían confundirse con las estrellas del firmamento. Aquel golpe de vista, que todavía subsiste hasta cierto punto, era entonces aun más imponente que en la actualidad, como que le producía la no interrumpida serie de casas que se extendía a uno y otro lado de la calle mayor, hasta el sitio en que el puente del Norte, que a la cruz en su remate, forma una hermosísima y uniforme plaza que se extiende desde la fachada de Luckenbooths hasta la Canonanga, correspondiente en anchura y longitud a la extraordinaria elevación de los edificios que la rodean.

No tenía Mantering mucho tiempo para contemplar y admirar aquellas bellezas: su conductor le precedía a muy buen paso, hasta que se metió por fin en una callejuela sumamente angosta. Allí, después de haber subido a tantas una escalera muy oscura en la que uno de los sentidos de Mantering reci-

bió impresiones poco lisonjeras, y hallándose ya a una altura considerable, oyeron llamar a una puerta situada dos pisos más arriba. Abrióse la puerta, y un momento después comenzó un cuarteto formado por un perro que ladraba, un gato que se defendía, una mujer que gritaba para poner paz, y una voz de hombre, broncea y recia, que decía:

—¡Quieta, Mostaza! ¡Ven aquí! ¡Quieta!

—¡Jesús Dios mío! — exclamó la mujer — si hubiera matado al gato, nunca me lo hubiera perdonado Mr. Pleydell.

—No hay cuidado, que no morirá de ésta — dijo el hombre —. ¿Conque decís que no está en casa?

—No, señor; Mr. Pleydell nunca está en casa los sábados.

—Ni los domingos tampoco, a lo que creo. No sé qué hace.

Llegó Mantering en aquel momento y se encontró cara a cara con un robusto labrador, a lo que pudo juzgar por su traza: llevaba una casaca de color de sal y pimienta mezcladas, botones de metal, sombrero de hule, botas de campana y ligero debate del brazo; su interlocutor, que era una moza bastante bien parecida, iba en chinelas, tenía cogido con una mano el pestillo de la puerta como para cerrarla, y llevaba en la otra un caldero de agua hirviendo para jabonar, operación que en Edimburgo se hace en todas las casas el sábado por la noche.

—¿No está en casa Mr. Pleydell, moicita? — le preguntó Mantering.

—Haced cuenta que está como en su casa, pero ha salido; siempre sale los sábados por la noche.

—Pero ¿yo soy forastero y necesitaría verle hoy mismo sin falta; ¿podréis decirme dónde le hallaré?

—Sí, si — dijo el guía del coronel —; yo sé dónde está; estará seguramente en la hostería de Clerghigh. Bien hubiera podido decirlo ella, pero puede que crea que lo que venís a ver es la casa y no al amo.

—Pues bien, llevadme a esta hostería. Saponago que se servirá recibirme, pues tengo que hablarle de un asunto importante.

—¿O sea yo? — dijo la muchacha; — no le gusta mucho que me molesten con peticiones los sábados por la noche, pero siempre es atento con los forasteros.

—También yo iré a la hostería — dijo nuestro amigo Dinmont —, que también yo soy forastero, y lo que tengo que decirle importa mucho.

—Si recibe al caballero, lo mismo recibirá al villano; pero, por amor de Dios, no vayán a decirle que yo soy quien los envío.

—Villano soy, es verdad — dijo Dinmont algo picaresco —, pero no vengo a hacerle perder su tiempo, y bajó la escalera seguido de Mantering y de su conductor. No pudo menos el coronel de admirar el porte resuelto y vigoroso además con que se abría paso el labrador entre el gentío, echando a un lado a codazos y empujones a todo el que se le ponía delante.

—Puede que se encuentre con la horma de su zapato si sigue así — dijo el guía —; aporrearé a como tuere la esquina sin que le amen cunamplo, sin embargo, esta profecía.

Al ver la estatura colosal de Dinmont, se traza de hombre forzado y su impávido continente, a nadie le venían ganas de meterse con él, antes bien, todos preferían hacerse a un lado para dejarle pasar. Aprovechando tan buena proporción, Mantering le seguía paso a paso hasta que se paró el labrador, volviéndose al guía, le dijo:

—Creo que este callejón no tendrá salida.

—¿Y la tiene? — respondió Donald, que éste era el nombre del guía.

Seguía Dinmont más adelante, torció una

calle muy oscura, subió una escalera más oscura todavía, y entró en una pieza que se encontró abierta. Miraba a ratos la casa y aludidos el buen Dimmont para llamar a un mozo, como hubiera podido llamar a uno de sus perros, examinaba Manningering el local en que se encontraba, y apenas podía concebir cómo un hombre que ejercía una profesión honrosa, y que le habían asegurado ser persona instruida y de fina educación, elegía semejante sitio para sus desahogos. Amén de la miserable apariencia exterior de la tal casa, vista por dentro verdaderamente parecía que toda ella se estaba cayendo a pedruzcos. La pieza en que se hallaban tenía una ventana sobre un patio muy reducido, que durante el día le daba alguna claridad, y del que siempre, y con particularidad por la noche, se exhalaban numerosos y cargados olores: nada balsámicos. Frontera a esta ventana estaba otra que daba sobre la cocina, que no teniendo comunicación ninguna con el aire exterior, sólo recibía durante el día la escasa luz que le entraba de segunda mano, por la primera ventana de que ya hemos hecho mención. La gran lumbre que ardía a la sazón en la cocina iluminaba perfectamente todo su recinto — especie de *pandemonium* donde un sinfín de hombres y mujeres medio desnudos se ocupaban en abrir ostras, en amasar pastas, en asar, cocer y freír carnes y pescados. La dueña de la casa, con los zapatos en chancleta y toda desgredada, iba de aquí para allá, reñía a este pinche, ayudaba a aquel, daba órdenes a todos, las recibía también alguna vez, y parecía en fin la encantadora soberana de aquellas tenebrosas regiones. Las estrepitosas y repetidas carcajadas que resonaban en todas las habitaciones de la casa, probaban que no eran infructuosos los afanes de la bodegonera, y que se les remuneraba ampliamente una numerosa concurrencia. Trabajo costó lograr que se decidiera un mozo a introducir al coronel y a Dimmont en la estancia donde el abogado Pleydell celebraba su francachela semanal. La escena que presentaba ésta, y, sobre todo, la actitud del abogado, que hacía en ella el principal papel, dejaron estupefactos a sus dos clientes.

Era Mr. Pleydell hombre muy vivo y de economía que, sobre ser sumamente depredador, anunciaba una gran penetración; su mirada y sus modales tenían un *no sé qué* que a tiro de ballesta indicaba su profesión; pero no pasaba este *no sé qué* de ser una forma exterior de que ni más ni menos que de su pelucón de tres hilas de bucles, y de su casaca negra, podía despojarse completamente todos los sábados por la noche cuando estaba rodeado de sus alegres compañeros, y dispuesto, como él decía, a soltar la rienda a su humor. En aquel momento estaban todavía a la mesa, a la que se habían sentado a las cuatro de la tarde, y como ya tiraba la comida hacia los postres, entreteníanse bajo la dirección de un venerable bebedor, que había acompañado, en semejantes pasatiempos a tres generaciones, en jugar al antiguo juego ya olvidado de los *High-Inks*. Este juego se hacía de varios modos, lo más frecuente era jugarle con dados, y al que le tocaba la suerte se le obligaba a elegir un carácter cualquiera, y a sostenerle durante un tiempo determinado, o bien a repetir en un orden particular cierto número de versos fesceninos: a se apartaba un punto del carácter que le estaba asignado, o si su memoria le era infiel al invertir el orden de los versos, se le condenaba a pagar una prenda, que sólo podía rescatarse, o apurando tal o cual cantidad de vino, o ahogando un tanto en calidad de ayuda de costas para pagar la bruma. En su se divertían nuestros convidados cuando entró Manningering en la estancia.

El señor abogado Pleydell hacía de rey a



GUITARRAS

CUERDAS FINAS

"SONORA"

EN CUOTAS **5.-** POR DESDE \$ MES

SOLICITE CATALOGO GRATIS
REMITIMOS CONTRA - REEMBOLSO

CAP. SOCIAL \$ 350.000

CABA

Celestino Fernandez

Bm. MITRE 975 - U. T. 35-1556 y 3334 - B. Aires

De Arciniega - Pub.

CREDITOS
A
SOLA FIRMA



La moda y el hombre

Vista con elegancia y se hará poseedor del optimismo y personalidad que es la clave del éxito.

Corte irreprochable y casimires de la más alta calidad los encontrará en las GRANDES SASTRERIAS THE CITY, la más moderna y rápida organización al servicio del hombre "chic".

Grandes Sastrieras
THE CITY

ANEXOS
BONETERIA
Y
CALZADOS

VICTORIA esquina PIEDRAS • A un paso de Avda. de Mayo

SI Ud. NO ELIMINA LA CASPA Y SEBORREA ELLAS ELIMINARAN SU CABELLO

Use **Benguria** para el cuero cabelludo, producto vegetal que tonifica el cabello, fortalece el bulbo capilar, detiene su caída y preserva contra la CALVICIE.

Frasco, \$ 15.-Doble, \$ 24



Jabón **Benguria** maravilloso subproducto a base de "Benguria", único para lavar el cuero cabelludo sin debilitar el cabello, eliminando la CASPA y SEBORREA.

PASTILLA, \$ 1.60.-GIGANTE, estuche, \$ 3.-

Fijador **Benguria** También a base de "Benguria", que a más de conservar el cabello húmedo y con brillo natural, lo tonifica sin producir CASPA. Pote..... \$ 2.50

Benguria productos para el cabello, famosos desde el año 1897.

EN DROGUERÍAS Y FARMACIAS INFORMES, Folletos o contrarrembolso, a ENRIQUE BENGURIA

CALLAO 1045 - U. T. 44-0769 - Bs. As.

Remita su nombre y dirección a los Escuelas Latino-Americanas, Boy Scouts de la Capital y reciba de cortesía recibida GRATIS Y SIN COMPROMISO la "GUÍA DE ENSEÑANZA", de 92 páginas ilustradas, con detalles de los 72 cursos que ofrecemos por correo.

Ver último libro.

La Fábrica HOMEDES, Labardén 222, Buenos Aires, que con tanto éxito lanzó al mercado argentino su

PANTUFLA - CHINELA (SLIPPER)



Art. 102. Modelo con suela de material, a PESOS 2.50

PRESENTA SUS MODELOS DE INVIERNO



Art. 111.-112. Colores: negro, azul, rojo, marrón y gris; suela de material con tacón fardo de lana. Precio por par, a \$ 3.50

Envíos contra reembolso agregar \$ 0.50

FABRICA HOMEDES, LABARDÉN 222 - BUENOS AIRES

En venta en Casa Tor, Galería Güemes, Florida 199, Quilsoo N° 10, y en las buenas casas del ramo.

Tenemos algunas vacantes de Representantes, disponibles para publicistas importantes del interior. Los interesados deberán ser personas o firmas solventes, que estén dispuestas a adquirir contra reembolso los nuevos muestrarios.

la sazón, sentado en la silla que le servía de trono puesta encima de la mesa; tenía la peluca caída sobre una oreja, y ceñidas las sienes con una corona de tapones de botellas. Relucían los ojos como chispas, lo que podía atribuirse a la alegría que le animaba, como a inmediato efecto de los vapores del vino. En derredor de él recitaban sus cortesanos fragmentos de versos ridículos por este estilo:

—¿Qué se hizo Baltasar?

—¡Fecé! Al río se fué a bañar,

Pero sin saber nadar.

¡Y se ahogó!

¡Tales eran, antiguamente, joh Temis!, los pastietes de sus hijos escoceses!

Dinnmont fué el primero que entró en la estancia, pero al ver la escena que tenía delante, se quedó parado a la puerta, y exclamó:

—¡El es! No hay más sino que es él en efecto... ¿Quien diablos le hubiera conocido?

Al oír la voz del criado que le decía: —Mr. Dinnmont y el coronel Manning desean a hablar a vuestra merced — volvió Playdell la cabeza, y fué fácil conocer que se quedó algo confuso al ver al coronel, pero era de la opinión de Falstaff: «¡Afuera, maldices, hasta que se acabe la comedia!», y discursó con mucha cordura que lo más acertado sería no darse por avergonzado.

—¿Dónde está vuestra guardia? — exclamó aquel segundo Justiniano —; ¿no veis ese extranjero paladín que viene de lenguas tierras a nuestra corte de Holy Rood? ¿No veis a nuestro animoso Andrés Dinnmont, que ha sucedido a la custodia de los ganados de nuestra corona en el bosque de Jedwood, donde merced a nuestros desvelos por la buena administración de la justicia, pastan ya con no menos seguridad que si estuvieran en nuestro parque de Fife? ¿Dónde están nuestros heraldos, nuestros reyes de armas, nuestros ricos-hombres? Sean admitidos a nuestro banquete estos dos extranjeros; rechácelos así a su clara compete y con arreglo a la índole de la solemnidad que estamos celebrando. Mañana haremos justicia a sus demandas.

—Vuestra majestad me permitirá que le haga observar que mañana es domingo — dijo uno de los convidados.

—¿Es domingo? En ese caso, para no escandalizar a la asamblea de la iglesia, remitiremos la audiencia al lunes.

Manning, que se había quedado a la puerta, dudando si debería pasar adelante o retroceder, se decidió a entrar en la humareda de aquellos caballeros, aunque algo picado interiormente contra MacMorlan, que le había recomendado, para consejo, hombre que parecía tan estrafalario. Llegóse, pues, a él, después de haberle hecho tres profundas reverencias, y pidió permiso para poner sus credenciales a los pies de su majestad escocesa, a fin de que se sirviese examinadas cuando lo tuviere por conveniente. La gravedad con que se prestó a la chanza, y la humilde deferencia con que rehusó primero y aceptó en seguida la silla que le presentó el introductor de embajadores, le granjearon tres salvas de aplausos.

—El diablo me lleve si no han perdido todos la chanza! — dijo Dinnmont sentándose con menos ceremonia a una esquina de la mesa —; o creen que estamos en carnaval y se han vestido de mojiganga.

Ofrecieron una copa de vino de Burdeos a Manning, que la bebió a la salud del príncipe reinante.

—Vos sois sin duda — le dijo el monarca —

el famoso sir Miles Manning, que tanta gloria adquirió en nuestras guerras contra la Francia, y podréis mejor que nadie atestiguar si los vinos de la Gascuña pierden parte de su mérito en nuestros climas del norte.

Manning, justamente lisonjeado su amor propio por aquella alusión a uno de sus más ilustres ascendientes, respondió que no era más que pariente lejano de aquel ilustre guerrero, pero añadió que en su opinión, el vino era exquisito.

—Demasiado frío es para mi estómago — dijo Dinnmont dejando la copa sobre la mesa, pero vacía.

—Ya remediaremos esa falta — dijo el rey Pablo, primero de este nombre —; no hemos olvidado que los recios y húmedos aires de nuestro valle de Diddell exigen bebidas más fuertes. ¡Senescal, que sirvan a nuestro fiel agricultor una copa de aguardiente! Eso le gustará más.

—Y ahora — dijo Manning —, pues hemos venido tan fuera de propósito a molestar a vuestra majestad en uno de sus momentos de soledad, ¿querrá la bondad de dar audiencia a un extranjero a quien asuntos de grave entidad traen a su corte?

Abrió el monarca la carta de Mac Morlan, y recorriéndola rápidamente con la vista, exclamó en el tono de voz que le era natural: —¡Lucy Bertrán de Ellangowan! ¿Pobre y querida amiga!...

—¡Prenda!, ¡prenda! — gritó en coro toda la corte —; vuestra majestad ha olvidado su carácter.

—Nada de eso — respondió el rey —; juzgueme este cortes caballero. ¿No puede un monarca prescindir de una simple particular? El rey Copethua y la doncella mendiga, ¿no nos ofrecen un caso análogo que establece un precedente en mi favor?

—¡Estilo del foro! — exclamó toda la nobleza en tumulto —; ¡otra prenda! ¡otra prenda!

—No tuvieron nuestros augustos predecesores — dijo el monarca alzando la voz para cubrir los gritos de sus demandados súbditos — sus Juanas Logies, sus Bessie Carmichael, sus Olfants, sus Scandalins y sus Weirs? ¿Y nos negará a nos el derecho de nombrar a una doncella a quien nos honramos de profesar el afecto más sincero? — ¿Pues si eso es así, vaya normal el estado y llévase el diablo la soberanía! Cual otro Carlos V, abdicamos la diadema y buscaremos en la obscuridad de la vida privada los placeres que nos niega el trono.

Esto diciendo, se quitó la corona, echó pie a tierra de su enpinado asiento con más presteza de lo que hubiera podido esperarse a su edad, pidió luces, agua, una jofaina, dijo al mozo que dispusiese el té en otra pieza, hizo señal a Manning de que le siguiera, se lavó las manos y la cara, se arregló la peluca delante de un espejo, y en menos de dos minutos se presentó al coronel, que quedó un poco atónito de ver tan completamente transformado en tan poco tiempo al que acababa de sorprender celebrando pueriles bazanas.

—Hay personas, Mr. Manning — le dijo —, ante las cuales debo un precavere de dejarse llevar de su humor, porque tienen, como dice el poeta, o sobra de malicia o falta de talento. El mejor medio de manifestar mi aprecio al coronel Manning era hacerle ver que no me avergüenza de mostrarme a él cual soy, y verdaderamente creo que bastante se lo he manifestado esta noche. ¿Pero qué me quiere este zángano?

Dinnmont, que había seguido a Manning, empezó por rascarse una pierna con una

mano y la cabeza con otra.

—Yo soy Dandy Dimmont de Charlies-Hope —le dijo—, el labrador de Liddesdale... ¿No os acordáis de mí, Mr. Pleydell? Aquel a quien hicisteis ganar aquel gran pleito...

—¿Qué pleito, botarate? ¿Pareceos que yo me puedo acordar de todos los locos que vienen a golpearme la cabeza?

—Cómo, pues si fué aquel pleito sobre los pastos de las dehesas de Langta-head!

—Bueno, bueno, no hay que hablar más sobre ese particular; vengan los autos y pasad a verme el lunes a las diez.

—Yo no tengo auto ninguno.

—¿Cómo ninguno? ¿Ni siquiera una triste cuartilla de papel para explicar el negocio de que se trata?

—No, señor; pues no habéis dicho que con nosotros, gente ruda y poco leída, preferirais una explicación de viva voz?

—¿Y? ¡Maldita sea mi lengua si tal ha dicho! Mis orejas lo pagarán. Vaya, decid en pocas palabras lo que se os ocurre; ya veis que este caballero está esperando.

—¡Oh! Si este caballero quiere empezar, yo aguardaré, lo mismo me da.

—Pero no conocéis que lo que vos tenéis que contarme seguramente no importará un bledo al coronel Mannering, y que acaso él no tendrá puesto en observar vuestras largas orejas con lo que tiene que decírmelo?

—Será como vuestras mercedes quieran. Pues señor, el caso es éste: siempre andamos en quimeras Jack de Dawston-Cleugh y yo sobre los límites de nuestras tierras. Charlies-Hope debe estar separado de Dawston-Cleugh por el arroyo que nace en Touthop-rigg, después de pasar el Pomograins, porque el Pomograins y el Shakenspool y el Bloodvays se reúnen y todos van a parar al Peel; por más señas, que se pasa el Pomograins por una gran piedra que sirve de puente, y no digo que ése es el límite de mis tierras. Pero Jack dice que no, que la línea de demarcación es el atajo que va de Knote o Gate a Keeldar-Ward, y la diferencia no es poca.

—¿Y cuál es esa diferencia? ¿Cuántas cabezas de ganado podrían pastar en el terreno de la disputa?

—Pocas, la verdad, porque es un terreno alto y malo; podría mantener un borrego, dos todo lo más, en los años prósperos.

—¿Y por un pedazo de tierra que puede producir cinco chelines por año, vais a tirar por la ventana cien libras, acaso el doble?

—Ya, pero no es por el valor de la cosa en sí, sino por la justicia.

—La justicia, amigo mío, es como la caridad, que debe empezar por uno mismo. ¿Creéis ser justo con vuestra mujer y vuestros hijos, malgastando así el dinero? No hay que pensar en esa bobada.

—Pero Dimmont continuaba clavado en su sitio, dando vueltas a su sombrero.

—No es eso, no, señor; no es por eso, es porque no quiero que Jack se burle de mí. El se precia de tener a su favor más de veinte testigos, y yo estoy seguro de presentar el doble que él, y mejores que los suyos, de los que más arraigo en Charlies-Hope, que jurarán que nuestros límites son los que yo digo, y que no querrán que perdamos lo que es nuestro.

—¡Holá! ¡Pique de honor hay de por medio! Pero entonces ¿por qué no deciden la cuestión los dueños de las tierras?

—Porque como son vecinos... pues —dijo Dimmont rascándose la mollera—, Ni Jack ni yo hemos podido lograr que tomen parte en la disputa... ¿Pero no os parece que podré tener los réditos?

—Nada de eso, no, señor... ¡El diablo os

confunda a los dos!... ¿Por qué no agarráis un buen par de estacas y decidís el pleito a trancazos?

—Ya tres veces hemos probado, dos veces en el terreno en cuestión y otra en la feria de Lockerby, pero siempre hemos quedado iguales.

—¡Pues coged cada uno un cuchillo y largaos con mil pares de demonios como lo hicieron vuestros padres antes que vosotros! —dijo montando en cólera Mr. Pleydell.

—Pero en fin, señor letrado, ¿hay algún impedimento para ese pleito? Esto es lo que yo quiero saber.

—Venid acá, pecador; lo que yo quiero meteros bien en esa cabeza redonda es que es una locura, una ridiculez meterse en un pleito por semejante fruslería.

—¿Conque es decir que no queréis encargarnos de defendernos?

—¿Y? No por cierto; idos bendito de Dios a vuestra casa, bebeds una azumbre de cerveza, y ved de arreglar ese negocio amigablemente.

—No parecía Dandy darse por muy satisfecho con este arbitrio.

—Vaya, ¿se le ofrece algo más? —añadió Mr. Pleydell viendo que no se daba traza a retirarse por lo pronto.

—Sólo quería deciros una palabrita sobre la herencia de esa señora que acaba de morir, mistress Margarita Bertrán de Singleside.

—¡Bah! ¿Y qué tenéis vos que ver con eso?

—preguntó el abogado algo sorprendido.

—No es decir que yo tenga parentesco con lo: Bertrán —dijo Dandy— ni con cien leguas se acerca mi familia a gente tan encopetada... pero Juana Littup, que era el ama del viejo Singleside y que era la madre de las dos señoras que ya han muerto (y lo que es la última ya tenía colmillos); Juana Littup, como iba diciendo, que nació ahí en Liddel-Water, era nada menos que prima segunda de una medio hermana de mi madre. Seguramente vivía en Singleside cuando era su ama de gobierno, lo que no daba poco que sentir a sus parientes; pero, al fin, el buen señor reconoció a las criaturas y satisfizo lo que manda la iglesia, y yo quisiera saber si la ley me da algún derecho a la herencia.

—Ni por asomo.

—¿No, eh? Pues no seremos más pobres por eso, pero puede que se haya acordado de mí en su testamento, si lo ha hecho, y en fin... ¿quién sabe?... Pues señor, esto es todo lo que tenía que decir, conque, buenas noches y.

—Esto diciendo, echó mano a la faltriquera. —No, no, amigo mío, no hay que molestarse; yo nunca cobro el sábado por la noche, sobre todo cuando no hay por qué... Dios sea con vos, amigo Dandy.

—Hizo Dandy su saludo y salió de la estancia.

CAPITULO XXXVII

Ni verdad ni artificio se ven en esa miserable momería; nada en ella exalta la fantasía, ni conmueve el corazón. Sería pero sin solemnidad, terrible pero sin piedad, es importante y ridícula escena, despojada de interés, de ternura y de profundidad, atardece los oídos y no habla a la razón.

CLARE. El registro de la parroquia.

—Vuestra majestad —dijo Mannering sonriendo— ha solemnizado su abdicación con un acto de bondad y clemencia: presumo que ese pobre hombre habrá renunciado a su maná de pleitear.

—Os engañáis: la única diferencia está en que pierdo un cliente, y lo que hubiera podi-

CARTERAS Y ZAPATOS
siempre a la moda
CON

DOR-AIL

La tintura para cueros, hules y fibras
simil-cuero que garantizamos en cual-
quier tejido de alta calidad técnica.

DOR-AIL

CASA ESPECIALIZADA EN TENDIDOS GARANTIDOS

VALOR DEL FRASCO \$1.20 - AGREGAR
50 cts. PARA FRANQUEO CERTIFICADO

Sírvase enviarme un frasco de color

Sírvase enviarme guía de colores (Tache
la línea que no corresponda).

Nombre

Dirección Localidad

Viamonte 714 Bs. Aires 32 (Dárs.) 3482

Dr. ANIBAL O. de ROA (h)

ENFERMERAS DE LA PIEL
VIAMONTE 830, Cap. Solicitar hora a 243-2305

Dr. ANGEL E. DI TULLIO

MEDICO CIRUJANO
Para enfermedades de Oídos, Nariz y Garganta
NUEVA YORK 4020 U. T. 50 - 4278

REGALE

Su paladar



CON

SAVORA

Realza el sabor de las comidas

do valerme el pleito. Revolveré cielo y tierra hasta que encuentre quien quiera ayudarme a llevar adelante la locura que está determinado a hacer. ¡No, no!, lo único que he conseguido es mostraros otra de mis flaquezas: los sábados por la noche, siempre hablo con el corazón en la mano.

—Y yo creo que alguna vez también en lo restante de la semana — dijo Mannering en el mismo tono.

—Sí..., alguna vez..., en cuanto me lo permite mi profesión. Yo soy, como dice Hamlet, bastante hombre de bien, cuando mis clientes y sus contrarios no me obligan a sostener en el tribunal sus dobles mentiras; pero *oportet vivere* (es preciso vivir). ¿Cómo ha de ser! Y ahora, vamos a lo que importa. Celebro en el alma que mi antiguo amigo Mac-Morán os haya dirigido a mí; es sujeto activo, honrado, inteligente y a quien estimo mucho. Cuando fui sheriff del condado que habita, fue mucho tiempo mi sustituto, y todavía conserva el mismo destino. El conoce mi aprecio a la desgraciada familia de Ellangowan, muy reducida a la pobre Lucy: doce años tenía cuando la vi por última vez, y ya era una mujercita muy linda y muy juiciosa, que cuidaba a su padre como hubiera podido hacerlo una persona mayor; el pobre viejo estaba nedio lloco, pero el interés que me tomo por ella traía fecha más antigua. Yo fui, Mr. Mannering, como sheriff del condado, a quien llamaban en el pueblo el señor de la cabeza, para averiguar un asesinato que se acababa de cometer a corta distancia de Ellangowan, y que por una extraña combinación de circunstancias, que desgraciadamente no pudo desentrañarse, causó la muerte o el rapto de su único hermano, criatura de unos cinco años. ¡No, coronel! ¡jamás olvidaré la horrible escena que presentó aquel día la quinta de Ellangowan! ¡Un padre desesperado, medio insensato, una madre que acababa de expirar en los dolores de un parto anticipado: un niño perdidito, asesinado tal vez, y una pobre criatura recién nacida, llorando, casi huérfana ya, y entrando en este mundo miserable bajo tan tristes auspicios!... Nosotros los letrados, Mr. Mannering, no somos de hierro ni de bronce, como tampoco los militares, bien lo sabéis, coronel, tienen entrañas de acero. Estamos familiarizados con las atrocidades y los crímenes de la sociedad, como los militares lo están con las calamidades que son las consecuencias inevitables de la guerra, y de aquí nace tal vez, para unos como para otros, un poco de indiferencia; ¡pero lleve el diablo al soldado empedernido cuyo corazón es del mismo metal que su espada, y llévese también al abogado que tiene tan dura el alma como la cabeza! Pero al caso, que se va pasando mi noche de asueto. ¿Queréis tener la bondad de confirmarme los documentos relativos al negocio de mis Bertrán?... pero, un momento...

Cuento con que mañana me haréis el gusto de venir a verme a mi casa; insisto en ello; a las tres en punto, si toma la sopa, pero venios una hora antes. El lunes me hará el entierro. Se trata de una hora a la hora desvaldía, y bien podemos sin gran preado robarle una hora al domingo para tratar del particular. Temo, sin embargo, que nada pueda hacerse si ha alterado las cláusulas de su testamento la difunta señora, a menos que no hayan pasado los sesenta días que exige la ley, en cuyo caso si mis Bertrán puede probar que tiene el carácter de heredera legal... Pero, ¡ea, ea!, mis vasallos se impacientan de tan largo interregno. No os convino a reuniros con nosotros, coronel, por no abusar de vuestra complacencia; sería menester para eso que os hubierais sentado a la mesa con nosotros, y que hubierais ido pasando por grados de la seriedad a la alegría, y de la alegría a... a... a la extravagancia. Hasta mañana, Harry, acompaña a Mr. Mannering a su casa. Coronel, a las dos en punto os espero.

Retiróse Mannering a su posada, no menos sorprendido de las razones del abogado, que de la senatez con que le había oído discursar acerca de las exigencias de su profesión y de la sensibilidad de que había dado muestras al hablar de la desgraciada huérfana.

A la mañana siguiente, mientras el coronel y el más reposado y silencioso de los huéspedes de la casa, Dominus Sampson, estaban despatchando el almuerzo que les había dispuesto y servido Barnes, justamente en el momento en que acababa Dominus de escalar la escalera por segunda vez tomando té, entró en la estancia Mr. Pleydell. Una elegante peluca, bien empolada por un hábil peluquero, una cascaca negra perfectamente ecullada, un modo de presentarse más bien reservado y serio que propio de hombre entronetado, pero que, sin embargo, no mostraba ni aun sombra de cortedad o encogimiento; todo en fin anunciaba en él un ser muy diferente del que había visto el coronel la noche antes. Una mirada viva y penetrante era el único rasgo característico que recordaba al *hombre del sábado por la noche*.

—Vengo — dijo en el tono más cortés — a emplear con vos mi regia autoridad, así en lo temporal como en lo espiritual. ¿Queréis que os acompañe a la asamblea de los presbiterianos o a la iglesia episcopal?... ¿Tos Tirius? Ya sabéis que un abogado no es de la iglesia escocesa; mejor hubiera dicho de todas las iglesias de religión. ¿O puedo ayudarme a pasar la mañana de otro modo? Perdonad mi importunidad, que no es en este caso de moda, pero yo nací en tiempos en que un escocés hubiera creído quebrantar las reglas de la hospitalidad, dejando sin compañía a un forastero un solo instante, excepto durante su sueño. De todos modos, espero que me diréis francamente si os molesto.

—En manera alguna, amigo mío; tendré la mayor satisfacción en que me sirváis de piloto. Muchoísimo deseo oír un sermón de alguno de vuestros predicadores cuyos talentos hacen tanto honor a la Escocia,

Blair, Robertson o vuestro famoso Enrique Erskine. Acepto, pues, vuestra oferta con mil amores...; sólo una cosa me detiene — añadió llamando a Pleydell aparte, y echando a Sampson una mirada de soslayo —. Tengo ahí un amigo excelente, pero sujeto a grandes distracciones. Me ha dicho que desearía ir a una de vuestras más distantes y extraviadas iglesias, y mi ayuda de cámara, Barnes, que es su acompañante habitual, no puede ir con él.

Hecho el abogado una rápida mirada a Dominus, y respondió al punto:

—Ciertamente el señor es una curiosidad de que se debe cuidar mucho, y yo os facilitaré una persona de quien podáis fiaros. ¡Mozol! ¡id de un vuelo al bodegón de la tía Finlayson, en Cowgate, y decidle que me envíe al minuto a Miles MacFlin, que tengo que hablarle.

No tardó en llegar el demandado.

—Bien podéis — dijo Pleydell al coronel — confiar vuestro amigo a este hombre; le acompañará y le seguirá adonde quiera, a la plaza, al consejo, a la iglesia, a... a cualquier parte, y yo os le devolveré sano y salvo a la hora que determinéis. Si veis que no os hace falta Mr. Barnes. Zanjados de esta suerte todas las dificultades, encargó el coronel a Miles MacFlin que no perdiese de vista a Dominus mientras estuviese en Edimburgo.

—Y ahora, coronel, si deséis oír predicar al historiador de la Escocia, del continente y de la América (el famoso doctor Robertson), iremos a la iglesia de los Hermanos Grises (The Greyfriars).

Pero se llevaron casaca, porque no predicaba aquella mañana.

—¡Paciencia! — dijo el abogado —; pero no nos arrepentiremos de haber venido. Esperemos un poco.

Subió al púlpito el colega del doctor Robertson, (el doctor Erskine!) su aspecto no prevenía a su favor. Una complexión delgada, un rostro macilento y débil, dos ojos, contrabando con un pelucón enorme y sin pelo, un cuerpo inclinado hacia adelante, un ademán encogido y sin nobleza, las manos en las caderas, más bien como dos puntales necesarios para sostener su cuerpo enclenque, que como un recurso para dar más expresión al lenguaje; un alzacuello medio caído, un porte desgarrado a más no poder, tales fueron las primeras circunstancias que llamaron la atención del coronel.

—Ese predicador me parece que promete poco — dijo en voz baja a su nuevo amigo.

—No tengáis cuidado; es el hijo de un excelente abogado escocés, y ya veréis que no desmentirá a su padre.

Razón tenía, en efecto, Mr. Pleydell: el sermón estaba lleno de novedades ingeniosas observaciones sobre la sagrada Escritura. En él estaban perfectamente deslindados los principios del calvinismo y de la Iglesia de Escocia, y su base presentaba un excelente sistema de aquella moral práctica que no cubre al pecador con la capa de una fe meramente contemplativa, pero que tampoco le deja extraviarse en los laberintos del cisma o de la incredulidad. Su estilo y sus metáforas tenían un giro anticuado que daba más unción y energía a sus razones: contra el costumbre más general, no leyó su sermón; una cuartilla de papel en que estaban apuntados los principales puntos de su sermón, era el único auxiliar de su memoria. Su pronunciación, que al principio parecía algo estropeada, acabó por ser clara y animada; en fin, aunque no podía citarse su sermón como un modelo de la elocuencia del púlpito, Mannering convino en que pocos había oído que convenciesen tantas ideas sólidas, una metafísica tan sutil y argumentos tan victoriosos.

—Tales debían ser — dijo al salir de la iglesia — aquellos antiguos predicadores a cuyas almas intrépidas, profundo saber y fuerza de persuasión debemos la reforma.

—Y sin embargo — dijo Pleydell — ese reverendo, a quien estimo muy particularmente, tanto por él como por ser hijo de quien es, no tiene nada de aquella arrogancia farisaica de que no sin algún fundamento se acusa a los primeros apóstoles del calvinismo en Escocia. Su colega que están discutiendo algunos puntos de disciplina eclesiástica, pero nunca han perdido de vista los miramientos que intuitivamente se debían al sermón; ¡cómo me da gusto que tome parte la acrimonia en una controversia en que cada cual sostiene lo que su conciencia le dicta.

—Y vos, Mr. Pleydell, ¿qué pensáis de los puntos en que difieren?... ¡A decir verdad, coronel, yo creo que un hombre puede muy bien salvarse sin ocuparse mucho en esas materias; además, sea dicho en voz baja, yo soy miembro de la abbatía ligada episcopal de Escocia, que no es ya ni sombra de una sombra, y acaso más vale así; pero a mí me gusta rezar dónde y cómo rezaban mis padres, sin que por eso me parezca mal que otros no piensen como yo.

Dicho esto, se separó hasta la hora de comer. Atendida la miserable entrada de la casa del abogado escocés, no se había formado Mannering muy buena idea del obsequio que iba a recibir en ella luego que la vio de día, le pareció aún más derrochada que la noche anterior. Era la calle tan estrecha, que desde las casas opuestas de ambas aceras hubieran podido darse la mano los vecinos cruzaban en varios pisos de una a otra casa frontera corredores de madera, que interceptaban la poca luz que podía recibir aún en mitad del día. El portal era bajo de techo y muy angosto, y la escalera, sobre la que estaba una escalera de mano. Pero la biblioteca de venerables canas, como le hizo entrar un antiguo candelero, cubierto de venerables canas, como le hizo entrar a estas tristes apariciones, formaba con ellas un singular contraste. Componía una grande y hermosa sala, en la que lo pa-

mero que llamó su atención fueron dos excelentes retratos de dos célebres obispos de Escocia, pintados por Jamison, el Van Dyck de la Caledonia. Todas las paredes estaban cubiertas de inmensos estantes llenos de libros, entre los que se hacía notar, con las mejores obras de jurisprudencia, una selecta colección de los autores clásicos.

—Ahí veis — le dijo Pleydell — las herramientas de mi oficio. Un abogado que no conoce ni la historia, ni la literatura, podrá ser un practicante, en hora buena, pero no es, a mi parecer, más que un miserable albañil; si posee una y otra, ya puede llamarse arquitecto.

Prendado quedó Manninger de la perspectiva que se dominaba desde las ventanas, perspectiva que abarcaba todo el terreno que se extendía entre Edimburgo y el mar, el estrecho de Forth y sus islas, la bahía que limita el promontorio de Berwick y las graciosas playas del Fife, hacia el norte, destacándose sobre un horizonte azul.

Luego que Mr. Pleydell hubo gozado suficientemente de la sorpresa de su huésped, llamó su atención sobre el estado de los asuntos de miss Bertrán.

—Alguna esperanza tenía — le dijo — de hallar medios de asegurarle un derecho incontestable a los bienes de Singleside, pero todas mis investigaciones han sido inútiles: he visto que la buena señora podía disponer libremente de sus propiedades. Todo lo que podemos esperar es que no la haya tentado el diablo para anular este testamento, que será muy bueno, si no aparece otro de fecha posterior. Será menester que asistáis mañana a las exequias de la difunta; ciertamente recibiréis una escuela de convites, pero ya he prevenido al encargado del funeral que estéis aquí como apoderado y representante de miss Bertrán. Luego nos reuniremos en la casa mortuoria, a ver qué ocurre cuando presentemos nuestro testamento. La tal señora tenía consigo una muchacha huérfana, cuyo apellido ignoro, supongo que habrá tenido la conciencia de dejarle alguna cosa después de su muerte, siquiera en consideración a los trabajos que le hizo pasar durante su vida.

Llegaron tres nuevos convidados que Mr. Pleydell presentó al extranjero; eran personas de educación, de muy buen juicio y bastante instruidas, de modo que pasaron la tarde muy agradablemente. El coronel se estuvo en casa de su nuevo amigo hasta las ocho, festejando de la botella de su anfitrión, que, sea dicho de paso, era un *masterman*. (Sinónimo de gran príncipe de Escocia). De vuelta en su posada, se halló con una escuela de entierro para el funeral de miss Margarita Bertrán de Singleside; el duelo debía hacerse en la iglesia de los Hermanos Grises a la una de la tarde, y los convidados estaban citados en la casa mortuoria, desde donde pasaría a la iglesia toda la comitiva.

A la hora indicada, dirigióse Manninger a la casa situada en el arrabal del sur, que no le fué difícil reconocer al hallarse a la puerta según las señas de la Escocia, dos figuras de mal agüero cubiertas de amplios ropajes negros, con crespones blancos en los brazos y en los sombreros, y con largos bastones en las manos, adornados con las mismas señas de luto. Otros dos mudos, cuyas caras y amarillas caras llevaban el sello del más profundo dolor, le introdujeron en el comedor de la difunta, donde debían reunirse todas las personas convidadas al funeral.

Todavía se conserva en Escocia la costumbre, alidada ya en Inglaterra, de convidar a los parientes de un difunto a un *supper*. Esta costumbre produce a veces escenas verdaderamente patéticas y dolorosas, pero que harta frecuencia también sólo da margen a algunas monerías meramente de apariencia, cuando el difunto tiene la desgracia de no

haber sido querido durante su vida, ni llorado después de su muerte. El ceremonial de la iglesia anglicana para las exequias funerales, una de las partes más bellas y más imponentes de su ritual, tendría a lo menos la ventaja de fijar la atención, obligando en cierto modo a los asistentes a guardar la devoción generalmente observada en semejantes casos; pero con arreglo al rito escocés, si no existe un verdadero dolor, nada puede suplirle, nada habla al alma, nada excita la imaginación; un tono de fastidiosa formalidad, mejor pudiera decir una máscara de hipocresía, está es todo lo que se suele hallar en las solemnes fúnebres de la iglesia presbiteriana. Miss Margarita Bertrán era uno de aquellos seres que no dejan en pos de sí ni un amigo que los llore; no tenía parientes cercanos a quienes la naturaleza quisiera, a falta de cariño, hubiera podido arrancar algunas lágrimas: sólo se veían, pues, entre las personas reunidas para hacerle el duelo, las formas exteriores del dolor.

Manninger, sin embargo, en medio de aquella lúgubre asamblea de primos en tercero, cuarto, quinto y sexto grado, procuró ajustar su porte y su semblante a la contrita solemnidad de todos los que le rodeaban, y a darse por tan pasoroso del fallecimiento de miss Margarita Bertrán, a quien en su vida había visto la cara, como si la difunta hubiera sido su madre o su hermana. Después de un rato de tétrico y profundo silencio, empezaron los varios corrillos en que estaban divididos los circunstantes, a entablar algunas conversaciones, pero en voz baja y conio si se hubieran hallado en la alcoba de un moribundo.

—Nuestra pobre amiga — dijo un hombre grave, atreviéndose apenas a desplegar sus labios, temeroso de alterar la necesaria tirantez de sus facciones —, nuestra pobre amiga vivió a lo menos en la abundancia de los bienes de este mundo.

—Seguramente — respondió la persona a quien se dirigía, con los ojos medio cerrados y las manos cruzadas sobre el pecho —; la pobre miss Margarita era señora muy de su casa.

—¿Tenemos hoy algunas noticias, coronel? — preguntó a Manninger uno de los caballeros que habían comido con él la víspera en casa del abogado, en un tono tan solemne, cual si le hubiera anunciado la muerte de toda su generación.

—Nada nuevo he oído — respondió Manninger, poniendo su voz en perfecta armonía con el tono que reinaba en la estancia.

—¿Entendido — agregó enfáticamente el primero que había roto el silencio, y dándose la importancia de persona que se cree bien informada —, tengo entendido que existe un testamento.

—¿Y se sabe qué deja la testadora a Jenny Gibson?

—Cien libras y la repetición..., aquella repetición tan antigua.

—Poco es; ¡pobre muchacha! Mal lo pasó con la difunta; pero bien dice el refrán, que no se debe contar con los zapatos de los muertos para calzarse.

—Temo — dijo el político que estaba pegado a Manninger — que no hayamos acabado todavía de ajustar nuestras cuentas con nuestro antiguo amigo Tippos-Saib. Me parece que aun ha de dar mucho que hacer a la compañía de las Indias; sé de buena tinta que sus acciones no suben.

—Es de esperar que no tardarán en subir.

—Miss Margarita — dijo otro metiendo su cuchara en la conversación — tenía algunas acciones de la compañía de las Indias; lo sé porque he oído varias veces cobrar los intereses por ellas. Muév de desear sería para los herederos y legatarios, que tuviese la bondad el coronel de darles su parecer sobre los medios y oportunidad de convertirlos en metálico. Yo, por

mi parte, creo que... Pero aquí está Mr. Mortlocke que viene a avisar que ya es hora de ponernos en marcha.

Mr. Mortlocke, sepulturero de oficio y director de entierros, llegaba en efecto en aquel momento con una cara tan larga y adusta cual correspondía a su profesión, y empezó a distribuir entre los que debían llevar las puntas del paño mortuario unas tarjetas que les indicaban el sitio que a cada cual estaba destinado. Como este privilegio corresponde a los parientes más cercanos, Mr. Mortlocke, aunque muy perito en aquellas lúgubres ceremonias, no pudo contentar a todo el mundo: ser pariente cercano de miss Bertrán, era serlo de los bienes de Singleside, parentesco a que todos daban la mayor importancia. Hubo, pues, como era de esperar, algunos murmullos, y como nuestro amigo Dinmont fué uno de los desatendidos, y era hombre tan incapaz de disimular su descontento, como de manifestarlo en tono adecuado a la solemnidad de la ceremonia:

—Yo esperaba — exclamó en alta y sonora voz — que me hubieran dado a llevar una pierna por lo menos, y también hubiera llevado yo solo a cuestas el cuerpo si me hubieran dejado, sin andar en tantos repulgos.

Veinte ceños sombríos y otras tantas miradas feroces, se volvieron al punto hacia el labrador, el cual, habiendo exhalado ya su enojo, bajó la escalera con toda la comitiva, sin hacer caso ninguno de los murmullos de los muchos a quienes había escandalizado su ex abrupto.

Pusose el duelo en marcha para la iglesia, precedido por los dos espectros negros, con sus bastones adornados de crespon blanco, en honor de la por tan largo tiempo conservada virginidad de la difunta. Seis caballos drenchados, vivo emblema de la muerte, enjaezados de negro y con blancos penachos, tiraban del carro fúnebre, decorado con las armas de los Bertrán, y avanzaba con lentos pasos hacia el lugar de la sepultura, precedidos por James Duff, especie de idiota que con sus lloronas (tiras de lienzo, en señal de luto) y su gola de papel no faltaba jamás en ningún entierro, y seguidos por seis coceros en luto, en que iban todos los convidados a la ceremonia. Muchos de ellos, allí, soltando la tarabilla, empezaron a disertar sin rodeos acerca del valor de la herencia y de las personas a cuyas manos iba a pasar según todas las probabilidades. Los principales aspirantes guardaban un prudente silencio, sin atreverse a manifestar esperanzas que el resultado podía luego desmentir, al paso que el agente o *factotum* de la difunta, que era el único que, como se había dicho, conservaba un aire de misteriosa importancia, como hombre determinado a prolongar el interés tan penoso incómodo.

Llegó, en fin, el fúnebre acompañamiento a la puerta del cementerio de la iglesia, y allí, aumentado con dos o tres docenas de mujeres holgazanas con sus chiquillos en brazos, y con unos veinte pilluelos desarrapados, que le seguían corriendo y gritando, se dirigió a la sepultura de la familia de Singleside. Era ésta una especie de plazuela cerrada, custodiada por un muro, por un ángel veterano, que carecía de nariz, a quien no se le podía ver la cara que un ala, pero que tenía el mérito de haber permanecido firme en su puesto por espacio de un siglo; al paso que un querubín, su compañero, que debía estar de centinela sobre el pedestal opuesto, no conservaba más que el busto mutilado, y aun éste yacía derribado entre los cardos, las ortigas y multitud de plantas rastroeras que crecían con profusión alrededor del mausoleo. Una inscripción medio borrada y cubierta de musgo, anunciaba al lector que al año 1650, el capitán Andrés Bertrán, primero del alcaide de Singleside, oriundo de la antiquísima y nobilísima



LAS FAJAS DE CASA PORTA

SON DE UNA INSUPERABLE CALIDAD

Si usted no ha hallado, hasta el presente, faja que le sea cómoda, pruebe con CASA PORTA. Nuestros fajistas son hábiles en su oficio y sabrán interpretar fielmente lo que su forma de cuerpo necesita, no importa cuáles sean sus medidas.

La especialidad de CASA PORTA abarca todos los tipos de fajas, tanto de hombre como de señora, para vestir y para uso medicinal. (Estómago caído, riñón móvil, operados, maternidad, etc.). Si usted reside en el interior solicite nuestro catálogo "P", indicando si es para hombre o señora.

Antigua CASA PORTA

• VICTORIA 755 Buenos Aires

Secretos del perfume

Arma invisible y sutil, el perfume debe envolver a la mujer como si fuera el aroma de su alma.
LOCION ORIGAN de PREAL es la quintesencia de la femineidad, que ayuda en forma casi imperceptible a conservar un corazón ya conquistado o a apoderarse de otro que se muestra lejano e inaccesible...
LOCION ORIGAN de PREAL acaricia los sentidos con su fragancia exquisita y cautivadora...

En farmacias, tiendas y perfumerías.

CAMAUER Y CIA. - Soc. de Resp. Ltda.

Capital \$ 200.000

Buenos Aires

Inclón 2839/41
REPRESENTANTE: PARAGUAY: Vicente Scavone y Cia. Palma 224-26, Asunción.



EXTRACTO
Y LOCION

Origan de PREAL

(Destaca su personalidad)

casa de Ellangowan, había hecho erigir aquel monumento para sí y para sus descendientes. Un razonable número de guadañas, de relojes de arena, de calaveras y de huesos en cruz, decoraban la lápida en que se veía el siguiente lechazo de púscia sepulcral, que servía de epitafio al fundador del mausoleo:

Si a algún mortal dió la suerte
Alma noble y braso fuerte,
Fué a aquel que bajo esta losa
En sueño eterno reposa.

En aquel sitio, en una tierra espesa y ne-gruza abonada con las cenizas de sus mayores, fué depositado el cuerpo de mistress Betzard. Bien así como soldados que vuelven de un cantino militar, los parientes más cercanos de la difunta, que tenían interés en que se abriera pronto su testamento, agujaron a los coche-ros para que los llevasen con toda la presteza de que eran capaces sus miserables rocines a fin de salir cuanto antes de aquellas crueles dudad.

CAPITULO XXXVIII

Muere y dota un colegio o un gus-
Forz.

Cuenta Luciano que estando una cuadrilla de monos, bien amaestrada por un hábil titiritero, representando con general aplauso una tragedia, dió al traste con toda la gravedad de los actores un puñado de nueces que tuvo un chusco la feliz ocurrencia de tirar a las tablas. No de otra suerte la importante crisis que se acercaba hacía nacer entre los aspirantes a la herencia de miss Margarita, sentimientos muy diferentes de los que habían procurado aparentar bajo la dirección de Mr. Mortelock. Aquellos ojos que habían estado devotamente levantados al cielo o clavados en tierra con grande humildad, se ocupaban entonces en examinar los baúles, los cajones, las alacenas, todos los rincones de la habitación de la difunta solterona, investigación que no dejaba de interesarles, a pesar de que todavía aparecía por ninguna parte lo que a todos les interesaba.

Aquí se halló un billete de veinte libras, firmado por el ministro de la capilla de los juramentados, con una nota al pie que probaba que los intereses estaban pagados hasta el último día de S. Martin, y envuelto en unas copias nuevas sobre el tono del antiguo cantar.

Escucha, de allende el mar
Carlos te espera y te llama

Allí se vió una curiosa correspondencia amorosa entre la difunta y un cierto Mr. O'Keefe, teniente en un regimiento de infantería. Entre aquellas cartas se halló un documento que explicó al instante a los deudos y allegados cómo se había roto de la noche a la mañana una amistad que nada bueno los presagaba; este documento era un billete de doscientas libras, firmado por el teniente, y de cuivo pago de intereses no pudo hallarse prueba alguna. Otros bonos y billetes, firmados por mejores nombres (mercantilmente hablando) que los del digno eclesiástico y el galán militar, se hallaron a fuerza de pesquisas, entre una multitud de nionedas de diferentes valores, de alhajas viejas y rotas, como hebillas de oro y plata, cajas de rapé, gafas descompuestas, etc., etc. Esto no obstante, el tesoro no aparecía, y Manmering empezaba a esperar que el que le había entregado Gladys sería válido, pero su amigo Pleydell, que acababa de llegar, le aconsejó que no se apresurase a formar buenas esperanzas.

—Conozco muy bien — le dijo — a qué mancha este negocio; y veo por su cara que está mejor enterado que nosotros.

Entretanto, mientras continuaban las pesquisas, seámos permitido echar una rápida ojeada

sobre las personas a quienes al parecer interesaban más particularmente.

Inútil es hablar de Dinmont, que con su látigo debajo del brazo, asoma su redondo cabezorro por encima de los hombros del ejecutor testamentario. Ese viejecito tan apocado, que lleva un vestido de luto bastante decente, es Mr. Mac Casquil, antiguamente de Drunquag, a quien arrojó una manda que heredó de dos acciones sobre el Banco de Avy. Los crecidos intereses que le rentaron al principio aquellas dos acciones, le movieron a desahucarse de una finca que poseía, para imponer su producción en el citado Banco, que quebró desgraciadamente dos meses después. Todas sus esperanzas se cifran a la sazón en su parentesco, algo lejano en verdad, con la difunta, en la atención que constantemente ruvo y de sentirse todos los domingos en el mismo banco que ella en la iglesia, y de ir todos los sábados por la noche a hacerle su partida de naipes, cuidando siempre de no ganar su dinero. Aquel otro, cuya traza es bastante ordinaria, y que lleva metido el caballo entrecano en un bolsillo de cuero harro raído, es un estancoero, pariente lejano de la madre de mistress Bertrán, el cual, hallándose con una gran provisión de tabacos extranjeros en su almacén, cuando estalló la guerra con las colonias, triplicó por primera providencia el precio de su mercancía para todo el mundo, excepto, sin embargo, para la difunta, cuya caja de carey tenía el privilegio de verse todas las semanas leña, al antiguo precio, como el mejor y más antiguo rapé de su tienda; por lo que la criada que iba a comprarle tenía siempre muy buen cuidado de darle a Mr. Quid muchos recados de parte de su prima mistress Bertrán. Ese mozalabete que ni siquiera ha tenido la atención de quitarse las botas, bien hubiera podido captarse la afición de la venerable doncella, a quien no desgraciada fijar la vista en un joven bien plantado, pero malogró estas felices disposiciones y se perdió el hacer fortuna, unas veces por olvidarse de acudir a la hora cuando le convidaba a tomar té, otras por presentarse en la casa después de haber empuinado demasiado el culo en alguna comilon con sus amigos, y en fin, por haber pisado en una ocasión la cola a su gato, y por haber encozelerizado en otra a su loro.

A los ojos de Mannering, la persona más interesante de las presentes era la pobre muchacha que por espacio de muchos años había sido la humilde compañera de la difunta la víctima sobre quien descargaba constantemente su mal humor. A la camarera favorita de mistress Bertrán la había hecho asistir a aquel acto, por pura formalidad, y escondiéndose en un rincón de la estancia lo más que podía, estaba no menos afligida que escandalizada de ver las curiosas investigaciones de unos extraños entre objetos que estaba habituado desde su infancia a mirar con una especie de veneración. Todos los competidores, excepto el honrado Dinmont, miraban con aversión a la pobre muchacha, considerándola como un formidable enemigo que, según todas las probabilidades, iba a disminuir el total de la herencia. Ella era la única, sin embargo, en quien se veía una aflicción sincera. Mistress Bertrán había sido su protectora, y aunque sólo el interés la determinó a recibirla en su casa, olvidaba la infeliz en aquel momento su tiranía y sus caprichos, y derramaba copiosas lágrimas, considerándose sola y sin amparo en el mundo.

—Mucha agua salada veo por aquí, Drunquag —dijo el estancoero al ex propietario—. ¿eso me da mala espina: no se llora así sin motivo.

Una ojeada de Mr. Mac Casquil le anunció que abundaba en la misma opinión, pues no nió en presencia de Mr. Playdell y del co-

ronel, entrar en explicaciones verbales con un ente de tan humilde esfera.

—Pues no dejaría de ser gracioso que al fin y al cabo se hallase tal testamento, buen amigo —dijo Dinmont, que ya empezaba a impacientarse, al ejecutor testamentario.

—Paciencia, paciencia —respondió éste—; tenga un poquito de paciencia. Era mujer muy apreciable y muy prudente mistress Margarita Bertrán; muy apreciable, muy prudente y muy previsora, y que sabía elegir sus amigos y albaceas. Es de creer que habrá depositado sus postreras volutades, o para hablar con más exactitud, sus disposiciones *mortis causa*, esto es, su testamento, en manos de algún amigo seguro.

—Ciento contra uno aposteo a que tiene el testamento en el bolsillo —dijo en voz baja Playdell al coronel; y dirigiéndose luego al ejecutor:

—Paréceme, Mr. Protocol —le dijo—, que podríamos despachar. Aquí tenéis un testamento con todos los requisitos necesarios, otorgado hace muchos años a favor de miss Lucy Bertrán de Ell-ngowan.

Todos los circunstancias quedaron consternados al oír estas palabras.

—Podéis, pues, si gustáis, informarnos de si existe otro testamento posterior.

—¿Tenéis la bondad, Mr. Playdell, de permitir que vea?... —y esto diciendo cogió el testamento y empezó a ojearle.

—Con densísima indiferencia lo toma —dijo Playdell a Mannering al oído—. ¡Malo, malo!, otro testamento tenemos en campaña.

—¿Pues por qué no le saca de una vez y se va con nil diablo? —preguntó el militar, a quien ya empezaba a apurarse le la paciencia.

—¿Qué sé yo? —dijo el abogado—. ¿Por qué no mata el gato al ratón que le pilló? Por el placer de atormentarlo y de recrearse en su poder, acaso. Conque en fin, Mr. Protocol, ¿qué decís del testamento?

—Que está perfectamente, que no le falta ningún requisito y que no deja nada que desear.

—Pero que le anula otro de fecha más reciente, que tenéis vos, ¿no es esto?

—Eso es cierto, pero ¿de verdad en eso, no lo niego, Mr. Playdell —dijo el abogado, sacando del bolsillo un legajo de papeles atado con una cinta y sellado en todas sus hojas con el sello de la difunta—. El testamento que vos presentáis, Mr. Playdell, tiene la fecha de 19 de junio de 17... y éste del 20..., mientras, veo que es del 21 de abril del corriente año, es decir, que es posterior en diez años al vuestro.

—Malida brujal! —exclamó el abogado—. Precisamente del mes en que llegó aquí la noticia de las desgracias del pobre Ell-ngowan. Pero veamos sus disposiciones.

Después de haber reclamado un profundo silencio, empezó Mr. Protocol a leer el testamento en lenta, clara e inteligible voz, cual correspondía a la gravedad de las circunstancias. El grupo que le rodeaba, dejando ver en la expresión de los semblantes todas las alternativas del temor y de la esperanza, y procurando descubrir las intenciones de la testadora entre los términos técnicos en que estaban envueltas, formaban un cuadro digno del pincel de Hogarth.

Nadie se esperaba el contenido del tal testamento. En virtud de su primera cláusula, "pasaba la propiedad plena e íntegra de los estados de Singleside, con todas sus dependencias" (al llegar a este punto, bajó la voz del levante a un suave y modesto *piano*) "a Pedro Protocol, procurador en Edinburgo, teniendo a decia el artículo —cual y absoluta confianza en su capacidad e integridad". En estos términos quiso que se redactase esta cláusula ni digna aniga. "Pero sólo a título de fideicomiso" (aquí la voz del lector subió a su natural diapason, y los rostros del

auditorio que habían alcanzado un grado de largura capaz de causar envidia al mismo Mr. Mortlocke, empezaron a irse encogiendo notablemente); "pero sólo a título de fideicomiso y para los usos, fines y propósitos expresados a continuación".

En estos "usos, fines y propósitos" estaba la flor y nata del testamento. Empezaba por sentar en un preámbulo bastante pesado, que la testadora descendía por línea recta de la antigua casa de Ell-ngowan, habiendo sido su respetable bisabuelo, Andrés Bertrán, primer señor de Singleside, de feliz recordación, hijo segundo de Allan Bertrán, décimoquinto barón de Ell-ngowan. Continuaba diciendo que Enrique Bertrán, hijo y heredero de Godofredo Bertrán, laud de Ell-ngowan a la sazón, había sido robado a sus padres siendo niño; pero que tenía la certidumbre de *non vicia in país extranjero, y de que la línea providencia le pondría con el tiempo en posesión de los bienes de sus mayores*; en cuyo caso, el susodicho Pedro Protocol estaba obligado, como a ello se había comprometido aceptando las presentes condiciones, a hacer al dicho Enrique Bertrán, inmediatamente después de su regreso a su país natal, la entrega absoluta y total de las dichas tierras de Singleside con todas sus dependencias, deducción hecha de una proporcional gratificación para el depouario interino. Mientras residiese en Bertrán en país extranjero, como también en el caso de que nunca regresase a Escocia, todas las rentas y productos (deducida siempre una razonable indemnización para el depouario) debían repartirse, en proporciones iguales, entre cuatro establecimientos de beneficencia que indicaba la testadora. Daba ésta a su fideicomisario los más amplios poderes para manejar los bienes como su verdadero dueño, y para el caso de que falleciese antes que ella, se indicaba a la testadora las recompensas en los expresados cargos. Las demás cláusulas del testamento sólo contenían dos mandas de cien libras cada una, la primera para Rebecca, su doncella favorita, la segunda para Jenny Gibson, a quien decía la testadora que había reunido en su casa por caridad, para hacerla aprender algún oficio con que ganar su vida honradamente.

Un llamamiento a favor de nianos muertas se hacía en Escocia una *mortificación*; y es esto tan cierto, que en una ciudad cuya memoria) hay un empleado municipal encargado especialmente de entender en esta clase de disposiciones, y llamado por lo tanto el Maestre de las mortificaciones. Es de presumir que esta denominación debe su origen al efecto que semejantes testamentos suelen producir sobre los herederos presuntivos de los que los hacen, y tal fué en efecto el que produjo en los que acababan de oír leer el de miss Margarita Bertrán de Singleside. La mortificación fué tal, que nadie se sintió con ánimos para romper el silencio que siguió a la lectura de aquel inesperado documento.

Mr. Playdell fué el primero que tomó la palabra. Pidió ver el testamento, y habiéndose cerciorado de que se habían observado en él todas las formalidades exigidas por la ley, se lo devolvió al abacea sin poner ningún reparo y dijo a Mannering al oído:

—Creo a Protocol tan hombre de bien como el que más, pero la buena ventura ha querido que si no degenera en picaro, no sea a lo menos por falta de tentaciones.

—Verdaderamente me parece —dijo Mr. Mac Casquil, el cual, bien que disimulando la mitad de su desprecio, no pudo menos de exhalar la otra mitad—; verdaderamente me parece, que el tal testamento es bastante singular! Desearía que nos dijera Mr. Protocol, que, pues resulta único y absoluto fideicomisario, debe haber sido consultado por la testadora en esta ocasión, quisiera, digo, que

POMADA MAN ZAN

Descongestionante y calmante

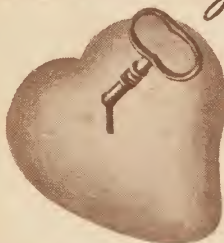
EN POMOS PROVISTOS DE UNA
CÁMULA ESPECIAL QUE PERMITE
UNA LIMPIA Y FACIL APLICACIÓN



4 FUNDAMENTOS EN QUE SE BASA VIRILINETS

- 1 Fórmula del Dr. RICHARD WEISS.
- 2 Materias primas seleccionadas.
- 3 Elaboración de primer orden.
- 4 Desde su lugar de origen al mostrador en envases inviolables.

¡Abra su corazón!



Hágase socio
Envíe su adhesión
Solicite formulario
Asociación Cooperadora
de la Asistencia Pública

Av. de Mayo
981



U. T. 37-0458
Buenos Aires

nos dijese cómo mistress Bertrán pudo creer en la existencia de un niño que, como nadie ignora, fue asesinado hace muchos años.

—A decir verdad, caballero — dijo Mr. Protocol — no puedo explicaros sus motivos mejor de lo que ella misma lo ha hecho. Nuestra difunta amiga, era una mujer excelente, una mujer muy piadosa, y sin duda habrá tenido, para creer en la existencia de ese niño, motivos que nosotros, caballero, no podemos alcanzar.

—Si — dijo el extranjero —, buenos motivos! Bien conozco yo los tales motivos. Presente está mistress Rebecca, que no me dejará mentir, y que cien veces me dijo en mi estanco, que no se podía saber en qué términos haría testamento su señora, porque una maldita vieja hechicera y gitana le había metido en la cabeza, en Gilsland, que ese... no le llaman Enrique Bertrán, acabaría tarde o temprano por volver a Escocia. No lo negaréis, mistress Rebecca, ni yo tampoco me moriré la lengua para deciros que habéis olvidado hablar de mí a la difunta, como me prometáis siempre que os daba media corona. ¿No digo bien, prenda?

—Yo no me acuerdo de nada de eso — respondió Rebecca con mal gesto, y mirándole de hito en hito como persona que no quiere que la obliguen a tener más memoria de lo que la acomoda.

—Bueno, bueno, Rebecca; bien se conoce que estáis contenta con vuestra manda.

Nuestro piáserver de medio pelo, porque no era ciertamente de los de primera clase, se sacudía las botas con un batiquillo que tenía en la mano, y estaba como un muchacho a quien le quitan el plato de delante; devoraba, sin embargo, su resentimiento o se limitaba cuando más a exhalar entre dientes en un sollojito por este estilo:

—¡Lucidos quedamos, g... d...! (maldito sea!), ¡y después de haberme sacrificado por ella! Una noche, g... d... por venir a acompañarla a tomar el té, dejé a King y a Will-Hack, el jockey del duque. Más me hubiera valido, g... d... quedarme con ellos y hubiéramos pasado un buen rato. ¡No dejarme siquiera unas tristes cien libras!

—De mi carenta corrían todos los gastos — dijo Protocol, no queriendo agravar la eñiosidad que derramaban sobre él las disposiciones de la testadora —. Y ahora señores, pareceme que ya nada tenemos que hacer aquí y que podemos, por consiguiente... Mañana depositaré el testamento de mi digna y nalgadora amiga en el tribunal, para que cada cual pueda enterarse más por menor de su contenido y tomar las notas que guste.

Dicho esto empezó a cerrar las alacenas y los cajones más aprisa de lo que los había abierto.

—Mistress Rebecca — añadió —, tendréis la bondad de que todo este día en hora hasta que se arriende la casa, ya esta mañana me hiciera proposiciones para su alquiler... para el caso de que quedase a mi cargo.

Nuestro amigo Dinmont, que no quedó más contento que los demás de ver frustradas sus esperanzas, se había tumbado en la gran poltrona con brazos de la difunta, que no hubiera quedado poco escandalizada de ver tan arrellanado en ella a aquel coloso nasculino, arrollando y desarrollando alrededor de su brazo la cuerda de su látigo. Las primeras palabras que pronunció luego que hubo digerido su despecho, contenían una declaración magnánima, que probablemente no creía hacer en tan alta voz:

—¡Al fin era mi sangre, qué diablo! ¡Buen provecho le hayan hecho mis quesos y mis pemiles!

Pero cuando hubo insinuado Mr. Protocol que ya era tiempo de retirarse, y habló de alquilar la casa, al momento púsose en pie el buen labrador, y atronó al concurso con esta inesperada pregunta:

—¿Y qué va a ser de esta pobre Jenny Gibson? Cuando se trataba de coger la mosca, todos éramos parientes de la difunta; echemos, pues, un guante entre todos para hacer algo por ella.

Esta proposición fué para los asistentes un toque de retirada mucho más eficaz que la indicación de Mr. Protocol. Mac-Casquil dijo, a más bien barbotó entre dientes, algunas observaciones acerca de lo que cada cual debe a los suyos antes que a los extraños, y fué el primero que tomó el portante; el estancero, con buenos ceremonias, respondió que la muchacha tenía con qué consolarse, y que a mayor abundamiento, pues Mr. Protocol se había casado con toda la herencia, a él le tocaba atenderle; dicho lo cual en tono brusco y decisivo, siguió el noble ejemplo de Mac-Casquil. Hizo el piáserver una estrépida y bruta insinuación sobre lo que entendía mistress Bertrán por que se le hiciese aprender un oficio con qué ganar su vida honradamente; pero, confundido por una terrible mirada de indignación que le echó Mannering, en quien, en su ignorancia del tono de la buena sociedad, había buscado una aprobación de su grosero chiste, apenas le quedó aliento para bajar las escaleras, lo que hizo, sin embargo, más que a paso.

Protocol, que era realmente bastante hombre de bien, manifestó entonces su intención de encargarse interinamente de la pobre Jenny, dando a entender, sin embargo, que lo hacía por mera caridad y compasión por da un limosnero; ni lo lo cual, acercóse a él Dinmont con presteza, y, sacudiendo sin levitación como sacude sus lanas un buen perro de Terranova al salir del agua, exclamó:

—El diablo me lleve, Mr. Protocol, si os cuesta una hilacha Jenny Gibson, como quiera venirse conmigo a mi casa. Aílle y yo quedaremos que nuestras hijas fueran algo menos rudas que nosotros y que supieran siquiera lo que saben algunas chicas de la vecindad. Jenny, que ha vivido tanto tiempo con una señora tan principal como la

funta, debe saber lo qué es tener buena crianza; y leer de corrido y manejar la aguja; y si no lo sabe, que no lo sepa; ni por eso mis hijas la querrán menos; yo le daré todo lo necesario, sin que tenga necesidad de tocar al capital ni a los intereses de las cien libras que están en vuestro poder, Mr. Protocol, y ya veré de añadir a ellas todos los años alguna cosilla hasta que encuentre por las cercanías algún mozo honrado que necesite un poco de dinero para arrendar un cortijo, y una mujer para que se lo cuide. ¿Qué decís a esto, hija mía? Os tomaré un asiento en la diligencia hasta Jeddard, pero será menester continuar luego a caballo hasta Limestone, porque el mismo diablo no podría entrar en carruaje en el Liddesdale; y si miss Rebecca gusta acompañarnos a pasar un par de meses con nosotros, hasta que os hagáis a los estilos de la casa, tendré el mayor placer en ello.

Mientras Rebecca le hacía una cortesía hasta el suelo y azuzaba a la pobre huérfana, cuyas lágrimas procuraba enjugar, para que le hiciese otra no menos profunda, y mientras el buen Dinmont las animaba a su modo, es decir, con naturalidad y franqueza, Pleydell menudeaba los polvos para disimular la profunda sensación que producía en su alma, naturalmente sensible, aquella escena.

—¡Más placer tengo —dijo al coronel— en ver ahora a ese buen labrador, que en asistir al más opiparico convite! Vaya, vaya, es menester que le dé por el gusto, no hay remedio; le ayudaremos a arruinarse. ¡Hola, hola, hola, hola, hola, hola! Dandy o como os llamen en vuestra tierra.

Volvióse el labrador infinitamente encañonado de que le dirigiese la palabra Mr. Pleydell, porque después de su arrendante, un abogado era la cosa que más respetaba en este mundo.

—¿Conque no queréis renunciar a vuestro pleito sobre aquello de los límites?

—No, señor, no; a nadie le gusta que atropellen sus derechos, que se le rían en sus barbas; pero, pues no queréis encargáros de defendermos, preciso será que busque otro abogado.

—¿No os lo dije, coronel? En fin, amigo Dinmont, una vez que estáis resuelto a hacer una locura, bueno será que procuremos lograr que el tal pleito os acarree pocas costas y que lo ganéis si es posible. Decid a Mr. Protocol que me envíe vuestros papeles para que los eche un vistazo, y yo le indicaré cómo debe manejar ese negocio. No voy, al fin y al cabo, por qué razón no habéis de tener vuestros pleitos en la audiencia, como vuestros antepasados tenían sus batallas y sus incendios.

—Seguramente que sí; y a fe que si no hubiera leyes, bien sabríamos nosotros tomarnos la justicia por la mano.

—Lo creo, lo creo, vaya, adiós, y que no se olvide enviarme esos papeles. Ya podemos retirarnos, coronel, pues nada tenemos que hacer aquí. —¡Ahora veremos por dónde tira Jack de Dawston-Cleugh! —dijo Dinmont en el colmo de la alegría.

CAPÍTULO XXXIX

Ahora voy al tribunal... Tengo un sinfín de negocios... me esperan... ¿Se ofrece algo? ¡Sí! Pues explique pronto y páguese cuanto antes.

El abogado llora.

—¿Pero creéis que se podrá ganar el pleito de ese buen hombre? —preguntó Manning al abogado mientras bajaban la escalera.

—¿Qué sé yo? No siempre gana la batalla el más fuerte, pero, en fin, haré seguramente todo lo que pueda. Lo malo que tiene nuestra profesión es que sólo muy rara vez los que la ejercemos, vemos bajo un punto de vista favorable la naturaleza humana. Nuestros clientes llegan a nuestro estudio, erizados de cólera y de egoísmo, con las puntas de sus animosidades y de sus rencores vueltas hacia fuera, como las bayas de las herederas que se ponen a los caballos cuando hay hielo en las calles. Muchas veces he visto entrar en mi despacho gentes a quienes de muy buena gana hubiera tirado por el balcón al empezar a oírles explicarse, y casi siempre he acabado por conocer que en su caso, esto es, estando cegado por la cólera, hubiera procedido como ellos, es decir, desatinadamente. Muy convencido estoy de que de todas las profesiones, la mía es la que más de cerca hace ver la locura y la perversidad de los hombres, pues es en cierto modo como una canal por donde forzosamente han de pasar. En una sociedad civilizada, el foro es la chimenea por donde sale el humo que inunda la estancia y se aría por dañar la vista; qué extraño es, pues, que quede el cañón algo manchado de humo? Pero ya cuidaré de que nuestro hombre lleve adelante su pleito lo mejor y lo más barato posible; en fin, que le den su pienso de cebada a un precio regular.

—¿Tendré el gusto —dijo Manning al despedirse de él— de que os vengaís hoy a comer conmigo? Mi patrón me ha avisado que tiene excelentes aves y ricos vinos.

—¿Aves, eh? —repitió el conserje en tono de verdadero aficionado—; pero no; es imposible —añadió—; ni aun puedo suplicaros que vengaís a comer conmigo; los lunes y martes son los días sagrados. El miércoles tengo que defender una causa muy importante; el jueves... es; si con estos frios pueden conservarse frescas esas aves hasta el mes de mayo, si no, no podemos dejárnos antes...

—¿Comeréis conmigo ese día?

—Con mucho gusto.

—Pues entonces, me decidís con eso solo a realizar el proyecto que tenía de pasar una semana en esta ciudad. Si no pueden conservarse esas aves, trataremos de que nos den otra cosa.

—¿Se guardarán muy bien de echarse a perder! —dijo Pleydell—. Entretanto, aquí tenéis algunas cartas de recomendación que podéis llevar a sus respectivos destinos, si no se os ofrece medio mejor de matar el tiempo; así mañana las escribiré por si podían seros agradables. Adiós, adiós; mi pasante me aguarda hace una hora para extender un naldito informe... Adiós, adiós.

Y dicho esto desapareció con suma presteza, tomando varias callejuelas y pasadizos que para ir a la calle mayor eran al camino ordinario lo que es el estrecho de Magallanes al cabo de Hornos.

Examinando los sobres de las cartas que le había dejado Pleydell, vió Manning con gran satisfacción que iban dirigidos a los hombres más ilustres y a los literatos más eminentes de Escocia: a David Hume, Esq., a Juan Home, al doctor Ferguson, al doctor Black, a lord Kaimes, a Juan Clerk, Esq., de Elgin, a Adam Smith, y al doctor Robertson.

Le fué más que ni bien abogar, no tiene mal gusto para escoger amigos —dijo Manning al leer tantos nombres célebres—; mucho ruido han metido en el mundo todos estos señores, y antes de si quiere a ellos, ya puede pensar en coordinar bien sus ideas, si no quiere hacer un triste papel, un hombre que vuelve como yo de las Indias Orientales.

No tardó, sin embargo, en presentarse a ellos, y verdaderamente sentimos no poder informar por menor a nuestros lectores de los placeres que le proporcionó una sociedad donde siempre eran bien recibidos todos los extranjeros de talento y distinción. Acaso en ninguna época ha presentado Escocia una reunión tan brillante y completa de grandes ingenios en varios ramos.

Al jueves siguiente acudió Mr. Pleydell a la posada en que estaba hospedado el coronel. La comida fué muy buena, el vino exquisito, de modo que el abogado, no menos inteligente gastronómico que hábil juriscónsulto, a ambos hizo los debidos honores; pero no sé si todavía le fué más agradable que los buenos bocados, la presencia de Dominus Sampson, de quien, sin ofenderle en lo más mínimo, halló medio para sacar gran diversión, en la que no pudieron menos de tomar parte, así el coronel como dos amigos a quienes había convidado a comer. La grave y lacónica sencillez de las respuestas de Sampson a las insidiosas preguntas del abogado, presentó el candor de su carácter bajo un punto de vista que todavía no conocía Manning, obligándole además a reducir a la menor expresión de conocimientos profundos y abstractos, pero generalmente hablando, sin utilidad real o más bien sin aplicación inmediata. Comparó el juriscónsulto la cabeza de Dominus al almacén de un prestamista, donde se hallan toda clase de objetos de valor, pero tan hacinados y en tal confusión, que nunca puede su dueño encontrar el que por el pronto necesita.

Pero si Sampson proporcionó un buen rato al abogado, éste por su parte no se lo dió peor al meditabundo Dominus. Cuanto más soltaba la rienda Pleydell a su humor naturalmente festivo y ecástico, cuanto más acosaba a su adversario con vivos e ingeniosos sofismas, más le consideraba Sampson con aquella especie de sorpresa que siente el oso domesticado al verse por primera vez al mono que va a ser su compañero. Gozábale Mr. Pleydell en tener por tema de conversación algún punto serio e importante, en cuya discusión presenciar a Dominus tomar parte activa; veíale con inefable delicia preparar allí en su mente sus ideas, y disponer lo que pudieran llamar su plan de ataque para reducir a pavesas con la pesada artillería de su erudición, ésta o la otra proposición cismática o herética que soltaba el abogado con toda intención; y luego de repente, cuando se creía ya Dominus en estado de presentar la batalla al enemigo, éste, con un astuto movimiento estratégico, evacuaba el campo, y le atacaba desde una nueva y ventajosa posición por el flanco o por la retaguardia. —¡Prodigioso! —exclamó repetidas veces, cuando creyendo tener ya por suya la victoria hallaba desocupado el terreno, lo que a cada momento le sucedía; y ya se deja suponer que no le costaba poco trabajo disponer de nuevo sus baterías a cada sorpresa de éstas. Era su dialéctica la del coronel — como un ejército de indios, formidable por su número y su bravura, pero que fácilmente se deja poner en dispersión con el solo movimiento de atacarle por el flanco. A pesar de todo, sin embargo, Dominus, aunque algo cansado con aquellos ejercicios mentales, consideró aquel día como uno de los más agradables de su vida, y habló siempre de Mr. Pleydell como de un hombre muy agudo y muy erudito.

Retirándose, en fin, los otros dos convidados dejando solos a nuestros amigos, cuya conversación recayó, naturalmente, sobre el testamento de misterio.

—¿Quié diablos le meterá en la cabeza a aquel ridículo vejstorio —dijo Pleydell— la idea de desheredar a la pobre Lucy, su preterito de dejar sus bienes a un muchacho que murió hace mil años? Perdonad, Mr. Sampson, si olvido lo mucho que os aflige este recuerdo. Muy presente tengo que recibí de vos una declaración cuando sucedió esa desgracia, y por más señas que en mi vida me ha costado tanto trabajo sacarle a nadie tres palabras seguidas! Ya podéis ponderar todo lo que queráis a vuestros bramines pitagóricos o silenciosos, coronel; pero yo os fio que este docto varón podría muy bien darles lecciones de tautología. Bien dicen que las palabras del sabio son preciosas y no se deben prodigar indiscriminablemente.

—Muy cierto es —dijo Dominus restregándose los ojos con su pañuelo azul — que ese día fué uno de los más amargos de mi vida, y uno de

aquellos en que le pesa a uno de haber nacido; pero el que envía el dolor envía la fuerza para soportarle.

Aproveché Playdell aquella coyuntura para suplicar a Manning que le informase de las particularidades relativas a la desaparición del niño, y el abogado, que gustaba mucho de hablar de negocios de jurisdicción criminal, sobre todo de aquellos en que él había hecho parte, le hizo una relación circunstanciada y casi prolija de todo lo sucedido.

—Y en resúmenes cuentas, ¿qué pensáis vos de todo eso? — preguntó el coronel.

—Primeramente, que Kennedy fué asesinado: no es ésa la primera vez que los contrabandistas han cebado su saña en los aduaneros.

—¿Y cuáles son vuestras conjeturas con respecto a la suerte del niño?

—Que le asesinaron también. La pobre criatura tenía ya bastante razón para acordarse, y dar parte de lo que había visto, y aquellos miserables no tendrían escrúpulos en repetir una segunda degollación de los inocentes siempre que lo exigiera su interés.

Lanzó Dominus un profundo gemido y exclamó:

—¡Enorme!

—Sin embargo — dijo Manning —, parece que también anduvo metida en ese negocio una gitana, y según lo que nos dijo después de las exequias de mistress Bertrán aquel hombre de tan mala fama...

—En efecto, la persuasión en que estaba mistress Margarita de que el niño vivía aún, se fundaba, según nos dijo el tal sujeto, en que se lo había asegurado una gitana... ¡Brazo, amigo mío!, envidio esa perspicacia, esa lógica sagaz, y confieso que es una ingominia en mí haber andado tan poco advertido. Es preciso averiguar inmediatamente la verdad del caso. ¡Eh, mozo!, vayate de un trínico al fígón de la calle V-V, en la zona, donde hallaré a mi peante Driver. Después estará allí solazándose con algunos compañeros, porque habéis de saber, coronel, que mis dependientes son como yo, muy regulares en sus irregularidades. Y dígame que venga aquí sin perder un minuto, que le estoy aguardando... ¡Ah!, adviértale también que si le hacen pagar por ello alguna prenda sus compañeros, yo la satisfaré.

—Si está encargado de sostener algún carácter, le conservaré aquí.

—Dejemos eso, dejemos eso, coronel, que lo que me importa por ahora es hallar a esa gitana. ¡Oh!, con tal que yo llegue a coger el hilo más sutil de esa enmarañada madeja, de mi cuenta corre desenredarla...

Mientras de esta suerte hacía Mr. Playdell su propio elogio, volvió el mozo con Mr. Driver. Traía éste la boca todavía reluciente, y aun le colgaba del labio inferior una gota del *whisky* que acababa de beber, tal prisa se había dado en acudir a la llamada de su principal.

—El driver — le dijo éste —, es preciso que me halléis inmediatamente una mujer llamada Rebecca, que era doncella de mistress Bertrán. Buscalla por todas partes, informaos de todo el mundo; pero si necesitáis recurrir a Mr. Protocol, a Quid el extranjero, o a algún otro de los amigos de la difunta, no vayáis en persona; enviad en ese caso a alguna conocida vuestra, de las muchas que nada descan tanto como complaceros... Cuando hayáis dado con ella, decidle que pase sin falta por mi casa mañana a las ocho de la mañana en punto.

—¿Y qué motivo le daré? — preguntó el edecán.

—El primero que se os ocurra; ¿necesito yo ayudaros a mentir? Pero cuidado con que no falte a las ocho, como ya he dicho.

Sonrió el pasante, hizo un saludo, y se retiró.

—Es mozo muy listo — prosiguió el letrado — y que vale lo que pesa para seguir un pleito. Ahí donde le veis, es muy hombre para estar escribiendo tres noches seguidas sin dormir, dictándole yo, o lo que viene a ser lo mismo, tan limpio y correctamente escribe despierto como dormido. Es además muchacho muy arreglado, o sea, sus conocimientos mudan de fígón a cada instante, de modo que nunca se sabe adonde enviar a buscarlos cuando hacen falta, pero, lo que es éste, no entiende de mudanzas: establece sus cuarteles de invierno junto a la lumbre, y su asiento en verano junto a la ventana, en la hostería de la tía Wood, y no hay quien lo menea de allí lo mismo un año que otro: todas sus excursiones se reducen a pasar de una mesa a la de más allá: siempre que no tiene trabajo, allí se le encuentra clavado. En mi opinión, jamás se desnuda ni se acuesta: la cerveza le sirve de todo, de alimento, de bebida, de ropa, de cama, de baño, de...

—¿Y está siempre muy en estado de cumplir bien su deber? Lo dudo, a juzgar por el sitio donde acostumbra instalarse.

—¡Error! Jamás el mucho beber le trastorna en lo más mínimo: capaz es de estar escribiendo horas enteras después que ni aun puede hablar. Me acuerdo de que una noche me enviaron a llamar para que yo escribiese con motivo de un caso de apelación, cuyo plazo iba a cumplirse, y no daba espera por consiguiente. Era un sábado, y había comido bien, como acostumbro en tales días, de modo que no estaba muy dispuesto para trabajar; sin embargo, me dejé convencer, examiné la causa, preparé recado de escribir, y envié a buscar a Driver... Entre dos tuvieron que traérmelo, porque estaba mi hombre como un tronco... Pues, señor, lo mismo fue ponerle una pluma entre los dedos, un pliego de papel delante, oír mi voz, que empezó a escribir corrientemente como si tal cosa. Verdad es que era menester que tuviese uno al lado para mojarle la pluma, porque no veía el tintero, pero, por lo demás, en mi vida he visto informe mejor escrito.

—¿Y os pareció lo mismo a la mañana siguiente? — preguntó el coronel sonriendo.

—Excelente me pareció: no tuve ni tres palabras que enmendar, y el mismo día me pagó por el correo. Pero vendidme mañana a almorzar conmigo para oír la declaración de esa mujer...

—¡Muy temprano la habéis citado!

—No podía señalar otra hora. Si a las nueve en punto de la mañana no me vieran en el juzgado exterior (de primera instancia), me creerían por lo menos atacado de apoplejía, se extendería la voz de que estaba malo, y en un año no me recordaría de los perjuicios que de ahí se me seguirían...

—Pues, en ese caso, haré un esfuerzo para no faltar.

Con esto se separaron por aquella noche.

A la mañana siguiente acudir Manning a casa del abogado a la hora indicada, no sin maldecir los aires húmedos de Escocia en las mañanas de diciembre. Mistress Rebecca estaba ya instalada junto a la chimenea de Mr. Playdell, tenía delante de sí una jicara de chocolate, y ya había empezado la conversación.

—¡Oh!, no, es protesto, mistress Rebecca, que no es mi ánimo en manera ninguna atentar a la legitimidad y justicia de la manda que os ha legado vuestra ama. La habéis merecido por vuestro comportamiento con ella, y a fe de quien soy que desearía que os hubiese dejado el doble.

—Seguramente, señor letrado, que es cosa muy mal hecha repetir lo que se oye. Ya visteis cómo aquel zanguango de Quid me dejó abochornada con sus habladurías; y si ahora me decido a explicarme con libertad, ¿quién me responde de las respuestas?

—Nada temáis, Rebecca amiga, mi carácter

es vuestra salvaguardia, y vuestra edad, vuestro exterior, os permiten explicaros tan libremente como un poeta erótico, sin correr el menor peligro.

—Pues bien, una vez que vuestro honor responde de que nada arriego, es el caso. Ya sabéis que hará un año o acaso menos, que aconsejaron los facultativos a mi señora que hiciese un viaje a Gileland, para disipar no sé qué melancolías que la agobiaban. Ya por entonces empezaban a hablar las gentes de las desgracias de Ellangowan, y esto le daba bastante que sentir, porque tenía mucho orgullo de familia, aunque verdaderamente no estaba muy bien con Mr. Bertrán, sobre todo hacía unos dos o tres años, pues parece ser que muchas veces le pedía dinero, y esto no le hacía ninguna gracia, porque como él no podía pagar... En fin, lo cierto es que estaban poco menos que reñidos. No sé quién le dijo por entonces que se iban a vender los bienes de Ellangowan, y vamos, no pareció sino que desde aquel momento empezó a tomar ojeriza a miss Lucy, porque siempre me estaba diciendo: "¡Ah, Rebecca!, si está espuesta de Lucy, que no sabe poner coto a las locuras de su padre, fuera un muchacho, no se podría vender el vínculo para pagar las deudas del viejo chocho?" y tanto me repetía, que ya me daban náuseas de oírlo. Un día estábamos paseándonos por un prado a la orilla de un río, y vimos una multitud de chiquillos que andaban retozando por allí a la vista de su padre, que se llamaba Mac-Crosky. "¿No es una mala vergüenza, dijo mi señora al ver aquel enjambre de criaturas, que cualquiera pelón tenga un hijo que le herede, y que falte en la casa de Ellangowan un mayoralzo?" Estaba entonces precisando a mi señora una vista gitana una mujer de una facha como en mi vida he visto otra tal.

—¿Y quién se atreve a decir, exclamó, que no tiene mayoralzo la casa de Ellangowan?" Volvíase mi ama inmediatamente, y como era señora que no tenía pelitos en la lengua, como suele decirse, y que le encajaba una fresca al lucero del alho: "Yo, respondió, yo lo digo, y con mucho sentimiento, a fe mía". Entonces la gitana le cogió una mano: "Yo os conozco, el digo, aunque yo no me conozco a mí; pero tan cierto como que el sol está en los cielos, como que la corriente de este río va hacia el mar, y como que están ahí unos ojos que nos ven y unos oídos que nos oren, Enrique Bertrán, de quien se cree que fué asesinado en la punta de Warroch, no murió allí. Le estaba vaticinado que correría muchos peligros hasta la edad de veintidós años, es cierto; pero si él vive y si vivo yo, diréis ahora de él y de mí este invierno antes de que cubra la nieve por espacio de dos días el cielo de Inglaterra... No necesito recompensas, dijo viendo que mi señora echaba mano a su bolsillo, creeréis que os engaño para sacaros dinero. Adiégo, hasta después de San Martín".

—Y dicho esto, nos volvió la espalda, y se largó a buen paso.

—¿No era una mujer muy alta? — interrumpió Manning.

—¿No tenía el pelo y los ojos muy negros, y una cicatriz en la frente? — añadió el letrado.

—Era la mujer más alta que he visto en mi vida; tenía el pelo negro como las doce de la noche, excepto en algunos mechones que ya estaban algo canos, y se le veía sobre una ceja un chirlito en que cabía la punta del dedo meñique. No hay cuidado que la olvide quien la haya visto una vez, y estoy moralmente segura de que sólo por lo que le dijo aquella gitana hizo mi señora el testamento que todos hemos visto, porque no podía aguantar a miss Lucy, sobre todo desde que me empezó a enviarle veinte y cinco libras por mes, como me contentaba mi señora con dejar que pasaran a manos extrañas los bienes de Ellangowan.

por ser mujer y no varón, iba además a ser con su pobreza una carga y una ignominia para los Singleside. Espera, sin embargo, que el recuento de miss Margaret será válido, porque se me haría muy cuesta arriba perder mi pequeña manda... Muy corto salario me daba mi señora, Dios la haya perdonado.

¡Asegúrese de nuevo el abogado que nada tenía que temer sobre aquel particular, y le pidió noticias de Jenny Gibson, por las que supo que iba a ponerse en camino con Dinmont.

—Y lo mismo voy a hacer yo — añadió —, pues ha tenido la atención de convidarme a pasar una temporada con su parienta y los niños. Son muy buena gente los Dinmont, aunque no le gustaba mucho a mi una hablar de esos parentescos; pero, en cambio, le gustaban mucho los jantones, los quesos, los patos, las medias y los manguitos de añado que le enviaban de Charles-Hope. Lo que es a estos regalos nunca los podía mala cara.

Luego que se hubo retirado Rebecca, dijo Mr. Pleydell al coronel:

—Me parece que conozco a esa gitana.

—Lo mismo iba a decirlo — añadió el coronel.

—Su nombre ha de ser, si no me engaña...

—Meg-Merrilies — interrumpió Manning.

—¿Cómo lo sabés? — dijo el letrado mirando al nilitar con cómica

exquisición de la expresión. Manning respondió que había conocido a aquella mujer cuando pasó por Ellangwon unos veinte años antes, e informó a su amigo de todas las particularidades notables de aquella su primera visita a la quinta.

Escuchóle Mr. Pleydell con la mayor atención, y respondió:

—Yo me daba el parabién de haber conocido en vuestro capellán a un profundo teólogo, pero realmente no esperaba hallar en su patrono un alumno de los Alburnaz y de los Messahala. Tengo mis sospechas, sin embargo, de que esa gitana podrá decirnos más de lo que sólo sabe por la astrología o la doble vista; pero me acuerdo de que nada pude sacar de ella la otra vez que la tuve entre mis nuanos. He de escribir, no obstante, a Mac-Morlan para que haga todo lo posible por encontrarla, y aun iré a Kippeltringan para asistir a su interrogatorio; aunque ha tiempo que no soy sheriff del condado, continuando siendo miembro del juzgado de paz. Nada he tomado más a pecho en mi vida que el descubrir tanto los autores del asesinato de Kennedy, como el paradero o la verdadera suerte de aquella pobre criatura. He de escribir también al sheriff de Roxburghshire y a un juez sumamente activo que conozco en el Cumberland.

—Espero que cuando vayáis por aquella parte, no buscaréis más posada que la Woodbourne.

—Seguramente; pero déjenlos prisa a almorzar o llegará tarde.

Despidiéndose al día siguiente los dos amigos, y volvió el coronel al seno de su familia sin que le sucediese en el camino ninguna aventura que merezca particular mención.

CAPITULO XL

Ningún asilo hay para mí: do quiera

Me persigue la suerte.

¿Qué camino, infeliz, seguir debiera

Para evitar la muerte?

Las mujeres contentas.

El orden de los sucesos que vanos refiriendo exige que volvamos por un momento a la época en que fué herido el joven Hazlewood. Cuando sucedió esta desgracia, todas las fatales resultas que podía tener para Julia y para el mismo se agolparon en la mente de Brown: seguro como se creía de poder probar que su voluntad no había tenido parte en aquel fatal accidente, no tenía que temer para él personalmente muy serias consecuencias; pero ser preso en un país extranjero, sin medios de probar quien era y el grado que tenía en el ejército, era contratiempo que debía evitar a todo trance. Resolvió, pues, por primera providencia retirarse a la más cercana costa de Inglaterra, y permanecer allí oculto hasta que recibiese dinero de su apoderado, y cartas de sus amigos del regimiento, logrado lo cual, estaba decidido a presentarse en público para ofrecer al joven Hazlewood y a sus amigos cualquiera explicación o satisfacción que pudieran desear. Con este intento, después de haber dejado el sitio donde ocurrió aquel funesto suceso, caminó sin detenerse hasta el pueblito que hemos llamado Portanferry, pero que en vano buscara el lector bajo este nombre en el mapa de Escocia. De él iba a salir a la sazón un barco para el pequeño puerto de Alloby, en el Cumberland; aprovechó Brown la favorable ocasión que le presentaba aquel barco, y resolvió fijar su residencia en esta última ciudad hasta que recibiese cartas y dinero.

Durante aquella breve travesía trabajó conversación con el piloto, que era al mismo tiempo el dueño del barco, viejecito muy canchiano que, como todos los pescadores de aquella costa, había salido alguna vez tomar parte en el tráfico de contrabando. Después de haber hablado de varias cosas indiferentes, logró Brown hacer reacer la conversación sobre el coronel Manning y su familia. El marino había oído hablar del ataque de los contrabandistas a Woodbourne y le desaprobaba altamente.

—Fso es no entenderlo — dijo —; así acabarán por perderse para

MUEBLES ALMAGRO

NUESTRA FABRICA SIEMPRE A VISTA

SOBERBIO DORMITORIO CLASICO FRANCES, CONSTRUCCION ESME-RADA; en PLACA maciza y CAABA importada; ropero 2 m., desarme; cama, elástico reforzado; cómoda con espejo biselado; 2 meses de luz, \$

795.-

DORMITORIO, "REGIO PROVENZAL"; MACIZO, REPLANADO; ropero 2 metros, desarme; cama, elástico reforzado; bonito espejo; cómoda de estilo; 2 meses de luz, \$ 755.—. Otros modelos \$

390.-

4054 VICTORIA 4060

última fecha

*** JULIO ***

31

*** LUNES ***

Sólo hasta ese día podrá retirar COMPLETAMENTE un CURSO A ELECCION que tenemos ofrecido a TODO NUEVO ALUMNO; y con nuestro famoso "METODO SCOTCH".

★

Elija su Curso HOY MISMO

QUIMICA INDUSTRIAL, CONTABILIDAD, PUBLICIDAD, SECRETARIADO, TA-QUIGRAFIA, APICULTURA, AVICULTURA, JARDINERIA Y HORTICULTURA, COCINA, CORTÉ Y CONFECCION, LABORES Y TEJIDOS, ARTES DECORATI-VAS, TECNICO MECANICO, MOTORES A EXPLOSION, DIESEL, TECNICO EN TORNERIA Y FRESADO, DIBUJO MECANICO, RADIO, ELECTRICIDAD, AR-QUITECTURA, CONSTRUCCIONES, TECNICO EN HORMIGON ARMADO, AGRIMENSOR, ETC.

INSTITUTO POLITECNICO AMERICANO

Señor Director del
INSTITUTO POLITECNICO AMERICANO
Ar. de Mayo 840 - Buenos Aires

Quiero enviarme informes GRATIS sobre el
curso de
Nombre
Dirección
Localidad L. 244

siempre. No, no; cuando yo andaba en esas bromas, no era así como yo me mancaba con los dependientes del resguardo. ¿Me embarcaban un cargamento? ¡Buen provecho! Tanto mejor para ellos. ¿Se salvaba otro? Tanto mejor para mí; y siempre lo mismo: todo lo demás es un disparate. Los halcones no deben devorarse unos a otros.

—¿Y el coronel Manning? — dijo Brown. — ¡Eso poco le ha hecho muy bien el meterse con ellos, no es esto decir que a mí me parezca mal que haya salvado la vida a los guardacostas; pero aquí entre nosotros, ¿le está bien a un señorón como él andar a escotezcos para hacer perder a unos infelices algunas cargas de té y unas pocas pipas de aguardiente? Pero es rico, tiene una alta graduación en el ejército, y esa gente hace todo lo que le da la gana con los pobres diablos como nosotros.

—¿Y su hija — dijo Brown, cuyo corazón latía con violencia — se va a casar, según dicen, con un joven de los más principales de estas cercanías?

—¿Con quién? ¿Con Mr. Hazlewood? No, no; todo eso no es más que puras habladurías. Ese caballero acompañaba antes todos los domingos después de misa, a la hija del difunto laird de Ellangowan a su casa, y mi hija Peggy, que está sirviendo en Woodbourne, me ha asegurado que lo mismo pasa él en miss Manning que en vos en mí.

Lamentando amargamente la precipitación con que le había creído lo contrario, supo Brown con indecible satisfacción que eran infundadas las sospechas que había abrigado sobre la fidelidad de Julia. Pero ¿cómo debía haber perdido en su opinión! ¿Qué pensaría de él? Precisamente debía tenerle en el concepto de un imprudente que no respetaba ni su sensibilidad ni los intereses de su reciproco amor. Las relaciones del anciano con la familia de Woodbourne se presentaban un buen medio para ponerse en correspondencia con Julia, y al punto resolvió aprovecharse.

—Conque tenía una hija sirviendo en Woodbourne, eh? Yo conocí en las Indias a miss Manning, y aunque desde entonces acá he venido muy a menos, tengo motivos para creer que no dejaría de interesarse en mi favor. Desgraciadamente tuve un altercado con su padre, bajo cuyas órdenes servía ya entonces, y estoy seguro de que su hija emplearía gustosa su mediación para reconciliarme con él. Acaso vuestra hija podría encargarse de entregarle una carta mía sin que lo supiera él, coronel.

El anciano, naturalmente amigo de todo lo que llevara visos de contrabando, prometió que la carta sería entregada sin falta en secreto; por lo tanto, apenas llegaron a Allonby, escribió Brown a miss Manning haciéndole presente lo doloroso que le había sido la desgracia ocurrida ante su vista, y suplicándole que le ofreciese una ocasión de sincerarse y obtener su perdón. No juzgó conveniente entrar en pormenores sobre las circunstancias que le habían obcecado, y procuró expresarse en términos bastante ambiguos, como si, llegase a caer su carta en otras manos, fuese difícil entender su verdadero sentido o adivinar quién la había escrito. El anciano se encargó de entregársela a su hija, y como él o su barco debían hacer muy pronto un nuevo viaje a Allonby, le prometió además llevarle la respuesta si se servía darsela miss Manning.

Buscó en seguida en Allonby nuestro peregrino viajero una habitación adecuada a su momentánea pobreza y a su deseo de no llamar la atención sino lo menos posible. Con este objeto, tomó el nombre de su amigo Dudley y se hizo pasar por pintor, pues sabía manchar el pincel lo suficiente para que no pudiese el patrón de la posada sospechar la supercheria. Dijo que debían enviarse su

equipaje de Wigton, y, sin salir de su cuarto más que lo absolutamente necesario, aguardó con impaciencia la respuesta a las cartas que había escrito a su apoderado, a su amigo Delasere y a su teniente coronel. Esperaba del primero que le mandase dinero; suplicaba al segundo que hiciese todo lo posible por reunirse con él, y le pedía al tercero que le hiciese el favor de enviarle un certificado de su conducta y graduación en el ejército, deseando por este medio ponerse en estado de probar, en caso de necesidad, su carácter público como militar y su moralidad como hombre privado. Tal impresión le hizo la idea de verse privado de recursos, que escribió también a Dimmont pidiéndole que le prestase algún dinero, no olvidando que estaba a unas sesenta o setenta millas lo más de su cortijo, recibiría a la mayor brevedad una respuesta favorable a su apuro pecuniario. Tuvo además muy buen cuidado de decirle que le habían robado después de su separación. Pasó, sin embargo, mucho tiempo sin que recibiese ninguna respuesta.

Para descargo de estos varios correspondientes, debemos hacer observar que el servicio de correos se hacía entonces con mucha menor actividad que después de las mejoras introducidas por el príncipe. Por lo que hace al buen Dimmont, como no recibía más que una carta cuando más de tres en tres meses, excepto cuando tenía algún pleito, en cuyo caso enviaba todos los días al correo, su correspondencia solía dormir a veces meses y meses en el mostrador del encargado de recibir las cartas, entre folletos, bizcochos, panecillos o canciones, según el tráfico que hacía el suducido encargado. Era costumbre entonces, además, para llevar una carta de una ciudad a otra sin salir de una distancia de treinta millas, hacerla dar un rodeo de unas docientas, lo que reunía a la ventaja de aumentar considerablemente los gastos de portes y de hacer tomar el aire a las cartas, la de ejercitar la paciencia de los correspondientes. De resultas de todas estas circunstancias, pasó muchos días Brown en Allonby sin recibir ninguna contestación, y ya su bolsa, a pesar de su estricta economía, empezaba a faltar menguando considerablemente, cuando le entregó un pescador la siguiente carta:

—Habréis obrado con la más cruel indiscreción: no habéis probado la confianza que puedo tener en vuestras protestas de que mi sosiego y mi felicidad son lo que más os importa en este mundo, habiendo estado a punto vuestra vivacidad de causar la muerte de un joven muy apreciable bajo todos aspectos. ¿Habréis de decir más?, ¿habréis de añadir que yo también he estado enferma de resultas de vuestra impetuosidad? Necesito decirnos que las consecuencias que pudiera tener para vos no eran lo que menos me desazonaba, aunque tan pocos motivos me habéis dado para tornarme un vivo interés por vuestra suerte? El C. está ausente por algunos días: Mr. H. está así del todo restablecido, y tengo motivos para creer que no sospecha la verdad. Sin embargo, guardaos bien de presentaros por aquí. Hemos pasado pesadumbres demasiado serias para que pueda yo pensar por ahora en renovar una correspondencia tan larga veces más he expuesto a un fatal desenlace. Adios, pues, y creed que nadie desea tan sinceramente vuestra felicidad como

Julia Manning".

Contenía esta carta una prohibición de la especie de aquellas que parecen intimadas para inspirar una resolución diametralmente opuesta a la que recomiendan. Tal fue, a lo menos, el efecto que produjo en Brown, y así, apenas la hubo leído, preguntó al pescador, que era un muchacho de unos dieciséis años, si venía de Portanferry.

—Sí, señor — respondió —; soy hijo del viejo Guillermo Johnston, y esta carta me la ha

entregado mi hermana Peggy, que cuida de la ropa blanca de Woodbourne.

—¿Y cuándo pensáis volveros por allá, amigo?

—Esta tarde a la subida de la marea.

—Yo os acompañaré, pero no quiero llegar hasta Portanferry. ¿Podrís dejarme en cualquier punto de la costa?

—Por supuesto.

Aunque no eran entonces muy caros en Escocia los objetos de primera necesidad, luego que Brown hubo pagado su cuenta en la posada y provisto de ropa nueva, compra indispensable, así para no ser tan fácilmente reconocido como porque la suya no estaba ya muy decente, bállese con la bolsa puesta en la mano, que vacía, dejó en el correo el encargo de que le enviasen sus cartas a Kippeltringin, y se dispuso a ir a este pueblo a fin de reclamar el depósito que había dejado en manos de miss Mac-Candlish, persuadido de que ya para entonces habría recibido las cartas que aguardaba.

Ya tenemos de nuevo a nuestro héroe embarcado en el estrecho de Solway. Caía una lluvia bastante recia, el viento le era contrario y no le servía de gran auxilio la subida de la marea, pues el barco estaba excesivamente cargado con los efectos de las cuales la corriente sería probablemente de contrabando. Brown, acostumbrado desde su infancia a las faenas de los marineros y dotado de una gran fuerza física, echó mano al timón, y fue tanto más útil al piloto para manejar el barco cuanto el viento arreciaba por instantes y soplaban en sentido contrario a las rápidas corrientes que hacen tan peligrosa aquella costa para los buques menores. En fin, después de haber trapejado toda la noche, se hallaron hacia la madrugada a la vista de una hermosa bahía junto a la costa de Escocia. El cielo se había despejado, sólo soplaban ya una brisa ligera, y la nieve que por muchos días había cubierto la tierra estaba enteramente derretida. Las montañas que se veían a lo lejos conservaban aún su blanca vestidura, pero el llano no ofrecía ya ningún vestigio de ella, y a pesar del invierno, el aspecto de la playa no dejaba de ser realmente interesante. La línea de la costa, variando hasta lo infinito a derecha e izquierda sus curvas y sus recodos con graciosa ondulaciones, formaba mil variadas ensenadas, cerrada a veces de escarpadas rocas que se avanzaban sobre el mar, y a veces alzándose en suave declive con la aglomeración de las arenas que depositaba en la playa el flujo y reflujo de las olas. Algunos buques lejanos reflejaban los rayos matinales del sol de diciembre, y las vecinas arboledas, aun despojadas de verdura, daban singular relieve y variedad a aquella hermosa perspectiva. Sentía al verla Brown renacer en su pecho aquel vivo interés que nunca dejan de inspirar las bellezas de la naturaleza a un alma delicada, cuando se ofrecen de repente a la vista después del fastidio y cansancio de un viaje tortuoso. Acaso — porque quién puede analizar aquel inexplicable apego que conserva toda su vida una persona nacida en un país montañoso a sus montañas nativas? — acaso algunos confusos recuerdos, produciendo en él un efecto cuya causa había olvidado, se mezclaban a la profunda sensación de placer con que miraba la escena que tenía delante.

—¿Cómo se llama — preguntó Brown al piloto — aquel cabo tan frondoso que se adelanta tanto en el mar y forma la derecha de la bahía?

—Aquella es la punta de Warroch — respondió el marinero.

—¿Y aquellas ruinas, amigo mío, y aquella cosa que veo allí cerca? En cuánto puedo juzgar a esta distancia, me parecen considerables.

—Aquella es la antigua plaza de Ellangowan, y la casa inmediata es la plaza nueva. ¿Queréis desembarcar allí?

—Con mucho gusto; me alegraré visitar esas ruinas, y desde ellas podré continuar a pie mi viaje.

—Aquella gran torre, allí donde la veis —prosiguió el piloto—, hace muy buen servicio, pues sirve hace mil años de faro para guiar a los marineros, como Ramsay en la isla de Man y la punta de Ayr; dicen que hace tiempo se derramó allí mucha sangre.

De buena gana le hubiera sacado Brown sus noticias, pero un pescador no es un anticuario. Todos sus conocimientos históricos se reducen a saber de oídas que allí se había derramado mucha sangre.

—Más podré averiguar —dijo Brown entre sí— cuando llegue a tierra.

Siguió el barco su rumbo hasta el cabo sobre cuya cima estaba situada la antigua torre, que señoreándose sobre las ruinas que la rodeaban, dominaba la bahía, cuyas olas estaban siempre bastante arenolladas.

—Me parece —dijo el pescador— que aquí podréis arribar sin peligro de mojaros los pies, y a los pocos minutos encontraréis una escalerilla muy empinada que os llevará a lo alto de la roca. Más de cuatro veces me ha visto la luna desembarcar géneros en este sitio.

Esto diciendo torcieron un recodo de la costa, toda erizada de peñas por aquel lado, y hallaron un abra formada en parte por la naturaleza y en parte por los infatigables trabajos de los antiguos señores del castillo, quienes siempre habían creído necesario tener aquel y otros pequeños refugios para sus lanchas y demás embarcaciones menores, pues ciertamente no hubieran podido entrar en ellos buques de alto bordo. Las dos puntas de la roca que formaban su entrada estaban tan inmediatas una a otra, que no podían dar cabida a más de una sola lancha a la vez. Todavía se conservaban a uno y otro lado dos enormes argollas de hierro, sólidamente clavadas en la Peña, por las cuales era tradición que se pasaba todas las noches antiguamente una gran cadena sujeta con un enorme candado, para poner en seguridad el puerto y la pequeña escuadra que se abrigaba en él. Con ayuda del azadón y el cincel habían formado en rededor una especie de muelle en la roca, que era tan dura que un vigoroso picapedrero escasamente hubiera llenado a la noche la gorra, decía el pescador, con todo lo que a fuerza de trabajo le hubiera sido posible arrancar de ella en todo un día. Aquel pequeño muelle comunicaba con la escalerilla de que ya hemos hecho mención y que iba a parar al antiguo castillo; también se podía llegar de la ribera al susodicho muelle trepando por las peñas.

—Bien haréis en desembarcar allí —dijo el pescador—, pues más adelante no es tan llana la costa ni con mucho. —No, no,—añadió rehusando el dinero que le ofrecía Brown—; bien habéis ganado el importe de vuestra travesía trabajando como el que más. ¡Vaya, adiós, y buen viaje!

Dicho esto fué a desembarcar su cargamento en el lado opuesto de la bahía, dejando a Brown en la playa al pie de las ruinas, con un hatillo debajo del brazo, en que llevaba algunos objetos indispensables para su aseo, que había tenido que comprar en Ailnony.

De esta suerte, casi sin conocerse a sí mismo, en circunstancias críticas, sino muy peligrosas, sin un amigo en más de cien millas a la redonda, acusado de un crimen capital, y lo que era aún peor que todo, poco menos que sin un chelín en el bolsillo, se acercó nuestro mal andante viajero después de tantos años de ausencia, a las ruinas de un castillo donde habían gozado sus mayores de una grandeza casi real.

CAPITULO XLI

¡Salve, antiguas techumbres,
Torres soberbias, muros derruidos!
¡Salve, oh noble mansión de mis mayores!
¡Al fin te vuelvo a ver! ¡Mas qué se hicieron
Los trofeos, las justas, los festines
Que de tus poseedores la grandeza
Y la tuya también atestiguan?
¡Todo desapareció!

WALPOLE. La Madre misteriosa.

Habiendo entrado en el antiguo castillo de Ellangowan por una portezuela en que aun se veían vestigios de las sólidas cerraduras que le habían defendido antiguamente, Brown, o por mejor decir Bertrán, pues una vez que ya ha puesto los pies en el antiguo solar de sus mayores, le daremos este su verdadero nombre en lo sucesivo, discutió por aquellas ruinosas habitaciones, admirando la extraordinaria fortaleza de las paredes que aun duraban en pie, la imponente magnificencia de las ruinas y la vasta extensión del conjunto del edificio. Vió en dos piezas contiguas una a otra evidentes indicios de que habían estado habitadas recientemente; en la menos espaciosa se veían tiradas por el suelo varias botellas rotas, entre multitud de huesos bien rotos y de mendrugos de pan; en la otra, cuya puerta de comunicación con la primera era de las más sólidas, vió un gran montón de paja: en ambas conoció que se había encendido lumbre no hacía mucho. ¡Cuán ajeno estaba el joven de presumir que tan triviales circunstancias tenían tan íntima conexión con su honor, con su felicidad, acaso con su vida!

Después de haber satisfecho su curiosidad visitando a la ligera todo el interior del castillo, salió Bertrán por la puerta principal que daba hacia el lado de la nueva quinta, y se paró un momento para contemplar



COLONIA BRANCATO
El perfume de moda

"LA INCREIBLE AVENTURA DE FRIDOLINE"

es una novela deliciosa, plena de gracia, de fantasía y de buen humor. Su autora, cuya verdadera personalidad recátase bajo el carnicidísimo seudónimo de

GUY CHANTEPEURE,

narra en páginas brillantes y coloradas la historia de una chiclea a quien el destino la obliga a vivir un verdadero cuento de hadas. La revista



CHABELA,

al elegir para ser publicado en su PROXIMO NUMERO a

"LA INCREIBLE AVENTURA DE FRIDOLINE"

sabe que proporcionará a sus lectoras auténtico deleite, pues en las páginas de esta novela campea el más fino humorismo, lo más contagiosa emoción y la más penetrante poesía.

"LA INCREIBLE AVENTURA DE FRIDOLINE"

es como una gran ventana abierta sobre el reino de la alegría, de la pureza y de la felicidad sin nubes.

"CHABELA" APARECERA EL LUNES 7 DE AGOSTO

la hermosa perspectiva que tenía delante. Habíame procurado en vano cerciorarse de la posición de Woodbourne, y una vez que se hubo poco menos que asegurado de la de Kiplington, volvíase por echar una postera mirada sobre las majestuosas ruinas de que iba a separarse. Admiró el pintoresco efecto que producían las torres, cuyas macizas paredes hacían aún más tenebroso el largo pasadizo embovedado por donde se salía del castillo. Aun se veían esculpidas en la fachada de piedra las armas de los Ellangowan, cuyo escudo, compuesto de tres cabezas de lobo colocadas transversalmente en campo azul sobre un lobo atravesado de una flecha, se apoyaba en dos salvajes *tenantes*, cada uno de los cuales llevaba en la mano un roble arrancado de raíz.

Siguiendo el hilo de las ideas que naturalmente debía inspirarle aquel espectáculo:

—Los descendientes de los antiguos barones que construyeron esa fortaleza — dijo Bertrán — ¿la poseen todavía o andan errantes sin conocer tal vez ni el apellido ni la grandeza de sus antepasados? ¿Ha pasado tal vez su herencia a manos extrañas? ¿Por qué la vista de ciertos objetos despierta en nosotros ideas que parecen pertenecer a sueños vagos o a oscuros recuerdos, tales que mi anciano bramin Moonshie los hubiera atribuido a una vida anterior a la presente? ¿Será que los objetos parecidos a los fantasmas que crea el sueño nos recuerdan las visiones que éste nos ofrece, haciéndonos hallar una misteriosa e imaginaria analogía entre la ilusión y la realidad? ¿Cuántas veces hallándonos en algún sitio por primera vez entre gentes a quienes nunca hemos visto, se nos figura, sin embargo, que ni los interlocutores, ni el asunto de que hablan, ni el lugar en que se encuentran nos son enteramente desconocidos, y aun casi adivinamos, como si ya lo hubiéramos oído, lo que van a decir! Eso es precisamente lo que me sucede mirando esas ruinas: a despecho de mi razón, no puedo menos de creer que esas robustas torres, esa puerta embovedada, esas reliquias de una pasada grandeza, esas magníficas montañas no me son del todo desconocidas. ¿Las habrá visto acaso en mi infancia? ¿Será entre ellos tal vez donde debo buscar aquellos amigos de quienes tan tiernos aunque tan confusos recuerdos ha conservado mi corazón, y a los que en tan temprana edad sucedieron para mí tan severos opresores? Bien, sin embargo, y no creo que quisiera engañarme, siempre me dijo que fui cautivado en las costas del este, después de una refriega en la que pereció mi padre, y en apoyo de su aserción siempre se ha representado a mi mente una escena sangrienta.

Quiso la casualidad que el sitio en que se paró Bertrán para entregarse a estas reflexiones, fuese precisamente el mismo en que expiró su padre, sitio notable por alzarse en él una enorme y afiosa encina, la que yo había en todo el plano, y que por estar destinada para la ejecución de las sentencias de muerte en tiempo de los antiguos señores de Ellangowan, era conocida bajo el nombre de *el árbol de la justicia*. Quiso también, y esta coincidencia es muy de notar, que Glossin se pasease aquella mañana por el mismo sitio con un sujeto a quien consultaba sobre ciertas reparaciones que pensaba hacer en la nueva quinta, con objeto de darle mayor ensanche, para lo cual, no teniendo mucho gusto en ver una ruina que no servían para nada, y de darle sus antiguos propietarios, había resuelto aprovechar los materiales que en abundancia le ofrecían para sus nuevas construcciones. Adelantóse, pues, seguido del tal sujeto, el mismo que le acompañaba el día de la muerte de Ellangowan, y que era una especie de agrimensurador con pretensiones de maestro de obras y aun de arquitecto en caso de necesidad, a quien sólo Glossin consultaba, aunque sin

guiarse nunca más que por su propia voluntad. Bertrán estaba vuelto de espaldas hacia ellos y cubierto por el tronco de la citada encina, de modo que no pudieron verle ni uno ni otro.

—Sí, señor — decía Glossin a su acompañante —, como va os he dicho, la plaza antigua forma un cuadrado perfecto, y lo mejor será describirla toda de una vez, pues hace mucho tiempo que no sirve más que de refugio para toda especie de malhechores.

Bertrán, que estaba como a unos dos pasos lo más, volvíase en el mismo instante y le dijo: —¿Pensáis destruir ese antiguo castillo, caballero!...

Su semblante, su porte, su voz, todo él en fin ofrecía un tan vivo retrato de su padre en su juventud, que Glossin, oyendo aquella exclamación y viendo aparecerse de repente la imagen de su antiguo bienhechor en el sitio mismo en que casi a su presencia había exhalado el último suspiro, creyó por un momento que la tumba había saltado su presa. Retrocedió dos o tres pasos como herido de súbito rayo, mas pronto recobró su presencia de ánimo reconociendo al instante que lo que veía no era un vana sombra, sino un hombre cuyo infortunio había labrado, y a quien la menor indiscreción de su parte podía inducir al reconocimiento de sus derechos ante la ley y los medios de hacerlos valer contra él. Aquel choque imprevisto había, sin embargo, trastornado sus ideas, de suerte que las primeras palabras que pronunció se resintieron de su involuntaria confusión.

—En nombre del cielo — le dijo —, ¿cómo habéis venido aquí?

—¿Cómo he venido aquí? — repitió Bertrán sorprendido de la solemnidad de aquella pregunta —, desembarqué aquí, está al pie de esa ruina a la que estaba entreteniendo en contemplar esas pintorescas ruinas. Me atrevo a esperar que no me cometido una indiscreción.

—En manera ninguna — dijo Glossin, recordando por grados su serenidad —, soy muy dueño, como toda persona decente, de satisfacer vuestra curiosidad.

Y al mismo tiempo dijo al oído algunas palabras a su compañero, que desapareció al instante.

—Mil gracias, caballero — respondió Bertrán —, me han dicho que ese edificio se llama la Plaza antigua.

—En efecto, para distinguirlo de la quinta nueva en que vivo yo, y es aquella que se ve allí abajo.

Observaré el lector que durante el diálogo siguiente, Glossin, por una parte, tenía el más vivo deseo de cerciorarse de si había conservado Bertrán algún recuerdo de los sitios en que había pasado los primeros años de su vida, y por otra parte, al mismo tiempo, de venir en ayuda de su memoria con un nombre, una frase, una anécdota cualquiera que pudiesen despertar en lo más mínimo sus antiguos recuerdos. Sufrió durante aquella conferencia todos los tormentos a que era tan acreedor; pero semejante a aquellos indios de la América septentrional que resisten con serenidad los más atroces martirios, su orgullo, y, sobre todo, su interés, le dieron fuerzas para soportar el suplicio a que le condenaban el odio, la suspicacia, el miedo y el torcedor de su conciencia.

—Desearé, caballero, que os sirviéis decirme el apellido de la familia a quien pertenece ese castillo.

—Es mío, y mi nombre es Glossin.

—¿Glosin! ¿Glosin! — repitió Bertrán como si no fuera aquella la respuesta que esperaba —. Dispensad, caballero, si os soy inoportuno? ¿y hace mucho tiempo que os pertenece?

—Ese castillo fué construido hace muchísimos años, según tengo entendido, por una familia

llamada Mac Dingawae — dijo Glossin suprimiendo el nombre de Bertrán de miedo de despertar recuerdos que estaba tan interesado en ver del todo borrados, y procurando eludir la pregunta con una respuesta evasiva.

—¿Y como léis esa divisa medio borrada que se ve ahí en el cornisamento, debajo del escudo?

—No... no podré deciros verdaderamente. Me parece que dice: *Nuestro derecho constituye nuestra fuerza*.

—Una cosa así debe ser.

—¿Me será lícito preguntaros si es esa la divisa de vuestra casa?

—No... no es la mía; es, si no me engaño, la de los antiguos propietarios. La mía... ahora precisamente tengo entablada una correspondencia sobre eso con Mr. Cumming, genealogista de Edimburgo; y según me escribe, la antigua divisa de los Glossin era: *Nuestra fuerza constituye nuestro derecho*.

—Si hay alguna duda en ese punto, deberíais preferir la antigua divisa, que me parece la mejor de las dos.

Glossin, a quien empezaba a pegársela la lengua al paladar, sólo respondió haciendo un movimiento con la cabeza.

—La memoria — dijo Bertrán sin apartar los ojos de las armas y de la divisa, ya como si se dirigiese a Glossin, ya como si hablara consigo mismo —, la memoria produce a veces efectos muy singulares. Esa divisa acaba de recordarme sin saber por qué un fragmento de una antigua profecía, canción o balada, que aprendí no sé dónde. Decía así:

Huirá la sombra abrutecida,
La tradición sucumbirá
Al derecho y a la espada
Porque Bertrán...

No puedo acordarme del último verso, pero sé que acababa con una consonante en *a*. — ¡Maldita sea tu memoria! — dijo Glossin para su capote — ¡ojalá no tuviera tanta!

—Siguen luego otras estrofas de que quisiera acordarme. Decidme, caballero, ¿se canta por esta tierra una antigua balada sobre una hija de un rey de la isla de Man que se casó con un caballero escocés?

—¿Hay hombre en el mundo a quien se le alcance menos que a mí de leyendas y de baladas.

—Estoy seguro de que en mi niñez supe desde el principio hasta el fin esa balada. Habéis de saber, caballero, que yo dejé la Escocia, mi país natal, siendo muy niño, y los que me han criado han procurado siempre borrar de mi memoria todos mis recuerdos patrios, sin duda, presumo, a causa de mi deseo, muy natural, de escaparme de sus manos.

—Muy natural seguramente — dijo Glossin haciendo los mayores esfuerzos por no dar a sus labios una abertura mayor que la cuarta parte de una pulgada, de modo que el sonido de su voz parecía una especie de murmullo comprimido y estaba muy distante del tono grave y sonoro en que se expresaba habitualmente. Su estatura se achicaba, todo él estaba encogido y como aplastado; no parecía ni una sombra de sí mismo. Ya adelantaba un pie, ya el otro, luego se quedaba inmóvil, volvía la vista atrás, como adentrado impaciente, meneaba los hombros, menoscaba los botones de su casaca, se cruzaba de brazos; presentaba en una palabra la viva imagen de un miserable que teme a cada instante la aparición del rayo de luz que va a revelar su infamia. Engolfado en sus vagos recuerdos, no podía Bertrán en ello la menor atención, y mientras hablaba con él, sólo tenía fija la mente en los mil confusos pensamientos que le agitaban.

—Aunque criado en Holanda — dijo —, me he dado a mi idioma patrio, porque como todos los marineros que allí veía eran ingleses; y me acuerdo que cuando estaba solo

cantaba esa balada desde el primer verso hasta el último, pero ya se me ha olvidado. Crecí, sin embargo, que podría recordar el tono en que se canta, y no sé en verdad lo que me hace pensar ahora tanto en ella.

Sacó de la faltriquera su caramillo y dió al instante con el tono que buscaba. Probablemente la melodía despertaría las mismas ideas en la imaginación de una muchacha que estaba lavando a corta distancia en una fuente que surtía de agua antiguamente a la quinta, pues al instante empezó a cantar:

—En far el bosque de Warroch,
Dijo la hermosa princesa,
Do para labrar mi dicha
Mi esposo y señor me espera?

—Por Dios —dijo Bertrán— que ésta es la canción. Es preciso que esa niña me enseñe las palabras.

—¡Condénala! —exclamó Glossin entre sí—. Si no ando listo, todo se lo lleva a la trampa. ¡Maldiga Satanás todas las baladas y a todos los que las componen, y a los que las cantan y a esa loca con sus coplas y sus!

Lugar tendréis otra vez para aprender canilanes —añadió dirigiéndose a Bertrán y viendo que ya llegaba su emisario acompañado de tres galafates—, pero por ahora tenemos que hablar de cosas más serias.

—¿Qué queréis decir, caballero? —preguntó Bertrán ofendido del tono insolente que acababa de tomar Glossin.

—Eso ya lo veréis... ¿Me parece que os llamáis Brown?

—¿Y qué se os importa mi nombre?

Echó Glossin una rápida mirada por encima del hombro para ver si se acercaba el refuerzo, que ya estaba a pocos pasos.

—Van Beest Brown, si no me engañó, ¿eh?

—Pero qué os importa a vos, caballero? —repitió Bertrán cada vez con más sorpresa y enojo.

—Es porque en ese caso —dijo Glossin que vio que ya habían llegado sus satélites—, ¡os prendo en nombre del rey!

Y al mismo tiempo le echó una mano al cuello mientras que dos de los recién llegados le agarraban cada uno por un brazo. Desembarazó Bertrán de sus agresores con un vigoroso arranque que echó a rodar a uno de ellos, y, desvainando su cuchillo, se puso a la defensiva, mientras que los que ya habían probado sus fuerzas retrocedían prudentemente a una distancia respetuosa.

—Tened entendido —les dijo—, que no es mi ánimo rebelarme contra una autoridad legal; probadme que tenéis orden de algún magistrado para prenderme, y en este caso obedeceré; pero guardéme todos bien de acercarse a mí antes de justificar por qué razón o delito se me atropella.

Mandó entonces Glossin a uno de sus esbirros que le enseñase la orden de arresto dirigida contra Van Beest Brown, por haber voluntariamente y con premeditación herido a Carlos Hazlewood, con intención de asesinarle, como igualmente para que respondiese a los denitas cargos que tenía que hacerle el tribunal; a cuyo fin, decía la orden, que inmediatamente después de su prisión se le hiciese comparecer ante un magistrado para pasar un primer interrogatorio.

Estando la orden en debida forma, y siendo la verdad del hecho irrecusable, soltó Bertrán su cuchillo, y se rindió a los agentes del poder judicial, que, apenas le vieron desarmado, se precipitaron sobre él con un arrojío proporcionado a la cobardía que habían mostrado al principio, disponiéndose a atarle de pies y manos, y alegando, para justificar este rigor, la extraordinaria fuerza de que acababa de dar una prueba evidente; pero Glossin, avergonzado de permitir aquel insulto inútil, les mandó que tratasen al preso con todo miramiento, limitándose a cuidar de que no se escapara. No queriendo hacerle entrar en recuerdos, y deseando al mismo tiempo descargarse de toda responsabilidad, hizo poner los caballos a su coche (pues se había echado uno hacia poco tiempo), para estar preparado a llevar al preso sin demora adonde fuera menester, y mandó entretanto que le encerrasen en una de las salas del antiguo castillo, adonde dió orden inmediatamente de que le llevasen, como también a los que lo custodiaban, algunos refrescos.

CAPÍTULO XLII

Abraza la audiencia, entre los testigos,
Digno presidente, asisto tomad;
Y vos, conde por un juez inflexible,
Pues solo del juzgado, también os sentad.

SHAKESPEARE, El rey Lear.

Mientras ponían el coche, tenía Glossin que escribir una carta que no le ocupó poco tiempo; era para su vecino (expresión con que se llama la boca), sir Roberto Hazlewood de Hazlewood, cabeza de una antigua y poderosa familia del condado, que, desde la decadencia de la de Ellangowan, había ido heredando gradualmente casi toda la influencia y autoridad de ésta. El actual representante de aquella familia era la sazón un hombre ya entrado en años, sumamente preciado de su nobleza, muy amante de su familia, que sólo se componía de un hijo y de una hija, si bien dotado por lo demás de una indiferencia estoica hacia la suerte de todo lo restante del género humano, aunque

MIRANDO AL CIELO...

Con frecuencia solemos elevar nuestra mirada al cielo, como tratando de descubrir su impenetrable misterio. ¿Quiere usted enterarse, por medio de la ciencia, al es factible el anhelo humano de dominar las rutas del cielo y descubrir sus arcanos?

Adquiera entonces estos libros de divulgación científica que merecen ser leídos por su interés y contenido.



LA ESTRATOSFERA

Por IGNACIO PUIG, S. J.

Uno de los estudios más interesantes de la época actual en el mundo sabio: la investigación estratosférica, encarada desde el punto de vista que podemos llamar utilitario. La amplitud de su contenido y la claridad de las explicaciones que el autor presenta hacen, tornan fácil y sencilla la comprensión de todas las explicaciones que el autor presenta.

(\$ 2.50. Encuadernado a la rústica. (Flete, 20 cts.).

¿EXISTEN OTROS MUNDOS HABITADOS?

Por IGNACIO PUIG, S. J.

De manera altamente sugestiva y a través de diez capítulos amenos, cuyos títulos dan una idea aproximada de la inteligencia con que se plantea la cuestión, tales como "Condiciones de habitabilidad de otros astros", "Fuentes de radiación de otros astros", "Proyectos de visitas astrales" y otros más, autor expone en esta obra sus observaciones, con la erudición y el conocimiento que le han dado notable fama en nuestros medios científicos.

En un volumen notablemente ilustrado, esta importante obra se vende al precio de \$ 2.50. (Flete, 20 centavos.)

INFLUENCIAS LUNARES

Por IGNACIO PUIG, S. J.

¿Hasta qué punto es cierta la influencia de la Luna sobre la Tierra?

¿Influye la Luna en el tiempo?

¿Influye la Luna en las plantas?

¿Influye la Luna en los hombres?

Tales son las apasionantes interrogaciones a que responde en forma precisa, el reverendo padre Puig en esta interesante obra.

Difícilmente se encontrará un tema que, en ningún tiempo, haya suscitado tan encontrados pareceres como éste: no hay fenómeno natural que, en un día u otro, no haya sido relacionado con el atractivo satélite. Con razón, pues, puede escribir un autor que, entre las influencias de la Luna, la menos discutida es la que ejerce sobre la curiosidad humana.

Con tapa a todo color, grabados interiores en negro, impreso en papel especial, este libro se vende a \$ 2.50. (Flete 20 centavos.)

A LA CONQUISTA DE LA ESTRATOSFERA

Por EDUARDO A. OLIVERO

En forma sencilla y amena refiere el autor todo cuanto se ha hecho hasta el presente para "llegar al cielo", describiendo los éxitos y fracasos de los distintos proyectos. El valor de su contenido hace que este libro sea leído con el mayor interés, por cuya razón ningún aficionado a estas cuestiones, y sobre todo al argentino, debe dejar de leer esta apasionante obra. Precio del volumen \$ 2.50. (Flete, 20 centavos.)



EN VENTA EN
TODAS LAS LIBRERÍAS.
Para pedidos por correo, póngase a utilizar el cupón que va al pie.

Editorial Sopena Argentina - Emeralda 116
Acompaña 8..... para que me envíen a vuelta de correo los libros señalados con una X.

Nombre.....

Dirección.....

Localidad.....

L. 214

fleno de honor y de probidad en sus relaciones con todos, tanto por natural rectitud de principios, como por temor a la censura de los gentes. Nada igualaba el alto concepto en que tenía la importancia de su familia, que había ilustrado recientemente un título de *baronet* que acababa de heredar. Siempre había abrigado en el fondo de su pecho una secreta antipatía contra los Ellanglow, porque decía la tradición que un varón de aquella familia había obligado al fundador de la casa de los Hazlewood a tenerle el estribo para montar a caballo. Afectaba en su lenguaje como en sus escritos una especie de estilo pomposo y florido, que casi siempre descendía en ridículo por la hinchazón y desmesura de lo que disponía sus remanentes periódicos.

Tal era el personaje a quien escribía Glossin, y una vanidad quería halagar con su estilo. Su billete estaba concebido en estos términos:

"Mr. Gilberto Glossin (buenas ganas se le pasaron de añadir de *Ellanglow*, pero prevaleció la prudencia, y suprimió este dictado burlesco) tiene el honor de ofrecer sus humildes respetos a sir Roberto Hazlewood de Hazlewood, y de manifestarle que ha tenido la buena suerte de informarle que ha tenido la honra de recibir a Mr. Carlos Hazlewood. Como sir Roberto Hazlewood deseará seguramente proceder en persona al interrogatorio del culpado, Mr. Glossin le hará llevar a la nosada de Kippeltringen, o a la quinta de Hazlewood, conforme a las órdenes que se sirva darle sir Roberto Hazlewood; y con licencia de sir Roberto Hazlewood, Mr. Glossin tendrá el honor de pasar a uno u otro de los dos indicados puntos con las pruebas y declaraciones que ha sido bastante feliz para reunir en este negocio atroz."

Ellanglow. — Martes.

A sir Roberto Hazlewood de Hazlewood, *baronet*, etc., en la quinta de Hazlewood.

Después de este billete con un criado a caballo, y habiéndole recomendado la mayor presteza, mandó a dos esbirros que entraran en su coche con Bertrán, y lo siguieron a caballo; al paso hasta una enrucada donde se dividía el camino en dos ramales, uno de los cuales conduciere a Kippeltringen, y el otro a la quinta de Hazlewood, allí aguardó la vuelta de su mensajero, debiendo la respuesta de sir Roberto determinar el camino que tomaría. Como a cosa de media hora después volvió el criado con una esclava de sir Roberto, elegantemente plegada, sellada con las armas de los Hazlewood, en las que se veían las insignias de su nueva dignidad.

"Sir Roberto Hazlewood de Hazlewood devuélvase sus respetos a Mr. Gilberto Glossin, y le da las debidas gracias por los cuidados, molestias y desazones que se ha tomado en su negocio que tan de cerca interesa a la familia de sir Roberto. Sir Roberto Hazlewood suplica a Mr. Gilberto Glossin se sirva conducir al preso a la quinta de Hazlewood, y llevar consigo las pruebas y documentos a que se refiere en su carta. Terminado este negocio, si Mr. Gilberto Glossin no tiene otro compromiso, sir Roberto y lady Hazlewood esperan que tendrá la bondad de acompañarlos a comer, en lo que recibirán merced."

Quinta de Hazlewood. — Martes.

A Mr. Gilberto Glossin, etc.

—Bueno — dijo Glossin entre sí —, ya metí un dedo al fin; pronto lograré introducir toda la mano; pero, ante todas las cosas, empecemos por deshacernos de un testigo importuno. De mi chaqueta corte un trozo a sir Roberto como a un chiquillo. El es, como he pensado, se aprovechará de todas mis sugestiones, y no hará en reuniones cuantas más lo que yo le diga; todo se reduce a tener un poquito de maña; así lograré la ventaja de ser el verdadero magistrado, sin incurrir en ninguna odiosa responsabilidad. Mientras revolvió Glossin en su mente todos

estos proyectos, acercábase el coche a la quinta de Hazlewood siguiendo una espaciosa calle de frondosos árboles. Aquel edificio que parecía una antigua abadía, había sido construido en diferentes épocas; una parte de él había servido de priorato, y cuando su supresión, en tiempo de la reina María, Hazlewood había obtenido de la corona su concesión juntamente con la de las tierras inmediatas. Estaba agraciado con la orilla del río de que ya era bien situado a la orilla del río de que ya en otras ocasiones hemos hablado, y tenía contiguo un parque de considerable extensión; sus alrededores ofrecían un aspecto lóbrego, majestuoso, y algún tanto melancólico, que se adecuaba perfectamente con la arquitectura antigua del edificio. Todo en él presentaba un orden admirable, y anunciaba la alta clase y opulencia del propietario.

Cuando se paró a la puerta de la quinta del coche de Mr. Glossin, examinó sir Roberto desde sus ventanas la visita que le llegaba. Fiel a sus preocupaciones aristocráticas, no pudo, al ver a Glossin, reprimir ciertos impulsos de indignación contra un hombre que, poco antes simple procurador, se daba tales honras de persona de importancia; pero su deshecho se mitigó algún tanto al ver que las portezuelas del coche no ostentaban más adorno que una cifra formada por dos G. A decir verdad, aquella aparente modestia sólo era delirio de Mr. Cumming, el genealogista, que, cuando a la sazón en descubrir y autorizar sendos escudos de armas para dos conyugios de la América septentrional, tres pares irlandeses y dos ricos comerciantes de la Jamaica, no había tenido tiempo para ocuparse en las del nuevo señor de Ellanglow. Pero esta insignificante circunstancia puso a Glossin en muy buen lugar en el ánimo del orgulloso *baronet*.

Mientras custodiaban al preso los esbirros en una especie de antesala, fue introducido Glossin en un salón cuyas paredes estaban cubiertas de antiguos retratos, estaban cubiertas de antiguos retratos de los antecesores de sir Roberto. Persuadido a muy a pesar suyo de que no era suficiente su mérito para olvidar su baja extracción, sintió Glossin toda su inferioridad, y el modo que tuvo de presentarse, sus serviles y reiterados saludos probaron que el nuevo señor de Ellanglow no había olvidado todavía los sumisos hábitos del antiguo procurador. Los sucesos habían persuadido a sí mismo de que no obraba de aquella suerte más que por lisonjear la vanidad del anciano *baronet* y sacar partido de su flaqueza; pero no podía conseguirlo, y a su despecho se sentía dominado por el influjo de aquellas mismas preocupaciones que quería adular.

Recibió sir Roberto con estudiada cortesía, y con cierto aire de protección, con el que procuraba manifestar juntamente su inmensa superioridad, y la complacencia suya con que consentía en bajar de su alta esfera para ponerse al nivel de un hombre tan de poco más o menos como Glossin. Dióle las gracias por haberse ocupado en un asunto que tanto interesaba a su familia.

—Todos mis ascendientes — dijo enseñándole los retratos que decoraban la estancia —, os agradecerán como yo los cuidados, molestias y desazones que os habéis tomado por ellos, y no me cabe la menor duda de que si pudiesen unir su voz a la mía, os darían las gracias, como yo lo hago, por el celo y la actividad que habéis desplegado en un negocio concerniente a un joven que debe perpetuar su nombre y su familia.

Hizo Glossin tres nuevos saludos, cada cual más profundo que el anterior: el primero en honor del noble personaje en cuya presencia se hallaba, el segundo por respeto a los pacíficos miembros de aquella veneranda familia, cuyos retratos pendían de las paredes, y el tercero en fin por deferencia al noble manco encargado de perpetuar su nombre y los timbres de su casa. Aquel rendido acatamiento agradó sin-

gularmente a sir Roberto, quien prosiguió en tono de amable familiaridad:

—Y ahora, Mr. Glossin, mi digno, verdadero y buen amigo, habéis de permitir que me aproveche en este asunto de vuestros conocimientos prácticos en la materia, porque verdaderamente no estoy muy versado en el ejercicio del cargo de juez de paz, cargo más conveniente para personas cuyos asuntos domésticos se privados no exigen tanta desvelos, atención y afanes como los míos.

Respondió Glossin que sus cortas luces estaban a las órdenes de sir Roberto Hazlewood, pero que la alta reputación de que gozaba sir Roberto Hazlewood, en punto a capacidad, le permitía presuindir ni menos esperar que pudiera serle de algún utilidad.

—Ya, ya estoy, en efecto, amigo mío — dijo el *baronet* —, pero hablo de los porfucos usuales de la rutina de los juzgados de paz. Yo ya verdaderamente empecé por seguir la carrera de las leyes, y ya habia hecho algunos progresos en el conocimiento teórico, especulativo y abstracto de nuestros fueros municipales; pero, en el día, un hombre de cierta posición no puede distinguirse en el foro sin iniciar a algunos aventureros que tan dispuestos están a pagar por cualquier pelagatos cuando por el primer noble del condado me acuerdo de que el primer negocio que tuve que entender judicialmente me hizo aborrecer para siempre el ejercicio de la magistratura; tratábase de un pleito relativo a una venta de selo entre un terrateniente y un fabricante de velas, y vi que mis clientes estaban muy persuadidos de que yo iría a manchar la boca, no sólo con los vulgares y malos chistes, sino también con los términos técnicos, inmundas frases y lenguaje peculiar a sus viles profesiones.

—No puedo soportar el alor de una vela de vela — dijo —, pero me acordé de que el primer negocio que tuve que entender judicialmente me hizo aborrecer para siempre el ejercicio de la magistratura; tratábase de un pleito relativo a una venta de selo entre un terrateniente y un fabricante de velas, y vi que mis clientes estaban muy persuadidos de que yo iría a manchar la boca, no sólo con los vulgares y malos chistes, sino también con los términos técnicos, inmundas frases y lenguaje peculiar a sus viles profesiones.

Lamentando, como ya se deja suponer, indigno empleo a que habían querido degradar los talentos del *baronet* en aquella lamentable ocasión, ofrecióse Glossin hacer en el caso que se trataba las veces de asesor o secretario bajo su dirección inmediata.

—En primer lugar, no creo — dijo — que pueda muy difícil probar el hecho principal, es decir, que el preso es el hijo de Mr. Carlos Hazlewood. Si lo negara, ahí está Mr. Hazlewood para desmentirle.

—Mi hijo no está hoy en la quinta, Mr. Glossin.

—No importa, tomaremos juramento al criado que le acompañaba; pero no creo que atreva el reo a negar el hecho; lo único temo es que de resultados del modo favorable e indulgente como ha presentado el negocio, según tengo entendido, Mr. Carlos Hazlewood se considere como el accidente fortuito, y que pongan en libertad a ese hombre para que vaya a cometer nuevos crímenes.

—No tengo el honor de conocer a la persona que desempeña actualmente el cargo de fiscal — repuso sir Roberto con gravedad —, pero presumo, caballero, me lisonjeo con la esperanza de creer, estoy convencido, por mejor decir, de que considerará el mero hecho de haber heredado al joven Hazlewood, como una falta, y cuando haya sido por inadvertencia, y se de delicto a un hombre más suave, templado, favorable e inverosímil, como un atentado para el que no puede ser la cárcel suficiente castigo, que merece la deportación, el extrañamiento, destierro.

—Lo mismo, absolutamente, pienso yo, Mr. Roberto — respondió el complaciente Glossin —; yo no sé decir en qué consiste, pero la cierto es que he observado que el hijo de Edinburgo y aun los deposedos de la corona, parece como que hacen gala de mostrar indiferencia la administración de justicia, y de no respetar ni la clase ni el nacimiento de las personas, de modo que temo...

—¿Cómo, caballero, no respetar ni la clase ni el nacimiento? ¿Me diréis que pueden profesar semejante doctrina hombres bien nacidos y de una educación legal? No, señor, no; eso no puede ser. El acto de agarrar una friolera cualquiera en la calle se califica de robo, pero el robo se llama sacrilegio si se comete en una iglesia; y así por una legítima consecuencia de las diferentes categorías sociales, el crimen muda de carácter según la clase de aquel contra quien se medita, ejecuta o perpetra.

Respondió Glossin con un profundo saludo de adhesión a aquella retahíla *ex-cathedra*, pronunciada con énfasis y en tono dogmático; pero hizo observar que en todo evento y aun cuando siguiera el tribunal los erróneos principios que acababa sir Roberto de rebatir victoriosamente, siempre existiría otro cargo grave contra Mr. Van Beest Brown.

—¿Van Beest Brown! ¿Así se llama ese bribón! ¿Cielo santo! ¿Es posible que el joven Hazlewood de Hazlewood haya estado a riesgo de perder la vida, haya tenido lacerada y dislocada la clavícula izquierda, introducidas algunas partículas de plomo en el apófisis acromioma, como consta en el informe dado por el cirujano de mi familia, y todo por culpa de un miserable oscuro llamado Van Beest Brown!

—Verdaderamente, sir Roberto, que irrita sólo el pensarlo, pero permitidme que acabe lo que iba a decir. De los papeles que tengo el honor de enseñaros (y esto diciendo sacó del bolsillo la cartera de Dirk Hatterzick) resulta que un sujeto del mismo nombre era teniente de los contrabandistas que atacaron la quinta de Woodbourne, y no me parece dudoso que sea el mismo individuo que nuestro reo: vuestra sagacidad, sin embargo, averiguará la verdad siguiendo los trámites legales de la causa.

—Nada, nada, no hay duda ninguna de que es en efecto el mismo; sería hacer una injusticia aun a la más infima plebe suponer que pueden hallarse en ella dos hombres condenados a tener un nombre tan ingrato al oído como el de Van Beest Brown.

—Seguramente, sir Roberto; la observación no puede ser más juiciosa. Bien veis, además, que esa circunstancia descubre en cierto modo los motivos que han impelido a ese miserable a cometer su negro crimen. Vos, sir Roberto, pondréis en limpio esos motivos que aclarará además el interrogatorio; pero yo, por mi parte, no puedo niegos de creer que su único objeto ha sido vengarse del denuedo con que Mr. Hazlewood, digno descendiente de sus famosos antepasados, defendió la quinta de Woodbourne contra ese malvado y sus infames compañeros.

—Todo se aclarará, amigo mío, todo se aclarará; pero desde luego conjeturo que adoptaré la solución, la explicación que me indicáis de ese enredo, de ese enigma, de ese misterio. Sí, sí, su único móvil fué la venganza... ¡La venganza, Dios mío! ¿De quién y contra quién! Abrigada, concebida fraguada contra el joven Hazlewood de Hazlewood, y en cierto modo llevada a efecto, ejecutada, cumplida por manos de Van Beest Brown! En aciago tiempos vivimos, mi digno vecino (este epíteto era una prueba de que Glossin iba ganando mucho terreno en el buen concepto del *baronet*), en unos tiempos en que la sociedad se estremece conmovida hasta en sus más profundos cimientos, en que la alta aristocracia que debería brillar como un magnífico remate en la cúspide del edificio social, se ve confundida con los más villos materiales. ¡Oh, amigo Mr. Gilberto Glossin! En mis tiempos el uso de la espada y de la pistola estaba reservado a la nobleza, y las desavenencias del vulgo se ventilaban con las armas que les dió la naturaleza o con palos cortados, arrancados, extraídos del primer bosque que se ofrecía a la mano; pero, en el día, el villano quiere echarla de caballero, la más infima plebe tiene sus piques, su pundonor, sus venganzas, sus desafíos... Pero, en fin, ¿cómo ha de ser! ¡Adelante! Mi tiempo es precioso;

"TARBES"
CARLOS PELLEGRINI 860



"GRAN COMEDOR DE AMBIENTE SEÑORIAL",
TÍPICO PROVENZAL EN ROBLE TALLADO,
Aparador amplio, Baqueño-Biblioteca de 2 cuerpos,
Mesa extensible y 6 Sillas saliente de Junco,

\$ 890

LICOR

"LA RÁBIDA"



Navegando por rumbos
de fama, avanza el licor
"LA RÁBIDA"

Distribuidor en ROSARIO:
MARCELINO PRADO
SAN LORENZO 1600 - U.T. 23084

DESTILERIAS "LA RÁBIDA"

FEIJÚO Y CIA. S. R. L. S. R. 100

D' QHOFRIO 120/34 • CIUDADELA-F. G. O. • U. T. 653 - 8674



CACHETS FUCUS ANTINEURALGICO

hacer que entre ese perillán, ese Van Beest Brown, y desembarámonos de su presencia al menos por el pronto.

CAPITULO XLIII

.....El tiro
que contra mí se mano disponía
Se volvió contra él, como se hiere
Tal vez el inexperto polvorista
Con los cohetes mismos que preparó.
Mas no mi corazón vengase así.
Antes bien deseara estar segura
De que ya nada el infeliz peliga.
La linda doncella del mesón.

Inmediatamente fué introducido el preso a presencia de los dos respetables magistrados. Glossin, tanto a causa de los remordimientos de su conciencia, como por seguir el plan que se había propuesto de dejar a sir Roberto ser el instrumento ostensible de aquel negocio, tenía los ojos clavados en la mesa, arreglada, leía los autos de la causa, y se limitaba a soltar de cuando en cuando una palabra decisiva, cuando veía al magistrado principal, que al parecer se ocupaba más en el interrogatorio, titubear y no saber cómo salir adelante. Por lo que hace a sir Roberto, veíase en su semblante la severidad de un juez mezclada a un sentimiento de dignidad personal, propia de un *baronet* de ilustre familia.

—Constables, que se acerque el acusado a la mesa. Servíos mirarme cara a cara, señor mio, y responder en alta e inteligible voz a las preguntas que voy a hacerlos.

—¿Podré saber antes de pasar adelante, caballero, quién es la persona que va a tomarse el trabajo de hacermé esas preguntas? — dijo el preso —, porque los hombres honrados que me han traído a este sitio no se han servido darme ninguna aclaración sobre este punto.

—¿Y qué tienen que ver mi nombre y calidad con las preguntas que voy a hacerlos?

—Nada, tal vez, caballero, pero pueden influir considerablemente en mis disposiciones a responder a ellas.

—Sabad, pues, buen hombre, que estás en presencia de sir Roberto Hazlewood de Hazlewood y de otro juez de paz de este condado, ni más ni menos.

No habiendo producido este nombre sobre el preso un efecto tan tremebundo como el que sin duda esperaba sir Roberto, sus prevenciones contra él aumentaron notablemente.

—Tengo entendido que os llamáis Van Beest Brown, ¿no es esto?

—Sí, señor.

—¿Y qué título, calidad o empleo deseáis que añádanos a él?

—Capitán de caballería al servicio de S. M. Asombrado dejó al *baronet* esta respuesta; pero no decayó de ánimo por el pronto, pues vió vagar una sonrisa de incredulidad en el rostro de Glossin, y oyó una especie de silbido con que manifestaba el poco caso que de ella hacía.

—Me parece, amigo mio — dijo sir Roberto —, que antes de que nos separemos os habremos hallado un título más humilde.

—Si lo conseguís, caballero, desde ahora me someto a todos los castigos que merece semejante impostura.

—Bien está, bien está; eso es lo que pronto veremos. ¿Conocéis al joven Hazlewood de Hazlewood?

—Sólo una vez he visto a la persona que así se llama, y siento de veras que fuese en tan desagradables circunstancias.
—¿Luego confesáis que vos sois el que hizo al joven Hazlewood de Hazlewood la herida que puso en peligro su vida, lacero considerablemente su clavícula izquierda e introdujo varios fragmentos de plomo en su apófisis acromioma, como resulta de la declaración del cirujano de mi casa?

—Ignoro, caballero, el mayor o menor peligro que ha podido correr Mr. Hazlewood, y sólo puedo decir que cualquiera que haya sido, me es sumamente doloroso haberle ocasionado. Lo hallé un día en un sendero muy angosto dando el brazo a dos señoras y seguido de un lacayo, y antes de que pudiese llegarme a él o dirigirme la palabra, el joven Hazlewood cogió una escopeta de manos del criado, me apuntó casi a boca de jarro y me mandó en tono imperioso que me hiciese atrás. Como no tenía motivos para someterme a su autoridad y no quería darle los medios de emplear contra mí una ventaja a que parecía dispuesto a recurrir con inexplicable irreflexión, procuré desarmarlo. En los esfuerzos que hice para conseguirlo se disparó la escopeta por pura casualidad, y, con mucho sentimiento mio, castigó la imprudencia de aquel joven, mucho más severamente de lo que yo hubiera querido, aunque pronto tuve la satisfacción de saber que estaba fuera de peligro, y que no se atraito en aquel desgraciado lance, más que lo que mereció por su tono arrogante que, sin la menor provocación por parte mía, se tomó la libertad de usar conmigo.

—¿Luego es decir, señor mio — dijo sir Roberto, en cuyas facciones todas se leía una vehemente expresión de dignidad ofendida —, que convenís en que vuestro propósito, vuestra intención, vuestro fin, vuestro real y verdadero objeto, señor mio, era desarmar al joven Hazlewood de Hazlewood, quitarle su escopeta, su arma de fuego, su fusil o como queráis llamarle, señor mio, en un camino real? Permíteme, mi digno vecino, que no reñamos ya más que hablar, y que podemos sin escrúpulo enviar a este hombre a la cárcel.

—Vos sois mejor juez que yo en la materia, sir Roberto — dijo Glossin en su acostumbrado tono meloso —; pero ¿nada tenéis que decir acerca de aquellos contrabandistas?...

—Me alegro de que me lo recordéis, amigo mio, Sabed, señor Van Beest Brown, que yo tenéis la cordia de trularlos capitán al servicio de S. M., que no ignoro que sois un miserable contrabandista.

—Verdaderamente, caballero, que si no mirara que sois un anciano y que parecís animado contra mí de extrañas prevenciones, no podría perdonaros ese insulto.

—¿Un anciano, señor mio! ¿Extrañas prevenciones, eh? Yo os declaro y protesto... Pero, en fin, ¿tenéis algún documento, algún papel cualquiera que compruebe vuestro supuesto título, clase y dignidad?

—En este momento, no, señor, pero a la vuelta de un o dos correos...

—¿Y cómo se explica, señor mio, que siendo como decís capitán de caballería al servicio de S. M., viajéis por Escocia sin despachos, sin cartas de recomendación, sin equipaje, sin nada, en fin, que atestigüe vuestro título, clase o dignidad, como antes dije?

—He tenido la desgracia, caballero, de que me robaran todos mi equipaje.

—Ah, ah! ¿Luego vos sois el que tomó una silla de posta en... para Kiplertrangan, dejó al postillón de plantón en el camino, y envió luego a dos o tres de sus cómplices para que le molieran a palos y se llevaran el equipaje?

—¡Viajaba yo, en efecto, en una silla de posta cuando, a causa de la oscuridad de la noche y del recio temporal que hacía, perdió el camino el postillón, y tuve que apearme para buscar la posada de los *Arms de Gordon*, en Kiplertrangan, es buen testigo de que lo primero que hice al llegar a sir casa al día siguiente, fué informarme del paradero del postillón.

—Pues entonces, no llevéis a mal que os pregunte dónde y cómo pasasteis aquella noche; supongo que no la pasaréis metido en la nieve. Bien conocéis que semejante explicación no sería satisfactoria, probable, admisible.

—Me permitiréis, caballero — dijo Bertrán acordándose de la promesa que había hecho — la gitana —, que me abstenga de responder a esa pregunta.

—Ya lo suponía yo. ¿No pasasteis aquella noche en las ruinas de Derneclough, señor mio?

—Ya he dicho que no respondería a esa pregunta.

—Corriente; ahora mismo voy a expedir la orden de que os metan en la cárcel. Servíos echar una ojeada a estos papeles. ¿Sois el Van Beest Brown a quien se hace referencia en ellos?

Es de advertir que Glossin había intercambiado con los papeles que tenía sir Roberto en la mano algunos que realmente pertenecían a Bertrán, y que habían hallado los esbirros en la pieza donde se habían repartido los ladrones el contenido de su maleta.

—Algunos de esos papeles son míos — dijo Bertrán examinándolos —; estaban en mi casa cuando me robaron, pero de nada pueden servirme porque voy que faltan todos los que hubieran podido probar quién soy. Por lo que hace a esas cuentas de marinería, no las conozco, y supongo que pertenecerán a alguna otra persona de mi mismo apellido.

—¿Y creéis persuadirme, hermano, de que a

"INFRAP"

Soc. Resp. Ltda. CAPITAL \$405.000

VENDIDORES de M. TELDES

y como siempre a los grandes ordenes.

"INFRAP"

GASCON 822-28-01.79.1562

IMPLEMENTOS DE APICULTURA

COLINAS - EXTRACTORES - COTAS
ESTAMPADA - BELLEROS - COTAS
RAS - ARMADORAS - EXCLUSIVO
A LA DESPACHAR - COTILLOS
CALDERITA - COTAS
CANICUES - BAROS MARIA
etc. etc.

Sublime cambio mano
mucho más barato que se
vende gratis.

se hallen en un mismo país y en una misma época dos personas dan un apellido tan vulgar y malsonante como el vuestro?

—No veo por qué razón no ha de haber dos Van Beest Brown, como hay dos Hazlewood, pero hablando seriamente, yo me he criado en Holanda, y ese nombre que tan mal suena a vuestros oídos ingleses...

Glossin, viendo que el preso llevaba la cuestión a terreno muy resbaladizo, se apresuró a interrumpirle, interrumpiéndole, que verdaderamente era necesario para distraer la atención de sir Roberto, a quien había dejado mudo e inmóvil de cólera y sorpresa la presuntuosa comparación que encerraba la última frase de Bertrán. Las venas de su cuello y de sus sienes habían a punto de reventar de puro hinchadas, en todas sus facciones se leía aquella profunda confusión propia de un hombre que ha recibido una injuria moral a la que cree indoloro y ajeno de su dignidad personal y de su orgullo. Mientras que fruncido el ceño y echando un resaca por los ojos respiraba a duras penas, un acento en su auxilio.

—Con toda la sumisión que os debo, sir Roberto, y salvo vuestro dictamen — dijo —, parezco que el punto está ya suficientemente aclarado. Uno de los constables, amén de todas las cosas que ya tenemos adquiridas, ofrece un juicio de que el cuchillo que decoró el preso esta mañana y que esgrimió, dicho entre paréntesis, para resistirse a la policía, es el mismo que él perdió en la refriega que sostuvieron los contrabandistas con los aduaneros, poco antes del ataque de Woodburne. No quisiera, sin embargo, que esta circunstancia agravase la situación, ya harlo apuntaba el rey; acaso pueda explicarnos cómo se halla esa arma en su poder.

—Tampoco puedo responder a esa pregunta, dijo Bertrán.

Aun hay otra particularidad que merece ser tomada en cuenta y que recordará, si sir Roberto me lo permite. El preso ha depositado manos de mistress Mac Candlish, de Kippley, una bolsa que contenía muchas monedas de oro de diferentes valores y varias alhajas finas. Acaso sir Roberto opinará que no me da de más preguntarle cómo han podido a poder objetos que rara vez se hallan reunidos de esa suerte.

—Ya oís, Mr. Van Beest Brown, la pregunta os dirige ese caballero.

—Motivos poderosos me impiden responder a

—Lo siento — dijo Glossin —, porque en esa a nuestro deber nos obliga a enviarlos a la

Haréis lo que mejor os parezca; pero contrariedad bien, caballero, el paso que vais a dar, me presente que yo os declaro que soy capitán de caballería al servicio de S. M.; que no de llegar de las Indias orientales y que es imposible, por consiguiente, que tenga la gran conexión con los contrabandistas de que habéis. Yo tengo el honor de ser coronel de Northampton, el mayor de los oficiales de regimiento están en Kingston sobre el Támesis. Consiento en pasar por el último grado la ignominia, si a la vuelta del correo de los pueblos, no presento pruebas irrefutables de la verdad de los dos hechos que acabo de contar. Podéis también, si gustáis, escribir directamente a la capitania general, y...

—No es eso muy santo y muy bueno — dijo Glossin, que empezaba a tener que la firmeza de Bertrán hiciese alguna impresión en el ánimo de sir Roberto, quien se hubiera muerto de vergüenza si hubiese creído cometer la falta de enviar a la cárcel a un capitán de caballería; todo eso está muy bien, pero no nos indicarnos algunos testigos algo más positivos.

—Uno de dos personas he tenido algunas noticias durante mi breve residencia en Edimburgo, una es un Labrador de Liddellhead, Mr. Dinmont, residente en Charles-Hope, pero me conoce más que por lo que yo le

he dicho, que es lo mismo que acabo de decir.

—¿Queréis más subterfugios, sir Roberto? ¿Será preciso que hagamos venir a ese paludero para que nos atestigüe con juramento su credulidad? ¡Ja, ja, ja!

—¿Y cuál es, hermano, vuestro segundo testigo? — preguntó el baronet.

—Un caballero a quien tengo algún escrúpulo en nombrar por consideraciones escrupulosas, pero bajo cuyas órdenes serví algún tiempo en las Indias, y que tiene demasiada probidad para negarme el testimonio que puedo reclamar de él como militar y como hombre de honor.

—¿Y quién es ese importante testigo? Vaya, señores, ¿quién es? Algún pagador de indefinidos, algún sargento, ¿eh? o cosa por el estilo...

—El coronel Guy Manning, antiguo comandante del regimiento en que, como he tenido el honor de deciros, mandaba yo una compañía.



LA MUJER HERMOSA

—¿Cualquiera me tose a mí?... — parece que se dilata esta belleza de primera magnitud, desafiante, sencilla de su poder: el formidable poder del sexo debilitado. No hay duda de que tiene al mundo bajo la punta de sus pies y de que nos mira desde arriba. Pero es perdónable esta actitud que semeja el engrandecimiento, porque es legítima: pocas "bellezas" son tan verdaderas como la de esta escultural actriz de la Metro. Se llama Vava Gardner, y se pasea tomando fresco por las templadas playas del hemisferio norte, mientras nosotros nos acurrucamos junto a las estufas, en recintos cerrados. Tiene suerte.

—El coronel Guy Manning! — dijo Glossin entre sí — ¿quién diablos se lo hubiera imaginado?

—El coronel Guy Manning! — repitió el baronet, ya bastante irresoluto —. Amigo mío — dijo a Glossin llamándole aparte —, ese mozo, con un nombre ingominosamente plebeyo, muestra una modesta seriedad: su tono, sus modales, sus sentimientos parecen propios de una persona bien nacida, o que a lo menos ha cultivado la buena sociedad. Allí en la India prodigan los nombramientos y despachos para el ejército muy ligera, indiscreta e inconsistentemente; pero creo que haríamos bien en aguardar a que regrese de Edimburgo el coronel Manning.

—Nadie mejor que vos puede decidir lo que conviene hacer en esto y en todo, sir Roberto — dijo Glossin —, pero permitidme que con todo el respeto debido os exponga mi parecer. Yo no sé hasta qué punto tenéis derecho para soltar a ese hombre sobre la misma aserción

de la que no puede presentar ninguna prueba; pero sé que tomaríamos sobre nosotros una gravísima responsabilidad si le reteniríamos preso sin hacerle llevar a una cárcel pública. A vos os toca decidir, sir Roberto: sólo anadiré que yo mismo, sin ir más lejos, he recibido recientemente una severa reprimenda por haber retenido una sola noche a un acusado en un sitio que me parecía muy seguro y en el que a mayor abundamiento estaba custodiado por varios esbirros. A pesar de todas mis precauciones, el preso logró evadirse, y no puedo disimularme a mí mismo que esa imprevisión, o más bien esa desgracia, ha dado hasta cierto punto un golpe fatal a mi reputación de magistrado activo y circunspecto, adquirida a costa de tantos desvelos y afanes. Esco no, señores, una mera observación, sir Roberto, a pesar de la cual estoy pronto a hacer lo que vos determinéis.

No ignoraba Glossin que esa observación era más que suficiente para determinar a su colega que, aunque sobradamente lleno de vanidad, se aprovechara gustoso de la ciencia ajena. Resumió, pues, sir Roberto el negocio de la manera siguiente: apoyando en parte su sentencia sobre la suposición de que el acusado era realmente un hombre de honor, y en parte sobre la opinión de que era un miserable y un asesino.

—Caballero... Mr. Van Beest Brown... y os llamaría capitán Brown si tuviera el menor fundamento, razón, causa o motivo para suponer que sois en efecto capitán, o que pertenecís al respetable cuerpo de que habéis hecho mención o a cualquiera otro al servicio de S. M., relativamente a cuya circunstancia deseo que tengáis bien entendido, que no es mi ánimo emitir ninguna opinión, declaración, juicio o dictamen fijo, positivo e inalterable. Digo, pues, Mr. Brown, que hemos decidido que atendidas y consideradas las desagradables circunstancias en que os halláis, habiendo sido robado como decís, aserción sobre la cual suspendo mi juicio, y teniendo en vuestra posesión oro y alhajas de considerable valor, amén de un cuchillo de monte que no queréis o no podéis explicar cómo ha llegado a vuestras manos, digo, Mr. Brown, que hemos decidido, determinado y resuelto haceros conducir a una cárcel, o más bien, asignaros en ella una habitación hasta que vuelva de Edimburgo el coronel Manning.

—Me permitiréis que os pregunte con la más humilde sumisión, sir Roberto — dijo Glossin —, si vuestro ánimo es hacer llevar a ese joven a la cárcel pública del condado. Si no habéis tomado sobre este punto una determinación, me tomaré la libertad de haceros observar que sería menos ruidoso y más político llevarle a la Portanferry, donde igualmente se le podría tener a buen recaudo, sin necesidad de dar una campanada, lo que me parece preferible para el caso de que, en efecto, resulte verdadera su declaración.

—Mucho que sí, con tanto más motivo cuanto siempre hay un destacamento en Portanferry para la seguridad de los almacenes de la aduana; por lo cual, todo bien considerado y en atención a que a todas luces es más conveniente esa prisión, decretamos, es decir, autorizamos que sea llevado el señor a la cárcel de Portanferry.

Extendióse la orden en debida forma, y noticiósela a Bertrán que a la mañana siguiente sería conducido al sitio que le estaba destinado, no atreviéndose sir Roberto a hacerle llevar de noche por temor de que intensasen sus parciales libertarles en el camino. Hasta entonces debía quedar preso en la quinta de Hazlewood.

—Esa reclusión — dijo Bertrán entre sí — no puede ser tan larga ni tan rigurosa como mi cuartucho en las Indias; pero lleve el diablo a ese viejo tan estridido, con su dura y siempre estifo y al picaro de su compinche que siempre habla a regañadientes: no quieren entender la cosa más sencilla del mundo.

Despediase entretanto Glossin del baronet con mil respetuosos saludos, y disculpándose en los términos más bajos de no poder quedarse

a acompañarle a comer; pero esperaba, añadió, que se le presentaría ocasión de ir a ponerse a los pies de milady Hazlewood, y de ofrecer sus respetos al respetable *baronet* y al joven Mr. Hazlewood.

—Seguramente, caballero — respondió sir Roberto con afabilidad —; me lisonjeo de que mi familia nunca se ha mostrado desatenta con ningún vecino, como os lo probaré, Mr. Glossin, yendo a veros tan familiarmente como corresponde entre personas de posición, es decir lo más sin cumplimiento que se puede creer presumir, esperar.

-Ahora dijo Glossin para su coletio mitina tras volvía a su quinta... ahora lo que se necesita es hallar a Dirk Hatterack y a los suyos, dejar la guardia de la aduana, y dar el golpe decisivo; todo depende de la actividad.; Buena fortuna es que Mannering se halle en Edimburgo! La circunstancia de conocerle este muchacho aumenta mis peligros... -¿Señor, en primer lugar, ¿cómo sabe usted que él está en Edimburgo? -Y yo probaba con mi caballo acerca del paso... -¿Y si probara entrar en acomodamiento con el heredero? Es probable que consistiera en renunciar a una buena parte de sus bienes por obtener la restitución del resto, y entonces abandonaría a Hatterack; Pero no, no! Tengo demasiados temores... El mismo Hatterack, Gabriel y la vieja hechicera... No, señor, no; seguiré mi primer plan.

Dicho ésto metió espuelas a su caballo, y tomando un trote largo fué a poner en movimiento sus baterías.

CAPITULO XLIV

Es una cárcel, pesada,
De cuidados y aflicción,
Donde el bueno se hace malo
Y el malo se hace peor:
Piedra de toque de amigos
Y de virtudes crisol,
Donde se ve la inocencia
Como la depravación,
Do gime el hombre de bien
Al lado del malhechor.
*Inscripción puesta en una pared de
la cárcel de Edimburgo.*

Al día siguiente muy temprano, el mismo coche que había llevado a Bertrán a la quinta de Hazelwood, le condujo al sitio destinado para servirle de cárcel en Portanryne, escoltado por dos o tres silenciosos guardas. La cárcel, igualmente que la inmediata casa de la aduana, estaba situada tan cerca de la orilla del mar, que se había creído necesario fortificar aquellos dos edificios con un baluarte y un baluarte de piedra del lado de la playa, en el que iban a estar las alcaides. La cárcel servía de casa de corrección, y era también una especie de sucursal de la prisión principal del condado, que era vejisima y estaba a bastante distancia del distrito de Kippeltringan; rodeaba una cerca de tapias muy altas, y tenía un reducido patio, en el que podían pasearse y respirar los más holguera que en sus celdas de los otros los infelices encarcelados. Mac-Guffog, uno de los alcaides, y Bertrán y de los que lo acompañaban a la sazón, era el alcaide de aquel lugubre palacio; mandó que parase el coche a la puerta y se apégo para llamar al portero. Acudieron al ruido de los alabados veinte o treinta chiquillos desgraciados, quienes, abandonando al punto sus farragatos de miniatura que hacían navegar en los charcos que había dejado a la ribera la bajada de la marea, apremiaron corriendo hacia la cárcel para ver al que iba a apearse del coche. El coche nuevoiro de Glossin. Después de un largo y ruidoso rechinar de candados y de cerrojos, abrió el portón mistress Mac-Guffog, terrible marimacho de robustez y geniazos muy capaces al parecer de conservar el orden entre los presos, aun los más difíciles, durante la ausencia de su marido o cuando se le iba a mano al empuñar el jarro, lo que se hacía con frecuencia. Su aspecto era tan descomulgado que podía rivalizar en melancólicos encantos con el de los presos en celosios, pronto dispuestos a aquella guerra, y dirigiéndose en seguida a su amable esposo;

—Ea, despacha, hombre — le dijo —, ¿qué esperas que no entras?

—Punto en boca y vete de ahí con mil diablos — respondió el tierno marido sazonzando esta frase con una tiramira de epítetos sumamente enérgicos, pero que el lector nos permitirá que no repitamos aquí —. Y luego, dirigiéndose a Bertrán: —Vaya, ¿piensa apearse hoy o mañana, galán — le dijo —, o espera a que le demos la mano?

Apósé Bertrán, y no bien hubo echado pie a tierra, cuando le agarraron los constables por el cuello de la casaca, a pesar de que no oponía la menor resistencia, y medio arrastrando le llevaron al patio en medio del ejército de pillos que conservaba sus posiciones a una distancia respetuosa de mistress Mac-Guffog. Apenas hubo pasado el umbral, giró la puerta sobre sus rechinchates goznes, corrió la anazona dos enormes cerrojos, y dando vueltas con ambas manos a una llave colosal, la sacó de la cerradura y se la metió en una anaca faltriquera colorada que le pendía de la cintura.

Hallóse entonces Bertrán en el pequeño patio de que ya hemos hablado. Paseábanse a la sazón en el varios presos, a quienes parecía haber proporcionado un gran consuelo el rápido vistazo que, durante el momento en que había estado abierto el portón, habían podido echar sobre la calle, miserable callejuela sucia y angosta; cosa que a nadie admirará si se considera que, excepto en tales ocasiones, la perspectiva de que les era dado gozar esta constantemente encerrados en una tremenda puerta de hierro, las altas paredes que le rodeaban, el cielo que era su techo y la tierra que pisaban, esta uniformidad de objetos es, según la expresión del poeta,

Un insoportable peso
Para los cansados ojos:

fomenta en unos cierta recelosa y rétrica misantropía, e inspira a otros aquel tedio y aque-
batimiento profundo que hacen desear al hom-
bre, ya sepultado vivo entre cuatro paredes, una
celda, una mansión, o más solitario.

Cuando entraron en el patio, permitió Mr. Guffog a Bertrán que se parase un momento y echase una ojeada a sus compañeros de infortunio. Al ver aquellos semblantes que llevaban el sello de la infamia, el crimen y la desesperación, al ver al saltador osado, al que el destino, al que al ver a la bancarota fraudulenta ha arruinado a cien personas; al ver la mirada fija del idiota, los ojos hundidos y desecados del loco a quienes la sorda economía de sus parientes tenía encerrados en aquel horrible asilo, sintió Bertrán que se le oprimía el corazón y desfallecía su ánimo a la sola idea de contaminarse con semejante compañía.

—Espero, amigo — dijo al alcaide —, que me daréis un cuarto aparte para mí solo.

—:Y cuánto me valdrá el hacerlo?

—Pero yo no puedo estar aquí arriba de uno o dos días, y me sería muy desagradable pa-

sarlos con esa gente.

—¿Y qué tengo yo que ver con eso?

—En fin, señor alcaide, para hablaros en vuestra lengua, sabed que estoy pronto a pagar el favor que os pido.

—Lo entiendo, capitán, ¿pero cuándo y cómo?
ro? ésta es mi pregunta, o por mejor decir

—Cuando salga de esta cárcel y reciba el dinero que estoy esperando de Inglaterra.

Mac-Guffog meneó la cabeza con evidente incredulidad.

—¿Cómo es eso? ¿Creéis que soy realmente un malhechor?

—¿Que sé yo? Pero en caso de serlo no soy
muy advertido, bien se conoce.

—¿Y por qué decís que no soy muy adve-
tido?

—¿Por qué? Porque es menester ser muy in-
cente para dejarles el oro que depositasteis
las *Armas de Gordon*. ¡En el infierno me va
si yo, en vuestro lugar, no se lo hubiera saca-
do de las entrañas! ¿Y quién les daba facultad p-

ra despabilaros la bolsa y meteros en la cárcel sin dejaros con qué pagar lo que puede haberos falta? Que se quedaran con las monedas extranjeras y con las alhajas como cuerpo de delito, vaya en gracia, pero las guineas, ¡votad tal! ¿Por qué no pedirles las guineas? Basta señas os hacía yo con disimulo, pero el dia que lleve si volvereis siquiera la cara a mi la

—Pues bien, si tengo derecho para reclamar ese dinero, le pediré y tendré de sobra para pagarlos.

—Eso es lo que yo no sé: podéis estar a más tiempo de lo que creéis, y eso de dar

fiado no me acomoda. Sin embargo, como recéis tan buen sujeto, y aunque mi mujer dice que yo siempre pecho de demasiado blando, querréis darme un pagare sobre el valor del sodicho depósito, podemos desde luego estar en ajuste: ya sabré yo hacer que me le alegren. Estoy algo enterado de cómo se hace de Ellangowan cierto preso... en fin, eso es de mi cuenta. No querrá él, a buen seguro, que yo me vaya a casa sin pagaros nada.

—Corriente; pues si de aquí a dos días no recibido los fondos que espero, os daré pagaré.

pero para que no tratemos a cuerpo de retes, quiero que sepáis lo que llevo a los desean un aposento separado de los demás: a mí me gustan las cuentas claras. El treinta, treinta chelines por semana, los misos treinta y nueve chelines por la cama y esto solo en una pieza; y creed que no es beneficio para mí, porque tendré que media corona a Donald Laidler, que está por ladrón cuatero y que, según la regla, casa, debería ser nuestro compañero de dormida. El puede que me pague un cuarto de corona por un trasto de aguariente, con va veces que no me quedará mucha ganallimia para el bolsillo.

-Estoy, estoy; adelante.
-De comer y beber se os dará lo mejor

hava, v en cuanto al precio, yo nunca arriba de un veinte por ciento más de lo que paga en la hostería, lo que no es mucho el trabajo y la incomodidad de traer y llevar todo lo que se necesita, que es un enorme peso se acaba más que el de los aburridos, luego el trato de compañía por los noches a ayudarnos a apurar una botella; algunas apuradas en esta vida con Glossin cuando nos compañeros, que algún día lo fuimos, que ahora sea juez de paz, ¡Ah! se me fue... las noches son largas y frías; si me buzo y alumbraudo son artículos algo por que es contraveniente a regla, pero como se os podrán perdonar... Esto es todo por ahora, si algo se ofrece adelante, ya iremos viendo. Siempre hay nos gastillos imprevistos...

—En fin, amigo, a vuestra conciencia lo
si sabéis por casualidad lo que quiere decir
palabra. ¿Qué se ha de hacer? Tendré que
ser por todo lo que...

—No señor, no, nada de eso — respondió ríspido el alcaide —; no consentiré que

así; yo no os pongo una pistola al pecho, mis precios no os acomodan, no hay n

lo dicho; yo os los propongo por pura amistad, pero si no os convienen, tan amigos como antes.

Si queréis seguir los usos ordinarios de la
buen provecho os haga; tanto mejor para
así tendré menos quebraderos de cabeza.

—No, amigo, no; después de lo que me
dicho ya podéis suponer que no me

quedado ganas de regatear con vos. Lleva
pues, cuanto antes al cuarto que debo a

—Vaya, pues seguidme, capitán — dijo el —

tunante con una sonrisa que parecía una
torsión —; y para probaros que tengo c

cia como vos decís, mal rayo me parta
llevo arriba de seis peniques diarios por

pasear en el patio tres horas todos los días.
jugar a la pelota y hacer todo lo que es

purísima gana.

Con esta agradable promesa introdujo a Bertrán en la casa, haciéndole subir una escalera de piedra ran empinada como estrecha, al cabo de la cual llegaron a una puerta muy sólida, decorada de barras de hierro remachadas con grandes clavos. Pasada aquella puerta se entraba en un pasillo no muy largo, a ambos lados del cual había tres cuartos a manera de celdas, tan oscuros y desmantelados que sólo se veía en cada uno de ellos una paja sobre el suelo. Y par en par, un miserable jergón tirado en el suelo; pero al fin de este corredor se hallaba una pequeña habitación que ya no olía tanto a cárcel, y que, a no ser por la inmensa cerradura y gigantescos cerrojos que tenía en la puerta, por las gruesas y cruzadas rejas que interceptaban la luz que podría entrar por su única ventana, hubiera podido pasar por un mal estado de una buena posada. Era aquella habitación una especie de enfermería para los presos, una quebrantada salud exigía alguna indulgencia a una de las dos camas que había en ella. Había de saltar, más que a paso y ciertamente por su voluntad, Donald Laider, que debía el compañero de cuarto de Bertrán, sin duda a probar si la paja fresca y el aguardiente curaban, mejor que las sábanas, unos calenturiosos intermitentes que le tenían con un pie en el infierno y otro en el cielo. Mac-Guffug había producido a su expulsión mientras su marido hacía ajuste con Bertrán en el patio, tan segura de antemano del éxito de aquella negociación. Según todas las apariencias, no había quedado la estancia el pobre enfermo sino a salvo de la fuerza brutal y después de una torosa resistencia, porque una de las colgaduras de la cama estaba desgarrada de arriba abajo, al desgarrar podía semejante a una bandera volada en la confusión de una batalla.

— ¡No no es nada, capitán — dijo mistress Mac-Guffug, que entró con ellos en el cuarto —; que pronto lo remedio. — Volviéndole la espalda y remangándose el brazo con mucho primor, lo necesario para hacer una liga, ató con ella al cielo de la casiquierada con todos los alfileres que pudo llegar a la mano quedándose sin ninguno en el dedo. La costra roja, con lo que quedaba, parecía, como una guarnición festonada. Invitó en seguida el colchón y lo tapó con una manta llena de remiendos.

— Ya está corriente — dijo —. En cuanto a esta cama, señor capitán, ahí la tencis — dijo indicándole un enorme armatoste sostenido en cuatro pies de madera, o por mejor decir, en tres, pues el cuarto no llegaba al suelo, demasiado y hundido por aquella parte, que provenía de que la casa, aunque nueva, ya estaba construida a destajo —. Ahí tencis unos colchones y unas mantas que no hay más que pedir; si necesitás sábanas, almohadas, mantas, toallas y demás ropa blanca, decídmelo — que todo eso corre de mi cuenta y no en los ajustes de mi marido.

Mac-Guffug había salido durante este coloquio con una que pareciera como que no tomaba en aquel nuevo arreglo.

— Por amor de Dios, señora — dijo Bertrán —, dame en paz, dádme lo necesario y cueste lo que cueste. — Bueno, bueno, al instante despacho; no tengas miedo de que os desollemos vivo aunque mis tan cerca de la aduana. Voy también a prenderos lumbre y a preparar la comida, pero hoy no será muy buena, pues no esperaba ver tanto hueso por estos barrios, pero mañana será mejor, y entretanto os contenta con lo que haya.

Dicho esto salió mistress Mac-Guffug y volvió un momento después trayendo en una mano un par de sábanas y en la otra una espuesta de algodón, en que metió mano hasta el codo para rasar la hormilla de la chimenea que no había un fuego hacía muchos meses, en seguida volvió con una caja sin tener el tiempo de darse las manos, desdobló las sábanas y sacó tres cerillos de las de la buena Alfie Dimmitt. — Comenzó a hacer la cama, refunfuñando contra

A TODO HOMBRE INTERESA

Conocer el Método Naturo (Neuro-Hidropático) BIER y KHUNE, combinados, para combatir el INFANTILISMO GENÉSICO y Desarrollar y Regenerar el VIGOR MASCLINO sin droga alguna. ÚNICA casa especializada en el país, con 17 años de dedicación continuada a su clientela, siendo ésta la mayor garantía de seriedad que podamos ofrecer al público.

GRATIS Remitimos el libro científico explicativo de 32 páginas, en sobre cerrado y sin sello, a quien lo solicite, acompañado de 0.30 por franqueo.

CASA "A. E. CIDEX" - ESPARTACO Nº 904 (Suc. 6) - BUENOS AIRES

las personas descontentadizas y haciendo como que daba por caridad lo que sabía que habían de pagarle muy bien.

Luego que se hubo retirado, hallóse Bertrán reducido a la alternativa de pasarse por su cuarto para hacer ejercicio, o mirar el mar por la ventana en cuanto permitieran las gruesas rejas de hierro que tenía delante, o en fin, entretenerse en leer los chistes o las blasfemias que habían escrito en las paredes de yeso sus predecesores en aquel calabozo. Ni eran los sonidos que le llegaban más agradables que los objetos que se ofrecían a su vista: sólo él el agitado rumor de la marea que bajaba a la sazón, y de vez en cuando el ruido de algu-

quecina en que se veían evidentes señales de haber servido recientemente. Poco después trajo la misma Hebe un plato de tajadas de carne guisada en la sartén, bajo las cuales flotaba una razonable cantidad de grasa en un océano de agua tibia, y colocado que hubo un pedazo de pan de munición junto a este delicado nanjarr, preguntó al preso qué deseaba para beber. No era ciertamente de las más apetitosas la comida que tenía por delante, pero en fin, con el objeto de hacerla más llevadera, pidió Bertrán una botella del mejor vino que hubiera en la casa, y como éste, por fortuna, era bastante regular, todo su comida se redujo a un pedazo de pan y queso acompañado de algunos tragos para ayudar a la digestión. Luego que hubo satisfecho las primeras punzadas del hambre, preguntó la criada sus respetos de parte de su amo, quien deseaba saber si quería que fuese a acompañarlo a pasar la tarde. Bertrán le encargó que le diese mil gracias, y pidió que le proporcionase, en vez de su amable compañía, una luz y recado de escribir. No tardó en llegar la luz bajo la forma de una larga y delgada vela de sebo, rosa por la mitad, inclinándose graciosamente sobre una palmarita de cobre tan inunda que no había por donde agarrarla; en cuanto al recado de escribir era preciso que tuviese paciencia hasta el día siguiente, pues no había en la casa tinta, papel ni plumas, y no se podía salir ya a la calle para comprar tantos requisitos.

Preguntó entonces Bertrán a la criada si podría proporcionarle algunos libros, apoyando su pregunta con un chelin, munificencia de cuyas resultas, después de una larga ausencia, volvió la niña con dos tomos del calendario de Newgate, que acababa de prestarle Sam Silverquill, aprendiz de cajista, a quien él estaba preso por faltarle. Luego que hubo puesto los dos tomos sobre la mesa, se retiró dejando a Bertrán engolfado en una lectura bastante adecuada a su triste situación.

CAPITULO XLV

Si en un cadáver se destina el hado
Igominioso muerte,
Un amigo tendrás siempre a tu lado
Que seguirá tu suerte.

SHENSTONE.

Sumergido en las sombrías reflexiones que naturalmente debía inspirarle aquella triste lectura, en su amarga situación, por primera vez en su vida sintió Bertrán decaer su espíritu.

— Me he visto en situaciones más fatales que ésta y más peligrosas también — dijo —, pues ahora realmente no corro ningún peligro; en que se me presentaba más funesta perspectiva, pues mi encarcelamiento no puede ser de larga duración: más difíciles de sobrellevar, pues aquí a lo menos tengo lumbre, sustento y abrigo, y sin embargo, leyendo estos sangrientos anales del crimen y de la desgracia, en un sitio tan adecuado a las ideas que inspira, y oyendo esos lugubres sonidos, siento en mi una disposición a la nomenclatura que en mi vida he experimentado. Pero no!, ¡no quiero abandonarme a ellas! Adios, cúmulo de horrores y de infamias — exclamó tirando el libro sobre la mesa —; no se ha de decir que un día de cárcel en Escocia ha hecho en mí alma una impresión que no han podido producir la miseria, las enfermedades, la entredicha, todo el número de privaciones en remotos climas. Muchas veces he

Dijo CASTELAR:

La instrucción mata la guerra.

COLON Y LOS CUCHILLOS

Como es necesario atribuir un origen a las cosas, el espíritu de un origen pintoresco y que vale de mucho interesante, acaba de encontrarse el origen de... las puntas redondas de los cuchillos de mesa.

Parece que una vez, uno de los levantiscos marineros que llevaba Cristóbal Colón en su carabela, se armó de un cuchillo de buena punta, aguda y reluciente, y trató de aseverar a su almirante. Pero Colón hacía honor a su cargo de capitán en jefe, cosa que en aquellas tiempos no era sólo cuestión de haber sido nombrado por el rey, sino de ser más capaz que los otros en hombría, en fuerza y en conocimientos; dominó al marinero amonadado y lo hizo colgar. Y luego, obedeciendo al imperioso instinto de conservación, ordenó al armador del barco que despuntara todos los cuchillos de a bordo.

Desde entonces tenemos cuchillos de mesa sin punta.



na puerta que se abrió o se cerraba con el melodioso acompañamiento obligado de llaves y de cerrojos. Oía a veces los berridos del alcaide o la indigna voz de su digna esposa, casi siempre elevada al tono de la disputa, de la colera o de la insolencia. De tarde en tarde también, un enorme mastín atado en el patio respondía con horribles aullidos a los ociosos presos que se entretenían en hostigarle.

Interrumpió en fin aquella fastidiosa uniformidad la llegada de una moza andrajosa y puerca que hizo algunos preparativos para la comida, tendiendo un asqueroso mantel sobre una mesa más asquerosa todavía. Un tendero y un cuchillo, que no había desgastado seguramente el estropajo, flanqueaban un plato de estroño abollado en cada parte; un tarro de mostaza poco menos que vacío se alzaba a un lado de la mesa, haciendo juego con el en el lado opuesto un salero lleno de una mezcla parda y blan-

servido de blanco a los tiros de la suerte y no consentiré en que me abata mientras pueda impedirlo.

Haciendo entonces un esfuerzo sobre sí mismo procuró imprimir otra dirección a sus ideas, y considerar su situación desde el punto de vista más favorable. Delasarse no podía tardar en llegar a la escocia; de un momento a otro debía recibir los certificados que había pedido a su teniente coronel, y en fin, en caso de que tuviese que recurrir a Manninger, ¿quién sabía si no resultaría de este paso una reconciliación entre ellos? Muchas veces había observado, y entonces lo recordaba, que el coronel nunca hacía favores a medias, y que parecía cobrar afecto a las personas en proporción a los servicios que les hacía. En el caso presente, un favor como se podía pedir sin bajeza, y se debía conceder sin dificultad, podía ser entre ellos un medio de reconciliación. Luego sus pensamientos se dirigían naturalmente hacia Julia, y sin pararse mucho a pensar en la distancia que le separaba a él, pobre capitán aventurero, de una rica heredera, cuyo padre con su testimonio la iba acaso a ponerle en libertad, hacia mil brillantes matices de una tarde de verano, cuando un vigoroso albadazo dado en el portón de la calle cortó el hilo de sus risueñas ideas, y fué seguido inmediatamente de los ladridos del mastín a quien todas las noches soltaban en el patio. Después de mil precauciones, abriose en fin la puerta, y se volvió a cerrar a los pocos momentos. Pronto oyó Bertrán también girar y descorrerse las llaves y cerrojos de la casa, y vio discurrir precipitadamente la escalera, luego bajando un ruido, y empezó a arañar la puerta de su calabozo. Agregóse a todo esto casi en el mismo instante un ruido de unas fuertes pisadas unido a la estentórea voz de Mac-Guffog, que decía:

— ¡Por aquí, eh! Cuidado con ese escalón: ése es su cuarto.

Abrióse entonces la puerta, y con no menos sorpresa que contento vio Bertrán a su fiel Wasp, que le colgaba de caricias, y detrás de él a su amigo de Charles-Hope.

— ¡Calla, calla! — exclamó el buen labrador tendiendo la vista en derredor — ¿qué quiere decir todo esto?

— Que la fortuna me ha jugado una mala pasada, amigo mío — dijo Bertrán poniéndose en pie, y apretándole la mano.

— ¿Pero qué se puede hacer? ¿Por qué ha sido? ¿Por qué estás aquí? ¿Por deudas?

— No, por cierto; y si tenéis tiempo para sentaros, os contaré todo el negocio.

— ¡Si tengo tiempo? ¡Pues os parece que he venido para deciros buenas noches y adiós que me mudó? Buena pregunta! Pero es tarde y no os vendrá mal tomar un tente-en-pie: ahora acabo de dejar a Dumble en el mesón, y he mandado que me traigan aquí la cena; ya lo he arreglado todo con Mac-Guffog, y en su parate me voy a discurrir, conque os cuento las aventuras. Eh, querido, Wasp, quietecito! Cuidado si se alegra de veros el pobre animal.

Las aventuras de Bertrán, reducidas a su desgraciado encuentro con Hazlewood, y al error que le hacía pasar por uno de los contrabandistas que atacaron la quinta de Woodbourne, de resultas de la identidad de los nombres, fueron largas de contar. Dimmont le escuchó con sus cinco sentidos.

— ¡Vaya, vaya — dijo —, pues no hay en todo eso por qué desesperarse... ¡Un fogonazo en el hombro! ¿qué es eso? Nada. Si le hubierais echado un ojo fuera, ya sería otra cosa; además que el lance no ha tenido resultados. ¡Ay, y cuanto daría por que estuviera aquí nuestro antiguo sheriff, Mr. Pleydell! Eso se llama todo un hombre; ya los haría él a todos andar derechos y val.

Pero decidme ahora, mi excelente amigo, ¿cómo habéis podido descubrir que me hallaba yo aquí?

— De un modo bastante particular verda-

ramente; pero ya os lo contaré luego que hayamos cenado, porque acaso no sea muy prudente decirlo todo mientras anda yendo y viniendo por el cuarto ese morcón.

Suspendió por un momento la curiosidad de Bertrán la llegada de la cena, que, aunque bastante modesta, mostraba un asco muy capaz de abrir el apetito, cualidad de que absolutamente carecían los guisos de mistress Mac-Guffog. Dimmont, por su parte, haciendo observar a su amigo que no había tomado más que un bocadillo al almuerzo, por decirlo así (bocado que consistía en dos o tres libras de carnero fiambre que había engullido mientras echaba un pienso el rocín, luego grandemente honor a la cena, y, finalmente, una de las viandas de Homero), volvió a decir palabra hasta que hubo satisfecho el hambre y la sed que lo aquejaban. En fin, después de haber bebido un larguísimo trago de excelente cerveza:

— ¡Pues, señor — dijo echando la vista sobre los lamentables despojos de lo que había sido antes un capón muy regular —, no era malice el amigo para haber sido cebado en un corral de los puertos de guerra sin verlos venir a decir que le faltaba bastante todavía para parecerse a los de Charles-Hope. Mucho celebre, capitán, que este maldito cuarto no os haya hecho perder las ganas.

— ¡Es que realmente, Mr. Dimmont, la comida que me han dado no era tal que pudiera quitármela para la cena.

— ¡Lo creo, lo creo; pero mira, ¡eh! buena moza, ya que nos has traído el agua tibia, el aguardiente y el azúcar, ¿podrías, si no lo llevas a mal, irte bendita de aquí, y cerrarnos la puerta, estás? Porque tenemos algo que hablar aquí el señor y yo.

Retiróse la criada y cerró la puerta, a lo que añadió la precaución de echar el cerrojo.

Apenas salió de la estancia, fué Dimmont a reconocer el campo, esto es, a arrinar alternativamente el ojo y el oído a las cercanas de todas las puertas, y luego, ya libre de todo cuidado, se echó sobre la espina, volvió a sentarse a la mesa, echó un nuevo trago para tomar aliento, y comenzó su historia en voz baja, y con un tono de importancia y gravedad que no le era habitual.

— ¡Pues habéis de saber, capitán, que hace pocos días fui a Edimburgo al entierro de una pariente, esperando que no sería allí una visita; pero me llevé chisno, y me fui a una hilacha me dejó en su testamento la buena señora, pero ¿qué remedio tiene? Adelante, ¡la también con el objeto de plantear un pleito...! pero esto no viene a cuento por ahora. En una palabra, después de arreglados mis asuntos, me volví a la alquería; al día siguiente a la madrugada fui a visitar el ganado, y me ocurrió la idea de llamarme hacia el cerro de Tout-houthead, por donde pasan los límites sobre que andaba un antiguo Jack de Dawson y yo. Apenas llegué al cerro vi a lo lejos un hombre que no me parecía ser ninguno de mis parientes, y aunque no es extraño hallar por allí caras desconocidas, me acerqué a él para ver qué casta de pájaro era, y reconocí a Gabriel, el montero, ¿va os acordáis?

— ¡Hola, hola! — le dije —, ¿qué os trae por estos andares sin vuestros patros, buen hombre? ¿Vas a cazar zorras sin la jauría?

— No, señor, — me respondió —; os andaba buscando.

— ¡A mí! ¿Pues qué os se ofrece? ¿Necesitáis algún dinerillo para pasar el invierno? Si es así, hablad con franqueza.

— No, no, — dijo —, no es eso de lo que se trata. ¿No os interesáis por aquel capitán llamado Brown, que pasó una semana en el cortijo?

— Por supuesto que sí, Gabriel; ¿le ha sucedido algo?

— ¡Alguien hay que se interesa por él más que vos — me respondió —, y a quien tengo que obedecer, que a fe que no es enteramente por mi gusto por lo que vengo a daros una noticia que no os contentará mucho.

— ¡Ya lo creo que no me contentará si me mala para él.

— ¡Pues bien — prosiguió —, sabed que si se descuida, corre gran peligro de que lo pongan en la cárcel de Portanferry, porque hay orden para prenderle apenas desembarque de vuestro de Allynby; conque así, si desáis su bien, preciso que sin perder un momento os pongan en camino para Portanferry, y a buen trazo. Si le halláis en la cárcel, será menester paséis con él uno o dos días, porque es gran necesidad de amigos de los de armadura, y si despreciáis este aviso, no os arrebataré más que una vez, pero será para toda vida.

— ¡Pero hombre — le dije —, ¿quién me ha dicho todo eso? ¿Sabéis que hay una distancia muy regular de aquí a Portanferry?

— ¡No hay que reparar en eso — me respondió —; los que me han dado estas noticias me dan lo mismo de noche que de día; y lo mismo de todo sería que ya estuvierais en camino. ¿Qué es cuanto tengo que decir? — Si se encamara a las once y se senta en el suelo, y se resbaló sobre la hierba hasta la faldita del establo, adonde no hubiera yo podido seguirlo a caballo. Volví, pues, a Charles-Hope a traer a mi mujer lo que me había pasado, porque ¡dudablemente no sabía qué partido tomar.

Quito se reirán de mí en gracia de Dios — yo para mi capote — si me ven andar en la neuca, cual otro judío errante, hecho un candil, por una mera insinuación de escociano. Pero apenas empezó a hablar la mujer, y me hizo ver qué vergüenza sería para mí que os sucediera una desgracia, que yo me biera podido evitar; apenas leí vuestra carta que llegó entonces precisamente como el viento del cielo, no titubé: echéme al bolsillo el dinero que tenía en papel, para el caso que os hiciera falta, dije a los chicos que se fuesen a Edimburgo, y me puse a caminar solo venir conmigo, que no parecía sino que animalito conocía que venía a veros. Por tanta había hecho mi viaje a Edimburgo en la jaca, de modo que Dumble estaba fresco como una rosa, y aquí me tenéis ya después de haber andado sin parar más de sesenta millas.

Por esta singular relación, claramente a Bertrán que, dado el caso de que tuviese efecto algún fundamento en el aviso que había recibido, no estaba en su derecho de hacer algo más serio y más inminente que el que me resultó de unos pocos días de encierro en la cárcel al mismo tiempo era evidente también que algún amigo desconocido trabajaba por su salvamento.

— ¡No me habéis dicho — preguntó a Dimmont — que Gabriel era de raza de granjero?

— ¡Todos lo dicen, y yo lo creo porque esa gente sabe siempre lo que me ocurre, y ellos todos al mismo tiempo me dicen que los países con que la capidez del relance me me olvidaba decirlos que andan bien cerca a aquella vieja que vivimos en Bewcastle, el sheriff ha destacado una caterva de espías para seguirme, y le ofrecen nada menos que una cuenta libras si se presenta. El juez de Forster, en el Cumberland, ha expedido un orden para prenderla, ha hecho allanar las casas, ha dado sus órdenes... ¿Y para qué? Si ella no quiere, a buen seguro que no le podrán echarle el guante.

— ¡Y por qué la buscan?

— ¡Qué sé yo! Pero lo que puedo decir es que cuanto hagan será excusado, porque me aseguran que ha cogido unas pepitas de helado — y que con ellas pasa de un sitio a otro — y santiamén, como Yock, el mata-gigantes de la balada, con sus verdades que le hacen invencible. Y además, es una especie de roña de los montanos; dicen que tiene más de cien años y se cree que vino a esta tierra con las comillas que se aparecieron de repente en la montaña de la caída de los Estuardos. ¡Ya, ya!; bien, ¡brazo ella esconde, y en todo caso, el diablo me la escondiera. Si yo hubiera sabido que era la Merlitta cuando la encontré en la venta de

La Mumps, a fe que hubiera medido más mis presiones.

Con suma atención escuchó Bertrán esta relación, que tan conforme estaba en muchos puntos con lo que él mismo había visto y oído de aquella gitanía sibila. Después de un momento de reflexión, creyó que podía, sin falta a su palabra, confiar lo que le había sucedido en el encierro a un hombre que acababa de manifestar a Bertrán su nanquismo.

—Siempre lo he dicho, y siempre lo diré —dijo Dimont meneando la cabeza—, de todo lo que en los gitanos, de bueno como de malo, y tienen algún comercio con el enemigo, cuando de ellos, que no nuestra. En cuanto a su modo de amortajar el cadáver, ya sé yo lo que es eso; cuando esos diablos de contrabandistas venden a uno de sus compañeros en una acción, van a una vieja como Meg para que amorce al difunto, y sin más ceremonia le tiran a un hoyo como a un perro. Cuando están agotando, en vez de llamar a un ministro para que les eche responsos, su costumbre inmemorial es buscar una vieja para que les cante baños o conjuros, como ellos los llaman. Estoy seguro de que el que visteis expirar fué uno de los que salieron heridos cuando pegaron fuego a Woodbourne.

—Pero no creáis, amigo mío, que pegaron fuego a Woodbourne.

—No, tanto mejor. Tanto creíamos en él que no había quedado piedra sobre piedra. Pero, en fin, hubo un poquito de tiroteo, y esos, pues, estáis seguro de que el muerto era uno de los que atacaron la quinta, como bien de los que robaron vuestra maleta. Fueron los gitanos cuando hallaron la silla puesta parada en mitad del camino... ¿Para qué la fueran ellos a dejar, eh? Buena gente es esa! Pintárala les vendría como el asa en el jarro a la palma de la mano.

—Pero si esa mujer es una especie de reina entre ellos, ¿cómo no pudo tomarme ahierto bajo su protección, y hacer que me dieran lo que era mío?

—¿Quién sabe? Acaso tenga el derecho de diles cuanto se le viene a la boca, y ellos el hacer cuanto les da la gana, cuando les tienta el hambre. No había, además, unos contrabandistas, con quienes siempre están unidos? Podría bien no tener ningún influjo sobre éstos, y sobre he oído decir que los gitanos saben por que nadie cuándo y adónde deben llegar los contrabandistas, y luego sobre todo, ella es ser muy estrafalaria, y no hace ni dice nada más que las demás personas. Sean falsas o ciertas las profecías, en lo que no tengo duda es en ella su crece, y en que nunca se guía más por su caricho... ¿Pero, eh? ¿cómo, que viene al carcelero; ya oigo sus pidiadas.

—Interrumpió en efecto Mac-Guffog su conversación con un armonioso concierto de llaves y cerrojos, y abriendo la puerta un momento después, asomó a ella su abultado semete.

—Ea, Mr. Dimont —le dijo—, hemos retardado la hora el cierre de la cárcel; ya podéis ir a sosegar.

—Tomar sosega, eh? No pienso en eso por ahora; aquí me quedo a dormir; precisamente como ahí una cama de sobra.

—Es imposible!

—Y yo os digo que es muy posible, y que me muevo de aquí; raya, echad una copa de aguardiente.

—Hizo así Mac-Guffog, y prosiguió en se-

—Pero esto es contra toda regla, no habiendo tenido ningún delito.

—Pues si me habláis una palabra más os rombo la cabeza, y no necesitaré más delito para estar autorizado a pasar aquí la noche.

—Pero os repito, Mr. Dimont, que eso será infringir el reglamento, y que me haríais perder mi empleo.

—No tengo más que dos cosas que deciros, Mac-Guffog; ya debéis conocerme y saber que no soy hombre para prestar la mano a la evasión de un preso.

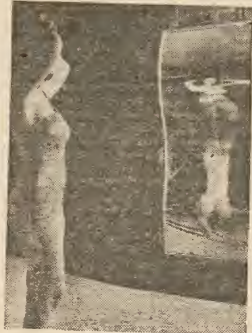
—¿Y yo qué sé?

—Bien, pues si no lo sabéis, a lo menos sabréis que los deberes de vuestro empleo os obligan a dar de cuando en cuando una vuelta por mi lugar. Ahora bien, si me dejáis en paz pasar aquí la noche con el capitán, pago doble alquiler por el cuarto; si no me dejáis, os prometo para la primera vez que vayáis a Charles-Hope la paliza más...

—Pues, señor, preciso es hacer algo por los amigos; pero si los jueces de paz llegan a saberlo, yo seré quien pague el pato.

—Y habiendo sazonado esta observación con dos o tres reniegos, volvió a cerrar la puerta, y

LOS ESPEJOS QUE MIENTEN



...Y cansado de recorrer los ámbitos del palacio de los espejos que mienten, el hermoso joven se detiene ante el último, con lo que remota esperanza de hallar el que no miente, el que refleja los magníficos formas de su cuerpo tal como pueden verlos los demás. Pero no, ¡oh, desgracia o mala suerte, o confabulación de todos los espejos! El último también nos presenta una "belleza" retorcida y monstruosa, un quintero infernal capaz de hacer salir corriendo a uno feroz. Entonces vemosnos. Ya hemos agotado todas las esfuerzos para soportar tanta deformidad, algunos que llegan a producir caries, otros incontinentes, risas convulsivas que dejan líneas armoniosas, ante el medio normal de las camadas. Descansemos, ante espejos rectos. Es un crimen estragar o la deformación, por cómica que pueda resultar o algunos, una mujer como la que vemos a lo izquierdo...

se retiró después de cerrar los cerrojos. Daban en aquel momento las nueve en el reloj de la plaza.

—Aunque aun no es tarde —dijo el labrador viendo que su amigo parecía estar muy cansado—, creo que haríamos bien en recogernos, capitán, a menos que queráis echar todavía algunos tragos. Pero ya sé que no sois gran bebedor, y a decir verdad, tampoco yo lo soy a menos que me excite la buena compañía, o que haya hecho mucho ejercicio.

Accedió Bertrán sin dificultad a la proposición de Dimont, pero al echar la vista sobre la cama preparada por mistress Mac-Guffog no se pudo decidir a desnudarse.

—Ya lo creo que os debe dar asco, capitán —dijo Dandy—, parece que han dormido en ella todos los carboneros de Sanquhair; lo que es yo por mí, nada temo mientras tenga mi levitón.

Remite su nombre y dirección a los Escuelas Literarias, Boycott-232, Capital, y a vuelta de correo reciba el libro "LOS ESPEJOS QUE MIENTEN", de 92 páginas ilustradas, con ilustración de los 72 cursos que enseñamos por correo.

Ver última tapa.

Esto diciendo, se tumbó en la cama, cuyas tibias hizo crujir bajo su poderoso empuje, y pocos momentos después dió evidentes señales de que dormía profundamente. Bertrán se quitó las botas y se echó sobre la otra cama. Su singular destino de que era víctima, el interés que se tomaban por él amigos del que nunca había tenido la menor conexión, ocuparon por un buen rato sus pensamientos; pero venció por fin el cansancio, y acabó por quedarse tan profundamente dormido como su compañero.

En este grato olvido de todas las cosas mundanas vanos a dejarlos por ahora, para informar al lector de otros sucesos que ocurrían al mismo tiempo en otros puntos.

CAPITULO XLVI

... ¿Qué intentas?

—¿Quién, dime, los arcenos del destino ha traído a la revelación? ¿Para qué me paras? ¿Qué significan esos vaticinios?

—Habla, yo te lo mando.

SHAKESPEARE, *Macbeth*.

En la noche del día en que pasó Bertrán su ciudad interrogatorio, llegó de Edimburgo a Woodbourne el coronel Munro, quien halló a su familia sin la menor novedad, lo que probablemente no hubiera sucedido si hubiese llegado a oídos de Julia la nueva de la prisión de Bertrán; pero como durante la ausencia del coronel, las dos señoritas habían vivido muy retiradas, la fama de aquel suceso no había llegado por fortuna a mistress Bertrán. Una carta había ya informado a mistress Bertrán de la pérdida de las esperanzas que habían fundado para ella sus amigos en el testamento de su pariente. Acaso este contratiempo fué muy doloroso para su enamorado corazón, pero esto no le impidió unirse a su amiga para recibir con la más cordial alegría al coronel, a quien manifestó su viva gratitud por los desvelos verdaderamente paternales que le prodigaba, haciéndole presente al mismo tiempo lo mucho que sentía haberle obligado a emprender, en una estación tan cruda, un viaje infructuoso.

—Siento en el alma, amiga mía —le dijo el coronel—, que haya sido infructuoso para vos, pero por lo que a mí toca, me ha proporcionado el trabar conocimiento con personas de mucho provecho y me ha hecho pasar en Edimburgo días muy agradables, por lo que realmente no puedo quejarme. Hasta nuestro amigo Dominus vuelve tres veces más halibul de lo que fué, habiendo tenido ocasión de aguzar su entendimiento en sus controversias con los primeros ingenios de la metrópoli del norte.

—Seguramente —dijo Dominus con gran complacencia—, he lidiado y no he sido vencido, aunque mi adversario era hombre que lo entendía.

—Presumo, Mr. Sampson, que el combate os habrá cansado mucho.

—Mucho, señorita, pero me preparé a la lid y la sostuve.

—Yo soy testigo —dijo el coronel— de que nunca hubo victoria más refiada. El enemigo era como la caballería matata, que acomete por todos lados a la vez y no presenta el flanco a la artillería; pero Mr. Sampson resistió invicto haciendo fuego ya sobre las masas, ya sobre el polvo que levantaban. Pero no es éste el momento de contaros nuestras batallas; mañana, después del almuerzo, hablaremos de ellas.

Al día siguiente, sin embargo, no se presentó Dominus a la hora del almuerzo; un criado dijo que había salido muy de mañana, pero era tan común en él olvidarse de las horas de las comidas, que a nadie causaban la menor inquietud sus ausencias. El ama de llaves, exce-

iente matrona presbiteriana, y gran veneradora por lo tanto de la erudición teológica de Mr. Sampson, cuidaba en aquellas ocasiones de que su falta de memoria no redundase en perjuicio de su estómago; apenas volvía le recordaba las necesidades terrestres a que todos estamos sujetos, y atendía a que pudiese satisfacerlas. Rara era, no obstante, la vez que se olvidase del almuerzo y de la cena, seguidos, y con todo, esto sucedió en el caso de que habíamos, pues tampoco volvió para la hora de comer. Vamos, pues, a explicar la causa de esta extraordinaria ocurrencia.

La conversación que había tenido Mr. Pleydell con el coronel relativa a la desaparición de Enrique Bertrán, había despertado todas las dolorosas impresiones que en la memoria de este suceso en el alma de Mr. Pleydell habían dejado. Siempre había sido para éste una verdadera espina clavada en el corazón, la idea de que la imprevisión que había tenido de confiar el niño a Frank Kennedy, había sido la causa inmediata del asesinato de éste, del rapto de aquél, de la muerte de mistress Bertrán, y por consiguiente de la ruina de la familia de su amigo y bienhechor. Asunto era éste sobre el que nunca entre ellos en conversación, si conversación puede llamarse su modo de hablar, pero que casi siempre estaba presente en su imaginación. La esperanza, o, más bien, la certeza que había manifestado mistress Margarita en su último testamento, había excitado un sentimiento semejante en el corazón de Dominus, sentimiento a que se abandonaba con tanta más confianza cuanto mayor era la incredulidad de Mr. Pleydell.

—Seguramente — decía Sampson — hablando consigo mismo — Mr. Pleydell es hombre muy erudito, profundamente versado en el conocimiento de las leyes, pero es al mismo tiempo superficial y ligero por demás; cómo puede pues pronunciar *ex cathedra* sobre las esperanzas manifestadas por la respetable miss Margarita Bertrán de Singlesde?...

"Todo esto, repito, decía Dominus entre sí, porque si hubiera pronunciado la mitad de este discurso, un ejercicio tan violento y cansado hubiera cansado sus mandíbulas para todo un mes."

El resultado de estas reflexiones fué moverle a ir a visitar los sitios que habían sido teatro de aquella sangrienta escena, y en que no había estado hacía mucho tiempo, es decir, desde que había sucedido aquel fatal accidente. La distancia era considerable, porque la punta de Watroch estaba en la extremidad de las tierras de Ellangowan, situadas entre las tierras de Woodbourne. Además, Dominus tuvo que dar varios rodeos, porque las nieves derretidas habían convertido en torrentes los arroyuelos que hacían poder pasar de una zancada, como en verano.

Llegó en fin al bosque, objeto y término de su excursión, y lo recorrió en todos sentidos con una especie de frenesí, exprimiendo su turbada mente para recordar todas las circunstancias de aquella catástrofe. Fíjase en conocer que nada de lo que le fué ofrecido a la vista debió inducirle a sacar consecuencias más favorables que las que sacó bajo la impresión inmediata de aquel funesto acontecimiento. Pronto despachó, pues, su peregrinación, y exhalando mil suspiros y mil gemidos, emprendió su caminata a Woodbourne, discurriendo a impulso de las punzadas que le daba el estómago sobre si habría almorzado o no, y sin poder dar con la verdad del caso. Alborotó de esta suerte en su sombrío humor, unas veces pensando en el apéndice del pobre niño, otras distraído por su apetito que le ponía delante de los ojos tostadas de manteca, bizcochos y rebanadas de carne asada, por un camino diferente del que había seguido por la mañana, llegó junto a las ruinas de una torre llamada en el lenguaje popular "la torre de Dorncleugh".

Acaso recordará el lector la descripción que hicimos de este torre en uno de los capítulos anteriores, porque en ella fué donde el joven Bertrán, bajo la protección de Meg Merrilies,

vió expirar al teniente de Hatteraick. La tradición popular añadia imaginarios terrores a la natural nebulosidad que inspiraba aquel sitio, terrores nacidos de una conseja que los habitantes inventaron y propagaron a lo menos, por su propia conveniencia, los gitanos que por tanto tiempo habían habitado aquellas cercanías. Asegurábase que en los tiempos de la independencia galleguana, un cierto Hanson-Mac-Dingawie, hermano del caudillo reinante Knarh-Mac-Dingawie, había asesinado a su hermano y soberano, a fin de usurpar la corona al infante de su sobrino; pero que, perseguido por la venganza de los fieles vasallos y deudos de su familia, que habían abrazado la causa del heredero legítimo, le vió obligado a refugiarse con los cómplices de su crimen en aquella torre, que pasaba por inexpugnable, y en la que se defendió en efecto hasta que, acosado por el hambre, y no queriendo rendirse a sus implacables enemigos, le pegó fuego pereciendo entre las llamas él y todos sus parciales. Algo podía haber de cierto en esta tradición que ascendía a los tiempos bárbaros, pero la superstición le había exornado, haciendo de aquella torre un nido de diablos y de duendes, en términos de que los labradores de la comarca, cuando los sorprendía la noche en sus cercanías, hubieran dado un gran rodeo antes de exponerse a pasar junto a aquellas paredes malditas. Como aquella torre servía de refugio hacía mucho tiempo a toda especie de malhechores, veíase una luz en ella algunas veces durante la noche, circunstancia que, comprobando en cierto modo las vanas creencias del vulgo, era muy favorable a los que frecuentaban aquellas ruinas.

Necesario será también advertir que nuestro amigo Sampson, aunque docto humanista y profundo matemático, no era, sin embargo, bastante filósofo para poner en duda la realidad de las hechicerías y de las apariciones. Nacido, y sea dicho en desagrado de su buena fortuna, en una época en que aun abundaban los supersticiosos creídos, hubiera sido tenido por un participante de sus prácticas infernales, la creencia en aquellos delirios era para él casi un artículo de fe, y acaso le hubiera sido tan difícil dudar de aquellas ficciones como de las eternas verdades de la religión. Con estos sentimientos y viendo ya negrear el horizonte con las sombras del crepúsculo de la tarde, no sin un secreto terror, pasó Dominus a Sampson por junto a la torre de Dorncleugh.

Imagínese ahora el lector cuál sería su sorpresa cuando, al llegar a la puerta de la torre a aquella puerta que se suponía haber sido mandada construir para que no se expusiese algún temerario extranjero a los peligros que hubiera corrido bajo aquellas temibles bóvedas; a aquella puerta que se creía condenada hacia muchos años y cuyas llaves se decía que estaban depositadas en el púchisero, abrióse de repente y se le presentó en ella a sus ojos desparecidos la colosal figura de Meg Merrilies, a quien al punto reconoció, a pesar de no haberla visto hacía tanto tiempo. Púsose la gitana delante de él en el estrecho sendero que seguía Dominus, de modo que le era imposible evitar el rozarse con ella al paso, a menos de volverse atrás, lo que hubiera considerado como flaqueza indigna de un hombre.

— ¡Bien sabía yo que me vendrías aquí! — le dijo con voz áspera y recia —; sé lo que buscas, pero es preciso que hagáis lo que voy a deciros.

— ¡Quitáteme de delante! — dijo Dominus, espantado —; ¡vete de aquí! *Conjuro te, sceleratissima, nequissima, spurcissima, iniquissima, aique miserrima, conjuro te...*

Arostró impávida Meg aquella terrible andanada de superlativos que Sampson sacó de lo más hondo de su estómago, aullando con voz de trueno.

— ¡Loco está para chillar así! — dijo Meg.

— ¡Conjuro — prosiguió Dominus — *ajuro, comestor atque viriliter impero tibi!*

— ¡Y qué nie querís, por vida de Sanán, con ese maldito guirigay? ¿Tenéis miedo? Es-

cuchal lo que voy a deciros, yo os arrepien- tando mientras os dure la vida, la a decir al cora- blando que os que nie anda buscando. sabe y yo sé que se borrarán los rastros de sangre, y que se hallará lo perdido.

Con el derecho y la espada
A su Ellangowan Bertrán volverá.

Tomad: ahí tenéis una carta para él, y ya iba enviársela por otro conducto. Yo no sé escribir, pero tengo quien escriba por mí, quien por mí, quien viaje por mí. Decidle que va llegado el momento, que ya se ha cumplido el destino, y que la rueda gira: que consulte las noche los astros como los consultó en otro tiempo. ¿Os acordáis de todo esto que digo?

— ¡Dudo, mujer — dijo Dominus —, que tus palabras me conturban y mi curi- tencia las escuchándure.

— Mis palabras no os hará ningún daño, acaso os hagan mucho bien.

— Vete, no quiero un bien que llega por medios ilícitos.

— ¡Imbecil! — dijo Meg adelantándose hacia él con una indignación que hacía llamear resacas de los neunos —; ¡imbecil! si quisiera haceros daño, no podría precipitarme de alto de esa roca? ¿Se sabría mejor la causa de la muerte de los que se supo la de la Fr. Kennedy? ¿Me oyes, cobarde?

— ¡Por todo lo más sagrado que hay en la tierra y en el cielo — exclamó Dominus dando un paso atrás, y dirigiendo como un vespertino hacia la supuesta hechicera su bastón de pastor de estaño —, en nombre de todo lo más sagrado, ¿me oyes quedas? ¡Yo no soy para mandar a una mujer! ¿Guardate de acercarte a mí, porque mira que te expones! ¡Vete, repito, considera que soy fuerte, y que me resisto a que te...

No pudo decir más, porque Meg, armada de un vigor sobrenatural (a lo que asegura Dominus), se precipitó sobre él, paró con el mano el palo que iba a descargarse, y le llevó debajo del brazo a la torre, con tanta celeridad, que casi le agarró al pobre Sampson, y pudo ir a llevarme un atlas de Kitchen'.

— ¡Sentas ahí — le dijo dejándole todo el foco sobre una silla medio desvencijada — sentas ahí, y tratad de poner en orden esas ideas, pájaro de mal agüero! ¿Sepeste gestas ahíto o ayuno?

— En ayunas de todo, menos de pecar — respondió Dominus, quien, recordando la y viendo que sus exorcismos no habían servido para irritar a la asca hechicera, temía que lo más acertado le sería afectar a ella con la duda, aunque sin dejar por completo de continuar *in petto* la tiranía de que no se le atrevía a proferir en alta voz, como era incapaz de llevar de frente dos distintas, mezclaba de cuando en cuando algunas de las palabras que tenía en la mente, lo que producía un efecto bastante curioso, sobre todo cuando el recuerdo de los vigorosos puños de la gitana le hacía temer que podían producir en ella las labras que involuntariamente se le escapaban.

Meg, entretanto, se había acercado al caldero que estaba arremido a la lumbre, levantando la tapa, salió de él y se detuvo por la estancia un olorillo que si se le tenía confianza en el olor que exhalaba de una bruja, prometía algo mejor que las farnales drogas de que generalmente se supone llenas. En realidad de verdad, lo que producía aquel grato vapor era un con- to de hallinas, de perdices y de faisanes cocidos con patatas, cebollas y puerros, conjunto a juzgar por la capacidad de la olla que contenía, parecía preparado para satisfacer el hambre de media docena de personas por menos.

— ¡Con que nada habéis probado, he- dijo Meg sacando una parte de aquella m- lanja, poniéndolo en un plato de barro y m- mentándolo copiosamente.

—Nada, *seleestissima*..., quiero decir... buemito.

—Comed, pues —repuso la gitana poniendo el plato sobre la mesa delante de él—, esto os dará aliento.

—No tengo cosas, *malefica*..., esto es, *miss* Merrilies. El olor no es malo —dijo entre sí—, pero ese manjar ha sido guisado por una familia o una Erictoe.

—Si no lo coméis al instante, y hacéis el mejor melindre, os lo mero por el gaznate con una espuadadora, hirviendo y todo como está. Ah, abrid la boca, pecador, y engullid más que de paso.

Sampson había resuelto no probar bocado, pero el rufullo del guiso te empezaba a vencer sus escrúpulos, y las amenazas de la vieja atacaron por dar al traste con su resolución. El hambre y el micdo son dos excelentes castigos.

—No comió Saul —le decía el Hambre — la hechicera de Endor? Y la sal que ha echado a ese guiso... añadía el Micdo — prueba que no es una comida de nigroniánicos, los tales nunca la usan; y, sobre todo —repuso el Hambre— pasado el primer bocado, esta carne es muy apertosa, y me parece que me ha de matar grandemente.

—Vaya y qué tal os va sabiendo? — preguntó Meg.

—Muy bien —respondió Dominus —y os doy mil gracias, *resplandisima*..., que significa *carra* Margarita.

—Pues comed hasta hartaros: si superáis cómo he adquirido todo eso, no lo comierais con tanto gusto.

Al oír esto, dejó caer Dominus sobre el plato el tenedor que iba a llevarse a la boca.

—Más de una noche he tenido que pasar a solo ras —prosiguió la vieja — para pillar tantas esas aves. Los que hoy se las comérán no ven mucho caso de las ordenanzas sobre la vida.

—Y eso es todo? — dijo Sampson cogiendo el tenedor y engullendo una pechuga — no dejes yo de comer por tan poca cosa.

—Ahora es preciso echar un trago.

—Con mucho gusto — dijo Sampson — *comete*..., quiero decir, os doy un millón de gracias — y se bebió a la salud de la hechicera por razón de agradecimiento. Luego, con este fuerte huego hecho por la vida, sintióse, como la Meg, enteramente repuesto y capaz de mostrar cuanto pudiese sobrevivir.

—Y os acordáis ahora de mi encargo? — preguntó Meg Merrilies —. Veo en vuestros ojos que sois enteramente otro hombre distinto del que entró aquí poco ha.

—Sí, *miss* Margarita — repitió Sampson — *carra*..., me agradeceré vuestra carta cerrada, y añadiré de viva voz todo lo que tengáis en mi mandarme.

—En pocas palabras os lo diré. Encargadle que no deje esta noche de consultar los astros y hacer todo lo que yo le indico, y que entonces como él sin duda desea,

Con el derecho y la espada

A su Ellangowan Bertrán volverá.

—Ves veces le he visto sin que él me viera: sé que vino a esta tierra por primera vez, y a razones le trajeron la segunda. Ea, no hay que perder tiempo, que aun os falta un buen rato que andar; seguidme.

Seguio Sampson a la sibil, que le guió por el campo como de un cuarto de milla por en medio de unos bosques, por un atajo que él no conocía; luego que salieron de entre los árboles, continuó precediéndole a paso redoblado hasta que llegó a la cima de un collado que dominaba el camino real.

—Hagámos aquí un momento — le dijo —, y veré cómo el sol próximo a ponerse rompe las nubes que han velado su esplendor todo el día; ved como dan sus rayos en la torre redonda de Donagild, la torre más antigua del collado de Ellangowan. Y no es sin motivo. Ved como deja en la oscuridad la playa hacia el

HOMBRES DEBILES GRATIS

Nuevo método naturista (Hidro-Numatico) BIER y KUHNHE alterados, para combatir en privado los TRASTORNOS GENESICOS y restaurar su suprimido el VIGOR MASCULINO PERDIDO. NUEVA PATENTE concedida por el SEÑOR GOBIERNO DE LA NACION ARGENTINA BAJO EL N.º 44.485.

Pidan folleto explicativo "La Ortopedia 'JUPITER'", Casilla Correo 1524 Bs. Aires, incluyendo \$ 0.30 para fletes.

lado del promontorio; tampoco es sin motivo. En este mismo collado — añadió con la frente erguida, y alargando su largo brazo y su mano descarnada —, en este mismo collado estaba yo cuando varié al último larv de Ellangowan lo que iba a sucederle. ¿Se llevó acaso el viento mis palabras? ¡No!, todo lo que yo anuncié se ha realizado. Aquí estaba yo cuando rompí con él la rana de paz... y ahora estoy aquí también para pedir a Dios que bendiga y prospere al legítimo heredero de la familia de Ellangowan, que va a recuperar sus derechos, y que será el mejor larv que ha visto Ellangowan, hace tres siglos. Acaso no vivirá yo bastante para verlo, pero no faltarán ojos que la vean, aunque los míos están cerrados. Y ahora, Abel Sampson, si os interesa de veras por la familia de Ellangowan, llevad con presteza mi carta al coronel inglés como si de vuestra prontitud dependiera la vida o la muerte.

Dicho esto, dejó de repente al atónito Domi-

EL REINO DE LOS HUMOS

El reino de los fantásticos humos de Avila abarca, en el siglo V, toda la Escitia, desde los collos del Báltico hasta el mar Negro.

AHORA MISMO

Un avaro invitó a Rosini a comer en su casa. La comida resultó miserable. Y mientras bebían mal café, después de los postres, el huésped tuvo la imprudencia de decir al músico:

—Espero que nos hará el honor de comer otra vez con nosotros.

A lo cual contestó Rosini:

—Con mucho gusto. Ahora mismo.



REFRAN ESPAÑOL

Campana cascada, nunca sana.

nus, y se volvió con rápidos pasos al bosque de que se acababan de salir; Sampson la siguió con la vista algunos minutos, inmóvil y aturrido por lo que acababa de escuchar. Impaciente por cumplir pronto su comisión, tomó el camino de Woodbourne con una velocidad que no le era habitual, exclamando:

—¡Prodigioso!, ¡prodigioso!, ¡pro-di-gio-so!

CAPITULO XLVII

No deliro, no; que me den tormento y me oirán repetir esas que os parecen delirios. SHAKESPEARE. Hamlet.

Cuando Dominus Sampson, de vuelta en Woodbourne, entró la antecala con ojos desencanados, la buena *miss* Allan (así se llamaba el ama de llaves), que estaba esperando según su costumbre, apretó a correr detrás de él exclamando:

—¡Jesús, Dios mío! ¿Pues pero es ahora que nunca! Así acabaréis por estragarnos el estómago pasando tanto tiempo sin comer; no hay nada más perjudicial para la salud. Deberíais a lo menos decirnos que os metiera unos bizcochos en el bolsillo.

—Vade retro!, ¡vete! — exclamó Dominus, subyugado todavía por la impresión que le había dejado su entrevista con Meg Merrilies, y adelantándose hacia el comedor.

—Pero a qué vais ahí? Ya hace más de una hora que han quitado los mantiles. Venid a mi cuarto, donde os tengo guardado un buen plato que en un momento preparará el cocinero.

—Exorciso! — dijo Sampson — esto es, ya he comido.

—¡Comido! ¡Imposible! ¿Y con quién, si nunca vais a ver a nadie?

—Con Belecub, si no me engaño.

—Vaya, vaya, está hechizado o loco, no hay remedio; sólo el coronel podrá hacerle entender la razón.

Dejóse, pues, proseguir su camino y se retiró exclamando que era un dolor ver a un hombre tan sabio caer en un estado tan lastimoso.

Acababa entretanto el objeto de su compasión de entrar en el comedor, donde su aspecto causó la mayor sorpresa. Estaba cubierto de lodo hasta los hombros, y la natural palidez de su color era dos veces más calva de lo acostumbrado, a causa de las congojas del terror y de las fatigas que había pasado.

—En nombre del cielo, ¿qué significa el estado en que os veo, Mr. Sampson? — dijo Manning, que observó la inquietud con que miraba más Bertrán a su tan sencillo como buca amigo.

—Exorciso! — dijo Dominus.

—¿Cómo?

—Perdonad, respetable coronel, pero tengo la cabeza...

—Parece, en efecto, que está algo en Babilonia, pero vaya, tranquilizaos. Mr. Sampson, y explicadnos qué significa todo eso.

Sampson meditaba una respuesta, pero como no se le venían a la boca más que fórmulas latinas de exorcismo, tuvo por más acertado callar y puso en manos del coronel la carta que para él le había dado la gitana.

Abrióla el coronel inmediatamente y la leyó con muestras de sorpresa.

—Vistos tiene esto de burla — dijo — y de burla algo pesada.

—Esta carta — dijo Dominus — viene de persona que no entiende de burlas.

—Pues de quién viene?

En medio de sus mayores distracciones, nunca Dominus perdía de vista a *miss* Bertrán. Consideró los tristes acontecimientos que le recordaba el solo nombre de Meg Merrilies, y mirando a Lucy, quedó en silencio, temeroso de despertar en ella dolorosos pensamientos.

—Niñas, id a preparar el té — dijo Manning —; luego iremos nosotros; veo que Mr. Sampson desea hablarme a solas. Vaya, ahora que se han ido, hacémele el favor de explicarnos sin rodeos. De dónde viene esta carta?

—Acaso es un mensaje del cielo — replicó Dominus —, pero me la ha traído un cartero de Belecub, quiero decir, Meg Merrilies, que hace veinte años debería haber sido quemada por ladrona, réproba, bruja y gitana.

—¿Estáis bien cierto de que fué ella? — preguntó el coronel con vivo interés.

—Sí estoy cierto? ¿Y puede haber en la tierra dos seres como Meg Merrilies?

Dió el coronel algunos pasos por la estancia sumergido en profundas reflexiones.

—La haré prender? — dijo hablando consigo mismo; — pero MacMorlan está muy lejito y sir Hazelwood con sus frases pomposas no hará más que embrollarlo todo; además es probable que no esté ya en el mismo sitio, y que le vuelva a dar la manía de no declarar palabras; no, a riesgo de pasar por extravagante, voy a seguir el consejo que me da. Muchas gentes de esa especie se niegan por impostoras y acaban por entusiasmarse, o por seguir una senda tenebrosa entre esas dos líneas, casi sin saber si se engañan

a sí mismas o se engañan a los demás. Sobre todo, lo que me encarga es cosa muy sencilla, y si mis esfuerzos son inútiles no tendré a lo menos nada que echarme en cara.

Habiendo de esta suerte decidido lo que debía hacer, dijo a Barnes que lo siguiese a su despacho y le dio algunos órdenes, cuyo resultado concierne a la vida de nuestros lectores, pero es preciso que pongamos ahora en su noticia otra aventura íntimamente enlazada con los sucesos de aquel memorable día.

Carlos Hazlewood no se había atrevido a presentarse ni una sola vez en Woodbourne durante la ausencia del coronel, persuadido de que haciéndolo así se conformaría con sus deseos; y tal era el ascendiente que habían adquirido sobre él las brillantes prendas de aquel buen soldado como cumplido caballero, que por nada en el mundo hubiera querido hacer cosa que pudiera serle desagradable. Veía, o a lo menos había creído ver, que el coronel aprobaba su inclinación a mis Bertrán; pero observaba también que le parecía poco delicado que le declarase abiertamente un amor a que acaso se hubieran opuesto sus padres, y respetaba la barrera que ponía entre ellos al digno y generoso protector de mis Bertrán.

No — me decía — me turbaré la paz que disfruta mi querida Lucy en ese asilo, hasta que tenga derecho para ofrecerle otro que le pertenezca.

Tomada esta animosa resolución, en la que tuvo valor para persistir a pesar de que su caballo, por un efecto de la costumbre, le llevó en dos ocasiones hasta las mismas verjas de la quinta de Woodbourne, temiendo que al acudir a la intención de ir a ver a su amada, se decidiera a ir a hacer una visita a un amigo suyo que residía a corta distancia, y a pasar en su casa de campo todo el tiempo que durase la ausencia del coronel; proponiéndose, por supuesto, cuando volviera, ser uno de los primeros en darle el parabién de su feliz regreso. Envío a informarse de la salud de las lindas habitantes de Woodbourne, hizoles saber que había un amigo suyo que iba a visitar a su amigo después de haber tomado sus medidas para saber a punto fijo el momento de la llegada del coronel. Apenas recibió esta deseada noticia, resolvió ponerse en camino muy de mañana con el fin de llegar para la hora de comer a Woodbourne, donde estaba en cierto modo como en su propia casa. Esperaba (pues hacía sobre esto reflexiones muy más serias de lo necesario) que su conducta pareciera la más sencilla y natural del mundo.

Pero el destino, del que tanto suelen quejarse los amantes, no fué en aquella ocasión favorable a Carlos Hazlewood. Primeramente, una recia helada que cayó la noche anterior, exigió que hiciese herrar su caballo; luego, la señora de la casa en que estaba hospedado, no bajó hasta muy tarde para almorzar. Entretanto, que había partido aquella misma mañana su galga favorita, y cuyos colores inspiraban graves dudas acerca de la legítima paternidad, importante cuestión que Hazlewood estaba llamado a decidir en calidad de árbitro entre su amigo y el palafrenero; su dictamen fué una sentencia sin apelación que decidió cuáles se debían tirar al río y cuáles debían conservarse. En fin, para todo todavía un pequeño rato, después de todas las galas de una larga y superflua retórica, para insinuar a sir Roberto Hazlewood, por conducto de su hijo, sus ideas sobre la dirección que se debía dar a un camino proyectado. Vergüenza nos da por nuestro joven enamorado tener que confesar que, después de haber oído explayar diez veces los mismos argumentos, no pudo alcanzar en qué era preferible la línea propuesta por el padre de su amigo a la que él había adoptado. Pero aquel camino debía cruzar un río, y estaba en el interés del que tan en mala hora detenía al impaciente Hazlewood, que se echase el puente en el punto más inmediato a una de sus fincas. Sin embargo, a

pesar de la importancia que daba a este negocio, difícilmente hubiera logrado persuadir a su oyente si no hubiera ocurrido por casualidad en la conversación, decir que el plan adoptado y a que él se oponía, había sido propuesto "por aquel perillán de Glossin", que quería ser el dueño del condado. Este nombre tuvo el privilegio de llamar de repente la atención de Hazlewood, y habiéndose enterado bien de cuál era de las dos líneas la que proponía Glossin, prometió hacer todo lo posible por que se declarase su padre por la otra. En estas varias interrupciones se pasó la mañana; no pudo Hazlewood montar a caballo sino tres horas después de lo que había pensado, y maldiciendo a los herreros, a los cocheros, a los escuderos, a los peones, a los criados nuevos, vio que ya era tarde para presentarse en casa del coronel.

Pasaba nuestro enamorado mancebo por el camino que conducía a Woodbourne, sin poder ver más que el humo que salía por los cañones de las chimeneas destacándose sobre el azul de un cielo muy despejado, cuando le pareció divisar a Dominus andando, o más bien corriendo a todo correr, por un sendero que rodeaba un vecino bosque; llamólo, pero no vino; Dominus, casi siempre inaccesible a toda impresión exterior, se hallaba en aquel momento en un estado de doble abstracción; acababa de separarse de MegMerrilies y estaba harto ocupado en reflexionar sobre sus últimos vaticinios para hacer caso de la voz que le llamaba. Tuvo, pues, Hazlewood que renunciar al gusto de pedirle noticias sobre la salud de las señoras, o de dirigirla cualquiera otra pregunta que hubiera hecho recaer la conversación sobre mis Bertrán.

Como no tenía ya ningún motivo para apresurarse, dejó a su caballo andar al paso que le acomodara para subir un camino abierto entre dos repecos, desde donde abrazaba la vista una deliciosa perspectiva. Pero, a pesar de que aquellos sitios debían tener para él el halago particular que pues pertenecían en su totalidad a su madre, algo más se le iban los ojos tras las chimeneas de Woodbourne que cada vez era más difícil ver, pero a cada paso que daba su caballo más se alejaba de ellas.

Sacóle de pronto de la vaga distracción en que insensiblemente había ido cayendo, una voz demasiado bronca para ser de hombre, demasiado penetrante para ser de hombre.

— ¿Por qué me miras tan tarde? — le dijo — ¿tendrán otros que hacer por vos lo que vos deberíais hacer?

Miró a la persona que le hablaba, y vio que era una mujer de extraordinaria estatura, cuya cabeza ceña a manera de turbante un gran pañuelo del que se escapaban algunos mechones entreceños; llevaba una capa que le caía hasta los pies, y tenía en la mano un garrote con un pinchito de hierro en una palmeta, era MegMerrilies, la tía de Hazlewood, había visto aquella singular catadora, por lo que no pudo reprimir un movimiento de sorpresa.

— Yo creo — prosiguió la gitana viendo que se había parado para verla —, yo creo que ninguno de los que se toman interés por la casa de Ellangowan debe acostarse esta noche. ¡Tres hombres os andan buscando por enojaros mío, y vais a meteros en la cama! ¿Creéis que si sucumben el hermano resistirá la hermana? ¡No, no!

— No os comprendo, buena mujer — dijo Hazlewood —. Si queréis hablar de mis... quiero decir de cualquiera individuo de la última familia de Ellangowan, decidme qué puedo hacer por él.

— ¡La última familia de Ellangowan! — la última familia de Ellangowan! — repitió Meg con suma sencillez —. ¿Y qué otra familia ha creído mí se atreverá jamás a tomar el noble apellidado de los videntes Bertrán?

— Pero ¿qué queréis decir, buena mujer?

— Yo no soy una buena mujer; todos saben que no lo soy. Quisiera ser mejor; pero puedo hacer lo que muchas buenas mujeres no podrían o no osarían hacer. Yo puedo helar la sangre

del que habita la casa del huérfano y quisiera que escociera a la luna, y sin embargo veo que os da cierta ilación en vuestras ideas.

— No, no; no estoy loca; me han encorvado por loca, he nan azorado por loca, me han desterrado por loca, pero no estoy loca, cuchadme, Carlos Hazlewood; ¿zabrigáis resentimiento contra el hombre que os tiene en la mano?

— No por cierto: ¡Dios me libre!, ya os he tirado enteramente buco, y siempre he estado persuadido de que la escociera me haría un buen uso de la cabeza.

— Mucho gusto tendría en verme en círculo a él en persona.

— Pues, seguid mi consejo y le haréis bien que mal os ha hecho él a vos. Si le daban a sus perseguidores, mañana será sangriento cadáver, o un hombre desterrado ra siempre: pero hav un ser allí arriba. ¡H lo que os digo: que vuelvan sin perder un momento los soldados, y nada temáis por la vida de Hazlewood.

Y dicho esto, desapareció con su acostumbrada presteza.

Paréceme que la extraordinaria figura aquella mujer y la zhezela de extravagancia de entusiasmo que caracterizaba su lengua y sus acciones, rara vez podían dejar de producir la más viva impresión en todos aquellos a quienes se dirigía. Sus palabras, aunque muchas a veces, eran pocas y claras e inteligentes, y una verdadera denotación, y sin embargo había en ellas al mismo tiempo demasiado barajate y sobrada vehemencia para que diese nadie considerarla enanada de una beza bien organizada. Parecía subvurgado todo por una imaginación enconada más que trastornada, y es indudable que estos casos producen un efecto muy diferente al ánimo de los oídos. Esta noble escociera, sin ser absoluto crédito a sus medias brujas exaltadas y misteriosas, solían todos char y aun seguir sus inspiraciones. De modos, es seguro que hizo al joven Hazlewood una viva impresión la repentina aparición aquella mujer y el tono imperioso en que había hablado. A fin de salir pronto de aquel metió espuelas a su caballo, y ya cubría la que el horizonte cuando llegó a la quinta, de lo confirmado lo que le había dicho la gitana.

Treinta caballos de dragones estaban juzgaban, completamente enjaezados, bajo la pata de tres o cuatro soldados; los restantes pasaban de arriba abajo por el patio de quinta con boras de montar y arrastrando chos sables. Hazlewood preguntó a un alférez dónde venían.

— De Portanferry — respondió el militar —. ¿Y ha quedado allí algún piquete?

— No, señori; hemos venido aquí por orden de sir Roberto para defender su quinta, armada de un ataque de los contrabandistas.

Fué Carlos Hazlewood inmediatamente a car a su padre, y después de los primeros dos de costumbre, le preguntó por qué había creído necesario llamar a su casa a una gitana. Le aseguró sir Roberto que la virtud de los informes, de las noticias, de las comunicaciones que había recibido, que le había llegado, tenía los más poderosos motivos para presumir, creer, estar convencido de que la noche debía intentar, dirigir, efectuar un ataque contra la quinta de Hazlewood una drilla de contrabandistas, de gitanos, de cocheros.

—¿Y qué motivo puede, padre mío, dirigir la vida de esas gentes contra nuestra quinta, más bien que contra cualquiera otra de las cercanías?

—Me parece, supongo, imagino — repuso sir Roberto —, con toda la deferencia debida a sus buenos y a su sensatez, a su experiencia, que esa canalla prefiera probar fortuna atrestando contra las personas más principales e importantes por su clase, su nacimiento, sus riquezas, y que más han contribuido a castigar, reprimir y escarmentar sus demasías, sus delitos, sus crímenes.

El joven Hazlewood que conocía la manía de su padre, respondió que su sorpresa no nacia del motivo a que sir Roberto la atribuía, pero que no concebía que hubiese hombres bastante insensatos para pensar en dirigir un ataque contra una quinta donde había una multitud de criados, y que a la primera señal se apresurarían a socorrer todos los habitantes de las cercanías; añadió que temía que quedase esa cierta punto comprometida la reputación de los Hazlewood por haber llamado en su auxilio un refuerzo militar, separándole de su deber en la casa de aduanas, como si no fueran capaces de defenderse a sí mismos; y aun le dió entender que si resultaba luego, como era posible, que aquella precaución había sido inútil, los enemigos de su casa podrían tomar pie de la circunstancia para ponerlos en ridículo con sus necios sarcasmos.

Esta última idea fué la que más mella hizo en ánimo de sir Roberto, quien, como todo hombre de corto entendimiento, nada temía tanto como que le pusieran en ridículo. Quedó pensativo un momento, y con una confusión mal fingida en la cara del orgullo, afectando apreciar la opinión pública, que respetaba sin embargo escrupulosamente.

—Yo creía, no lo niego — dijo a su hijo —, que la injuria hecha va a más caso en tu persona, la persona del heredero, del representante, faltando yo, de la familia de Hazlewood, estaría para justificar suficientemente a los ojos de la mayor, más sana y más respetable parte de la población, una medida cuyo objeto impedir, prever, evitar la repetición de semejante ultraje.

—Pero vos olvidáis, padre mío, lo que tantas veces os tengo dicho, y es que mi herida fué solamente casual.

—No, señor, no fué casual; pero el señorito debe saber más que los hombres que peinan el pelo.

—Sin embargo, como es un asunto que me concierne tan directamente...

—No, señor, no os concierne sino muy secundariamente, o por mejor decir, no os concierne nada; pero si mucho, si se considera que sois botarate que se compromete en contradicción a su padre; pero concierne e interesa a la nación, país, al condado, que entencidos, al público, oíste, a todo el reino de Escocia, en cuanto honor de la familia de Hazlewood se halla comprometido, injuriado, puesto en peligro por vos, en vos, causa de vos. En fin, va está esto el caso a buen recaudo y Mr. Glossin se lo dirá.

—Glossin!

—Sí, señor, el caballero que ha comprado la casa de Ellangowan; supongo que ya sabéis en quiero decir.

—Sí, padre mío — respondió el manecero —, confieso que no esperaba otros citos semejante autoridad. ¡Un truhán, cuya baizea y vilicia son el escándalo de cuantos le conocen, quien tengo por bicho de malísima especie! de cuando acá dais a ese pajarraco el título de caballero?

—La voz es, Carlos, que yo no doy aquí a palabra el sentido propio, genuino y riguroso que exacta, regular y legítimamente debe darse; antes bien, sólo la empleo relativamente para indicar el estado, la situación, a que he llegado, conseguido subirse, encaramarse... no decir para designar una especie de persona... decente... rica... apreciable...

—Permitidme que os pregunte, padre mío, si ese desatadme ha venido de Portanferry por orden suya.

—No creo yo que Mr. Glossin sea hombre para tomarse la libertad, no digo de dar órdenes, mas ni aun de emitir una simple opinión, a menos de que le consulten, en un negocio en que la quinta de Hazlewood y la casa de Hazlewood, el edificio material en que tiene establecida su residencia ni familia; y por la segunda, figurada, metafórica y parabólicamente, la familia misma —; en un negocio, digo, en que la quinta de Hazlewood y la casa de Hazlewood están directamente interesadas.

—Presumo, sin embargo, que siempre habrá aprobado esa medida.

—Me ha parecido regular, conveniente, oportuno, consultarlo, como el registrado más inmediato, apenas he recibido la noticia del premeditado ultraje, aunque por efecto de las consideraciones, miramientos, deferencia y respetos que tiene a la distancia que nos separa, no ha creído deber firmar la orden conmigo, si bien ha aprobado altamente mis precauciones.

FORTALEZA

Fué bueno, es decir, fuerte, bastante fuerte para no mentir. — BARRETT.

EL OTRO INVENTO

Un señor se presenta ante un director de teatro y le ofrece la patente de un extraordinario invento para curar de incendio.

—¿Con qué sistema — le dice —, un solo de especímenes puede ser evacuado en cinco minutos.

—Lo que el director, meditando, contestó: —No tendría usted otro invento para llenarla primera?



Oyóse en aquel momento a muy corta distancia el galope de un caballo; casi en el mismo instante se abrió la puerta y entró en la estancia Mr. Mac-Morlan.

—Dispendas, sir Roberto, si me presento en vuestra quinta tan de sopetón, pero...

—Señame lícito haceros obsequio, Mr. Mac-Morlan — interrumpió sir Roberto con afable gravedad —, que obligados vuestro carácter de sustituto del sheriff de este condado a velar por su seguridad, y que siendo sin duda vuestro ánimo coadyuvar en persona a la defensa de la quinta de Hazlewood, tenéis un derecho seguro, evidente e incontestable a entrar sin previo aviso en casa del primer noble de Escocia, dando siempre, por supuesto, que lo hacéis en el desempeño de los deberes de vuestro empleo.

—Seguramente — dijo Mac-Morlan que agarraba con impaciencia el momento de poder hablar — mi deber me trae a vuestra quinta.

—Seáis muy bien venido! — dijo el baronet haciéndole un nuevo saludo.

—Pero permitidme que os diga, sir Roberto, que no vengo con intención de detenerme, sino con el objeto de hacer que vuelvan esos soldados a Portanferry, saliendo yo responsable de que vuestra quinta no corre ningún peligro.

—Que vuelva la guardia a Portanferry! — exclamó sir Roberto con una naxela de sor-

presa y de disgusto — ¡y vos respondéis de que mi quinta no corre ningún peligro! ¿Y quién sois vos, caballero — permitidme que os lo pregunte — para que oscuris ya vuestra fianza, vuestra caución, vuestra garantía, ya sea personal, ya oficial, de la seguridad de mi casa? Yo creo, caballero yo presumo, yo me imagino, que si uno solo de esos retratos de familia padeciese el menor deterioro, la menor injuria, la más leve ofensa, difícil os sería reparar ese daño, a pesar de la garantía que tenéis la bondad de ofrecérmelo.

—Si eso sucediera, sir Roberto, yo lo sentiría en el alma, pero espero que no tendré la pesadumbre de haber sido causa de tan irreparable daño; pues puedo aseguráros que ningún peligro corre la quinta de Hazlewood, y he recibido informes que me autorizan a sospechar que sólo se han hecho correr esas voces con el objeto de separar de Portanferry el destacamento destinado a la defensa de la aduana. La convicción que que de esto tengo me impone el deber, en calidad de sheriff y jefe de la policía, de mandar que esa fuerza se dirija a la mayor parte de ella, vuelta inmediatamente a su destino; y siento mucho que una ausencia momentánea me haya impedido acudir aquí antes, pues no podremos ya llegar sino muy tarde a Portanferry.

Como Mr. Mac-Morlan era el magistrado superior y manifestaba, sin rodeos, su firme resolución de hacer uso de sus derechos, el baronet, aunque algo pálido, sólo pudo decirle:

—¡Muy bien, caballero, muy bien! Llevo todo el destacamento; no quiero que quede ni un solo hombre; nosotros sabremos defendernos. Pero tened la bondad de observar, caballero, que obráis por vuestra cuenta y riesgo, bajo vuestra responsabilidad directa, inmediata, absoluta, si sucede el menor percance a la quinta, a los que la habitan o aun a cualquiera de los objetos que contiene.

—Rúezgos que estáis bien convencido, sir Roberto, de que obro como creo que exige mi deber y en conformidad a las noticias que he recibido. Dispensadme si gasto tan pocas ceremonias, pues verdaderamente no podemos perder un momento.

Pero sir Roberto, sin dignarse oír sus disculpas, empezó a ocuparse inmediatamente con mucho aparato, en armar a todos sus criados y en señalarle su puesto a cada uno. De buena gana hubiera ido su hijo acompañando al destacamento que se volvía a Portanferry, y que va se disponía a ejecutar las órdenes de mister Mac-Morlan, pero su padre se hubiera opuesto, y con razón, de que le abandonara en un momento en que se esperaba sostener un sitio en regla. Contentóse, pues, con un disgusto que apenas podía disimular, con ver desde un balcón los preparativos de marcha que hacía el ejército hasta que hubo dado el comandante la voz de "¡cuatro en fondo, sobre la derecha, al trote, marchen!" Pronto desapareció la tropa entre los árboles del camino, y se percibió en la distancia el ruido de las pisadas de los caballos.

CAPITULO XLVIII

Con trancas
Y palancas
Las puertas derribamos
Y en seguida allanamos
la vía.

De Kimmón.

Antigua balada de las fronteras.

Volvamos ahora a Portanferry, donde hemos dejado a Berrán y su buen amigo Dimmont, inocentes habitantes de una mansión destinada al crimen. El suceso del labrador fué el más ascoso de los posibles, pero Berrán se desesperó a causa de las doce de la noche y no pudo dormir más que hizo, volver a sumergirse en un dulce olvido de todas las penas. Además de los disgustos y naturales zozobras de su ánimo, sentía una inexplicable desazón, una especie de opresión de pecho, que provenía en parte de lo poco y mal ventilada que estaba la pequeña

estancia en que se hallaba. Después de haber soportado por un buen rato la incomodidad que le ocasionaba aquella densa atmósfera, levantóse para abrir la ventana y respirar un aire más puro, pero desgraciadamente la primera tentativa que hizo le recordó que estaba en una cárcel, y le conmovió el recuerdo de que habían tomado las medidas necesarias, no para la comodidad de los presos, sino para prevenir toda tentativa de evasión. Por más esfuerzos que hizo, no pudo abrirla.

Afligido por este inesperado contratiempo, se quedó junto a la ventana, donde Wasp, bien que rendido de la caminata del día anterior, fué a hacerle compañía y a manifestarle con suaves aullidos y frías caricias las penas de su amo su vello cuerpo, el placer que tenía de volverle a ver. Acompañado, pues, de su fiel zarcozo y esperando a que se calmase la desazón que sentía y le permitiese conciliar de nuevo el sueño, continuó Bertrán junto a la ventana mirando al mar.

Estaba a la sazón subiendo la marea, cuyas recias olas iban a estrellarse con impetu en el baluarte que defendía por la parte de la playa el edificio de la aduana. A lo lejos, a la izquierda, luz de la luna, velada a veces de una transparente gasa de nubes, veía el preso alzarse, revolverse y mezclarse unas con otras las inmensas olas del océano.

— ¡Terrible y magnífico espectáculo! — decía Bertrán entre sí — ¡así desde mi primera infancia ha agitado el destino mi tempestuosa vida. ¿Cuándo saldré de este estado de in paz, si lo dudas? ¿Cuál logré cultivar en paz, sin temores, zozobras, las artes de que a pesar mío me han separado los continuos azares de mi vida? Dicen que la fantasía descubre en el sordo murmullo de las olas del océano, la voz de las Nereidas y de los Tritones; ¿por qué no he de ver yo alzarse del fondo de los mares alguna sirena o algún Proteo que venga a revelarme los misterios de la extraordinaria suerte que me persigue...? ¡Feliz amo, ¡feliz amo! volviendo los ojos a la cama en que dormía como un tronco el robusto Dinmont —, tus cuidados no llenan el estrecho círculo de una ocupación útil a tus intereses y a tu salud! ¡Feliz amigo, tú puedes olvidarlos cuando quieres, y gozar las dulzuras de un descanso a que te he preparado el trabajo de todo el día!

Cortó en aquel momento el hilo de sus reflexiones el perrillo Wasp, empezando de repente a arañar la pared debajo de la ventana con las patas delanteras y a ladrar con toda su fuerza. Llegaron sus ladridos a oídos de Dinmont, pero sin disipar la ilusión del sueño que le había transportado a sus verdes colinas.

— ¡Búscale, Yarrow; por allí, búscale! — murmuraba entre dientes creyendo sin duda hablar al perro de su rebaño y arrojándose contra alguna intrusa alimaña. A los continuos ladridos del zarcozo respondió con otros algo más estrepitosos el murmullo que, según costumbre, estaba suelto en el patio, y que hasta entonces había guardado un profundo silencio, sólo interrumpido por alguno que otro largo aullido que lanzaba al asomar la luna entre las nubes. En el momento presente sus ladridos eran cada vez más penetrantes y rabiosos, y parecían excitados por otra causa que por la voz de Wasp, que había dado el primer toque de alarma, pero a quien su amo había ya logrado reducir, no sin trabajo, a un sordo gruñido de descontento.

Observando con suma atención, creyó Bertrán divisar una lancha en el mar y oír mezclado al bramido de las olas, el eco de algunas voces humanas y un lejano batir de remos.

— ¡Serán algunos pescadores rezagados! — dijo entre sí —, o acaso algunos contrabandistas de la isla de Man, ¡preciso es que sean muy osados para acercarse tanto a la aduana, donde forzosamente ha de haber centinelas. Pero no; esa lancha es muy grande y lleva muchos remos, por lo que es muy probable que pertenezca al resguardo.

Confirmlen en esta última opinión al ver que se detiene la lancha junto a un muelle inmediato a la aduana, donde desembarca la tripulación en número de veinte hombres, dirigiéndose inmediatamente por un estrecho pasadizo que separaba la casa de aduanas de la cárcel, donde Bertrán los perdió de vista. Sólo dos quedaron cuidando de la lancha.

El ruido de los remos primeramente y luego las voces de aquellos hombres era lo que había excitado la cólera del vigilante centinela del patio de la cárcel, cólera que exaltaba al animal paría de ladrados tan tremendos y repetidos que llenó a despertar con ellos a su amo, más brutal aun que el mismo mástin. Asomóse a la ventana y empezó a gritar:

— ¡Que es eso, Tearam? ¿Quieres callar, condenado! ¡Mal rayo te parta, amén!

Pero no cesaron por eso los ladridos del perro, que impidieron al carcelero oír las señas de peligro que quería anunciar el ferroz guardián. Afortunadamente la mujer del carcelero tampoco tenía mejores oídos que su marido; también ella se había asomado a la ventana.

— ¡A ver si baje corriendo, gansupíro, y seas al perro a la calle — le dijo —, está derrumbando la puerta de la aduana, y el viejo Hallowood se ha llevado la guardia; pero no tienes más corazón que una gallina.

Y en el dictamen que se disponía a ejecutar por sí misma lo que aconsejaba a su marido, el cual, más atento a prevenir toda insurrección de puertas adentro que cuidadoso de lo que pasaba por fuera, fué de calabozo en calabozo a ver si estaban recogidos todos los presos.

Pasaban estas escenas hacia la parte de la calle, de modo que sólo muy confusamente pudo oír Bertrán el rumor que ocasionalmente se escapaba al edificio por el lado delantero al mar. Oyó, sin embargo, cierto bullicio que no estaba muy en armonía con el silencio habitual de una cárcel, pasadas las doce de la noche, lo que unido a la llegada, al parecer clandestina, de una lancha armada a semejante hora de la noche, le hizo suponer que debía pasar algo extraordinario en la casa. En esta persuasión dió un golpecito a Dinmont en el hombro para despertarlo.

— ¡Jhl!, ¡avl!, ¡jholá! ¿Qué es eso, Alíe? — dijo el mástin restregándose los ojos —, todavía no es hora de levantarse, mujer.

Despertándose luego del todo, se acordó del sitio en que se hallaba, se pasó la mano por la cara y dijo a Bertrán:

— ¿Qué hay, qué hay de nuevo? ¿Ocurre algo? —

— ¡Lo que hay, amigo mío, yo no lo sé — repuso Bertrán —, pero o hay fusión en la casa o algo así como revolución. ¿No oís un ruido de puertas y de cerrojos y esas voces confusas?... Por fuerza hay algo. Levántaos por vida vuestra y estemos alerta.

A la sola idea del peligro levantóse Dinmont tan animoso e intrépido como sus antepasados cuando veían brillar en las montañas las hogueras de alarma.

— ¡Cuidado, capitán, que no tiene el diablo por donde dejar esta maldita casa, de donde no se puede salir de día y donde no se puede dormir de noche! ¡Trabajo le mando al que resista aquí quince días! ¡Qué alboroto! Si a lo menos tuviéramos luz... Silencio, Wasp, que no nos dejas oír... ¿Quieres callar?

En vano buscaron entre la ceniza alguna ascua con que encender la vela, y continuaba aumentando el ruido cada vez mayor. Asomóse entonces Dinmont a la ventana.

— ¡Venid, venid corriendo, capitán — le dijo —, el diablo me lleve si no han asaltado la aduana! Llegóse Bertrán a la ventana y vió en la playa un tropel de contrabandistas, algunos de los cuales tenían en las manos teas encendidas; otros llevaban a cuestras fardos y barricas que descargaban en el barco amarrado al muelle, junto al cual había además, amarrados también, otros dos o tres botes.

— ¡Esos no tiene mucho que discurrir — dijo Bertrán —, pero teme algo peor. ¿No notáis un fuerte olor de humo, o existe sólo en mi imaginación?

— ¡En vuestra imaginación? Pues sí parece que estamos en un horno. ¡Diablos! Si está ardiendo la aduana, por vida mía que estamos como queremos; maldita la gracia que me haría el que nos achicharráramos aquí como un par de hechiceros. ¡El caso es que grito demasiado a los estentóres vuestro de la extensión de que era capaz — ¡jhl, abre, Mac-Guffog...!

Empezaban ya a brillar algunas llanarías y densas mangas de humo se elevaban a bastante altura sobre el nivel de la ventana a que estaban asomados Bertrán y Dinmont. A veces según los caprichos del aire, un espeso vapor ocultaba todo a su vista; a veces un vapor rojo luminoso de los resacas de la costa y el mar mostraba una multitud de hombres de miradas y feroces aspectos, que se ocupaban en cargar el barco con sunia presteza. Venció, en fin, todos los obstáculos la violencia del incendio y empezó a brotar en torrentes de humo por todos los boquetes del edificio, mientras que impelidos por el viento iban los materiales inflamados a estallar en millares de chispas, bre las tallas y los resacas de la costa y el mar, y todos los alrededores de una inmensa bodega. A cada instante aumentaban el desorden la gritería, porque todo el populacho del barrio había unido a los contrabandistas vencedores por natural simpatía hacia ellos y por no poder natural amor a la confusión y al saqueo.

Bertrán empezó a estar seriamente inquieto por sí y por su fiel compañero. Era imposible salir de la cárcel, y los ladrones y contrabandistas que por su mujer habían desercado de su puesto y abandonado a los infelices presos a las llamas que los amenazaban.

Oyóse entonces un nuevo ataque dirigido contra la puerta de la cárcel, que pronto empezó a por ceder a los repetidos hachazos que lloraban sobre ella. El carcelero y su mujer se habían fugado, en efecto; los dependientes entregados sin resistencia todas las llaves y los dependientes fueron sucesivamente saltando a uno de los presos que se agregó a su libertad con grandes muestras de alegrías.

En medio de aquella barandía, llegaron cuatro en que estaban cerrados Bertrán y Dinmont, tres o cuatro de los principales contrabandistas, armados de sables y pistolas, y llevando algunos de ellos hachas encendidas.

— ¡Aquí está nuestro hombre — dijo uno —, ¡aquí está el jefe de los demás, indicando a Bertrán. Asíéronle inmediatamente los otros, y le dieron uno por un brazo, mientras uno de ellos le decía al oído con mucho misterio:

— ¡No hagáis ninguna resistencia hasta llegar a la calle.

El mismo individuo halló medio de decir a Dinmont con disimulo:

— ¡Seguid a vuestro amigo, y ayudadle cuando sea tiempo.

Obedeciendo Dinmont sin replicar palabra, y guiado por los dos contrabandistas, quienes, sin dejar a Bertrán, le hicieron bajar la escalera, atravesar el patio, que se hallaba completamente iluminado por el resplandor del incendio, le llevaron a la estrecha callejuela a que da la puerta de la cárcel, y en la que todo ofrecía el espectáculo de un completo desorden, el que forzadamente tenían que separarse uno de otros los contrabandistas.

— ¡Trenos y ravo!, ¿qué es esto? — exclamó el que iba delante de los dos que llevaban cogido a Bertrán —, ¡Cuidado con que se escape; acercaos a mí.

Pero mientras el que esto decía apretaba el paso, los otros dos se iban insensiblemente alejando de él.

Oyóse en el mismo instante un sonido semejante al que produce el galope de caballo cargado de galope, incidente que no hizo más que aumentar el desorden y el tumulto en que hervía la callejuela; unos huían en una dirección, otros corrían en la contraria para

PERLAS!... SERAN SUS DIENTES SI USA DENTIFRICO TITTOGEN

dir el paso a la tropa, y al mismo tiempo se dio al bullicio de la calle un formidable acompañamiento de tiros y de sablazos.

—Ahora —dijo a Bertrán su protector incoercible—, desmenbráos de ese otro, y seguidme. Bertrán, desplegando a tiempo y con buen tiro el vigor de que le había dotado la naturaleza, fácilmente se desasó de manos del que tenía agarrado por el brazo derecho. Echó nado al cinto el contrabandista para coger una soga, pero cayó en el mismo instante al suelo sintiendo bajo un tremendo puñetazo que le sacó Dinmont en la cabeza, puñetazo a que le hubiera resistido un buen hombre.

—¡Apretad el paso —le dijo su misterioso amigo, y en un momento se internaron los tres en otra callejuela casi fronterá a la puerta de cárcel.

Nadie pensó en perseguirlos, ni era posible cuando como estaban los contrabandistas harto desagradablemente enredados con el destacamento que acababa de caerles encima, conduciendo por el lado de Morlan, y que acaso hubiera llevado tiempo para apurarlo el contrabandista de la aduana, si no hubiera recibido digno magistrado en el camino la falsa noticia de que los contrabandistas debían desbarcar en la bahía de Ellangowan, lo que le costó perder cerca de dos horas. Sin tener de repar por poco caritativo, bien puede suponer el lector que Glossin, interesado en el logro de aquella intención, y sabedor de que los soldados habían salido de Hazlewood, había enviado aquella estratagema para dar tiempo a aterrado de despachar su comisión.

Seguía entretanto Bertrán a su conductor, a ambos los seguía Dinmont. La gritería de los combatientes, los tiros, los sablazos, las cargas de caballería les zumbaban todavía en los oídos, aunque cada vez con menos violencia, cuando, al llegar al fin de la callejuela, hallaron una silla de posta con cuatro caballos.

—¡Eh! —en nombre del cielo, ¿estás ahí? —dijo el otro al postillón.

—Aquí estoy —respondió Jack Jabos—. y ¿qué quisiera estar en cualquiera otra parte.

—Pues abre al momento la portezuela. Su el pronto, señores, y de aquí a pocos instantes seréis en seguridad. Y vos —dijo a Bertrán—, ordenaos de lo que habéis prometido a la gitana. Bertrán, decidido a dejarse conducir a ciegas por el hombre que acababa de hacerle un servicio tan señalado, entró en el carruaje sin poder el menor reparo; Dinmont le siguió con una virtual resolución, y Wasp, que no se había acordado de ellos desde pasó, se plantó cambiando un brinco en el coche, y en el punto mismo encarraron los caballos a todo galope.

—¡Bendito sea Dios —dijo Dinmont—, ¡vaya una aventura singular! Esperemos que todo acabará a pedir de boca... ¿Pero qué va a ser mi pobre Dumple? Bien sea Dios que me quisiera verme sobre sus lomos que metido el coche de un duque.

Bertrán le hizo observar que al paso que llevan era imposible que tardasen mucho en llegar los caballos, y que en la primera parada escribirían en no volver a ponerse en camino para el amanecer, o en saber a lo menos adónde los llevarían; y en fin, que en la posada o en el o, cualquiera que fuese, en que parasen, podía tomar Dinmont cuantos informes quisiera acerca del paradero de su fiel cuadrúpedo, que probablemente estaría muy quieto y muy tranquilo en la catedral en que le había dejado.

—¡Buena, buena —dijo Dinmont—. ¡Dios lo castiga! Ah! si no estuvieramos en esta mala paja con ruidas, ¡a fe que no nos llevarán a adonde quisieramos ir!

Mientras de esta suerte platicaban, torció el que un recodo del camino, y vieron a lo lejos Portanferry iluminado cada vez más por el plandor del incendio que, habiéndose comunicado a un depósito en que estaban almacenados muchos barriles de aguardiente, se alzaba altísimas columnas de brillante llama. No se fueron admirar por mucho tiempo aquel

vistoso espectáculo, pues un segundo recodo del terreno los hizo entrar en un camino angosto cercado de espesos arboledas, en el que continuó corriendo la silla de posta con la misma rapidez, a pesar de la profunda oscuridad de la noche.

CAPITULO XLIX

Cantando y bebiendo
La noche se pasa;
Cuanto más se bebe,
Más se vino agrada.
BUENA. Tom o Shanter.

Vamos ahora a volver a Westbourne, donde, como va se acordará el lector, dejamos al coronel en el momento en que acababa de dar algunas órdenes a su criado y confidente Barnes. Cuando volvió a reunirse con las señoras, llamó mucho la atención de éstas la especie de inquietud que se veía pintada en su semblante; pero Manning no pasaba por expansivo, y ni

LOS SOLTEROS SE LIBERAN



Todos aquellos hombres decididos a liberarse de las mujeres, que emprendieron la "fácil" tarea de aprender a tejer para bastarse a sí mismos, fueron desartando uno a uno, vencidos por el vano esfuerzo de lograr dar forma al conjunto de puntos que debía componer un suéter. Al ver cada uno de ellos que al final de cada trabajo la prenda que tenía en sus manos parecía cualquier cosa menos un suéter, se desesperaban, tiraba todo a los cuatro vientos y se iba lanzando impropiedades contra las agujas y los hilos de lana. Los hemos seguido en sus desprevistas tentativas. Ahora vamos al último, al más valiente y constante, que se propuso reparar y enderezar los trabajos de sus compañeros "cobardeas"; al cabo de imprevistos malabaresmos resolvió también abandonar el campo; en la foto aparece llevando un montón de restos informes de aquellos malhadados tejidos; se dirige al tacho de la basura.

aun las personas a quienes más amaba se hubieran atrevido a preguntarle la causa de los cuidados que evidentemente le agitaban. Llegó la hora de tomar el té, y mientras estaban tomando en silencio, paróse un coche a la puerta y anunció la campanilla una visita.

—¡Todavía no puede ser él —dijo Manning—, aun faltan algunas horas.

Un momento después abrió Barnes la puerta del salón, y anunció a Mr. Playdell. Una casaca negra bien cepillada, una peluca empolvada con

todo esmero, unos delicados vuelos de encaje, unos zapatos, bien lustrosos con sus correspondientes hebillas de oro, anunciaban que el señor letrado se había preparado para salir con lucimiento de aquella visita. ¡Apretóle Manning la mano cordalmente diciéndole:

—¡Bien sea Dios que sois la persona a quien más deseaba ver en este momento.

—Ya os dije que aprovecharía la primera coyuntura favorable para venir a veros —respondió el abogado—, y al fin me he resuelto a dejar el tribunal por una semana, sacrificio no despreciable; pero tenía mis barturatos de que mi presencia podría ser aquí de algún provecho, y necesitaba además recoger ciertos informes... Pero, ante todas cosas, ¿no me presentáis a esas damas? ¡Ah! aquí hay una a quien al instante hubiera reconocido sólo por el aire de familia. Mies Bertrán, ¡qué placer tengo en veros, hija mía!

Y, estrechándola en sus brazos, le dio un beso en cada carrillo, que Lucy recibió con resignación y modesto sonrojo.

—No es posible pararse en tan buen camino —prosiguió alegremente haciendo el mismo agasajo en las mejillas de Julia, a quien le presentó en seguida el coronel. Julia sonrió, se puso colorada, y dio un paso atrás.

—¡Mil perdones os pido, señorita —dijo el abogado—, pero la edad da ciertos privilegios, y no podría decir en este momento si es más lo que me pesa el tener hartos derechos para reclamarlos, que lo que me goza en poder aprovecharlos de un modo tan lisonjero.

Y acompañó estas palabras de un saludo que en nada se resentía de su grave profesión.

—A fe mía, caballero —dijo mis Manning—, que si dais tan corteses disculpas, acabaremos por dudar que podéis prevaleceros de los privilegios a que pretendéis.

—Puedo asegurarte, Julia —repuso el coronel—, que tienes mucha razón, y que mi amigo Playdell es hombre muy peligroso. La última vez que tuve el gusto de verte, estaba encerrado con una hermosa dama que le había dado una cita a solas a las ocho de la mañana.

—Verdad es, amigo mío, pero deberías añadir que semejante favor, otorgado por mujer tan respetable como mistress Rebecca, más bien iba dirigido a mi chocolate que a mi mérito personal.

—Eso me hace pensar, Mr. Playdell —dijo Julia—, en ofreceros una taza de té, dado caso de que ya hayáis comido.

—De vuestra mano, mis Manning, todo lo acepto yo —respondió el galán juriconsulto—. Sí, he comido, como se come en una posada de Escocia.

—Es decir, muy mal —añadió el coronel alargando el brazo hacia el cordón de la campanilla—. Permitidme que os haga servir un tentempié.

—A decir verdad, coronel, prefiero no tomar nada. Ya he tomado yo mis disposiciones sobre ese punto, pues mientras me estaba quitando allí abajo las botas de camino, sobradamente holgadas para mis pies —y esto dijo echando una mirada de satisfacción sobre sus piernas, de no mal parecer por su edad—, tuve un breve coloquio con vuestro buen Barnes y con una respetable dueña que me pareció una mujer de provecho, y que tomé por vuestra ama de llaves, y quedó decidido entre nosotros, *totius perpecta*... (todo bien acordado). Mis Manning me perdonará este latinito; y que se añadiera a la cena ordinaria un plato más sustancioso, compuesto de un par de patos silvestres. Les he manifestado, por supuesto que con toda la sumisión debida, mis pobres ideas acerca de la salsa con que convendría aderezarlos, y si no lo lleváis a mal, aguardaré a que estén corrientes para satisfacer mi apetito.

PINCELITO PURAPOSE

BOOMERANG

Por DOMINGO VILLAFANE



—En este caso, anticiparemos la hora de la cena — dijo el coronel.

—Acepto, tal tal que no por eso pierda yo un momento antes la compañía de estas señoras. Yo pienso absolutamente como mi antiguo amigo Burnet (lord Monbodo); me gusta la cena de dos antiguos, deliciosa reunión cuya cordial alegría ahuyenta los cuidados que han acumulado en el ánimo las ocupaciones del día.

La vivacidad de Mr. Pleydell, su natural buen humor, la franqueza con que confesaba sus flaquezas epícuras, divirtieron infinito a las señoras, y en particular a miss Manning, que no dejó de prodigarle un solo instante las más delicadas atenciones. Dijéronse de esta suerte por una y otra parte, mientras tomaban el té, más cosas buenas de las que tenemos tiempo para repetir aquí.

Después de tomado el té, cogió Manning al abogado del brazo y se lo llevó a un gabinete contiguo al salón, donde todas las noches había luz y buena lumbré.

—Veo — dijo Pleydell — que tenéis algo que decirme relativo a la familia Bertrán. Vaya, ¿y qué noticias tenemos? ¿Vienen del cielo o de la tierra? ¿Qué dice mi militar Almazam? ¿Habéis calculado el curso de los astros, consultado vuestras efemérides, vuestro Almocho-den, vuestro Almisten?

—No por cierto, y vos sois el único Ptolomeo a quien pienso recurrir en esta ocasión; nuevo Próspero, he roto mi varita de virtudes y tirado mi libro cabalístico a un abismo demasiado profundo para que me sea posible bajar las escalas, pero tengo grandes novedades que anunciaros. Meg Merrilies, nuestra sibila gitana, se ha aparecido hoy a Dominus y parece ser que nuestro pobre amigo ha pasado no pequeño suceso.

—¿De veras?

—Mucho que sí. Habéis de saber, además, que la gitana me ha hecho el honor de entregar una correspondencia conmigo, persuadida sin duda de que soy siempre el profundo astrólogo que creyéis ver en mí cuando tuvimos nuestra primera entrevista. Ahí tenéis su carta, que me ha traído Dominus.

Púsose Pleydell sus anteojos.

—¡Jesús, y qué garabatos! — dijo —, y sin embargo las letras tienen una pulgada de longitud y en lo tiesas y perpendiculares parecen chuletas de lechón asadas. A duras penas podré descifrarlas.

—Leed en alta voz.

—Vamos a probar.

“Habéis buscado, pero no sabéis hallar: sostenéis una carta que anuncia ruina, pero no sabéis que va a rejuvenecer. Prestad la mano a la obra comenzada, como habéis prestado atención al destino que estaba entonces muy lejano. Haced que esté apostado esta noche un carruaje al fin de la calle de Crooked-Dykes, en Portanerry y que lleven a Woodbourne a los que digan al postillón: —¡Eh!, en nombre del cielo, ¿quéis ahí?”

—Calle, y ahora sigue un trocito de poesía:

Huíra la sombra eclipsada
Y la razón triunfadora,
Con el derecho y la espada
Cuando a Dorothea Bertrán volvéra.

Carta misteriosa es por cierto y que acaba con versos dignos de la sibila de Cumis. ¿Y qué habéis hecho?

—¿Qué queréis que os diga? He tenido malograr la ocasión de aclarar algún tanto ese enmarañado negocio. Esa mujer, sin embargo, parece algo tocada de la cabeza, y toda esa charla sólo será probablemente efecto de una imaginación visionaria; pero creo haberos oído decir que estabais persuadido de que sobre este asunto sabe más de lo que nunca ha querido declarar.

—Y según eso, habéis enviado el carruaje al sitio indicado.

—Acaso os reiréis de mí si os digo que sí.

—¿Y? No por cierto; era lo mejor que podíais hacer.

—Lo mismo he creído yo — respondió Manning, muy contento de que su amigo no se burlase de su credulidad como temía —, y todo lo que arriesgo es pagar el alquiler del coche inútilmente; he enviado una silla de posta con cuatro caballos de Kiplptringan, con instrucciones conformes al tenor de la carta. Si el anuncio sale falso, pasarán los caballos un buen plantón y un frío muy regular.

—No lo creo. Esa mujer es como un actor que acaba por creerse de buena fe el personaje que representa, y aun suponiendo que en lo general no se haga ilusión a sí misma sobre sus imposturas, es posible que en esta ocasión tome a pecho el sostener el carácter del papel de que se ha encargado. Lo que puedo decir es que cuantos medios de sacar la verdad puede emplear un magistrado, otros tantos empleó con ella en los varios interrogatorios que le hice pasar, y que todo fué inútil. Dejémosla, pues, seguir el camino que más le convenga, para ver si así podemos en fin descubrir algo. Y ahora, ¿tenéis algo más que decirme o vamos a reunirnos con esas señoras?

—Os aseguro que estoy en brasas y que... pero no, nada más tengo que decirlos, sólo que contaré los minutos hasta que vuelva la silla de posta. Seguramente vos no tendréis la misma impaciencia...

—En efecto... es probable... la costumbre lo hace todo... Ciertamente me tomo mucho interés por ese asunto; pero me siento con ánimo para aguardar su resultado con paciencia, si esas señoras quieren tocar o cantar alguna cosilla.

—Y con ayuda de los patos silvestres, ¿no es esto? — añadió Manning.

—No lo niego, coronel. La inquietud de un abogado por el éxito de la causa más importante, rara vez es tal que llegue a turbar su sueño o su digestión; y con todo, confieso que tendré sumo placer en oír la llegada del coche.

Levantóse, dicho esto, y pasó al salón, donde miss Manning, a instancias suyas, acompañó con el arpa la melodiosa voz de Lucy Bertrán, y ejecutó en seguida con primor algunas sonatas de Scarlatti. Nuestro abogado, que rasaba un poco el violoncello, y era miembro de la sociedad filarmónica de Edimburgo, pasó un rato tan agradable, que no se acordó de los patos silvestres hasta que anunció Barnes que la cena estaba en la mesa.

—Diréis a mistress Allan que cuide de reservar un par de platos — dijo el coronel —. Espe-

ro..., es decir, puede ser que venga alguna esta noche; haréis que nadie se acueste en casa y que no se cierre la rejista hasta que yo lo mande.

—¡Jesús, Dios mío! ¿Pues a quién aguarda ya a tales horas?

—Unos sujetos... a quienes no conozco, me han enviado a decir que acaso vendrá esta noche a hablarme de un negocio... pero no es seguro que vengan.

—Pues ciertamente no los perdonaremos que vengan a turbar nuestra reunión, a menos que nos traigan tanta amabilidad y buen humor como mi amigo y admirador Mr. Pleydell, pues él mismo se ha dado este título.

—Ah, miss Julia! — dijo Pleydell ofreciéndole la mano con suma galantería para acompañarla al comedor — tiempo fué... cuando volví de Utrecht el año de 1738...

—No habéis de eso — respondió Julia —, yo prefiero cual soy ahora; Utrecht, Dios mío, Estov segura de que desde entonces sólo os habéis ocupado en borrar los vestigios de vuestra educación holandesa.

—Nada de eso, miss Manning; en punto de galantería, los holandeses son mucho más hábiles de lo que se imaginan sus vecinos, no solamente más superficiales. En primer lugar son exactos en sus rendimientos como la campana de un reloj.

—¡Qué fastidio!

—Su paciencia es imperturbable.

—De peor en peor.

—En fin, después que vuestro adorador se ha por espacio de seis veces trecientos sesenta y cinco días, estado arreglándose el chal sobre los hombros, poniéndose el braserillo bajo los pies, conduciendo vuestro trineo sobre el hielo en invierno y vuestro carriocico sobre el pavimento en verano, podéis de repente, sin motivo sin pretexto ninguno, al cabo de dos mil ochocientos días, que según un cálculo hecho a ligera y sin tomar en cuenta los años bisiestos, completar ese espacio de tiempo, darle de noche a la mañana carta de pago, o como queráis llamarlo, y no daros cuenta de que podréis producir vuestros desdenes en el mismo corazón de *Meubère*.

—¡Bravo! eso completa el elogio de los holandeses. ¿No sabéis que los corazones de cristal perderían todo su mérito si perdieran la fragilidad?

—En cuanto a eso, miss Manning, tened en cuenta que es hallar un cristal que no se quiebre a causa de un corazón que desesperen los rigores; y por eso insistiría yo sobre el valor del momento no estuviera viendo a Mr. Sampson, que con los ojos bajos y las manos cruzadas, aguarda el fin de nuestra charla para echar la bendición.

Además, sea dicho en honor de la verdad, a los patos tienen una traza de las más apesetosas.

Esto diciendo sentóse el abogado a la mesa y suspendió por un momento su cortesía para hacer honor a los manjares que tenían delante.

Era tal enteramente la impaciencia del coronel que ni aun había querido sentarse a la mesa alegando por pretexto que no tenía costumbre de cenar; pasándose por la estancia sin hacer un momento, acercábase a cada instante a

ventana y se ponía a escuchar con suma atención. En fin, no pudiendo resistir a la inquietud que le agitaba, tomó su levitón y su sombrero, y fue a dar hasta la reja del parque, como si creyera acelerar de este modo la llegada del carruaje que aguardaba.

—No quisiera yo — dijo mis Bertrán — que me diese solo por la noche el coronel. ¿Sin duda tendrías noticias, Mr. Playdell, del terrible susto que hemos pasado?

—¿A causa de los contrabandistas? ¡Oh! son antiguos amigos míos. A más de uno hice ahorcar cuando fui sheriff de este condado.

—¿La pesadumbre que nos dio pocos días después la venganza de uno de aquellos miserables?

—¿Cuando fui herido el joven Hazlewood? Algo de eso he oído.

—Figúrate, amigo mío, cómo nos quedaríamos mis Manning y yo, cuando vimos precipitarse de repente sobre nosotros un jayán con una facha!...

—Precisamente que sépis, Mr. Playdell — dijo Julia, incapaz de resistir el desprecio que le causaban los términos injuriosos en que hablaba Lucy de su amado —, que el joven Hazlewood me tan perfecto a los ojos de todas las damas de estos contornos, que comparado con él todo hombre se les figura un espantajo.

—¡Hola!, ¡hola! — dijo entre sí el abogado, que por profesión y por carácter no echaba en poco roto la particularidad más leve —, algún quecuillo media entre mis dos amigas. Yo sé Manning — añadió en alta voz —, no he visto a Mr. Carlos Hazlewood desde que era niño, de modo que esas damas que decís parecen muy bien tener razón; pero lo que puedo aseguraros, por más que os pese, es que si quisiera ver arrogantes figuras no tenéis más que ir a Holanda, volviendo a lo que decíamos antes. Un hombre de mejor presencia que he visto en mi vida era un joven holandés, que tenía por nombre Van Boster bastante barbero como Van Boster o Van Buster o cosa por este estilo. Seguramente no estará ya tan buen mozo como cuando yo le conocí.

—Quedó Julia algo cortada, pero en el mismo instante entró el coronel, lo que impidió que pasasen en su turbación.

—Nada veo y nada oigo — dijo —, pero todavía no nos separamos, Mr. Playdell. ¿Dónde está Dominus Sampson?

—Aquí estoy, Mr. Manning.

—¿Y qué librote es ése que tenéis entre manos? Es el libro Julia. Desearía saber vuestra opinión, coronel, y la de Mr. Playdell, si tiene bondad, sobre un paso cuyo sentido me parece dudoso.

—No estoy en vena, Mr. Sampson — dijo Playdell —, tengo aquí un imán que me tira y no pierdo la esperanza de lograr de estas cosas que canten un dúo o un terceto en lo que yo haré el bajo. Al diablo el docto Julia, amigo mío; guardadlo para ocasión más oportuna. Puesto en lo vivo, cerró Dominus su enorme mano atronó allá en su interior de que un tanto tan erudito como Mr. Playdell pudiera expresarse en semejantes fruslerías; pero el abogado, indiferente a la pérdida de su reputación, después de haberse remojado la garganta con una copa de vino de Borgoña, y de hacer algunos gorritos con una voz que aun no habían pasado los años de todo su mérito, instró a todos señorías a que cantaran con él el tercer de

ner con Mr. Sampson, con que es preciso que aprovechemos esta noche nuestra conquista.

Cantaron en seguida otro terceto, y la conversación fué de las más animadas. En fin, mucho después de haber dado la una en los dos relojes de solbrenha que había en la sala, Manning empezó a renunciar a la esperanza de ver llegar la silla de posta; y ya, después de haber sacado, para mayor seguridad, su reloj y visto que iban a dar las dos, había dicho: —Es inútil esperar — cuando en el mismo instante... Pero lo que sucedió entonces requiere un capítulo separado.

CAPITULO L

El JUEZ. — ... Todo comprueba lo que la gitana ha dicho. No eres tu bufarón, no, Sin parientes, sin amigos... Yo soy tu padre; tu madre Es esa, y ése es tu hijo. ¡Tus más cercanos parientes Están ahí todos reunidos!

Acababa apenas Manning de meterse el reloj en el bolsillo, cuando oyó a lo lejos un sordo rumor.

—Seguramente es un coche — dijo —, pero no; es el viento que silba entre los árboles. Mr. Playdell, asomados a la ventana.

El abogado, aunque engolfado a la sazón con Julia en una conversación que le iba interesando bastante, obedeció al coronel, después de haberse envuelto bien el cuello con su gran pañuelo de seda por miedo al sereno. Distinguió va perfectamente el sonido de las ruedas, y Playdell, como si hubiera reservado toda su curiosidad para aquel momento, saltó rápidamente al zaguán. Llamó el coronel a Barnes para que hiciese entrar en otra pieza a los recién llegados, no sabiendo aún quienes podían ser; pero no se pudo ejecutar esta orden, porque mientras explicaba a Barnes su intento oyó a Playdell exclamar:

—¡Calle! ¡aquí está nuestro amigo de Charles! ¡Dígame con otro patrón del mismo calabre!

Detúvose un instante Manning, que reconoció como no menos padre que sorpresa:

—¿Lozdo sea Dios! — exclamó —, si por aquí anda vuestra merced, todo va bueno.

Pero mientras estaba parado el labrador para hacer su saludo, Bertrán, deslustrado por la súbita claridad del salón y atolondrado aún por las extrañas circunstancias en que se hallaba y se había hallado toda la noche, casi sin saber lo que hacía, entró en el salón cuya puerta había quedado abierta, y se sentó en la silla, cara con el coronel, que precisamente en aquel momento salía a recibirlos. Manning reconoció a Bertrán al instante, y quedó un poco cortado al hallarse de repente en presencia de personas de quienes tan distante estaba de acordarse en aquel momento. El lector debe recordar que cada uno de los individuos presentes tenía motivos particulares para mirar como a una especie de aparición fantasma al joven Bertrán. Manning veía en él al hombre a quien creía haber dado muerte en la India; Julia veía a su amante en una situación apurada y acaso peligrosa; Lucy Bertrán reconocía al que había herido a Carlos Hazlewood.

Bertrán, que interpretaba las fijas y arónicas miradas del coronel como una muestra del enojo que le causaba su llegada, se apresuró a decirle que su presencia en su casa era involuntaria, pues había sido llevado a ella sin saber adónde iba.

—¡Sois Mr. Brown, si no me engaño — dijo el coronel.

—Si señor — repuso el manécho con modestia pero con firmeza —, soy el mismo a quien habéis conocido en las Indias, y que se atreve a esperar que la opinión que entonces pudisteis formar de él no debe serle un obstáculo para reclamar que le favorezcáis con vuestro testimonio como caballero y hombre de honor.

—Mr. Brown, sea lo que sea, nunca semejante

Trabaje con provecho en su propia casa



Adquiera, sin pérdida de tiempo, la máquina de tejer medias "La Moderna", con la que Ud. puede obtener fácilmente hasta \$ 300.— mensuales. Le compramos las medias bajo contrato y le enseñamos gratis su manejo. AVÍANOS, FÁCILMENTE DE PAQ. Vitenos o solicite folletos ilustrados.

THE KNITTING MACHINE CO

Salta No 482

Buenos Aires

sorpresa... Seguramente, caballero, a pesar de lo que ha mediado entre nosotros, tenéis derecho de invocar mi testimonio si es necesario para obtener justicia.

En aquel crítico momento entraron el abogado y Dimmont, y al ver el primero al coronel que aun no había vuelto con él enteramente de su sorpresa, a Lucy Bertrán, en quien el terror tenía embargadas todas las potencias, y a Julia, que procuraba en vano disimular sus dudas y sus temores:

—¿Qué quiere decir todo esto? — exclamó —. ¿Trae ese joven en su mano la cabeza de la Gorgona? Veámoslo... Por Dios — dijo entre sorpresas —, que es una viva imagen del difunto Ellangowan! Si, el mismo continente varonil y las mismas nobles facciones, pero con un tanto más de expresión en el rostro... La gitana ha cumplido su palabra. — Y dirigiéndose en seguida a Lucy: — Mis Bertrán — le dijo —, niad bien a ese manécho; ¡nunca habéis visto a nadie que se le parezca?

—No había echado Lucy más que una rápida mirada sobre el objeto de su terror, pero que había bastado para hacerle reconocer en él al supuesto asesino del joven Hazlewood, convicción que le impidió formarse de él una idea más ventajosa de que se le hubiera formado examinándole más detenidamente.

—¡No me habéis de él, Mr. Playdell! — exclamó volviendo la cara —; ¡echadle de ahí por amor de Dios, si no queréis que a todos nos asesine!

—¿Asesinarlos! ¿Dónde andan las tenazas? ¡Dijo el legista algo asustado —; pero ¡qué locura! Tres hombres somos aquí, amén de los criados, y sin contar a un robusto Dimmont, que vale él solo por media docena; ¿menos pues la *major tria* (la fuerza mayor) de nuestro lado. Con todo, Dandy o Davie o como os llaméis, ojo alerta sobre ese mozo, por si es preciso proteger a estas damas.

—¡Pues si es el capitán Brown! ¡El capitán!... ¿No le conocéis, Mr. Playdell?

—No, pero si es amigo nuestro no hay que temer; sin embargo, no le perdáis de vista.

Pasó todo esto, sin embargo, que sólo tuvo tiempo Dominus para salir de una distracción y cerrar el libro que estaba leyendo en un rincón. Levantóse para reconocer a los recién llegados y no bien hubo visto a Bertrán, cuando exclamó:

—Si los muertos salen de sus sepulcros, el que estoy viendo es mi amado, mi respetable favorecedor.

—¡No lo dije, por vida mía! — exclamó el abogado —, ¡bien seguro estaba yo de que no me engañaba! sobre que es un vivo retrato de su padre! Venid, coronel, ¿en qué pensáis que no dais la bienvenida a vuestro huesped? Yo creo... ¿estoy seguro de que no me engaño? ¡en mi vida he visto tal semejanza! ¡Pero paciencia, Dominus, punto en boca! Señor forastero, sentaos.

—Dispensad, caballero; si estoy, como creo, en casa del coronel Manning, desearía saber, ante todas cosas, si le ofende mi impravista y por mi parte, involuntaria, llegada.

Hizo Manning un esfuerzo para responder. —¿Ofenderme?... Seguramente que no, sobre todo si podéis indicarme algún medio de servirlos a ellos. Creo haberos dado algún día motivos para estar quejoso de mí; muchas veces lo he sospechado, a lo menos, pero vuestra impravista llegada ha despertado en mi corazón recuerdos tan dolorosos que no he podido haz-

Estos eran tres pobres barberos...

entó su parte a las mil maravillas.

—¿No teméis que con tanto velar se marchen las rosas de vuestras mejillas, señorías? — le dijo el coronel.

—Nada de eso, papá — respondió Julia —, pero amigo Mr. Playdell nos amenaza para mañana con una gran discusión que piensa te-

ta ahora deciros que, cualquiera que sea el motivo que me proporcione el honor de esta visita, soy muy bien venido.

Respondió Bertrán con una fría pero atenta inclinación de cabeza al grave saludo del coronel.

—Julia, hija mía, puedes retirarte. Mr. Brown, despidete, pero veo que también mi hija está agitada por penosos recuerdos.

Levantóse miss Manning y se retiró, pero al pasar por junto a Bertrán no pudo reprimir esta exclamación: «¡Imprudente! ¡Otra vez! — aunque en voz tan baja que sólo el pelo oíría. Miss Bertrán acompañó a su amiga, sin poder resolverse a echar una segunda ojeada sobre el objeto de su terror; no sabiendo cómo explicar todo lo que se estaba pasando, creyó que mediaba en todo aquello alguna mala inteligencia, y no quería agravar lo crítico de la situación denunciando al extranjero como un asesino. Veía además que el coronel le conocía y lo recibía con cierta consideración —. Preciso es, pues — decía — que me engañen mis ojos o que tuviera razón Hazlewood en atribuir su herida a puro efecto de la casualidad.

Los que quedaron en el salón formaban un grupo de que hubiera podido sacar no poco partido un diestro pintor, estando como estaba cada cual harto ocupado en sus propias reflexiones para ocuparse en las de los demás. Bertrán se hallaba de improviso en la casa de un hombre a quien alternativamente estaba dispuesto a aborrecer como a su enemigo personal, y a respetar como a padre de Julia. Manning titubeaba entre la alegría que le causaba ver al hombre que creía haber muerto en un desafío mortal, y la antigua simpatía que había albergado contra él y que de pronto había renacido en su orgulloso corazón, aunque reprimida por los deberes que le imponía la hospitalidad, de cuyas leyes era esclavo. Sampson, apoyando en el respaldo de su silla sus miembros agitados por un temblor convulsivo, fijaba en Bertrán sus ojos con una expresión de indecible ansiedad. Dinmont, envuelto en su largo levitón y con su palo en la mano, sentante a un costado que tenía en los pies, mirábalos a todos sucesivamente con ojos en que estaba pintado el asombro.

Sólo el abogado, vivarachito, travieso y activo, estaba en su elemento, saboreando ya de antemano el placer de ganar un pleito brillante, singular y misterioso; jamás joven monarca, lleno de esperanzas y al frente de un lucido ejército, sintió más alborozo en el momento de emprender su primera campaña. Inmediatamente comenzó a tomar sus medidas para llegar a una completa explicación.

—¡Ea, ea, señores!, toman todos asiento; este negocio me compete, y es preciso que se me deje en toda anchura para manejarlo. Sentaos, pues, amado coronel, y dejadme obrar; sentaos, Mr. Brown, *att quoquoque modo alio nomine vocaris* (o como quiera que os llaméis), Dominus, tomad asiento, y vos, buen Dandy, acercaos a una silla.

—Yo no sé, Mr. Pleydell — respondió Dinmont mirando alternativamente su levitón de pelo burdo y el lujoso ornato del salón — yo no sé si haría mejor en irme allá afuera, y en dejáros aquí hablar en libertad. Ya veis que no estoy muy que digamos...

El coronel, que había reconocido a Dandy, le cogió una mano amistosamente, diciéndole que después de lo que le había visto hacer en Edimburgo, su levitón y sus zapatos no honrarían el palacio de un rey.

—Bien sé, coronel, que no soy más que un pobre labrego, pero bien sabe Dios que oíré con mucho gusto cuando pueda convenir al capitán, y yo respondo de que todo irá a pedir de boca si Mr. Pleydell lo toma por su cuenta.

—Razón tenéis, Dandy — repuso el abogado —; habéis hablado como un oráculo montañés, pero ahora, ¡ehón! Todos estamos ya sentados; tomemos sendas copas de vino generoso para empezar metódicamente. Y ahora —

añadió volviéndose a Bertrán —, decidme, amigo mío, ¿sabéis quién sois y qué sois?

A pesar de todas sus inquietudes, no pudo menos el catecúmeno de inclinarse al oír esta pregunta.

—Verdaderamente, caballero — le respondió —, algún día creí saberlo, pero circunstancias muy recientes me ponen en el caso de dudarlo.

—Decidnos quién creáis ser.

—Creía ser y llamarme Van Best Brown, voluntario, y luego cadete en el regimiento que mandaba el coronel Manning, de quien tengo el honor de ser conocido.

—Y yo puedo — dijo el coronel — certificar la identidad de Mr. Brown; y debo añadir, pues su modestia se lo hace olvidar, que siempre se distinguí no menos por su buena conducta que por su talento y su valor.

—¡Tanto mejor, amigo mío, tanto mejor! — dijo Mr. Pleydell —; pero éssos no son más que generalidades; vamos a lo sustancial. ¿Puede decirnos Mr. Brown dónde ha nacido?

—Creo haber nacido en Escocia, pero ignoro en qué punto.

—¿Y os habéis criado?

—En Holanda.

—¿Ningún recuerdo conserváis anterior a vuestra salida de Escocia?

—Sólo conservo recuerdos muy vagos; tengo, sin embargo, la idea, acaso tanto más profundamente grabada en mi corazón cuanto luego fui más duramente tratado, de haber sido en mi infancia el objeto de la ternura y de los vivos desvelos de cuantos me rodeaban. Creo acordarme, aunque muy confusamente, de un hombre sumamente bondadoso a quien llamaba papá, de una señora, que casi siempre estaba enferma, y que me parece que era mi madre. También me acuerdo de un hombre alto, seco, que siempre iba vestido de negro, que me enseñaba a leer, y que si no me engañó, la última vez...

Al llegar a este punto, no pudo Dominus contenerse por más tiempo. Mientras que cada palabra que oía aumentaba su convicción de que tenía delante de sí al hijo de su antiguo bienhechor, pudo, aunque muy a duras penas, reprimir los impulsos de su honrado corazón; pero cuando Bertrán, recapitulando los recuerdos de su niñez, llegó a hablar de su avo y de sus lecciones, no pudo absolutamente reprimirse, y, levantándose de su silla, trémulo y desahogado, levantó los brazos, y exclamó con los ojos arrasados de lágrimas:

—¡Enrique Bertrán! Miradme... ¿no soy yo ese hombre?

—¡Sí! — dijo Bertrán estremeciéndose como si una luz repentina hubiera iluminado su alma —; ¡sí, sí! ¡ése era mi nombre, y éssas eran la voz y las facciones de mi buen preceptor!

Dominus se arrojó a sus brazos, lo estrechó mil veces contra su corazón con una especie de frenesí; quiso hablarle, y sólo pudo llorar como un niño.

Sacó el coronel su pañuelo, Pleydell enjugó con el suyo los cristales de sus gafas, y el buen Dinmont exclamó:

—¡Por vida del hombre!, desde que murió mi anciana madre no me había sucedido otro tanto.

—Vaya, vaya — dijo al fin el abogado —, silencio en el tribunal; la parte contraria es persona que le entiende, con que no hay que perder tiempo. Es muy posible que tengamos bastante que hacer antes de que salga el sol.

—¿Queréis que mande ensillar un caballo? — preguntó el coronel.

—No, no, por ahora no urge; pero vaya, amigo Dominus, ya os he dejado todo el espacio necesario para soltar la rienda a vuestros sentimientos; acabemos ya, y dejadme proseguir mi interrogatorio.

Dominus tenía por costumbre obedecer a todo el que quería mandarle cualquiera cosa; dejó caer sobre su silla, cubrióse el rostro con su pañuelo, como cubrió un pintor griego con un

velo el rostro de Agamemnon, y sus manos cruzadas anunciaron que se ocupaba mentalmente en ofrecer al cielo la debida acción de gracias.

De cuando en cuando abría los ojos como para cerciorarse de que lo que había visto no era una aparición que se había desvanecido en los aires, y en seguida los cerraba para continuar interiormente su ejercicio mental, hasta que atrajo en fin toda su atención el interés que le causaban las preguntas del abogado.

—Y ahora — dijo Mr. Pleydell después de haberle hecho algunas otras preguntas acerca de los recuerdos que conservaba de sus primeros años —, ahora Mr. Bertrán, pues creo que ya en lo sucesivo podemos daros este nombre, ¿queréis tener la bondad de decirnos si os acordáis de alguna particularidad relativa a modo cómo salisteis de Escocia?

—A decir verdad, caballero, aunque las famas circunstancias de aquel día están aún más impresas en mi memoria, el mismo terror que las acompañó hace que, en punto a los pormenores, estén sumamente embrolladas mis ideas. Me acuerdo, sin embargo, de que me estaba paseando... en un bosque, si no me engaño.

—¡Sí, hijo mío, en el bosque de Warroch — dijo Dominus.

—Silencio, Mr. Sampson — dijo el abogado —; ¡en un bosque fue, prosiguió Bertrán —, aunque yo voy en contra, y aun creo que el que me acompañaba era mi buen preceptor.

—¡Sí, Enrique, sí, yo era. ¡Dios te bendiga! —

—Pero, callad Dominus, y no nos interrumpáis a cada instante. Conque, ¿y luego? — dijo Pleydell a Bertrán.

—Y luego, como cuando pasamos de un río a otro, me parece que iba a caballo detrás de mi guía...

—No, no — exclamó Sampson —, jamás se ve ni mida, por no decir la tuva, en tal caso, ligro.

—¡Por mi vida que esto va es insoportable — exclamó Pleydell —. Escuchad bien lo que os voy a decir, Dominus; si volvéis a desplegar los labios, pronuncio tres palabras mágicas, que tres círculos en el suelo con la punta de bastón, destruyo de este modo toda el encandilamiento de esta noche, y si Enrique Bertrán vuelve a convertirse en Van Best Brown, me voy a casa.

—¡Perdón, dignos y respetables magistrados! No sé más que *verbum volens* (palabras).

—Pues *volens volens* (quieras o no), pón en boca — dijo Pleydell.

—¡Haced el favor de callar, Mr. Sampson — añadió el coronel —. Importa mucho al que acabáis de reconvertir, que Mr. Pleydell entienda bien de todos los pormenores que pueden serle necesarios.

—Callaré como un mudo — dijo Dominus.

—Luego de repente prosiguió Bertrán: se arrojó a los brazos de los tres hombres, y los derribaron del caballo. No me acuerdo bien de lo que sucedió en seguida; sólo sé que en medio de la confusión de una gran pantofo que escaparme, y me hallé entre los brazos de una mujer muy alta que me tuvo escondido largo rato entre los matorrales como para fenderme... Lo demás de mis recuerdos es el desorden y terror; creo que estuve en orilla del mar, que entré en una cueva, y que después de un tiempo me hizo dormir; pero no me atrevía a asegurarlo. Desde aquel momento sigo un largo vacío en mi memoria: calla no empieza a trazarme con exactitud objetos, hasta la época en que me hallé sirviendo de grumete a bordo de un buque donde estaba mal comido y peor tratado, y donde, traficante holandés ya entrado en años, habiendo cobrado cariño, me permitieron ir a Holanda, y me puso en un colegio en Holanda.

—Y qué os dijo, ron acerca de vuestros deseos?

—Casi nada, y aun eso con prohibición expresa de que intentase averiguar más. Dierón me a entender que mi padre estaba interesado en el contrabando que se hacía en la oriental de Escocia, y que había muerto en

escaramuza contra las milicias del resguardo; que sus correligionarios en Holanda tenían a la sazón un buque en la costa, que una parte de la tripulación había tomado parte en la refriega, y que, viéndose sin ningún recurso humano a causa de la muerte de su padre, me habían llevado consigo por compasión. Cuando fui entrando en años, muchas circunstancias de esta explicación me parecieran incompatibles con los pocos recuerdos que me quedaban de mi patria y de mi familia, pero ¿qué podía hacer? Ningún medio tenía de aclarar mis dudas, ni amigo alguno a quien comunicáraselas; el coronel Manmering conoce lo restante de mi historia; enviáronme a las Indias a trabajar en una casa de comercio, que quedé poco después de mi llegada; abracé entonces la carrera militar, y no me creo haberla deshonrado.

—Sois un mozo muy de bien y muy digno de aprecio — dijo Playdell —, y padre tanto tiempo habéis estado privado de un país, querida, sabéis Dios, reclamar el honor de esa paternidad. ¿Pero aquel lance con el joven Hazlewood?...

—No sé paramente causal. Viajaba yo entonces por Escocia sin objeto determinado, y, después de haber pasado una semana en casa de mi amigo Mr. Dimmont, con quien tuve la dicha de acabar conocimiento...

—Para mí fue la dicha — interrumpió Dandy —, pues a no ser por vos, tan buena cuenta habrían dado a mí aquellos dos bellacos, que probablemente no estaría yo aquí a estas horas para contarlos.

—A poco de separarme de este buen amigo, me robaron unos ladrones cuanto llevaba; fui a Kippelrenton, alojéme en una posada, y por entonces fue cuando la casualidad me hizo entrar con Mr. Hazlewood, a quien en mi día había visto. Acercuéme para saludar a mis Manmering, a quien había tenido el honor de conocer en las Indias, pero Mr. Hazlewood, quien sin duda mi traje hizo formar de mí muy mal concepto, me mandó con tono impetuoso que me retirara, y aun me apuntó con su escopeta; quise desarmarle, y fui de este modo a causa involuntaria de que saliese herido. Y ahora que ya he respondido, caballero, a todas vuestras preguntas...

—No, no; cepos quedos — dijo Playdell con una risita maliciosa —, aun tengo que haceros algunas... pero quedéase para mañana lo que falta, pues me parece que va es hora de retirarse la sesión por esta noche.

—Pues bien, caballero — dijo el joven —, para variar la frase, ahora que he respondido a todas las preguntas que habéis juzgado conveniente hacerme esta noche, tendréis la bondad de decirme quién sois, vos que os tomáis tanto interés por mis asuntos, y quien creéis que soy, una vez que mi llegada a este sitio ha hecho, según me parece, tanto efecto?

—Yo por mí soy Pablo Playdell, abogado de Linburg; en cambio a vos, no es tan fácil decirlo en este momento, quien sois, pero espero tener de poco saludaros bajo el nombre de Enrique Berrán, cabeza de una de las familias más antiguas de Escocia, y legítimo heredero de sus estados de Ellangowan. Si — prosiguió andándosele los ojos, y hablando consigo mismo —, será preciso pasar por encima de su padre, y, a causa de la sustitución, declararle

heredero directo de su abuelo Luis, el único hombre sesudo de la familia, de quien tengo noticia.

Levantáronse entonces todos para retirarse cada cual a su cuarto, y el coronel, acercándose a Berrán, cuya sorpresa y confusión habían acrecentado las palabras de Playdell:

—Yo os doy el parabién — le dijo — de la lisonjera perspectiva que se abre a vuestras esperanzas. Fui antiguamente amigo de vuestro padre, y me acuerdo de haberme presentado en su casa de un modo tan inesperado como hoy vos en la mía, precisamente la misma noche en que vinisteis al mundo. Muy lejos estaba de sospechar cuánto erais cuando... Pero dejémos a un lado tristes recuerdos. Creedme, cuando os vi entrar creyéndome Mr. Brown, la certeza de que existís me quitó un gran peso del corazón; y ahora, el derecho que creo que tenéis de usar el apellido de mi antiguo amigo Mr. Berrán hace que vuestra presencia me sea doblemente grata.

—Y ¿mis padres? — preguntó Berrán.

—Ya no existen. Los bienes de vuestra familia han sido vendidos; pero espero que podréis recuperarlos. Tendré a gran ventura contribuir con mis cortos medios a hacer que sean reconocidos vuestros derechos.

—No, señor, ¡alto ahí! Todo eso corre por mi cuenta — dijo el abogado —. Mi oficio es ese, y quiero sacar dinero de ese negocio.

—Aunque sea descortésia que yo me tome la libertad de hablar delante de tantos caballeros — saltó Dandy Dimmont —, si se necesita dinero para llevar adelante el pleito del capitán, y dicen que cuando no hay recursos los pleitos no andan más que sobre una rueda.

—Excepto los sábados por la noche — dijo Playdell.

—Sí; pero cuando vuestro honor no cobra, tampoco se encarga de las causas, por lo que nunca iré yo a consultarlos los sábados. Pero, como iba diciendo, si se necesita dinero, aquí hay un poco en esta cartera de que puede disponer el capitán como de hacienda propia, porque Allie y yo...

—No, Dandy; por ahora no hace falta. Guarda tu tesoro para mejorar tu alquería.

—¡Mejorará! Muchas cosas sabéis que no sé yo, Mr. Playdell, pero no conocéis el cortijo de Charles-Hope. Nada absolutamente le falta, y sólo de la lana y de los ganados sacamos más de sesientas libras al año, como quien no dice nada.

—Pues, y no podéis arrendar otro?

—No veo cómo podría hacerlo. El duque no tiene ahora tierras vacantes, y no es cosa de solicitar que despidan a los antiguos colonos; a mí no me gusta perjudicar a los vecinos.

—¿Ni aun a aquel de marras...? Dewston... Devilstone o como le llamen?

—¿A quién? ¿A Jack de Dawson? No por cierto. El no es muy bueno verdaderamente; siempre andamos en camorra sobre los límites de nuestras tierras; de cuando en cuando nos secudimos el polvo, pero no por eso le deso más daño que a los demás.

—Eres un hombre honrado — dijo el legista —; vete a la cama, y yo te respondo de que dormirás mejor que muchos que usan cascaca bordada para la calle y gorro de dormir con guardaciones de encaje para la cama. Coronel, veo

que estáis ocupado con vuestro *enfant trouvé* (niño hallado). Que me despierte Barnes a las siete en punto, pues no puedo contar con mi criado que es un tumbón, y en cuanto a mi pasante Driver, que también ha venido conmigo, apostaré a que ha tenido la suerte de Clarence, quiero decir, a que se ha ahogado en un tonel de vuestra cerveza. Mistress Allan me ha prometido que le cundará, y ya habrá visto lo que él entiende por que le cuiden. Buenas noches, coronel! — Mr. Sampson, dormid bien! — Hasta mañana, amigo Dimmont! Adiós en fin, nuevo representante de los Berrán, de los Mac Dingleave, de os Knarth, de los Arturos, de los Rolandos, de los Godofredos, de los Dionisios, y por último título, que es lo que más importa, por lo pronto heredero de los estados y baronía de Ellangowan, a causa de la sustitución hecha por Luis Berrán, vuestro abuelo.

Esto diciendo cogió el abogado un candelabro y se fue a su cuarto; lo mismo hicieron los demás luego que Dominus hubo estrechado tiernamente en sus brazos a su *Enrrique*. Así llamaba a un capitán de seis pies de estatura.

CAPITULO LI

¡Sólo pienso en Berrán
si él me falta,
no, no quiero vivir!

SHAKESPEARE. — *Bueno es todo lo que acaba bien.*

A la hora que había prefijado, estaba el infatigable abogado sentado junto a una buena lambrada, con dos bujías sobre la mesa, cubiertas la cabeza con un gorro de terciopelo y envuelto en una gran bata de seda entera, arreglando con suma atención todos los papeles relativos a la sumaria que había extendido antiguamente sobre el asesinato de Frank Kennedy y de que había tenido cuidado de proveer. Igualmente había despachado un expreso a Mr. Mac-Morran, suplicándole que pasase sin demora a Woodbourne para un asunto de importancia. Dimmont, cansado de las agitaciones de la víspera y hallando muy superiores las comodidades de Woodbourne a las del alojamiento que le había proporcionado Mac-Guffog, no se daba prisa a levantarse. Hubiérale hecho a Berrán su impaciencia salir mucho antes de su cuarto, si no le hubiera anunciado el coronel la noche antes que pasaría a verlo muy de mañana, por lo que juzgó conveniente aguardarlo. Luego que se hubo vestido, habiéndole llevado Barnes por orden de su año la ropa blanca y demás efectos que pudo necesitar, esperó con impaciencia la prometida visita.

Un golpecito dado con mucho tiento en la puerta anunció al corto rato la llegada del coronel, con quien tuvo Berrán una conversación tan larga como satisfactoria. Cada cual, sin embargo, guardó un secreto para el otro; Manmering no pudo decirse a hablar de su vaticinio astrológico, y Berrán, por motivos que ya se dejan discernir, nada dijo de su amor a Julia. En todo lo demás, la más completa franqueza reinó entre ellos y ambos quedaron sumamente satisfechos uno de otro, llegando por su parte el coronel hasta el punto de manifestar a su nuevo amigo una verdadera cordialidad. Berrán ajustó cuidadosamente su conduc-

JACINTO PIESFELICES

El galante

Por CAO



ta a la de Mannering, y pareció más bien que recibía sus atenciones con placer y gratitud, que no que las solicitaba con empeño.

Estaba miss Bertrán al lado del condeador preparando el té para el almuerzo, cuando llegó Sampson, todo estático y radiante de alegría, circunstancia tan poco común en él, que la primera idea de Lucy fué que alguno, por embromarlo, le había hecho creer alguna patraña para ponerle de buen humor. Cogió al instante una silla y por un breve rato estuvo sentado en ella haciendo mil ridículos visajes con los ojos, con la boca y con toda la cabeza, como aquellos monigotes de palo que enseñan los títeres; hasta que exclamó en fin:

—¿Y qué me decís de él, miss Lucy?

—De quién, Mr. Sampson?

—De... pues... del que ya sabéis.

—Del que ya sé...

—Sí, del forastero... ya sabéis de quién hablo... que llegó anoche en una silla de posta... del que hirió al joven Hazlewood, ¡ja, ja, ja! —añadió Dominus soltando una carcajada que resonó como un relincho.

—En verdad, Mr. Sampson, que habéis elegido un extraño nombre de risa. Nada digo ni pienso de ese hombre; confío en que su tropelía fué un efecto accidental y que nada tenemos que temer.

—¡Accidental! ¡ji, ji, ji!

—Vaya, Mr. Sampson, que estáis de lo más risueño que he visto en mi vida.

—Sí, sí, es verdad; estoy... ¡ja, ja, ja!... muy chistoso... ¡jo, jo, jo!

—Pero tanto, tanto, amigo mío, que desearía conocer los motivos de esa alegría, más bien que ver solamente sus efectos.

—Todo lo sabréis, miss Lucy —replicó el pobre Abel —. Decídmelo, ¿os acordáis de vuestro hermano?

—¿Qué pregunta! Nadie mejor que vos sabe que le perdí el día mismo en que vine al mundo.

—Verdad es —dijo Sampson cuya frente empezaba a nublarse—, demasiado cierto es eso que decís. Siempre estoy distraído... ¿os acordáis de vuestro buen padre?

—¿Podéis dudarlo, Mr. Sampson? No hace tanto tiempo que tuve la desgracia de perderlo.

—Sí, sí; también en eso tenéis razón —repuso Dominus convirtiéndose su injuntaría risa en una especie de suspiro histérico—. No son tales recuerdos para hacer reír... ¡pero mirad a ese joven!

—Bertrán entraba en aquel momento en la estancia.

—Sí, miradle bien; ved si no es ese el vivo retrato de vuestro padre. Pues Dios os ha privado de los autores de vuestros días, ¡oh hijos míos, amaos tiernamente!

—¡Es en verdad el retrato de mi padre! —dijo Lucy poniéndose de repente pálida como la nieve. Bertrán acudió al punto a sostenerla, mientras que Dominus, no menos desoso que él de prestarle auxilio, cogió atolondradamente la cafetera llena de agua hirviendo que estaba preparada para hacer el té, con la que la hubiera rociado muy bien si por fortuna no hubiera vuelto en sí en el mismo instante la pobre Lucy.

—Yo os lo ruego, Mr. Sampson —le dijo con voz temblorosa pero solemne—, yo os ruego que me digáis si es éste mi hermano.

—¡El es, miss Lucy, él es! ¡Por el sol que nos alumbraba que es él!

—¡Cómo —exclamó Bertrán—, ésta es mi hermana!

Y el dulce sentimiento del amor fraternal que, por falta de pábulo, había estado por tantos años atargado en su corazón, se le reveló en aquel momento con irresistible vehemencia.

—¡Ella es! ¡ella es! Miss Lucy Bertrán, es, a quien halláis ahora, merced a mis pobres desvelos, perfectamente versada en las lenguas francesa, italiana y española, sin contar la suya propia, que escribe y lee con toda perfección;

muy hábil en aritmética y aun en la tenebrosa de libros por partida doble. No os hablo de sus habilidades en pintura, escudo, bordar y robar una cosa, pues éas no me las debe a mí, sino al ama de llaves de vuestro padre; désele a cada cual lo que es suyo. Tampoco me atribuyo el mérito de su instrucción en música; las lecciones de una señorita llena de bellas prendas, aunque a veces algo burlesca, de miss Julia Mannering quiero decir, han contribuido no poco a incuileársela. *Suum cuique tributo.* (Dad a cada cual lo que es suyo).

—¿Conque así —dijo Bertrán— a su hermana — todo lo que me queda en este mundo! Ayer noche, y aun más extensamente esta mañana, me contó el coronel todas las desgracias de nuestra familia, sin decíme que hallaría aquí a mi hermana.

—Habrá querido dejar el placer de noticiároslo a Mr. Sampson, el mejor y el más fiel de nuestros amigos. El fué quien mitigó las largas amarguras de nuestro padre, y que le asistió en sus últimos momentos, y a él le dio las más crudes revestis no quiso abandonar a la desgraciada huérfana.

—¡Bendigale Dios! —dijo Bertrán, apretando afectuosamente la mano de Dominus—. Bien merece la tierna memoria que de él conservo entre los vagos recuerdos de mi infancia.

—¡Y que Dios os bendiga a entrambos, hijos míos! Sin vosotros yo hubiera descalo seguir a vuestro padre al sepulcro, si tal hubiera sido la voluntad del cielo.

—Yo espero —dijo Bertrán—, espero en Dios que verenos días mejores. Todos nuestros males están remedados, pero lo he hecho con los buenos amigos y medios de hacer triunfar mis derechos.

—Sí —exclamó Sampson—, amigos, y amigos enviados, como decís muy bien, por Aquel a quien desde muy temprano os enseñé a mirar como la fuente de todo bien. Primeramente el gran coronel Mannering, el que tanto se ilustró en las Indias orientales, hombre de guerra por su alta estirpe, pero que no por eso es menos un verdadero sabio, atendidas las pocas ocasiones que ha tenido de instruirse luego Mr. Pleydel, famoso juriconsulto, que es también hombre de vasta doctrina, si bien desciende a veces a vanas fruslerías; en seguida Mr. Dimmont, que no creo que sea un erudito, pero que, como los antiguos patriarcas, se ocupa en labrar sus campos y en pastorear sus rebaños; y en fin, yo, que habiendo tenido para cultivar las ciencias más ocasiones que esos respetabilísimos sujetos, no he desatendido el aprovecharlas, séanlo licito decirlo, en cuanto me lo han permitido mis condiciones facultadas. Si, Enrique, si, continuaremos nuestros estudios; los repasarémos todos de cabo a rabo, desde los primeros rudimentos de la gramática inglesa hasta las lenguas árabe y caldea.

El lector observará, sin duda, que en esta ocasión fué Dominus mucho más locuaz de lo que tenía por costumbre, lo que provenía de que, recobrando su antiguo alumno, habíase transportado mentalmente al momento de su separación. Todo lo transcurrido desde entonces había desaparecido a sus ojos, y en la confusión de sus ideas, velase ya prosiguiendo con Enrique sus lecciones de gramática y de doctrina, desde el punto mismo en que habían quedado interrumpidas. Considerábase, pues, de hecho como su preceptor, pretensión tanto más ridícula, cuanto ya había renunciado a serlo de miss Lucy. Pero ésta había crecido a su vista, y por decirlo así, había ido llegando por nosotros a la emancipación de su tutela. Ese sentimiento de renaciente autoridad contribuyó, pues, a desatarse la lengua, no menos que el gusto de ver a su amado discípulo y como es muy raro que hable el hombre más de lo que suele sin descubrir sus secretos pensamientos, claramente daba a entender que, bien que sometido en todo a la voluntad ajena, no por eso dejaba de creerse, en punto a erudición, el primer hombre del mundo. En el caso presen-

te, sin embargo, todo aquel flujo de palabras inundar en desierto, pues estaban demasiado embebecidos el hermano y la hermana en el placer de verse juntos para prestar la menor atención a ningún objeto extraño.

Cuando el coronel se separó de Bertrán, pasó al cuarto de su hija, a cuya doncella dijo y se retirase por un momento.

—¡Jesús, papá, y cuánto maduagás hoy —dijo Julia—, no os acordáis que anoche os acordabais muy tarde. Apenas he tenido tiempo para hacerme desentender un poco el pelo.

—Con el interior de tu cabeza es con lo que tengo ahora que hacer, y dentro de pocos minutos entregaré su superficie a la mano de miss Mincing.

—¿Y cómo queréis, papá, cuando hay tanta complicación de ideas en mi cabeza, descombrarlas en pocos minutos? ¡Si Mincing se atropellase tanto en su ramo, pronto me dejaría calvar!

—Dime en ese caso dónde está la complicación, para que ponga en ella la mano con el debido tiento.

—A decir verdad, en todas partes. Me parece que estoy soñando, y en cosas que no acabo de entender.

—Pues yo trataré de explicárelas.

Dijo, entonces, casi pocas palabras todo lo que había relativo a Bertrán, pormenores que Julia escuchó con un interés que en vano procuraba disimular.

—¿Conque y ahora —le dijo Lucy que había acabado— están ya algo más despejadas las ideas sobre ese punto?

—Menos que nunca, querido papá —dijo Julia—. Ahí tenemos a un joven a quien creíamos muerto, y que llega de las Indias como el gran viajero Abulhuar, con un generoso equipaje, ha venido a casarse con su hermano Hour, pero se engañó en la aplicación de esa historia: Cazada era su mujer... con todo, lo mismo a Lucy representa a la una y Dominus al otro. Y luego ese abogado escocés, con los cascos medio a la jineta, ¿que me parece una pantomima después de una tragedia?... ¡Pero cuánto me alegraré de que todo eso redunde en provecho de Lucy!

En esto que me parece más inexplicable en todo eso es que miss Mannering, que sabía cuán dolorosa era a su padre la persuasión en que estaba de que había causado la muerte de su joven Brown, o más bien Bertrán, que así debimos llamarle en lo sucesivo, haya podido verle, cuando le ocurrió aquel lance con Carlos Hazlewood, sin decirse a su padre, y que haya permitido que se persiguiese judicialmente a ese joven, como si fuera un hombre de mala vida y asesino!

Julia se había armado de valor al ver entrar a su padre, pero en aquel momento se quedó de todo punto cortada; bajó la cabeza sin responder palabra, y muy tentada de decir que no había conocido a Brown; pero esta tentación expiró en sus labios.

—¿No me respondes? Dime, Julia —prosiguió el coronel con la primera vez que volvió después de su regreso de las Indias? ¿Callas. Debo inferir que le habías visto. ¿No me respondes? Julia, haz el favor de responderme. ¿Era él el que acudía todas las noches al pie de tu ventana, y con quien solías entrar en conversación durante tu residencia en Mervyn Hall? Julia, yo te mando... yo te suplico que me hables con sinceridad.

Miss Mannering levantó la cabeza.

—Siempre he sido, papá, aun creo que soy todavía, un poco inconscienta, y me es muy duro ver en vuestra presencia a ese joven que ha sido, sino enteramente la causa, a lo menos el cómplice de mi locura. No puedo decir más.

—¿Debo, pues, creer que él era el autor de las serenatas?

Esta última palabra, que no anunciaba mucho enojo, reanimó un poco a Julia.

—Pues no, papá, sí; pero si he procedido mal, alguna disculpa tengo.

—¿Y cuál? — preguntó el coronel con vivacidad, y aun con cierta aspereza.

—No me atrevo a decirlo, papá, pero... — dijo al mismo tiempo una cajita, y se entregó unas cartas. — Tomad esos papeles, y vosotros sabréis cómo empezó nuestra intimidad, y quién la fomentó.

Cogió Manningher las cartas, acercóse a una ventana, y hojeó algunas de ellas con ademán quieto y sombrío; pero su filosofía le dio valor, la filosofía, que, aunque hija con harta frecuencia del orgullo, produce a veces, sin embargo, los mismos frutos de la virtud. Volvióse, y, adonde estaba su hijo, mostrando en su continente toda la serenidad que era compatible con los varios sentimientos que lo agitaban.

—Verdad es, Julia, que no te falta disculpa cuando puedo juzgar por la rápida ojicada que he echado sobre estas cartas; has obedecido a lo menos a una de las dos personas que tenían derecho sobre tí; pero atengámonos a la que dice un refrán escocés que Dominus est tuus dominus. Lo pasado, pasado, y cuidémonos de lo futuro. Nunca se echará en cara tu falta de confianza en mí cuando juzgásemos de tus intenciones por mis obras, de las que no teigo, sin embargo, que tengas motivos para estar quejosa. Guarda esas cartas; no fueron escritas para mí, y no quiero ver de ellas más de lo que ya he visto a instancias tuyas y a tu justificación. Y ahora, ¿somos amigos? ¿por mejor decir, ¿me comprendes bien?

—Oh, amorido y generoso padre! — exclamó la celindona con sus brazos —, ¿por qué no he conocido mejor?

—No hablémos más de eso, hija mía. El que demostro alivio para reclamar la ternura la confianza que cree que le son debidas sin que las exija, debe esperar verse privado de ellas, y acaso lo merece. Bastante castigo es para mí que el ser que me ha sido más caro en el mundo, y que más lágrimas me ha costado, haya muerto sin conocerme a fondo; goce la lo menos en lo sucesivo de la confianza de una hija que debe a su padre su vida y su alma. — Oh, padre mío, nada te temo! Olvídense ya esta aprobación y la de mi propia conciencia, y cualquier sacrificio me será leve.

—Yo espero, amor mío — dijo el coronel dando un beso en la frente —, que no tendrás pesadumbre de hacer ningún sacrificio muy hecho. Por lo que hace a ese joven, deseen en tener lugar que toda correspondencia clandestina, y en una señorita no puede entablarla sin darse a sus propios ojos y a los de su padre; desee, digo, que toda correspondencia clandestina cese desde este momento, y si Mr. Bertrán te pregunta la causa de esta resolución, dile que se dirija a mí. Es natural que deba saber cuáles serán las resultas de tu obediencia. En primer lugar, quiero observar el carácter de ese joven mejor de lo que las circunstancias, y acaso también algunas preocupaciones mías, me han permitido hacerlo antes ahora; además, desearía ver reconocido su amor, de un modo incontestable. No es necesario decir que yo de mucha importancia a saber si podrá o no entrar en posesión de los bienes de Ellagowan, aunque los bienes de una sola en las novelas son considerados diferentes; pero es seguro que Enrique Bertrán, cabeza de la familia de Ellagowan, por lo o no de los estados que pertenecieron a sus mayores, es persona muy diferente de Vanstee Brown, que ni aun solía jugar su suerte. Mr. Pleydel me ha asegurado que sus sucesores ocupaban un lugar muy principal la historia, y seguían la bandera de sus príncipes, mientras nuestros abuelos peleaban por nuestros en Crecy y en Poitiers. En una obra, ni hoy ni relució mi aprobación; pero lo que redimís tus errores pasados con un acto de sumisión, y como desgraciadamente sólo puedes recurrir a tu padre, espero que desde ahora toda la confianza que yo te merezco te feliz constituye para ti un verdadero por filial.

La primera parte de este discurso había afligido un poco a Julia; el paralelo que hacía el coronel entre los méritos respectivos de los Bertrán y los Manningher, la había hecho sonreír interiormente, pero el final conmovió profundamente su corazón lleno de ternura y natural bondad.

—Sí, querido papá — le dijo cogiéndole una mano — recibí mi palabra, la más sagrada, de que desde este momento vos seréis la primera persona a quien consulte sobre cuanto pueda pasar en lo sucesivo entre Brown, quiero decir, Mr. Bertrán, y yo; nada haré sin vuestra noticia y vuestra aprobación, creedme. ¿Pero podré preguntaros... si Mr. Bertrán va a quedarse en Woodbrook?

—Seguramente, hasta que se arreglen sus asuntos.

—En ese caso, papá, bien conocéis que él me preguntará por qué razón no soy va con él la misma que confieso haber sido hasta ahora.

—Yo creo, Julia, que el respetaré mi casa; que apreciará como es justo, los servicios que desco y procuro haceros, que no querrá, como caballero, arrastrarte a dar ningún paso de que

CONTESTACION DE BERNARD SHAW

El gran humorista inglés Bernard Shaw, contestó a cierta vez a una lista de beneficencia. Estando dispuesto a cumplir su deber en todo sentido, inició a bailar a una voluminosa señora de edad bastante madura. Mientras se entregaban a los "placeres" del vals, la dama, haciéndose la misma, preguntó al escritor:

—Pero, Mr. Shaw, ¿cómo se le ha ocurrido a usted incitar a una vieja como yo?

Y el autor de "Pigmaliot", que no vacila en sacrificar a su interlocutor con tal de contestar haciendo honor a su fama, le respondió inmediatamente:

—Entiendo, señora, que esto es un baile de caridad.

ERUPCIONES DEL ETNA

En las erupciones del volcán Etna (Sicilia), ocurridas en 1669 y 1831, la cantidad de lava fué tan grande que ésta llegó hasta Catania, distante 30 kilómetros del cráter.



yo pudiera resentirme, y espero en fin que tú le darás conocer lo que te debe a tí y lo que so debe a sí mismo.

—Oso comprendo, papá, y os obedeceré.

—Bien está, hija mía; si alguna inquietud te tiene es sólo por tí. Ahora enjuga esos ojos, que descubrirán el asunto de nuestra conversación, y vamos a almorzar.

CAPITULO LII

Pues yo empeño mi palabra De que mañana, a la hora De comer, a responderos Vendra, sheriff, en persona... Para que el se justifique Bastará que le conozcan.

SHAKESPEARE. Enrique IV, parte 10.

Después de las varias conversaciones que acabamos de referir, reuniéronse en el comedor todos los habitantes de Woodbrook, excepto Dimmont, que prefirió quedarse en la cocina a almorzar con missess Allan y con Barney, en cuya compañía esperaba satisfacer con más libertad su gusto apático y su afición a bebidas más espirituosas que el té con leche. Su almuerzo fué, en efecto, más alegre que el

del comedor, donde cada cual tenía sus razones para estar pensativo. Julia no se atrevía apenas a dirigir la palabra a Bertrán para preguntarle si quería otra taza de té. Bertrán estaba en brumas pensando que se hallaba con ella delante del coronel. Lucy, llena de ternura hacia el hermano que acababa de recibir, empezaba a pensar en su choque con Hazelwood. El coronel sentía la inquietud nativa en un hombre minuciosamente receloso, que cree que las miradas de los demás están fijas en él, y que teme que le tomen desprevenido y sorprendan sus más íntimos pensamientos. El abogado, mientras extendía cuidadosamente la manteca sobre las testadas, tenía cubierta la frente de una gravedad que no le era habitual en la mesa, lo que provocaban sin duda, el importante trabajo en que se había ocupado toda la mañana.

Por lo que respecta a Dominus, el estado de su alma era el de una verdadera contemplación estética. Miraba a Bertrán, miraba a Lucy, suspiraba, hacía mil ridículos visajes y comía toda especie de tonterías. Echóse toda la nata en su taza, inadvertencia poco desagradable para él, vertió las escurriduras de su taza en el plato, y se dio a echarlas en la panchera destinada para este uso, y acabó, en fin, por derramar la tetera sobre el petto favorito del coronel, el venerable Platón, que recibió el hirviente baño con un aullido que hacía poco honor a su filosofía.

Esta última torpeza triunfó de la taciturnidad de Manningher.

—Por vuestra vida, amigo Mr. Sampson — le dijo —, que olvidáis la diferencia que hay entre Platón y Zenócrates.

—Como que — exclamó Dominus indignado de semejante suposición — el primero era el jefe de los académicos, y el segundo el de los estoicos!

—Sí, amigo mío, pero Zenócrates era, y no Platón, el que sostenía que el dolor no es un mal.

—Yo me inclinaria más bien a creer — dijo Pleydel —, que el respetable cuadrupédo que acaba de salir en tres pies pertenece a la secta de los estoicos!

—Bien dicho! Pero aquí está la respuesta de Mr. Mac-Morian.

Esta respuesta no era favorable. Missess Mac-Morian escribía que su marido estaba aún en Portanferry, detenido por los sucesos ocurridos la noche anterior, y cuya gravedad había exigido una extensa sumaria.

—¿Y qué haremos ahora? — preguntó el coronel.

—Hubiera deseado ver a Mac-Morian; él es listo como un diablo, y me hubiera ayudado mucho, pero no importa. Lo primero que tenemos que hacer es poner a nuestro amigo Bertrán en libertad de un modo legal, *sui juris*; en este momento es un preso fugado, y está bajo la espada de la ley; es preciso que le pongamos *rectus in curia*. Para eso os propongo, coronel, que nos vayamos ahora a casa de Mr. — le pidió mil perdones... de sir Roberto Hazelwood, que no está lejos. Le ofreceremos que salga fiadores de Bertrán, y me lionico de que le probaré que no puede rehusar nuestra fianza. Me llevaré a Driver, porque podré necesitarle.

—Con mucho gusto — dijo el coronel, y tirando de la campanilla mandó que pusiesen los caballos al coche —. Y luego, ¿qué haremos?

—Tratáremos de hallar a Mac-Morian y de reunir nuevas pruebas.

—Nuevas pruebas! La cosa es clara como la luz del mediodía. Mr. Sampson, mi Bertrán y vos reconocéis en este joven la viva imagen de su padre; él recuerda perfectamente las circunstancias anteriores a su salida de Escocia; ¿qué más se necesita para establecer la convicción?

—Nada acaso para la convicción moral, pero para la prueba legal nos falta mucho. Los recuerdos de Mr. Bertrán no son más que sus propios recuerdos, y nada prueban por consi-

ya sombra verdura contrastaba con la desnudez de los otros árboles. A distancia de dos o tres millas divisábase la bahía de Ellangowan y el océano, cuya ola agitaba un viento del este. En fin, las torres del antiguo castillo, iluminadas por los rayos del sol, dominaban todas aquellas variadas cercanías.

—¿Eh, ahí dijo Lucy echándose con el dedo a su hermano... ya sé! la antigua manía de nuestros padres. Bien sabe Dios, querido hermano, que no te desee todo el poder de los dioses que gozaron los dueños de esas ruinas que no siempre hicieron buen uso; pero alí te va pronto en posesión de algunos restos de sus bienes para asegurarte una independencia decorosa y proporcionarte los medios de socorrer a los antiguos servidores de nuestras familias a quienes la muerte de nuestro pobre padre ha dejado tan desvalidos...

—¿Si, querida Lucy — respondió el joven heredero de Ellangowan —, yo espero que con la ayuda de Dios que me ha protegido hasta ahora, y merced a los generosos desvelos de los amigos que tanto se interesan por mí, veremos realizado este deseo. Pero, ¿puedo mirar sin pena esas ruinas que me han costado tanto? ¿Puedo tener la osadía de quitar de su sitio una sola piedra...?

Interrumpióle al llegar a este punto la voz de Dinmont, que acudía corriendo a alcanzarlos a quien no vieron hasta que estuvo ya junto ellos.

—¡Capitán!, ¡capitán! — gritó —, ¡aquí os llama la voz que sabéis!

Y en el mismo instante, Meg Merrilies, como hubiera salido de las entrañas de la tierra, se arrojó detrás de Dinmont.

—Os he buscado en la quinta y sólo he encontrado a este hombre — dijo a Bertrán señalando al labrador —, pero vos tenéis razón y yo os erraba; ¡aquí, aquí es donde yo debía hallaros, en este sitio donde mis ojos vieron por primera vez a vuestro padre!... Y ahora acordes de vuestra promesa y seguidme.

CAPITULO LIII

En vano al rey hablaba la doncella: El noble Arturo, mudo junto a ella, La miraba asombrado.

—¿Por qué callas — le dice — no soy bella, Mas para decirte bien, me da mi estrella Poder ilimitado.

La boca de sir Gawaine.

La hermosa novia de sir Gawaine, mientras iba bajo la influencia de las hechicerías de su perversa suegra, era acaso menos fea, menos crepita que Meg Merrilies, pero dudo que viera aquella agreste sublimidad que una agitación constantemente exaltada comunicaba a sus facciones, naturalmente duras y exsivas, y a los violentos ademanes de su cuerpo, que parecía grandioso y seco, era realmente colosal. Los caballeros de la Tabla Redonda no vieron, pues, con más terror la aparición de la encantada doncella "entre un roble un verde acebo" como dice la balada, que a la de Julia la de la sibila galvegiana en el dero de los estados de Ellangowan.

—Por amor de Dios — dijo Julia a Bertrán dando su bolsillo —, dad a esta mujer lo que ella y que se vaya cuanto antes.

—No puedo ni debo ofenderla — dijo Bertrán.

—¿Qué os detiene? — exclamó Meg con acento colérico —, ¿Por qué no me seguís? ¿Habéis olvidado vuestro juramento? ¡En la Iglesia o en riza, en una boda o en un entierro!...

—Vantó el índice de su descarnada diestra, mostrando a cada una una amenaza.

—¡Ved, volviéndose a sus aterradas compañeras, le dijo:

—Dispensadme por un momento; me he comprometido con juramento a seguir a esta mujer.

—¡Dios mío — exclamó Julia —, os habéis prometido a seguir a una demente!...

—¡O a una gitana que tendrá acaso toda su drola escondida en el bosque para asesinaros! — añadió Lucy.

—¡No es digno ese lenguaje de una hija de Ellangowan! — dijo Meg echando a niss Bertrán una mirada sañuda —. Los mal pensados son los que obran mal.

—En una palabra — dijo Bertrán —, es preciso, es indispensable que la siga. Esperadme unos cinco minutos.

—Cinco minutos! — dijo la gitana —; puede que no basten cinco horas para lo que tenemos que hacer.

—¿Lo oís — dijo Julia —; ¡por amor de Dios, no la sigáis!

—¡Es preciso!, ¡no hay remedio! Mr. Dinmont os acompañará a la quinta.

—No — dijo Meg —, tiene que venir con vos; por eso está aquí; es preciso que os ayude con el corazón y con el brazo; debe hacerlo, pues como pudo haberlos costado ayudarle a él en otra ocasión.

—Tiene razón! — dijo Dinmont —, seguid al capitán y veré que no lo he olvidado.

—¡Sí, sí! — exclamaron a la vez las dos doncellas —; ¡estáis decidido a obedecer una orden tan extraña, que a lo menos os acompañe Mr. Dinmont.

—Es preciso, ya os lo he dicho, pero ya veis que voy bien acompañado. No puedo tardar en despatchar, pero volved sin esperarme a la quinta.

Dicho esto, apretó tíernamente la mano a su hermana, y aun más tíernamente se despidió de Julia con los ojos. Casi inóviles de sorpresa y terror, siguieron con la vista las dos amigas por un buen rato a Bertrán, a su amigo y a su ex-

—A lo menos — dijo Lucy — debemos creer que no abriga malos desiguos contra él, pues de otro modo no hubiera permitido que le acompañara el honrado y fiel Dinmont, cuyas fuerzas e impavidez tanto nos ha ponderado Enrique. Volvamos ahora a la quinta para llegar antes que el coronel; acaso mi hermano volverá antes que él, y en todo caso le diremos lo que ocurre y él sabrá lo que hay que hacer.

Del brazo y tropezando con frecuencia, a causa de sus angustias y de la precipitación con que andaban, llegaron en breve a la calle de árboles que conducía al zaguán de la quinta, cuando oyeron detrás de sí el galope de un caballo. Volvieron la cabeza y reconocieron con viva satisfacción al joven Hazlewood.

—De aquí a un momento llegará el coronel — les dijo —; yo le he tomado la delantera para venir a dar a mis Bertrán el más sincero parabién por el feliz suceso ocurrido en su familia. Ya me tarda ser presentado al capitán Bertrán y manifestarle mi gratitud por la lección que dió a mi indiscreta vivacidad.

—Ahora mismo se separa de nosotras — dijo Lucy —, y de un modo que nos tiene con el mayor cuidado.

Llegó en aquel instante el coche del coronel, quien, habiendo visto a las dos amigas, mandó parar al cochero y se apeó con Mr. Pleydell. Inmediatamente le contaron lo que había pasado.

—¡Vuelta con Meg Merrilies! — exclamó el coronel —; cuidado que es el ente más mis-

RAYOS X

Por HALEBLIAN Y DEL CASTILLO



traordinaria guía, que los precedía con paso firme y tan rápido que parecía que volaba más bien que andaba. Bertrán y Dinmont, aunque muy altos uno y otro, parecían de menos estatura que ella, lo que consistía en la larga capa que ella usaba, que le cubría hasta los pies, y en el pañuelo que a manera de turbante ceñía su cabeza. Andaba en línea recta sin seguir el sendero, que hacía muchos recodos, a fin de evitar los pequeños cerros que se alzaban entre los bosques de Ellangowan y la altura en que se hallaban Lucy y Julia. Resultaba de aquí que ya los perdían de vista cuando bajaban una colina, ya los veían aparecer de nuevo cuando subían alguna cuesta. Ninguno de los estorbos que hubieran obligado a cualquier caminante a dar un rodeo, detenia en su rápida carrera a Meg Merrilies, semeiante a un pájaro que corta los vientos. Llegaron en fin a los bosques de Ellangowan, dirigiéndose hacia el lado de Dernelcheug y desapareciendo enteramente.

—Extraordinario es eso — dijo Lucy a su compañera después de un largo silencio —; ¿qué puedo tener que hacer con esa bruja?

—Es cosa para pensar a cualquiera — respondió Julia —, y que casi me recuerda los cuentos de nigrománticos, hechiceros y genios del mal que he oído en la India. Creen allí que existen personas dotadas de tal poder de fascinación en los ojos, que obligan a sus víctimas a seguirlos contra su voluntad. ¿Qué tiene que ver tu hermano con esa arpía, para que no le quede más arbitrio que obedecerla y seguirla contra su voluntad?

rioso e incomprensible que he visto en mi vida! ¿Quién sabe? Puede que tenga que comunicarle a Bertrán algo que no quiere que sepan.

—¡Lleve el diablo a la vieja loca! — dijo el abogado —; no quiere que las cosas sigan su curso natural *propter legem*; ¡todo lo ha de manejar ella a su antojo! Me temo a juzgar por el camino que han tomado, que hayan ido hacia Ellangowan... Ese tino de Glossin nos ha hecho ya ver qué casta de pájaros tiene a su disposición, y desearé que el auxilio del buen Dinmont le baste a nuestro amigo.

—Si queréis — dijo Hazlewood —, yo tendré una satisfacción en seguir el camino que ellos han tomado. Soy bastante conocido en estos contornos para creer que ningún ultraje puede amenazar al capitán en mi presencia, y en todo caso ayudaré a Dinmont a defenderle. Si los encuentro, cuidaré de seguirlos a bastante distancia para que Meg-Merrilies no pueda verme y para no ser un obstáculo a las comunicaciones que pueda tener que hacer a Mr. Bertrán.

—Por vida mía — dijo Pleydell —, que estoy por decir que, aunque me acuerdo de haberlo visto aquí, no ha muchos años con tonete y frontero, sois ya hombre hecho y derecho! Mas temo para nuestro amigo una nueva tentativa de opresión legal que una violencia abierta, y creo en efecto que vuestra presencia podría desbaratar los planes de Glossin y de sus partidarios. Id, pues, Mr. Carlos, seguidlos, observados bien; probablemente los hallaréis hacia

Derncleugh o en el bosque de Watrooch, Hazlewood montó inmediatamente a caballo. —Vendréis a comer, Carlos — le dijo el coronel.

Hizo el joven un saludo, metió espuelas a su caballo y partió al galope.

Volviólos ahora a Bertrán y a Dimmont, que continuaban siguiendo a su misteriosa guía por entre bosques y cerros, con dirección al valle de Derncleugh. Precedíalos ella siempre con la misma rapidez, sin volverse más que para decirles que apretaran el paso, a pesar de que, no obstante el rigor de la estación, les caía el sudor a la frente. A veces iba hablando entre dientes sin que pudieran oírsele más que algunas palabras incoherentes como éstas:

—Es lo mismo que reedificar la casa destruida; es poner la piedra angular, y no se lo había dicho yo? Yo le dije que eso me estaba reservado aun cuando hubiera arriesgado en ello la cabeza de mi padre; estaba sereno en el cielo. Me he visto en la cárcel y he conservado mi resolución en el calabozo y entre los grillos; me he hallado destruido, y mis proyectos me han seguido a otras tierras. Me han azotado, me han impreso un sello de infamia, pero mi resolución estaba en sitio adonde no podían llegar ni el látigo ni el hierro ardiente; y ya ha dado la hora.

—Capitán — dijo Dimmont en voz baja —, deseo que no sea una hechicera o una bruja, pero parece que habla más con el diablo que con Dios. Allí en mi tierra dicen que hay gentes de esos.

—No tengáis miedo, amigo mío.

—¿Miedo? lo que sea hechicera o que sea el mismo diablo, todo es uno para Dandy Dimmont.

—¡Callad! — dijo Meg Merrilies volviéndose a ellos colérica —, ¿apareceis que éstos son el momento y el sitio a propósito para entrar en conversación?

—Pero, amiga mía — le dijo Bertrán —, así como yo no dudo del interés que os tomáis por mí y del que me habéis dado tantas pruebas, así vos deberíais, en recompensa, tener más confianza en mí, y decirme adónde me lleváis.

—Solo una respuesta puedo daros, Enrique. Bertrán — dijo la síbila —. He oído que mi lengua no hablará jamás, pero lo he dicho que mi dedo no señalará nunca. Avanzad, pues, para recobrar vuestra hacienda, o retroceded para perderla; esto es cuanto tengo que decirlos.

—Adelante — respondió Bertrán — no os haré más preguntas.

Bajaron al valle junto al mismo sitio donde se separó Meg de Bertrán pocos días antes. Paróse un momento la gitana en el punto donde habían entrado el cadáver del capitán de Hatterick y donde aun se veía la tierra recientemente removida, a pesar de que se conocía que alguno había procurado hacer desaparecer todo vestigio de aquella operación.

—El que viese aquí — dijo Meg —, pronto estaría acompañado.

Cruzó el arroyo, y habiendo llegado a la aldea arruinada, paróse con misterio de vivo interés junto a una de las caballerías cuyas tapias subsistían aún en pie, y dijo a sus dos compañeros con acento menos áspero, pero tan solemne como tenía por costumbre:

—¿Veis los pardos escombros de esta cabaña? Ahí, por espacio de cuarenta años he encendido yo la lumbre en mi hogar; ahí he sido doce veces madre. ¿Qué ha sido de mis hijos?, ¿qué ha sido de las hojas que cubrían ese añoso fresno por san Martín? El viento del norte las ha dispersado, lo mismo que a él me ha sucedido a mí. ¿Veis ese fresno? Ya no es más que un tronco podrido. Muchas noches he pasado sentada bajo su copa cuando sus frondosas ramas cubrían ambas márgenes del arroyo. Si — añadió alzando la voz —, ahí he estado sentada muchas veces, Enrique Bertrán, tendiéndoles sobre mis rodillas y cantándoles los antiguos baladrones de vuestra familia y sus sangrientas guerras. Y ya nunca renacerá su verdura, ni Meg Merrilies volverá a cantar; pero vos no lo olvidéis.

daréis y por amor de ella haréis reedificar esa cabaña. Albergad en ella a alguno que sea bastante virtuoso para no temer a los habitantes del otro mundo. Si los muertos vuelven al país que habitaron, más de una vez me verán en este valle cuando cubra la tierra mis cansados huesos.

La mezcla de delirio y de entusiasmo con que hablaba aquella mujer en el fuego de sus miradas, hubiese derecho desnudo y levantado en actitud trágica, y su manto arrebujado en derredor del izquierdo y cavéndole en anchos pliegues desde el hombro hasta los pies, hubieran formado un estudio digno de nuestra Sidonia. (Celebre actriz escocesa).

—Y ahora — dijo volviendo al tono duro y breve que le era natural —, ¡¡¡¡¡ahora a la obra! Esto diciendo, dirigióse al cerro sobre el que estaba situada la torre de Derncleugh, cuya puerta abrió con una llave que sacó de su faltriquera. El interior de aquella torre presentaba más orden y aseó que la última vez que entró Bertrán en ella.

—He puesto esto un poco decente — dijo — porque acaso pasará aquí la noche tendida de cuerpo presente. No habrá mucho acompañamiento en el entierro de Meg, porque casi todos los muertos desaprobarán lo que he hecho y lo que voy a hacer.

Indicóles con la mano una mesa sobre la que estaba preparado un plato de carne fiambre con más limpieza de lo que hubiera podido esperarse de su género de vida.

—Tomad un tente-en-pie — les dijo —; conviene que toméis fuerzas para esta noche.

Bertrán, por mera complacencia, atravesó uno o dos botascos; pero Dimmont, cuyo apetito no era poderoso a disminuir ninguna consideración humana, hizo honor al festín. Ofreciéndose entonces la gitana sendas copas de aguardiente; Bertrán echó en la suya mitad de agua, y Dimmont se le bebió de un trago tal cual estaba.

—¿Y vos nada tomáis? — le preguntó el labrador.

—Yo no he menester ya de nada — respondió la gitana —. Meg — y ahora añadió —, necesitáis armas; no podéis ir desprovistos; pero no las empleéis sin necesidad. Le cogéis vivo para entregarle a la justicia; es menester que declare todo lo que sabe antes de morir.

—¿A quién hemos de prender? ¿Quién ha de declarar? — preguntó Bertrán, cuya sorpresa aumentaba por momentos.

Meg, por toda respuesta, le presentó un par de pistolas, y habiéndolas examinado el joven, vio que estaban cargadas.

—Las piedras son buenas y la pólvora está bien seca — dijo Meg —; fíad en mí.

En seguida, sin entrar en más explicaciones, dió a Dimmont otro par de pistolas, y dijo a entrambos que eligiese cada cual un garrote entre un haz de ellos que sacó de un rincón de la estancia. Bertrán escogió una buena estaca, y Dimmont eligió una que le parecía que hubiera podido servir de maza al mismo Hércules. Precedidos por Meg, salieron en seguida de la torre, y mientras iban andando, dijo Bertrán en voz baja a su compañero:

—No comprendo lo que quiere esa mujer, pero por lo que es cuenta, no hagamos uso de nuestras armas sino en caso de absoluta necesidad. Cénfios a lo que me veáis hacer a mí.

Respondió Dimmont echándose una mirada significativa, y continuaron siguiendo por entre prados, selvas y matorrales los pasos de su conductora. Llévalos ésta al bosque de Watrooch por el mismo camino que había seguido el haid de Ellangowan, cuando volvió a Derncleugh buscando a su hijo en la triste noche del asesinato de Frank Kennedy.

Luego que llegaron al bosque, donde sólo se oía el silbido del viento que golpeaba de la parte del mar y agitaba las secas ramas, paróse un momento como para reconocer el sitio.

—Es preciso seguir el mismo camino — dijo. Y en vez de continuar en línea recta como hasta entonces, hizoles dar varios rodeos, y los llevó al fin a una pequeña pradera, de forma

irregular, y tan rodeada de árboles y de matorrales, que aun en invierno, formaba un recinto profundo y casi inaccesible; pero cuando la verdura primavera cubría los campos, cuando desplegaban los arbustos sus naturales pompas, cuando las ramas de los árboles, enlazándose por todas partes, oponían un dosel impenetrable a los rayos del sol, un joven poeta hubiera elegido aquí sitio para componer en él los primeros versos; dos enamorados le hubieran elegido para hacerse en él la primera declaración de amor.

Pero los pensamientos que inspiraba aquí sitio a los que en él se hallaban a la sazón eran al parecer de muy distinta naturaleza. Bertrán, luego que le hubo examinado atentamente, quedó pensativo y cubierta la frente a una nube sombría. Meg, después de haber conchateado entre ellos, —¡Sí, aquí fué! — miró Bertrán con ojos desentendados y le dijo: —¿Lo reconocéis?

—Sí — respondió Bertrán —, aunque confundido.

—¿Aquí fué — prosiguió la gitana — donde estubo derribado de su caballo; yo estaba entre esas escondidas detrás de esos zarzales. Yo le luché. Yo le vi implorar compasión; yo estaba en manos de hombres que no conocían esa palabra! Ahora vais a ver el camino y seguí la última vez que os llevé en mis brazos.

Condújole entonces por entre las breñas, seguir ninguna senda trazada, hasta que por pendiente casi imperegrinable, se hallaron en orilla del mar. Intérnense entonces con rápidos pasos entre las rocas de la playa, y pararon junto a un peñón que parecía desgajado de las demás.

—Aquí fué — dijo a Bertrán en voz baja, donde se halló el cadáver!

—No debe estar lejos la cueva — repuso Bertrán en el mismo tono —. ¿Nos lleváis a ella por ventura?

—Sí — respondió la gitana con resolución; ¡Animo y serenidad! Haced lo que yo os pido; entrar; ya he dispuesto en la cueva sormos y retamas para alumbraos. Aquí tenéis coras. Esconded bien hasta que vos os diáis: hora y el hombre han llegado!, entonces arrojaís sobre él, os apoderaís de sus armas, le atáis de firme hasta que le salte la sorna por ventura?

—Lo haré por vida mía — dijo Enrique — es el hombre que sospecho... ¡Jansen, ahí!

—¡Sí, Jansen, Hatterick y otros veinte nobres más.

—¿Vais a seguirme, Dimmont? — le dijo Bertrán —. Lo pregunto porque os advierto que es hombre el mismo Stánis.

—¿Quiéu preguntu? — dijo Meg —. ¿Queréis que os muestre a nonbre bien con Dios an de meterne por ese agujero que está ahí? Si tapando esa bruja. ¡Sobre que sería diablor, maldad ir a dejar ese bendito sol y este aire libre para que lo maten a uno como a un topo es una ratonera! Pero ¿quiéu dijo miedo? el diablo me lleve si no os signo hasta el fin mundo!

Pasaba este coloquio en voz baja, mientras descendía Meg Merrilies la boca del su terráneo, por lo que entró la primera arrastrándose sobre las manos y las rodillas. Bertrán siguió y Dimmont cerró la marcha, después haber echado una postrema mirada a la hermosa luz del sol.

CAPITULO LIV

¡Moore, profeta! tú te lo anuraste: Complace, cual los otros es agüral! SHAKESPEARE. Enrique IV, 2.ª parte.

El labrador que, como ya hemos dicho, formaba la retaguardia, sintió de repente una mano intrusa que le tiraba de una de sus larguezas que arrastraba trabajosamente, silenciosamente y no sin cierto sobresalto, por el bajo y estrecho pasadizo que conducía a la entrada de la cueva. A punto estuvo de abandonarle su seguridad, y poco faltó para que se perdiese en

zando un grito que hubiera sido la señal de su muerte y de la de Bertrán, porque en la postura en que se hallaban toda defensa le era imposible. Contintivos, sin embargo, y desastiendo su pie con mucho tiento de entre los dedos de aquel inesperto secuz, prosiguió avanzando a gatas, cuando le oído éste en voz muy baja:

—¡Chitón! Soy un amigo, Carlos Hazlewood. Meg Merrilies, que abría la marcha, llegaba a aquel momento al sitio en que empezaba a llevarse la bóveda de la cueva, y ya se había puesto en dos pies; aunque no ovió estas palabras, pronunciadas en voz muy baja, el ligero murmullo que prodijeron en aquel silencio interrumpió, bastó para alarmarla, y temiendo que hubiese llegado también a oídos de Hatterick y a fin de confundirle con otros sonidos, empezó a refunfuñar entre dientes, a cantar y a renovar las rajas secas que estaban montadas en un rincón de la cueva.

—¡Aquí, brujia, hija de Satanás! gritó la voz ronca y dura de Hatterick desde el fondo su madriguera — ¿qué haces ahí?

—Estoy arreglando estas retamas para que os calentéis, alma de Judas. Ya estáis como queréis; no tiréis lo mismo dentro de poco.

—Me trases ron y noticias de mi gente?

—¿Ron aquí está; de vuestra gente, malas noticias trases; todos cogidos, dispersos, acullados por las cascadas coloradas (soldados ¡rev!).

—¡Mil demonios! ¿Siempre me es fatal esta esta!

—Aun puede que tengáis más motivos para cirlo.

Durante este diálogo, Bertrán y Dinmont habían vuelto, con satisfacción suya, a su natural estado. La sombra, claridad que expelía el árbol encendido en una hornilla de hierro, como las que se usen para la pesca del salmón por la noche, era la única luz que iluminaba aquella caverna. Hatterick echaba de vez en cuando un puñado de retamas sobre las ascuas, no la luz que producía su combustión, estaba en muy lejos de iluminar todo aquel espacio oscuro; colocado en el fondo de la caverna, apenas podía el contrabandista ver a los que estaban a la entrada, y que un rincón de las secas, detrás del cual estaban escondidos, estaba enteramente a su vista. Dinmont había sido la acertada precaución de no dejar pa- adelante a Hazlewood, hasta después de dirigir a Bertrán al oído quien era el recién llegado.

No era aquél el momento más a propósito para andarse en cumplimientos, por lo que andados aparte por el pronto, quedaron los tres en silencio; como los que se habrían que rodeaban, y escondidos detrás del montón de retamas colocado allí probablemente para impedir la entrada a los recios vendedales del viento, sin interceptar del todo la renovación del aire. Aquel silencio se componía principalmente de ramas sin hojas, tiradas de cualquier modo sobre encima de otras, de modo que por entre muchos claros que dejaban entre sí, podían verse tres amigos, ver, a la luz del fuego, que pasaba en el fondo de la cueva, al paso que era imposible que los describieran en la oscuridad en que estaban sepultados.

Independientemente del interés moral que tenía aquella escena, tanto por los importantes resultados que de ella preveía Bertrán, como por el peligro que corrían a la sazón él y como sus amigos, los efectos de sombra y de luz que presentaba, hubieran excitado la atención aun del espectador más desinteresado. La única claridad continua que iluminaba la caverna era el rojizo resplandor de la lumbre que ardía en la hornilla, y a la que sucedía de cuando en cuando una viva llama o un humo rojo, según eran más o menos inflamables las retamas que la atizaba Hatterick. Una insoportable humareda se alzaba hasta el techo de la caverna, como a peso muy pesado, y una sombra llamadora, que giraba intorno de la columna de vapor para exhalar

repentinamente un fulgor más vivo cuando una rama más seca convertía el vapor en llama. Podíase entonces distinguir, más o menos, el semblante de Hatterick, cuyas dras y abultadas facciones, en armonía con los angulosos peñascos suspendidos en arco sobre su cabeza, presentaban un aspecto doblemente feroz a causa de las siniestras reflexiones que le agitaban y del nuevo desastre que acababa de anunciarle Meg Merrilies. Esta, rondando en torno de él, ya junto a la luz, ya en las tinieblas y entre el humo, formaba un perfecto contraste con Hatterick, el cual siempre se veía en pie y un poco inclinado sobre el braserito, mientras que Meg, semejaba un espectro que a cada instante aparecía y desaparecía.

Al ver a Hatterick, sentía Bertrán hervir su sangre de cólera e indignación. Acordábase que, bajo el nombre de Jansen, que había tomado después del asesinato de Kennedy, había sido, igualmente que su teniente Brown, el implicado en el duelo del infante, sabía, además, por sus confusos recuerdos, parte por lo que le habían dicho Manning y Pleydell, que aquel hombre había sido el principal factor de la catástrofe que le había arrebatado a su familia y a su patria y le había expuesto a tantos peligros y calamidades. Mil amargos pensa-

ULTIMAS PALABRAS

El presidente Mackinley murió diciendo:
—(Más cerca, oh Dios, de tí)

NIÑOS PRECOSES

A los niños chinos se les considera en el momento de nacer como si tuvieran un año de edad; y si nacen el 19 de febrero, que es la víspera del día de año nuevo en China, el día siguiente de la fiesta se dice que el niño tiene ya dos años.



LO QUE ESCRIBE UNA PLUMA

Con una misma pluma puede llegar a escribirse hasta un millón de palabras.

mientos agitaban su corazón, y no sin trabajo referían los instantes que le habían de precipitar sobre aquel malvado y saltarle de un pistoletazo la tapa de los sesos.

Pero esta tentativa no hubiera dejado tal vez de ser peligrosa. La llama que iluminaba el horrible semblante de Hatterick, iluminaba también su recia musculatura, seguro indicio de la extraordinaria fuerza física de que estaba dotado, y mostraba pendientes de su cintura dos pistolas y un sable; era indudable, además, que un aquel trance desesperado se defendería con un denuedo proporcionado a su natural vigor. Verdaderamente no era probable que pudiese resistir a dos hombres tan formidos como Dinmont y Bertrán, aun sin contar a su nuevo auxiliar Hazlewood, que estaba armado y a quien no había dado la naturaleza una complexión tan robusta; pero Bertrán discurrió que no era acción noble ni prudente arrancarle una vida que reclamaba el castigo; reflexionó además en lo importante que era para él cogerle vivo; y venciendo su indignación, resolvió aguardar la señal y ver lo que iba a pasar entre aquel perverso y la gitana.

—¿Y cómo os sentís ahora? — dijo Meg con el destempleado y penetrante acento que le era habitual. — ¿No os tengo dicho lo que os ha de suceder en esta misma caverna donde os refugiáis después del asesinato?

—¡Truenos y rayos! repuso Hatterick — ¡guardate tus maitines del diablo para cuando te

los pidan, vieja maldita! ¡Has visto a Glossin? — ¿No? erraste el golpe, entrañas de hierro. Nada tienes ya que esperar del tentador.

—¡Alto! ¡alto! ¿por qué entre mis uñas! ¿Y qué voy a hacer ahora?

—¿Qué? — preguntó la gitana — morir como un hombre o ser ahorcado como un perro.

—¡Ahorcado, hija de Satanás! Aun no está sembrado el cañiño de la cuerda con que han de ahorcarme.

—¡Está sembrado, cogido, cardado y ya está retorcida la cuerda. ¿No os dije cuando os llevaseis robado al niño Enrique Bertrán, a pesar de mis suplicas, que después de haber cumplido su destino en país extranjero, volvería cuando tuviera veintinueve años? ¿No os dije que el antiguo fuego se reduciría a su última chispa, pero que la última chispa le reanimaría?

—Si, me lo dijiste, ¡mil tempestades!, y creo que dijiste bien. Ese perro de Ellangowan me ha sido siempre fatal. Y ahora, gracias a la maldita idea de ese condenado de Glossin, ya me quedé sin fuego, sin tripulación, sin lancha; todo se lo llevó el demonio. ¿Y qué dirán ahora los amadores? ¡Infiernos! ¡Infiernos! mi vida me atreveré a presentarme en Flesinga.

—No tendréis que tomaros ese trabajo.

—¿Y por qué lo diceis? ¿Por qué me hablas así?

Durante este diálogo, andaba Meg haciendo retamas secas que tenía cuidado de rociar con aguardiente sin que lo viera el contrabandista, y luego que tuvo reunido un buen montón, le echó en la lumbre de la que se alzó al punto hacia el techo una pirámide de llamas, produciendo una vivísima claridad. En el mismo instante respondió Meg a la pregunta de Hatterick con estas palabras pronunciadas en voz recia y sonora: ¡Porque la hora y el hombre han llegado!

A aquella señal convenida, salieron de su escondrijo Bertrán y Dinmont con la rapidez del rayo y se precipitaron hacia Hatterick; Hazlewood, que no conocía el plan de ataque, sólo pudo seguirlos un momento después. El malvado, que inmediatamente conoció que estaba vendido, dirigió su primera venganza sobre Meg Merrilies y le disparó un pistoletazo: la infeliz cayó lanzando un grito terrible y penetrante que era un término medio entre una especie de risa sarcónica y una exclamación de dolor.

—¡Bien lo sabía yo! — dijo al caer.

Bertrán, en su precipitación, tropezó en una de las grietas de la roca que formaba el piso de la cueva, y estuvo a punto de dar consigo en tierra, casualidad felicísima para él, porque en el mismo instante le disparó Hatterick otro pistoletazo tan certero, que si se hubiera hallado la cabeza del apuntado a la altura ordinaria, habría en ella hecho un hueco. Sin dejar tiempo a Dirk para coger otra pistola, echóse Dinmont sobre él y forcejó por desarmarle, pero era tal el vigor de aquel miserable, que logró tumbar a Dinmont sobre las brasas y ya estaba a punto de quitarle una de sus pistolas, que hubiera sido fatal al pobre labrador, si Bertrán y Hazlewood no hubieran acudido en su auxilio. Precipitáronse en seguida los tres juntos sobre Hatterick, consiguiendo no sin trabajo derribarle en tierra, y desarmarlo. Lo ataron de pies y manos en términos de que no le era posible hacer el menor movimiento. Esta lucha duró menos tiempo del que nos ha sido menester para referirla. Cuando Hatterick se vio de aquella suerte sujeto, después de hacer dos o tres esfuerzos desesperados y casi convulsivos, quedó inmóvil y no volvió a desplegar los labios.

—Ya lo tenemos como un tejón muerto — dijo Dinmont — ¡más vale así.

Y mientras hacía esta observación, sacudíase el buen labrador las cenizas y las ascuas que se le habían pegado en la ropa y que ya le habían chamuscado algunos mechones de pelo.

—No os apartéis de mí — dijo Bertrán — y cuidad como que no se rebulla mientras voy a ver si esa pobre mujer está muerta o viva.

Avanzado de Hazlewood, levantó del suelo a Meg Merrilies.

—Ya lo sabía yo — dijo la gitana — que esto había de suceder: era preciso.

La bala había penetrado en el pecho por debajo de la garganta. No arrojaba la herida mucha sangre, por lo que Bertrán, acostumbrado a los efectos de las armas de fuego, la creyó más peligrosa de lo que a primera vista parecía.

—¡Dios mío! ¿Que vamos a hacer por esta desgraciada? — dijo a Hazlewood, no permitiéndole las circunstancias que entrasen por entones en las mutuas explicaciones que en cualquiera otra ocasión se hubieran dado.

—Yo he dejado mi caballo en el bosque — dijo Hazlewood —, iré, si os parece, en un galope a buscar gente con quien se pueda contar. Mientras vuelvo, guardad bien la entrada de la cueva.

Dicho esto, salió como había entrado, es decir a gatas. Bertrán, después de haber vendado la herida de Meg Merrilies lo mejor que pudo, se colocó junto a la boca de la caverna con una pistola en cada mano. Dimont continuó de cenicela junto a Hatterræck. Un profundo silencio reinó en la cueva, sólo interrumpido por algunos gemidos que atraneaba el dolor a la gitana y por la trabajosa respiración del preso.

CAPITULO LV

De los tuyos arañados
Muchas tierras andavieste,
Muchos peligros corriste...
Mas, por el Señor quidote,
Al cabo no te perdíste.

CRABBE. El Trémulo.

Al cabo de unos tres cuartos de hora, que a Bertrán y a su amigo les parecieron tres horas largas, atendidas las inquietudes y el peligro de su situación, oyóse la voz de Carlos Hazlewood en la entrada de la cueva:

—Aquí estoy — decía — y con suficiente refuerzo.

—Entrad — respondió Bertrán, no poco contento de ver acabado su planón.

Entró entonces Hazlewood, seguido de un ministro de justicia y de varios hombres. Cogieron éstos a Hatterræck y le llevaron hasta la boca de la cueva, donde le tendieron de espaldas en el suelo y tirándole de los pies lo sacaron a rastras, pues no fue posible hacerle hacer ningún movimiento propio para ayudarse a salir; luego, que estuvo fuera, lo pusieron en pie y lo dejaron bajo la custodia de dos o tres hombres, mientras los demás sacaban con todo el cuidado posible a la pobre Merrilies. Saliendo de entre las tinieblas y expuesto de repente a la viva claridad del sol, Hatterræck, deslumbrado, apenas pudo tenerse sobre sus rodillas. Quisieron hacer que se sentase en un pená a la orilla del mar, pero, tendiendo entonces en derredor de sí una mirada despondida, y agitado de pies a cabeza por un temblor convulsivo, exclamó:

—¡Abi no!, ¡abi no!, ¡no me haréis sentar ahí!

Estas fueron las últimas palabras que se le oyeron; pero el terrible acento con que las pronunció, claramente revelaba lo que pasaba en su alma y el sentido que les daba.

Luego que hubieron sacado a Merrilies, empezaron a discutir si convenía llevarla. Hazlewood, que había entrado a llamar a un cirujano, propuso que la transportasen, mientras llegaba ésta, a la choza más inmediata, pero al punto exclamó la paciente con singular vehemencia:

—¡No, no! ¡A Dernelleugh, a Dernelleugh! ¡Solo allí podrá el alma separarse del cuerpo!

—Creo que debemos dar gusto — dijo Bertrán —, no sea que con la irritación se le agrave el mal.

Dirigiéronse, pues, a la antigua torre; durante el camino, más ocupada parecía Meg en pensar en la escena que acababa de pasar que en la muerte que tan de cerca la amenazaba.

—Eran tres — decía —, y sin embargo yo no

llevé más que dos; ¿quién podía ser el tercero? ¡Habrá vuelto él, acaso, para codyruvar a su vengador!

Era evidente que la inesperada intervención de Hazlewood, a quien el aturdimiento que necesariamente debía haber producido en su mente la terrible escena que tan fatales resultados había tenido para ella, la había impedido reconocer, había herido profundamente su instinto visionario, pues siempre se había pensado en ella y comentado la de mil maneras. Hazlewood explicó a Bertrán cómo había llegado en su auxilio, diciéndole que habiéndose afanizado a ver cuando salían de Dernelleugh, los había seguido constantemente sin perderlos de vista; que había entrado detrás de ellos en la cueva con ánimo de darse a conocer, cuando acortó a encontrar su mano en las tinieblas una pierna de Dimont, circunstancia que hubiera podido producir una catástrofe a no ser por el valor y serenidad del buen labrador.

Llegó que hubieron a la torre, abrierónla con la llave que les dio la gitana, y habiendo entrado todos en ella y mientras se disponían los que llevaban a la pobre herida a tenderla sobre el jergón que estaba en el suelo:

—¡No, no! — exclamó con muestras de viva inquietud —; ¡jasi no! ¡Con la cabeza hacia el oriente!

Y pareció quedar muy satisfecho de que la hubiesen colocado como pedía.

—¿No hay por estas cercanías — dijo Bertrán — algún eclesiástico que venga a consolar y asistir a esta desgraciada?

El ministro de la parroquia, que había sido el preceptor de Carlos Hazlewood, había oído decir, como otras muchas personas, pues la noticia había cundido con singular rapidez, que el asesino de Frank Kennedy acababa de ser preso en el sitio mismo que se había cometido el crimen tantos años antes, y que una mujer estaba mortalmente herida. Por curiosidad o más bien porque su deber lo llamaba a doquiera que hubiese lágrimas que enjugar, se encaminó sin demora a la torre de Dernelleugh, y llegó justamente en el momento en que acababa de hacer Bertrán la citada pregunta. Al mismo tiempo llegó el cirujano, el cual quiso examinar la herida, pero Meg rechazó su asistencia lo mismo que la del sacerdote.

—¿Está en sano de los hombres — dijo — curar mi cuerpo ni salvar mi alma; dejadme que diga todo lo que tengo que decir, y en seguida haréis lo que queráis. ¡Nadie me contraliga! ¿Dónde está Enrique Bertrán?

Todos los presentes, excepto Dimont y Hazlewood, que en tantos años no habían oído pronunciar semejante nombre, se miraron unos a otros con asombro.

—¡Sí, repetid una vez más alta y con más vehemencia! — Enrique Bertrán de Ellangowan digo. Quitados de la luz y dejadme que lo vea.

Todas las miradas se fijaron entonces en Bertrán que se acercaba a la sazón al lecho en que yacía postrada la infeliz gitana.

—¡Miradle bien — dijo cogiéndole una mano —; miradle bien, y digan todos los que han conocido a su familia si no es una viva imagen de su padre y de su abuelo.

Un confuso murmullo circuló por todo el concurso, la semejanza era demasiado evidente para que dejase nadie de conocerla.

—¡Ahora escuchadme, y veamos si ese hombre — añadió señalando a Hatterræck que estaba sentado a corta distancia en medio de los que lo estaban custodiando — se atreve a desmentirme. Este es Enrique Bertrán, hijo de Godofredo Bertrán, barón de Ellangowan; éste es aquel a quien en su niñez robó Dirk Hatterræck en el bosque de Warroch, el día en que asesinó a Kennedy. Yo estaba allí como un alma en pena, yo salvé la vida al niño y suplí con lágrimas de mis ojos a Hatterræck para que me lo dejara; pero se lo llevó al otro lado de los mares. Muchas lejanas tierras ha recorrido, y ahora vuelve a recoger la herencia de sus mayores: ¿quién podría impedirlo? Yo juré guardar el secreto hasta que cumpliera

veintinueve años, porque sabía que hasta entonces tenía que obedecer a su destino, y he cumplido mi juramento; pero me había jurado también a mi misma que si vivía bastante para verlo de vuelta en Escocia, le haría llegar a la alta grandeza de sus mayores, aun cuando a alta grandeza hubiese para ello de tropezar con un cadáver. Y he cumplido también este juramento; yo soy una de esas cadáveres. Ese hombre — añadió indicando a Hatterræck — será otro y no será el último.

Hizo entonces observar el ministro que era de sentir que no recibiese la justicia tan importante declaración en las formas legales, pero el cirujano añadió que era preciso examinar el estado de la herida de aquella mujer antes que se casarla con nuevas presuntas. Cuando Meg quitó todos los resabios de la estancia, que se llevaban a Hatterræck para dejar al cirujano examinarla despacio, se incorporó a su lecho e interpelló en alta voz:

—Dirk Hatterræck — le dijo — ya no nos veremos a ver hasta el día del juicio final — reconoció que he dicho verdad o no?

Volvióse hacia ella el contrabandista lanzándole una mirada feroz, pero no respondió a la broma.

Dirk Hatterræck, yos cuvas manos están llenas en sangre mía, ¿podis desmentir alguna palabra de las que acaban de salir de mi pecho moribundo?

Continuó él mirándola con una expresión de rabia y de contento, movió los labios como hablara interiormente, pero no respondió.

—¡Adios, pues! — le dijo —, ¡y Dios os perdona! Vuestra mano ha legitimado mi testimonio. Mientras yo vivía era una gitana, no he sido más que una vagabunda; me han proscrito, han infamado... He mendigado de puerta en puerta el pan de mi sustento, me han arrojado de pueblo en pueblo como a un perro errante, ¿quién había de dar crédito a mis palabras? Pero hoy vos una mujer moribunda y mis palabras no serán perdidas como ni sangre me has derramado.

Calló dicho esto, y sólo quedaron en la estancia dos o tres mujeres y el cirujano, el cual después de haber examinado la herida, miró la cabeza sombríamente y cedió el puesto al ministro.

Previendo que había que llevar a Hatterræck a la cárcel, había detenido un constable que caminó largo una silla de posta que iba a su regreso de Kiplinggreen. El postillon, que era nuestro amigo Jack Jabos, noticioso de que nuestro amigo Dernelleugh, dejó su casa lo que pasaba en un muchacho, contando más a caso con su vigilancia que con la seguridad que habían comunicado los años a su cabeza, y apretó a correr hacia el lugar de la escuela, ver qué ocurría. Llegó en el momento en que el concurso, que era muy numeroso, después de haber satisfecho su curiosidad contentándose con la patibularia catadura de Dernelleugh, dando la gracia hacia Bertrán una atención. Costó todo especialmente los va entrados en años, que había visto a su padre cuando joven, reconoció la verdad de cuanto había dicho Meg Merrilies; pero los escoscos son un pueblo naturalmente cauto y circunspecto; acordándose que otro estaba en posesión de los estados de Ellangowan, y se limitaron a comunicarse lo bajo sus sospechas y sus reflexiones.

Jack Jabos, sin embargo, albirándose paso en medio del corral, no bien hubo visto a Bertrán, cuando dijo dos pasos atrás exclamando en alta voz:

—¡Por vida mía, que estoy viendo al anciano Ellangowan resucitado y rejuvenecido!

Esta pública declaración de un testigo desinteresado, fué una chispa eléctrica que se comunicó en un momento a todos los espectadores.

—¡Viva Bertrán! ¡Larga vida al heredero de Ellangowan! — exclamaron todos los presentes. — ¡Viva! ¡Viva!

Setenta años hace que yo vivo en esta tierra — dijo uno — cuando yo digo que ese

no más, en fin, reprimir el alborozo que le rebosaba del corazón, se retiró a desahogar por los ojos los vehementes sentimientos que lo agitaban.

Renunciaron a describir la completa felicidad que gozaron en aquel dichoso día todos los habitantes de Woodbourne.

CAPITULO LVI

Drama del malvado al verse descubriendo
Como el mono rapado a quien sorprende
Su dueño, en la desgracia que aqueja.

JUANA BAILLIE. *El conde Basilio.*

Hubo a la mañana siguiente gran movimiento en Woodbourne a causa del interrogatorio de Dirk Hatteraick, que debía efectuarse en Kippingclough. Mr. Pleydell, que, como ya hemos dicho, había dirigido la causa seguida anteriormente con motivo del asesinato de Kennedy, y que gozaba generalmente del buen concepto que merecían sus luces y experiencia, fue invitado por Mac Morlan, por sir Roberto Hazlewood, y por otro juez de paz, sir Roberto Hazlewood, para que se encargase del interrogatorio; instaron también al coronel Mantering a asistir al juzgado, cosa a que él accedió gustoso. Reunido el tribunal, hizo Pleydell un resumen de los antecedentes de la causa, y mandó que compareciesen de nuevo dos de los testigos que aun vivían, de los que depusieron en la época de las primeras diligencias judiciales efectuadas de resultados del interrogatorio del ministro y del cirujano que habían asistido a Meg Merrilies en sus últimos instantes, y ambos manifestaron que había declarado positivamente repetidas veces haberse hallado presente a la muerte de Kennedy, asesinado por Dirk Hatteraick y algunos hombres de la tripulación de su buque; que ella se había hallado allí casualmente; que creía que, cuando biéndolo encontrado en el momento en que, a consecuencia del parte dado por él, acababan de perder su buque, habían cometido aquel crimen por venganza; que había añadido que un testigo de aquel crimen, su sobrino Gabriel Ear, vivía aún, pero no había tenido en el parte ninguna; que otra persona tuvo noticias de dicho crimen, después de cometido, y había sacado de él mucho provecho; esto fue todo lo que declaró la gitana. No olvidaron hacer mención de su declaración expresando que ella era la que había salvado al niño, que luego se lo habían arrancado de entre los brazos, y que los contrabandistas se lo habían llevado a Holanda. Ninguna de estas circunstancias se omitió en el proceso.

Traeron en seguida a Dirk Hatteraick, bien maniatado, precaución que tenía que agradecer a uno de los constables que lo había reconocido por el hombre que se había escapado pocos días antes. Preguntó, y no respondió; pero no respondió, y a esas preguntas le hicieron, y siempre guardó el mismo silencio. Limpióse Pleydell los cristales de sus gafas, y examinó de hito en hito el rostro del reo.

—No recuerdo haber visto en mi vida — dijo en voz baja al coronel — un tunante de más mala traza que ese palmarco; pero, como dice Dogberry, yo sé como se mata a esos renes. Constables, que entre los Soles, son el zapatero, Soles, los acorralados de haber medido unas pisadas estampadas sobre la tierra en el bosque de Warroch, en noviembre de 17...?

Soles recordó perfectamente esta circunstancia.

—¿Led este papel. ¿Es éste el resultado de vuestro trabajo? ¿Lo reconocéis? — Soles respondió afirmativamente. — Coged esos zapatos que están ahí sobre la mesa, y ved si su suela corresponde a alguna de las pisadas de que tratamos media.

—Hízolo así el zapatero, y declaró que eran en un todo iguales a la huella más ancha.

—Probáremos — dijo Pleydell aparte a Mantering — que estos zapatos, que se encontraron

en las ruinas de Dornelough, pertenecían a Brown, teniente de Haddock, el bellaco a quien dejasteis tendido de un balazo enfrente de Woodbourne, ahora Soles, tomad bien la medida al pie del preso.

Mantering, que no perdía de vista a Hatteraick, notó que estaba agitado por un temblor involuntario.

—Y ahora, Soles, ved si esa medida corresponde a alguna otra huella.

Examinó por segunda vez el zapatero sus apuntes, y habiendo medido por segunda vez el pie del preso:

—No hay un pelo de diferencia, — dijo — entre este pie y esta otra huella tan ancha, pero más corta que la primera.

Esta observación dió al traste con la seriedad de Hatteraick, que exclamó aturrido:

—¡Mil diablos! ¿Cómo podían quedar estampadas las pisadas en la tierra, cuando estaba con el hielito más dura que la piedra?

—Por la noche, capitán Hatteraick, es verdad, pero no por la mañana. ¿Y nie haréis ahora, por el favor de decirme dónde estabais, y qué hacíais el día que tan impreso se os ha quedado en la memoria?

Hatteraick había tenido tiempo para reconocer el golpe en falso que acababa de dar, y un obstinado silencio fue toda su respuesta.

—Que conste su observación en la causa — dijo Pleydell al que hacia las veces de escribano.

Abrióse en aquel momento la puerta de la sala y, en medio del asombro general, entró Mr. Gilberto Glossin. Había sabido por sus espías este respetable personaje, que las declaraciones que había hecho Meg Merrilies en su lecho de muerte en nada le comprometían, ni aun lo había nombrado en ellas; que su cualidad nacida sólo del corto intervalo que fue había medido entre el momento en que fue herido y el de su muerte, por lo que no se había podido soneterla a un interrogatorio judicial. Discurrió, pues, que sólo tenía que temer las declaraciones de Hatteraick, y resolvió arrostrar la tempestad y reunirse a sus colegas ocupados en sustanciar su causa.

—Ya hallaré medio — dijo entre sí — de hacer conocer a ese bribón que me intereso y el mio exigen que calle; además, con sólo presentarme dará una prueba de confianza en mi inocencia. Si al fin he de perder esos bienes, más vale que... Pero esperemos que todo se arreglará.

Hizo al entrar una profunda reverencia a sir Roberto Hazlewood, que como enpezaba ya a sospechar que su plebeo vecino había querido servirse de él como el mono de la pata querido servirse de él como el mono de la pata, sólo le correspondió con una rápida inclinación de cabeza y volvió la vista a otra parte.

—Mr. Corsand — dijo Glossin dirigiéndose a otro de los jueces — béoslos la mano.

—Béoslos la vuestra, Mr. Glossin — respondió con sequedad Mr. Corsand, que ajustaba su continente regio *ad exemplar*, es decir, a ejemplo del baronet.

—Mac Morlan, amigo mio — prosiguió Glossin — ¿cómo va ese valor? Siempre trabajando, ¿eh?

—Pues... va... — dijo Mac Morlan sin hacer alto ni en el saludo ni en el agasajo.

—¡Oh! ¡el coronel Mantering!

Un profundo saludo de Glossin no obtuvo de parte del coronel más que una ligerísima inclinación de cabeza.

—Mr. Pleydell, ¡tanto bueno por aquí!, ¡cuanto lo celebró!

Tomó Pleydell un polvo y echó al descargo intruso una mirada irónica.

—Yo le encargaré a ese perillán — dijo en voz baja a Mantering — el valor de la antigua máxima *non accesserit in consilium antequam vocari*. (No acudas al consejo antes de que te llamen).

—Pero acaso os interrumpo, señores. ¿Ha enpezado ya la sesión?

—Yo, por mi parte, Mr. Glossin — dijo Pley-

dell — os aseguro que me alegro mucho de que hayáis venido, porque estoy convencido de que antes que nos separemos, vuestra presencia podrá sernos necesaria.

—Bien, bien, corrientes, señores, manos a la obra — dijo Glossin acercando una silla a la mesa y apoderándose de algunos de los papeles que le cobraban — ¿en qué osanamos? ¿Qué hay hecho? ¿Dónde están las declaraciones? Escribanlo, vengan todos esos papeles — dijo Pleydell — yo tengo un modo particular de arreglar a la antigua los autos de mis procesos, y en tocándolos cualquiera, Mr. Glossin, me confundió al instante. Pero no tardaremos en necesitarlos; tened un poquito de paciencia.

Glossin, reducido de esta suerte a una completa inacción, echó una penetrante ojeada a Hatteraick, pero no pudo leer en su frente nada más que la expresión de su odio contra todo lo que le rodeaba.

—Señores — dijo — ¿por qué está cargado de grillos ese pobre hombre? Ahora no se trata más que de tomarle declaración.

Eso era dar a entender indirectamente que preso que tenía un amigo que se interesaba por él.

—No sabía que va a ser fusilado una vez — dijo Mac Morlan con sequedad.

—No invo Glossin más remedio que callar.

Introdujeron entonces a Bertran, que, por mayor confusión de Glossin, fue recibido no tan todos, y aun por el mismo sir Roberto Hazlewood, del modo más cordial. Expuso el joven pocas palabras los recuerdos que conservaba de su niñez, con aquel candor y aquella naturalidad que son las mejores garantías de buena fe.

—Señores — dijo Glossin poniéndose serio — parece que ésta es una causa civil, bien que criminal, y como vuestras mercedes no pueden ignorar las resultas que podrían ser para mí las pretensiones que anuncia el mozo, pido licencia para retirarme.

—No puede ser, amigo mio, no puede ser — dijo Pleydell —; nos hacéis muchísima gracia. ¿Perdéis tenéis que decirnos las pretensiones? ¿este mozo? ¿no le animo en manera alguna a decir que le respondáis, si algo tiene que responder?

Mr. Pleydell — replicó Glossin — a mí me gusta la franqueza en todo y por todo, y a explicarnos el negocio en cuatro palabras. Este mozo, a quien creo hijo natural del difunto Godofredo Bertran, recorre estas cercanías unas cuantas semanas bajo diferentes nombres de compinche con una vieja loca, a quien he oído acaban de matar en una gran agitación, con gitanos y gente perdida, y he visto todo con un barbaote de un labrador. Liddesdale, hombre muy cerril y muy burlazando a los colonos contra sus señores; y fin, como sea muy bien sir Roberto Hazlewood de Hazlewood...

—Sin que esto sea interrumpiros, Mr. Glossin — dijo Pleydell —, permitidme que os pregunte si conocéis a este joven hombre — dijo en candor a Hatteraick — sabe que es un hijo natural del difunto Ellangowan y de Juana Le theel, que luego sacó con Hewit, carpintero empleado en las ararazanas, en el condado Annan. Llámase Godofredo Bertran Hewit, bajo este nombre se alistó en la tripulación de la Real Carolina, vate guardacostas.

—¿Sí, eh? La explicación no deficiente acerca verosimilitud — dijo Pleydell —, y si fuera por la diferencia de edad, de estatura, color y demás... ¡Eh, joven, acercaos! Acercóse a la mesa un joven marino.

—Aquí tenéis — prosiguió el letrado — al valedero Godofredo Bertran Hewit. Llegó anoche mismo de Liverpool. Es teniente de navío de la compañía de las Indias, conque veis que si no ha entrado en el mundo por criminalidad, ha caído a lo menos ponerse el que lleva a medrar.

Mientras los otros jueces de paz hacían aquel joven algunas preguntas, Pleydell con-

de la mesa la cartera de Dirk Hatteraick, el cual, al verlo, frunció las cejas y mostró la más viva inquietud, circunstancia que no escapó a la penetrante atención del magistrado. Volvió a dejar la cartera sobre la mesa, cogió algunos otros papeles, y en el mismo instante pareció que respiraba el preso con más libertad.

—Preciso es que haya un secreto importante en esta cartera.

Glossin le dio la cartera, la examinó con más atención, y acabó por descubrir un recorte que había un hueco en el cual halló tres papeles. No hizo más que echar rápidamente la vista sobre ellos, y volviéndose hacia Glossin, le sugirió que le dijese si se había hallado presente en las pesquisas que se hicieron para hallar a Kennedy, y al niño Enrique el día del asesinato del primero y de la desaparición del segundo.

—No... es decir, si — respondió Glossin, mirando.

—¿Y cómo teniendo tan estrechas relaciones con el difunto Ellangowan, no os presentasteis aquí para hacer vuestra declaración?

—El día mismo en que sucedió esa desgracia, vine que a Londres para un negocio urgente.

—Escribano, apuntes su respuesta. Y ese negocio, Mr. Glossin, se reducía sin duda a girar estas tres libranzas a vuestra orden contra los señores Brown y Van Bruggen, aceptadas por cuenta de dichos señores por un tal Dirk Hatteraick, el día mismo en que se comió el asesinato.

Todos echaron de ver que Glossin estaba un demudado oyendo estas palabras.

—Estos documentos irrecusables — prosiguió Pleydell — comprueban lo que ha declarado bre vuestra conducta en aquella ocasión el mudo Gabriel Faa, a quien hemos hecho testar, y que fué testigo presencial de todo lo que pasó entre vos y este hombre fornido. ¿Tenéis algo que responder?

—Mr. Pleydell — dijo Glossin con mucha seguridad —, si fuerais mi abogado, no me aconsejarías que respondiera inmediatamente a una acusación hecha por un miserable, que parece suelto a sostenella a costa de un perjuicio.

—Mi consejo — dijo el letrado — dependería de la opinión en que os tuviera de inocente o culpado; pero en el caso en que os halláis, creo me tomáis el partido más prudente. Bien podréis que voy a dar orden de prenderos.

—¿Prenderme! ¿Y por qué?, ¿como acusado asesinado?

No por cierto; como complicado en el robo de un niño.

Delito es ése que admite fianza.

Dispensad, Mr. Glossin; ese delito es un *casus*, *plagium* es felonía.

—Es cierto que quisiera que estéis equivocado, Mr. Pleydell, y para probarlo no tengo que citaros el caso de Torrence y Walde, en duda os acordáis que estas dos mujeres, habiendo prometido a unos estudiantes el ceder de un niño, robaron una criatura, le dieron muerte y vendieron su cuerpo a los estudiantes por tres chelines y medio. Las dos mujeres fueron ahorcadas, pero a causa del homicidio y no del rapto o *plagium*. Es menester no confundir las leyes civiles con las criminales, Pleydell.

—Todo eso será muy santo y muy bueno, mientras se averigua la verdad ante el tribunal superior, iréis a visitar la cárcel del mudo. Constables, llevéme a Mr. Glossin y Hatteraick, y cuiden de que no tengan entre ninguna comunicación.

Después que los señores comparecieron ante el magistrado, el gigante Gabriel, en quien al punto conoció Bertrán al cazador de zorras que había visto en Charles Hope. Confesó que había desertado del *sloop* del capitán Pritchard, y había pasado a los contrabandistas durante la guerra. Declaró que el mismo Dirk Hatteraick había pegado fuego a su lugre, salvándose en unas lanchas, con su tripulación y casi todo el cargamento a favor del viento y de la corriente, que entonces se refugiaron en la bahía de Warroch, donde se proponían aguardar

hasta la noche; que Hatteraick, Van Beest Brown, su tío, y otros tres incluso el (Gabriel), salieron a buscar por los alrededores a algunos de sus compañeros y que encontraron por casualidad a Kennedy; que Brown y Hatteraick, sabiendo que era la causa de su desastre, habían jurado matarlo, y que, aprovechando aquella favorable ocasión, le asesinaron en efecto; que en seguida tiró cada cual por su lado y todos volvieron a la cueva, y que allí, después de haber precipitado a Kennedy desde el alto del risco y viendo que aun respiraba, había logrado, con ayuda de Brown, desgajar sobre él un pedazo de la roca, se presentó Glossin de repente; que Hatteraick compró su silencio a costa de la mitad de las mercancías que había salvado, por las cuales le dio a buena cuenta tres libranzas contra la casa Van Beest y Van Bruggen, obligándose además a llevarse a Holanda al niño Enrique, de modo que jamás se volviese a saber de él en la corte. Declaró también Gabriel que nunca había perdido de vista a Bertrán hasta su llegada a la India, pero que allí se habían separado y no lo volvió a ver hasta que lo reconoció en Charles Hope; que inmediatamente dio cuenta de su regreso a su tía Meg Merrilies y a Hatteraick, de quien sabía que estaba en la costa; que la gitana se había enfadado mucho de que hubiera dado semejante aviso al capitán contrabandista; que le había declarado que haría cuanto pudiese en su mano para restablecer al joven Ellangowan en sus derechos, aun cuando tuviera para ello que perder a Dirk Hatteraick; que muchos granos la habían ayudado en la ejecución de sus planes, porque estaban persuadidos de que obraba por inspiración, y por efecto del mucho respeto que le profesaban; que para que Bertrán no creyese de nada, le había entregado el tesoro de la tribu de sus tías demoradas; que muchos granos estaban mezclados entre el gentío el día del ataque de la aduana de Portanferry para salvar a Bertrán, lo que él había ejecutado por encargo de su tía Meg; y en fin, que ésta le había dicho siempre que Enrique Bertrán debía llevar colgado del cuello un signo que descubriera su nacimiento; que este signo era un talismán que había hecho padecer a los señores de Orléans, y que había persuadido a los contrabandistas que se le habían perdido su bapete y les sucedieran grandes desgracias.

Sacó entonces Bertrán del pecho un saquito de terciopelo, que había llevado consigo desde su infancia, que los contrabandistas le habían encargado en efecto que conservara con todo cuidado, y que él lo había conservado, tanto por el capricho de tener supersticioso, como por la esperanza de poder algún día hacerle descubrir a sus padres. Abrieron inmediatamente el saquito, y hallaron en él, envuelto en dos cubiertas de pergamino, un horóscopo en regla, que el coronel reconoció por ser el mismo que él había sacado y escrito años atrás en la quinta de Ellangowan. Confesó entonces Mantering, para mayor comprobación de la identidad del joven Bertrán, que la primera vez que estuvo en Escocia había temido la humorada de hacerse pasar por astrólogo.

—Ahora — dijo Pleydell al escribano —, extended la orden para hacer llevar a la cárcel a Glossin y a Hatteraick hasta que se les sustancie la causa. Lo siento por Glossin.

—Pues no me parece — dijo Mantering — el más digno de compasión de los dos. Si el otro es un desalmado, a lo menos es valiente.

—Es muy noble, coronel — dijo el letrado —, que vos os intereséis por el burlador y yo por el pícaro: efecto del oficio. Pero creedme, Glossin hubiera sido un abogado de los pocos que hay, si no se hubiera aficionado al lado malo de la profesión.

—Las malas lenguas dirían — observó Mantering — que no por eso sería peor abogado.

—Las malas lenguas mentirían como suelen — repuso Pleydell—. Las leyes son como el ladino, mucho más fácil es engañarlo a diestro

y siniestro, como un sacamuelas, que aplicarle con tino y prudencia, como un buen facultativo.

CAPITULO LVII

[Incapaz de vivir o de morir, ¡Oh corazón de mármol! Ea, muchachos, llevadle al tablado.]

SHAKESPEARE. *Mérida* por *medida*

La cárcel del condado, era una de aquellas antiguas torres feudales que subsistían aun para ignominia de Escocia, hace pocos años. Llegado que hubieron a ella los presos y su escolta, Hatteraick, que era conocido por hombre tan forzado como emprendedor, fué metido en un calabozo que llamaban la sala de los reos de muerte, que era una estancia muy espaciosa, situada en el piso más alto de la cárcel. Cruzaba en su nivel una barra de hierro del grueso de un brazo, colocada como seis pulgadas sobre el suelo del suelo y sostenida clavada en las dos paredes laterales. Pusieronle a Hatteraick en los pies dos grilletes prendidos con clavos bien remachados, de los que pendía una cadena del largo de cuatro pies, cuya otra punta estaba amarrada a una argolla de hierro metida en la barra de que acabamos de hablar. De este modo podía el preso pasearse en un extremo al otro del cuarto, sin alejarse de la barra, y sin que le permitiera la cadena. El carcelero, después de haberle puesto los grilletes del modo que dejamos explicado, le quitó las esposas que tenía en las muñecas, y le dejó, salvo las precauciones indicadas, en absoluta libertad.

Llegó Glossin al poco rato, y en atención a su clase y a su educación, lejos de ponerle grilletes y de meterle en un calabozo como a su compañero, le destinaron un cuarto bastante decente, bajo la inmediata inspección de Meg Guffog, que después del incendio de la aduana de Portanferry había obtenido en aquella cárcel un empleo inferior de simple carcelero. Abandonado a sí mismo en aquella soledad, pudo Glossin calcular a su sabor todas las probabilidades en pro y en contra que se le ofrecían, y no quiso resolverse a perder toda esperanza.

—En cuanto a que me quedaré sin los bienes — decía — es cosa que no admito duda y a que es preciso resignarse — ni Pleydell ni Mac-Morlan harán ningún caso de cuanto yo diga. Mi reputación... ¡ah!... Demé Dios vida y libertad y yo sabré ganar honra y provecho. Veamos: Bertrán era un niño cuando le robaron; su declaración es, pues, insuficiente; el otro tonto, Gabriel, es un desertor, un gitano, un hombre fuera de la ley; tampoco puede ser válido su testimonio, la arrastrada de Meg Merrilies ya murió... Pero esas milicias libranzas! Hatteraick las recogerá, como si lo viera, ¡para amenazarlos, para amenazarlos, para chuparme dinero! No hay remedio, es preciso que yo vea a ese bergante, que lo cateague, que lo reduzca a tener firmeza... en fin, que procuremos dar otro giro a este negocio.

Meditando, entonces, nuevos ardid para cubrir sus antiguas maldades, empleó su tiempo en discutir y combinator los proyectos de escape que llegó la hora de la cena, que le sirvió su antiguo conocido Mac-Guffog. Empleó Glossin todos los agasajos que pudo sugerirle su astucia para hacersele propicio; hizo beber un par de copas de aguardiente y acabó por suplicarle que le proporcionase los medios de ver a Dirk Hatteraick.

—Imposible! Absolutamente imposible! — replicó el carcelero —; me lo ha encargado expresamente Mr. Mac-Morlan; el capitán así se llama en Escocia el alcaide no me lo permitirán en su vida.

—¿Y cómo lo ha de saber? — dijo Glossin poniéndole en la mano dos guineas.

Tomó en peso el oro el carcelero, le miró con ternura y se le metió en la faltriquera.

—¡Ah, ah! Mr. Glossin, y como se ve que

conocéis los usos de la casa. Pues bien, a la hora del registro, volveré y os llevaré a su calabozo, pero habéis de pasar allí la noche, porque tengo que entregar todas las llaves al capitán y no me las devolveré hasta mañana. Mañana haré mi ronda a media hora antes de lo acostumbrado y volveremos aquí sin que nadie sepa nada.

Al toque de las diez, volvió Mac-Guffog con un ardo de llaves en una mano y una linterna sorda en la otra.

—¡Quitao los zapatos —dijo a Glossin en voz baja— y seguidme.

Obedeció Glossin sin responder palabra, y apenas salieron del cuarto, Mac-Guffog, haciendo como que cumplía su deber según costumbre, dijo en alta voz para que le oyeran de lejos: —¡Buenas noches, caballero, buenas noches! —y luego la llave y corrió los cerrojos metiendo mucho ruido. Hizo subir a Glossin una escalerilla empinada y angosta, en lo alto de la cual estaba la puerta de la sala de los reos de muerte; abrióla, entregó a Glossin la linterna, cerró la puerta y se retiró.

Era una espaciosa la estancia en que se hallaba Glossin, que durante algunos momentos no fue suficiente la escasa luz que llevaba para hacerle distinguir bien los objetos. Al fin, familiarizándose poco a poco sus ojos con la oscuridad, vio un miserable jergón al otro lado de la barra de hierro, y sobre el un hombre tendido, al que se acercó pasando por encima de la barra.

—¡Dirk, Hatterick! —dijo llamándole.

—¡Truenos y rayos! —exclamó Dirk incorporándose y haciendo crujir sus cadenas con aquel rápido movimiento—; ¿será acaso mi sueño una realidad? ¡Dios de ahí v. diéjame en paz; eso es lo mejor que podéis hacer!

—¿Cómo, amigo mío! ¿Es posible que así os abata el temor de algunos días de cárcel?

—¿Algunos días de cárcel? ¿Y qué me esperas en seguida sino la horca? ¡Ea, ead, desahogaos! ¡Arreglaos como podáis y quitadme esa luz de los ojos.

—¡Bah, bah! Amigo Dirk, no hay que acovarse. Traiga un plan admirable.

—¡Dios al infierno con vuestros planes! —repuso su cómplice— ¡vuestros planes son los que me han hecho perder mi buque, mi cargamento, mi tripulación, ahora para fin de fiesta vengo a costarme el pellejo. En este momento estaba soñando que Meg Merrilies os traía aquí arrastrando por los pelos, que me daba el cuchillo que llevaba siempre colgado de la cintura... y ¿sabéis lo que me decía? ¡Truenos y tempestades? ¡Cuidado con lo que hacéis, no sea que me tiende el diablo!

—Amigo Hatterick, levantaos y escuchadme.

—No quiero! —respondió el bárbaro gruñendo como un perro de presa—, ¡no quiero! Vos tenéis la culpa de todo; vos fuisteis el que se empeñó en que no se quedara Meg con el chico. Ella se lo hubiera devuelto a sus padres cuando ya no se acordara de lo que había visto, y nada de lo que nos está pasando nos hubiera sucedido.

—Pero, Hatterick, amigo mío, eso es delirar.

—¿Cómo que delirar! ¡mil rayos! ¡Negaréis que el maldito ataque de Portanferry, que me ha costado mi buque y toda mi gente, fue una de vuestras invenciones y por supuesto sólo en beneficio vuestro, como siempre?

—Ya, pero vuestras mercancías...

—¡Malditas sen ellas, amén! Ya hubiera voy, buscado otras, pero perder mi barco, ¡mil demonios! ¡mil compañeros, mi propia vida, por un miserable cobarde que no sabe hacer el daño sino con mano ajena! No me habéis una palabra más... o tendréis que sentir.

—Pero, Dirk... pero, Hatterick... escuchad siquiera cuatro palabras.

—¡Ni una! ¡Infierno! ¡Ni una!...

—¡Vamos!

—No, no! ¡Mil maldiciones! ¡No!

—Mal rayo te pata, pero tozudo, holandés

idiota —exclamó Glossin fuera de sí, dándole una patada en el pecho.

—¡Diables y truenos! —dijo Hatterick agarrándole del cuello de la cascaca—; ¿tú lo quieres? ¡pues toma!

Glossin, aunque desprevinido, resistió en el momento, pero fueron tales la violencia y la rapidid del empuje de Hatterick, que en breve cayó al suelo después de haber dado con la nuca un portazo terrible en la barra de hierro de que se venía hablando; en el suelo continuó la lucha, que en breve acabó con la muerte de Glossin. La estancia que caía perpendicularmente debajo de la sala de los reos de muerte era la de Glossin, y por consiguiente estaba vacía a la sazón; pero los presos que ocupaban el piso inferior, oyeron el ruido de su caída y algunos gemidos. Eran éstos, sin embargo, objeto harro familiar a los habitantes de aquel asilo de horror para excitar la curiosidad o del interés.

A la mañana siguiente, Mac-Guffog, fiel a su promesa, entró en el calabozo.

—¡Mr. Glossin! —dijo en voz baja.

—¿Más alto —respondió Hatterick.

—¡Mr. Glossin!, por amor de Dios, no hay que perder un momento.

—No saldrá sin que le ayuden —dijo Hatterick.

—¿Qué estáis ahí charlando. Mac-Guffog? —gritó el capitán desde su cuarto.

—¡Venid corriendo, por amor de Dios, Mr. Glossin! —repitió en voz baja el carcelero.

Presentóse en aquel momento con una luz en la mano el alcaide, y no fue menor su sorpresa que su horror al ver el cuerpo de Glossin tendido debajo de la barra, en una postura que no dejaba duda ninguna acerca de su muerte. Hatterick estaba tendido sobre su jergón muy sosegado entre a dos pasos de su víctima. Al levantar el cadáver de Glossin, vióse que había expirado hacía algunas horas y que llevaba evidentes señales de una muerte violenta. Su primera caída había afectado las vértebras cervicales, y tenía además el cuello del cuello seguro indicio de estrangulamiento que explicaba el negro color de su rosación.

—Tenía la cabeza caída sobre el hombro izquierdo, como si le hubieran retorcido el pescuezo con una fuerza extraordinaria; pareciera, pues, evidente que su encarnizamiento adversario le había asido por el gólete y no le había soltado hasta dejarle muerto. La linterna, hecha pedazos, estaba en el suelo junto al cadáver.

Mac-Morlan se hallaba a la sazón en el pueblo, y habiéndole enviado a llamar, acudió al momento a la cárcel.

—¿Quién ha traído aquí a Glossin? —preguntó a Hatterick.

—¡El diablo! —respondió éste.

—¿Y por qué le habéis asesinado?

—Para que vaya a guardarse a los infiernos.

—¡Miserable! ¡Habéis coronado con el asesinato vuestro cómplice una vida manchada con todos los crímenes, sin mezcla de una sola virtud!

—¿Sin ninguna virtud! —exclamó el contrabandista —; ¡mil truenos! siempre he sido leal con mis armadores, siempre les he presentado mis cuentas exactas sin faltar un céntimo. Y ahora que se habla de crímenes, heced que me den recado de escribir, para que los informe un par de horas? Y sobre todo que se lleven de ahí esa carroña, ¡mil rayos!

Mac-Morlan, después de haber extendido una relación sumaria de aquel nuevo acontecimiento, se retiró mandando que diesen a aquel malvado lo que pedía. Cuando volvió el alcaide a su calabozo, pocas horas después, le halló muerto; y los derechos de la justicia. Con una tira del jergón, atada por una punta a un hueso, resto de su comida del día anterior, bien clavado en una grieta de la pared, había hecho un nudo corredizo, y ciñéndole al cuello, había

tenido bastante resolución para dejarse caer como si fuera a arrojarse, y para estar en esta postura mientras había conservado su sentido. La carta que había escrito de sus armadores sólo giraba sobre los negocios de su tráfico, pero como al referir los últimos sucesos de su vida, hablaba varias veces del joven Ellangowan, fue una nueva y última prueba que confirmó las declaraciones de Meg Merrilies y de Gabriel.

Para no tener que volver a ocuparnos de estas desgracias, añadiremos que Mac-Guffog perdió su empleo, aunque aseguraba y se ofrecía a jurar que había conservado su oficio. Glossin en su estancia. Sin explicación, sin embargo, se creó en el digno sochantre Mr. Skirgh, y en otros aficionados a lo maravilloso, quienes quedaron íntimamente convencidos de que el mismo enemigo había reunido a aquellos dos malvados, a fin de que su víctima manchada con todos los crímenes, terminara dignamente con el asesinato y el suicidio.

CAPITULO LVIII

Resumiendo lo dicho... para acabar de una vez.
DEAN SWIFT

Como Glossin murió sin dejar herederos, sin haber pagado el importe de los bienes Ellangowan, éstos por un orden regular fueron pasar a manos de los acreedores de G. G. dofrado Bertrán; y su hijo, haciéndose de su abuelo, podía desentenderse de las reclamaciones de la mayor parte de los acreedores. Confío la dirección de sus asuntos a Mr. P. dell y Mr. Mac-Morlan, sin más restricción que la de prevenirles que, aun cuando tuvieran para ello que volver a las Indias, querían que se pagasen hasta el último maravedí todas las deudas de su padre. Manerding, que había presente en el testamento, se dio esta instrucción: le apretó la mano, y, desde aquel momento empezó a reinar entre ellos la mejor inteligencia.

En este estado de cosas, no titubearon acreedores en reconocer los derechos del joven Bertrán, y en abandonarle la posesión de los estados de Ellangowan. Procedió al nombramiento de los acreedores, de los cuales se repartió había pasado a manos de Glossin, y con tantos los embolsos y las trampas se hallaron en sus cuentas, que el total de deudas quedó notablemente disminuido. dinero contante que se halló en las arcas mistress Margarita Bertrán, el importe de venta de sus muebles y la liberalidad con el cual ayudó por su parte el coronel, bastaron para pagarlo todo. No tardó Bertrán en ir a la posesión de la quinta de Ellangowan, donde se celebró su instalación en medio de las felicitaciones de todos los antiguos colonos y dependientes de su familia. Tan impacientemente Manerding de hacer empezar algunas obras que había proyectado con Bertrán, inmediatamente fue a establecerse con su familia a la quinta, donde seguramente no podía estar alojado con tanta comodidad como en Woodbourne.

La alegría de volver a su antigua habitación se apoderó de la cabeza al pobre Dond. De tres en tres subió las escaleras para llegar pronto a una especie de boardilla que antiguamente su cuarto, y que nunca le pudo hacerle olvidar la habitación mejor que ocupaba en Woodbourne. Pero una dolorosa reflexión vino a anular de repente su júbilo. «¿Los libros! Tres sales de la quinta de Ellangowan no hubieran bastado para contentarlos, y ni una sola quedaba en la casa. Enloquecido estaba en esta mezcla de alegrías y tristes pensamientos, cuando le empezó a llamar el coronel para que le ayudara a calcular en un plano bosquejado al interior las proporciones de las diferentes estancias que quería que se compusiera una grandiosa magnífica casa que pensaba hacer construir.

tento a la quinta, en un estilo adecuado a la magnificencia de las cercanas ruinas. Entre las varias picazas indicadas por sus nombres en el plano, observó Dominus con indecible placer, que una de las mayores llevaba el título de *Biblioteca*; conguiso a ella había un cuartito bien proporcionado, en que decía: *habitación de Mr. Sampson*.

—¡Prodigioso!, ¡prodigioso!, ¡prodigioso! exclamó Dominus, arrebatado de entusiasmo.

Mr. Pleydell tuvo que regresar pronto a Amburgo, pero volvió para las vacaciones de vechebuena, como había prometido. Cuando llegó a Ellangowan, sólo halló en la quinta al oronel, rodeado de sus planos que le entretenían y le ocupaban mucho.

—¡Ah, ah! —dijo el abogado—. ¡tan solo os llaman, amigo mío! ¿Por dónde están las niñas? ¿Dónde está la hermosa Julia?

—Ha salido a dar un paseo con Lucv, Carlos Hazlewood, Bertrán y el capitán Delasierre, mucho suyo, que ha llegado hace pocos días. Han ido a Dernelcheug a trazar el plano de una bahía donde Bertrán piensa establecer a Gairn, el que parece que trata de hacer decididamente a hombre bien. Conque, en fin, habéis despachado en el tribunal los negocios de nuestro amigo Bertrán?

—En un santiamén. Las vacaciones se acercan, y no se podía perder un momento. Le he hecho reconocer heredero de Ellangowan ante el tribunal de los mayores.

—¿Y qué tribunal es éste?

—Es una especie de saturnal jurídica. Habéis sabido, que una de las condiciones *sine qua non* para ser mayero o empleado subalterno en este tribunal supremo, es la de ser muy morante y muy burro.

—¡Bravo!

—Con arreglo a nuestros usos escoceses, todos los años al acercarse las vacaciones, todos esos mayeros se constituyen por un día en tribunal supremo, y es costumbre someter a su decisión algunos de los negocios más arduos y embrollados, especialmente los que tienen analogía con el de nuestro amigo Bertrán.

—El diablo no discurre otro tanto! Pero, hombre, eso es un disparate.

—¡Oh, bah! La práctica nos da el remedio contra lo absurdo de esa teoría. Algunos jue-

ces sirven de asesores a sus indoctos subalternos, y hacen las veces de apuntdores; generalmente esos negocios son los que salen mejor juzgados. Ya sabéis que Cujacius dice: *Multa sunt in moribus dissensientia, nulla sine ratione* (Hay en las costumbres muchas cosas contradictorias y muchas en las que no se ve razón alguna). En fin, el tal tribunal nos ha servido grandemente, y hemos bebido en celebridad muy buenas botellas de Jerez en casa de Walker. Mala cara pondrá Mac-Morlan cuando vea la cuenta.

—No hay cuidado, ya haremos frente a todo, y aun daremos a toda esa gente de por acá una famosa comilona en casa de mi amiga mistres Candlish.

—¿Y tomaréis a Jack Jabos por vuestro caballerozito mayor? —preguntó el abogado.

—No es imposible.

—¿Y qué se ha hecho Dandy, nuestro temible señor de Liddelshale?

—Se ha vuelto a sus montañas; pero le ha prometido a Julia que hará una excursión por aquí a la entrada del verano con la buena mujer, como el dice, y con qué sé yo cuántos chiquillos.

—¡Canalla infame! ¡Sobre que tendré que jugar con ellos a la gallina ciega y al escondite!... Pero, ¿qué quieren decir todos estos planos? Torre en el centro como la del águila de Caernarvon..., nuestro principal..., alas... ¡Diablo!

—¿Queréis que esta casa coja a cuestras a la quinta de Ellangowan, y se eche a volar con ella?

—Ya cuidearemos de lastrar la quinta con algunas talegas de rupias de la India.

—¡Ah, bah, ya entiendo...! ¿Es decir que el pizarro de Bertrán me roba mi adorado tormento, mi hermosa Julia?

—Algo hay de eso, en efecto.

—Es mucho cuento, que siempre esos diablitos de mozuolos, estos *port-nati* nos han de dejar por puertas a nosotros, gente grave y de seso! Pero espero que Julia se interesará por mí con su anguita Lucy.

—A decir verdad, temo que también os presenten el fianco por esa parte.

—¿De veras?

—Aquí ha venido sir Roberto Hazlewood a hacer una visita a Bertrán, pensando, creyendo y opinando...

—No, no, no, por amor de Dios, pasad por alto las letanías del digno *baronet*.

—Pues, para ahorrar palabras, sabéis que el buen señor parece ser que ha calculado que la finca de Singleside separa dos tierras que le pertenecen, que dista unas cinco o seis millas de Ellangowan, y que, para la mutua conveniencia de los dos propietarios, convendría intercarse en una venta, un trueque o cualquier otro arreglo.

—¡Ya, ya! ¿Y Bertrán respondió que...?

—Bertrán respondió que consideraba como válido el antiguo testamento de mistress Margarita, pues ésta era el mundo más sencillo de arreglar sus asuntos de familia, y que, por consiguiente, la finca de Singleside pertenecía a su hermana.

—¡Tunante! Me robará el corazón como me ha robado el de mi amada. ¿Y luego?

—Y luego, sir Roberto se refirió haciendo mil cortesías; pero, pocos días después, volvió de nuevo a la carga en un coche con seis caballos, casaca de escarlata con muchos bordados, gran peluca bien empolvada..., en fin, con toda ceremonia...

—¿Y cómo se explicó el hombre?

—Habló con su elocuencia habitual del afecto que profesa Carlos Hazlewood a miss Bertrán...

—¡Estoy, estoy! ha respetado a Cupidillo cuando le ha visto encaramado sobre la colina de Singleside. ¿Y la pobre Lucy ha de ir a vivir con ese viejo ridículo v con su mujer, que es otro sir Roberto con faldas?

—En todo se ha pensado; ya están reparando para que la habiten los novios, la quinta de Singleside, que se llamará en lo sucesivo el Monte Hazlewood.

—Y vos, coronel, ¿os proponéis continuar en Woodbourne?

—A lo menos hasta que estén ejecutados esos planos. Estaré unas veces con mis hijos y otras veces solo, según el humor que tenga.

—Y estando, según veo, a dos pasos del antiguo castillo, podréis, cuando se os antoje, subir a la torre de Donagill para continuar con vuestras nocturnas contemplaciones de los cuerpos celestes. ¡Bien pensado!

—¡No, amigo mío, no! Aquí acaba *El Astrólogo*.

F i n d e "G U Y M A N N E R I N G"

LA PENSION VITALICIA

(CONCLUSIÓN DE LA PAGINA 7)

Así, su rabia la devolvía a los otros. Aun para representar mejor su parte, una mañana viéndolo pasar al viejo ante su tienda, quiso que se le acercara.

—Puro, venga aquí, ¡Santo Dios! ¿Por qué huey así? ¿Qué mal le hice?

—Ninguno a mí —respondió Maribito—. Pevo le había encarecido tanto cuidara de tierra a vuecencia y también a las pobres cas. Piro ha muerto, y yo..., yo no puedo comilona...

—¿Yo...? ¿Yo? —contestó el Maltés—. ¡No hablé! ¿Es Grégoli es un canalla. Por su no! ¿Pero también por culpa de usted, un no!

—¿Mía?

—Usted, de usted! Porque si usted con me mudo de ser, en lugar de evitarme como se hubiera robado, mientras Dios solamente a costa de qué sacrificio puedo darle esas a al día, si, en lugar de esconderse de mí decía —me hubiera ayudado con sus buenos consejos, ni usted ni yo estaríamos tan descontentos, ni Piro, acaso, hubiera muerto.

—Se convenció él mismo, el Maltés, de que en efecto, ahora que lo pensaba, quizás por que Maribito hubiera podido ayudarlo a darse de ese embrollón de Grégoli? Pero hejo quedó herido.

—¡Ah! ¿Entonces vuecencia quiere decir que Piro ha muerto por mí culpa?

—Por su culpa, ¡claro! Yo hubiera seguido sus consejos, sin dejarme llevar por la nariz de ése, que así se aprovechaba de mi inexperience. Roba a troche y moche, y se da aires de dueño. El dueño hubiera permanecido siéndolo usted, en cambio, desde lejos, y todo hubiera sido mejor. Yo le quiero bien, y deseo que euide de su salud. ¡Venga, venga siempre a verme, que acabaremos por entendernos!

Profirió en voz alta estas últimas palabras para que las oyese don Lucio, el joyero.

—¡Qué bien lo quiere usted a ese viejo! —guiño en efecto don Lucio, apenas Maribito se hubo alejado un poco—. Pero si busca persuadirlo por las buenas para que se muera pronto, esta usted soliva en vano. Cien años le va a vivir ese viejo, ya se lo he dicho.

Don Miguel Angel repitió su murca de costumbre y le enseñó los dedos de la mano.

—Todavía todos estos..., verá usted.

IV

Al cumplir cada quinceña, entretanto, Maribito acudía a lo del notario Ncio Zágara para percibir la cuota de su pensión vitalicia.

Don Nocio, por lo que se refiere a carne, no

poseía menos que Scint, pero era mucho más alto. Un gigante barbigón que llenaba toda la habitación donde tenía su estudio.

Ahogada en el tocino de sus enormes papadas, tenía una rubia, ridículísima, carita de niño, con dos ojitos claros, muy claros y ríjuelos. Rojizo y poroso como una fruta, la facierilla desaparecía entre los pliegues de las mejillas. En la redundancia de la papada escapaba la tierna punta del mentón, a la que entraban ganas de apretar con dos dedos, por simpatía a ese boudoir en el medio.

—Tengo apenas cuatro años —acostumbraba decir—, y me han hinchado así.

Siempre con ganas de bromear, viendo llegar a Maribito le preguntaba con la vellecita nasal:

—¿Qué dice, qué dice ese otro filisteo?

Maribito no comprendía esa palabra, y se quedaba mirándolo parpadeando. El notario le explicaba mejor.

—Don Miguel Angel, vamos, muy contento de usted no debe estar. Se portó mucho mejor Cuzpo Pace —Maribito, entonces, se encogía de hombros.

—Señal de que mi tierra le ha gustado.

—Sí, pero usted debería apurar. Yo sé que es un caballero.

Y le palmaba en la espalda. Sabía que los negocios del Maltés, desde hacía un tiempo,

no prosperaban ya como antes. Y como le agradaba el haber figurado, para Scine repetía este apólogo:

—Un globitio vivió en el cielo a la luna, y le entró el deseo de convertirse en luna. Imploró al cielo que arrancara de la mano la cuerdecilla que lo sujetaba. El viento accedió y se lo llevó arrojando arriba. Y el globitio, paff, ¡inventó!

—Esa última locura de la pensión a Marábito, por ejemplo, a causa de que el juego le había salido bien la primera vez, con ese pobre Pae! Pero la muerte sabe ser también bromista, si le place. —¡Ah!, ¿tú, tantas otras vez? Bueno. Iré a lo del viento, cuando me antoje. Y tú, entretanto, ¡paga!

—¿Dos liras di ya? ¡Es que no son nada! Eran mucho, y me desahogaban, para Marábito que no pagaba alquiler y que por la comida se arreglaba con pan y cualquier cosa, de mañana, y un poco de cocido a la noche, cuando no ensaldas, sin aceite, más dignas de las bestias que de los cristianos.

Se preparaba la comida en el hornillo del patio. El hornillo estaba bajo la ventanilla; en un turguro humoso y grasiento estaban todos los enseres de la cocina y la mesa. La cazuela y la marmala resquebrajada; una groselera de cerilla calcinada y pintada con ciertos pincelazos de rojo y de azul que intentaban ser flores, un roncador y un cuchillo de estaño. Todo comprado recientemente. El cuchillo era puntiguado, de esos de cabo de hueso. Marábito, como todo buen campesino, lo llevaba siempre en el bolsillo, aunque sólo fuera para el pacífico uso de cortar el pan.

Su habitación, con el techo de vigas, se había puesto amarilla, como el hombre y la costura de la pintura, en una pared, se había como encanecido y se caía a pedacitos. Ese hueco, desde hacía tantos años deshabitado y cerrado, se había llenado de polvo, el que, agrupándose, exhalaba un tufo de vejez que ya no se iría nunca.

Marábito no gustaba de ese sitio, así como no gustaba de la ciudad, a la que, cuando estaba en el campo, no iba casi nunca. Un poco a poco, comenzaba a reconocer algunas callejuelas, pero con el tiempo, y ciertos olores que le obligaban a detenerse, porque desprecaban en su alma desconocidos recuerdos de infancia. Se volvía a ver, muy niño, llevado de la mano por la madre, arriba y abajo por todos esos callejones resbaladizos, empedrados de guijarros como lechos de torrenes y siempre en sombra, oprimidos por los muros de las casas siempre escondidas, con ese poco de cielo que se dejaba ver en el hueco que quedaba libre, torciendo el cuello, y ni aun así podía verlo, cegada la mirada por la fulgurante luz que llegaba al espacio abierto, en San Gelardo, arriba en la colina. Pero, una vez llegado, de toda la ciudad no apreciaba nada más que techos. Techos empinados sobre tantos pisos, techos viejos, de tejas someros, o techos nuevos, rojos violentos o remendados, que pendían aquí y allá, y tenían más o menos. Alguna cumbre del tejado, con su campanario al lado y alguna terraza sobre la que sonaba el viento y se movía al sol la ropa tendida a secar. De su madre no guardaba buenos recuerdos. Era una mujer alta, enjuta, de cabellos ralos, con ojos sumidos, y su cuello muy largo, recordaba, con tanto de buche, como las gallinas. Viuda temprana, se había vuelto a casar con uno de Montepvoro. Y él, un niño, de siete años, fue llevado a trabajar en el campo, con un prioste del padre, hombre bestial, de rotos cabellos, que con el pretexto de enseñarle, lo golpeaba todas las noches, sin razón. Recuerdos lejanos, casi ya sin imágenes.

Tampoco de sus años transcurridos en América, en Rosario de Santa Fe, además de la impresión de tanto inabarcable mar que había recorrido para llegar y encontrarse que al otro lado en junio era invierno y que Navidad caía en verano (todo al revés), guardaba recuerdos.

Se había encontrado entre paisanos, emigrados como él, y llevados en bloque a trabajar la tierra que, en todas partes es la misma, como las mismas son, en todas partes, las manos que la trabajan. Y, trabajando, él nunca había pensado en nada, concentrado enteramente en sus manos y en las herramientas que empuñaban, para realizar el trabajo enmendado, que con más de cuarenta años, en ese lugarcito, donde el dinero ahorrado había logrado comprar, entre él y el árbol a podar, y la azada que afilar, o el huego que segar, nunca se había interpuso nada capaz de trastornarlo, y, fuera del filo acerado y luciente de esa azada y el corte de su podadera y de su hacha sobre las ramas de sus árboles y el rumor de la fresca hierba, apenas extendía la mano para aplastarla, y el olor que ese heno exhalaba desde su misma nariz, no había visto ni oído otro cosa nunca. Todas llenas de trabajos a cumplir, entonces. Eran sus jornadas, aun cuando Dios enviaba la buena agua, sobre la tierra sedienta; alforjas para que pulverizar, para las vides. Viendo ahora allí, en un rincón de su desván, algunos restos de sus utensilios rurales, una vieja hoz herrumbrosa colgada apenas de un clavo ante la puerta, encontraba en ese ocio, que para él era vacío, vaciedad en la mente y vaciedad del corazón, una humillación tal, que se inclinaba hacia allí, arrojándose en su colchón de paja, apenas allí, sobre el suelo, como un perro enfermo. No sobre el suelo, como un perro enfermo, sino sobre el suelo, como una mujer y esos hallaba siempre entre todas esas mujeres y esos hallaba siempre en la plazoleta de Santa Cruz. La tia Mila, que era la mejor del vecindario y mandaba a todas. La tia Gápita, que parecía una enorme olla resquebrajada, con su gran vientre como si siempre estuviera encinta. Doña Cruz, que chillaba desde la mañana a la noche, no solamente a sus cinco hijos, que no le dejaban dormir al sexto, siempre pegado a ese pellejo tan suco, que cuando se lo quitaba de encima obligaba a salir a escribir con asco, así como también a las cinco gallinas, al gato y al lechón que criaban en su casa, a escondida de los inspectores municipales. Y doña Carmencita, llamada la Flaca, y la tia Gesa, dicha La Machona, y todas las otras, hasta nunca acabar. Conoció cual era su mudo de ser, que no había nunca querido saber de faldas, ni aun de joven, todas esas mujeres experimentadas, pero por él un curioso sentimiento que, un poco, les hacía sonreír a escondidas, especialmente a los que los veían, embarazado y tímidos, defenderse aún y zafarse de algunas innecesarias atenciones que, sabiéndolo solitario, querían tener con él. No había ni un asomo de menoscipio en ese sentimiento que aun estaba dispuesto a reconocerle cierta asucia, por haber demostrado que comprendió a tiempo lo que, de costumbre, la querida estupidez de los hombres no comprenden. Esto es, que lo que las mujeres dan y que para los hombres es tanto (al punto de obligarlos hasta a cometer locuras), para ellas es menos que nada y ellas también su placer. Cuando uno no se ha dado ese placer, para no darlo a su vez a las mujeres, pagándolo como todos los demás hombres lo pagan, eso era para ellas, en el fondo, una actitud de sabio. Y encontraban satisfacción en hacerlo ver que todavía estaban dispuestas a servirlo alegremente, a pesar de no haber obtenido nunca nada de él.

Esto, aún, nunca fue evidente, otro sentimiento que lo era ya de caridad hacia él, sino de irritación contra el Maltés y de pena, aun viva, por aquel pobre Cuzzo Pace, que murió apenas cumplidos los seis meses de la pensión vitalicia. Esta vez, esa "sanguijuela de los pobres" no debía salirse con la suya, y todas cuidaban por turno de Marábito, como si de verdad se comprometieran a hacerlo vivir cien años para vengarse del otro.

V

—A menos que ese canalla de Maltés tuviera ciertamente un pacto con el diablo. "Otros cin-

co años". Y en efecto, he aquí que apenas entró en su octogésimo año, Marábito se enfermó.

Viendo esa mañana permanecer cerrada la puerta del desván, las vecinas, preocupadas después de haber llamado a los pies, en vano con las manos, las rodillas y los pies, enviaron por la policía, mientras se quedaban ante la puerta, esperando y llamando de toda manera al vecino.

—Tío Mará... Tío Mará...

—¡Vejitio bueno!

—¡Díganos algo, por lo menos!

Forzada la puerta, encontraron hasta donde estaba, ya seguros de encontrarlo muerto.

—¡No, no, tiene los ojos abiertos, tiene los ojos abiertos!

Pero brillaban a causa de la fiebre. «¡Díganme algo, allí, en el suelo como un perro, sobre ese colchón de paja! Lo primero que necesitamos a hacer fué transportarlo al piso bajo para que por lo menos tuviera un poco de aire, y no se lo devoraran las ratas (como había sucedido alguna vez). Prepararon a toda prisa un lecho, quitiendo los caballetes, quitando las tablas, quitiendo un colchón y un par de sábanas limpias y una manta. Y llamaron al médico. La tia Mila, entretanto, había sido llamada, como se trataba de una pulmonía, pero de las buenas, y no de las malas. En cambio, la tia Gápita, según el costumbre, agitando los brazos:

—Pulmonía! ¡Salga de ahí! ¡Qué médico, ni que médico! ¡Déjenme a mí! ¡Esto es solo mal de ojo!

Y con la ayuda de doña Gápita y de doña Carmencita, se puso a levantar la cama, cuando a su alrededor toda clase de amuletos, Herraduras, cuernos de cabra, saquitos colados llenos de sal. Requisito para esas enfermedades de vecindario y las apoyó junto a las paredes, aquí y allá, cerca de la puerta, como para que cuidaran de la entrada.

Cuando el médico vio ese lecho, así adornado, se indignó:

—¡Quitren en seguida esas porquerías!

Y confirmó, con mucha satisfacción de la tia Mila, que se trataba de un caso de pulmonía y grave, y aconsejó que el enfermo, después de cuidados del caso, que él llevaba al hospital.

Pero él se quejaron las vecinas con violencia. Porque ellas estaban allí para verlo morir, y él se lo llevaba a casa, para verlo morir, de día y de noche y curarlo afectivamente, de acuerdo a las prescripciones médicas, sin necesidad de llevarlo al hospital, además de los pobres van solamente para que estudien los señores médicos, y morirse después.

Apenas salió el médico, y cuando la tia Mila dió señales de exclamation:

—¡Ven, ¿yo tenía razón?

Doña Cruz le plantó en la cara la mirada de esos ojos feroz y cortó hasta su casa para tomar un chal, gritando a la tia Gápita:

—¡Hágame el favor de echar una ojeada a estas criaturas!

Volvio a poco rato con la Malancho, que era una vieja bruja, famosa por curar el mal de ojo, negra como la pez, con ojos de lobatr y una boca enorme, de la que salía una roca y voz masculina.

Esta se fue traer un lebrillo lleno de agua y una anpillota de aceite. Ordenó que se cerrara la puerta y que el enfermo fuera sostenido para sentarlo en la cama. Luego encendió un cigarro y puso sobre la cabeza del lebrillo y la anpillota, poco a poco, una gota de aceite en medio del agua. Todas, a su alrededor, miraban temblando el aliento. Con los ojos fijos en esa gota de aceite fluctuante, Malancho se puso a borbollar incomprensibles conjuros y la gota de aceite, poco a poco, comenzó a extenderse, dilatarse.

—¿Y ahora? ¿Ven?

En el lebrillo, ante la incierta luz, el círculo tremolaba un disco luciente como una luna.

Las vecinas se habían empinado sobre la punta de los pies, asombradas. Alguna de ellas se golpeaba en el pecho con el puño, estupefacta. Malancho arrojó por fin el agua del lebrillo en un rincón.

—¡Tratando, querida señora, es necesario sin embargo hablar. ¿Qué se le puede hacer? ¡Pasaré como es dejar ahí una vena y perder la sangre good a ger ahí mismo! —
 —¡Nunca! —exclamó la viuda. Eso aserá, es capaz de haceme morir a mí y a mis hijos. Vámos... ¡Nada! ¡No quiero saber más nada de él!

—Bueno —concluyó el notario—. En este caso podría presentarle una buena propuesta. Hay quien asumiera hacerse cargo del contrato con Marabito. Un amigo mío. Le hice notar que el pobre Miguel Angel pagó durante seis años la pensión. ¿Lo siento mucho? No le dijo mi amigo que le había otorgado el obligó? Peor para él si pago... pero vale hablé entonces de la cabía nueva que le va varios miles y aun no está concluida. Entonces él se manifestó dispuesto a dar algo por la casita. Unas tres o cuatro mil liras, a lo sumo. De manera que si usted, señora, acepta esta propuesta, se meterían, como suele decirse, dos pájaros de un solo tiro, o sea, librarse del jettatore y de una vieja deuda. Como usted ha podido comprobar por los documentos que le he presentado, el pobre Miguel Angel no debía cinco mil liras. De manera que si usted acepta esta propuesta, las tres o cuatro mil liras (¡confiemos en que sean cuatro mil!) que el nuevo contrayente dará por la casita, irían a saldo de mi deuda. Yo me contento. ¿Y usted?

Muy contenta ella también. Y el notario regresó a su estudio cuando ya había caído la noche. Marabito lo esperaba.

Don Nocio, apenas lo vio, colocó sus manos en sus hombros y le dijo exhalando un gran suspiro:
 —Una vez había un padre que se lamentaba así: «No lo lloro porque mi hijo pierde en el juego, lloro porque quiere rehacerse jugando todavía». Estaba en descubierto por cinco mil liras con el Malés. Para no perderlas como la casa enorme locura de mi vida. Siéntese. ¿Cuántos años tiene?

—Ochenta y uno —respondió Marabito sentándose.

—¿Y todavía no está contento? ¿Qué intenciones tiene usted?

El viejo se quedó mirándole, sin comprender.
 —Ah... ¿se hace el que no comprende, eh? Está viviendo mucho usted, mi querido Marabito. ¡Foe vicio! Y debería quitárselo...

Marabito sonrió y levantó una mano con gesto vago:

—La vida, Vucencia —dijo— parece larga, pero pasa. A mí me ha pasado como si hubiera estado asomado a una ventana.

—Muy bien —exclamó don Nocio—. Y tiene usted intenciones de permanecer asomado todavía por mucho rato a esa ventana.

—Para mí —respondió el viejo—, si la muerte viene a cerrármela allá mañana, me dará placer. Morir, sí, Vucencia. No se necesita nada para ello. Pero vivir de propósito no se puede, si Dios quiere. Debe establecerlo El, y yo estoy dispuesto a su voluntad. ¿Qué tiene que decirme, señor notario?

El notario lo citó para el día siguiente. Renovaría el contrato de la pensión vitalicia, suministrando él todos sus términos.

—A pesar de que... —dijo, abriendo los brazos y abandonando en ese punto el continuar la frase.

El viejo, ya en la calle, levantó un dedo hacia el cielo lleno de estrellas y juntó sus manos, como para significar:

—Ruegue a Dios...

VII

Cuando la señora Nela vino a saber que el amigo de que había hablado el notario Zigarra, a propósito de la pensión, era únicamente él, pareció verdaderamente que se volvía a la vida. Ya había sostenido que don Nocio debía haberse comido de la herencia dejada por el marido. ¿Era posible que el más rico comerciante del lugar hubiera dejado a su familia en tan

triste situación? La prueba, ella allí al canto. Zigarra no había tenido el valor de confesarle que el contrato con el viejo lo había renovado él, por su cuenta, en condiciones de verdadero usurero. ¿Y si lo renovaba por su cuenta no era señal que se trataba de un buen negocio?

—¡Aprovechase así de una pobre viuda! ¡de dos pobres huérfanos! —gritaba a la gente que acudía a dolerse de sus calamidades... ¡Feca acción que exige venganza ante Dios! ¡Ladrón! ¡Ladrón!

Causa de todo mal ya no lo era Marabito, ahora, sino el notario. Fibra en Dios, sin embargo, para que aquella granjilla, donde el beato finado había enterrado tanto dinero, sin haberse gozado nunca no se le gozaría tampoco el otro. Y un día envió a buscar al viudo.

Marabito se le presentó, todo afligido y perplejo. La señora Nela, apenas lo vio, removió sus llantos en chillidos. Luego prorrumpió:

—¿Ve? ¿Ve lo que ha hecho? El viejo también tenía los ojos llenos de lágrimas.

—¡No llore! ¡No llore! —le gritó de pronto, con rabia, la señora Nela—. Con una sola condición puedo perdonarle a usted: que haga a a, a ese bandido, lo que usted le hizo a mi marido! ¿Desuéllelo vivo, hágalo morir como que usted y lo perdono! No arriesgue morir ahora, ¿sabe? ¡No debe gozar de la granja ese bandido! Si es usted cristiano, si tiene usted conciencia, si tiene honor, viva... ¡viva siempre con salud, se lo suplico! ¿Erguido y fuerte hasta que ese otro no reviente! ¿Me ha comprendido?

—Evidencia, sí... como usted mande... —respondió el viejo así conminado, aturdido ante aquel furioso torrente de palabras—. Pero, señora nita, créame, estoy mortificado, y sólo Dios sabe lo que siento en estos momentos. ¿Podría jamás creer, podía nunca esperar que viviera yo tanto?

—¡Y mucho más, mucho más debe usted vivir! —volvió a decir la señora Nela con renovada furia—. Para castigo de ese enredador... ¿Cuídesle! Si le hace falta algo díganlelo y venga a verme. ¿Que hasta el pan de la boca me quite para darselo a usted? ¡Tiene ropa? Espere... le daré yo... ahora tengo... ¡lo de mi pobre difunto!... Tiene que cuídesle del frío, ahora que el invierno llega. ¡Espere, espere! —Y a la fuerza quiso hacerle un gran fardo con algunos trajes viejos del marido. Al descolgarlos del armario, lloraba, se moría los labios, revolvía los ojos, se tragaba las lágrimas.

—Espere... espere... ¡lo difunto, cuando iba chaqueta. Se la ponga, tenga, tenga... ¡Llévesela, le abrigará contra el frío y contra la lluvia y el viento... Cuídesle de las corrientes de aire; a su edad... ¡Sopla siempre tan maldito viento en esta ciudad!

Marabito no pudo negarse a cargar con esos regalos, que no demostraban ni caridad ni benevolencia hacia él, y se retiró avergonzado a su desván.

—¿Fué de casa, Marabito? ¿Qué trae? —le preguntaron las vecinas, alegremente, creyendo que él traía cosas para la dote de la huérfana. Pero viéndolo que era ropa del Malés, hicieron los conjuros de su ritual:

—¿Esa porquería se trajo? ¡Arrójela a la basura pronto, sin tocarla ni con un dedo!

El viejo alzó los hombros y deshizo lentamente el atado. Pero esa noche, con la ropa del muerto en su desván, no pudo cerrar los ojos y le pareció que transcurrían mil años antes de que apuntara el sol para salir a deshacerse de esa ropa y darle la limosna a los que eran más pobres que él.

Le quedó, desde entonces, una sombra de tristeza sobre el rostro, que se adensaba cada vez más cuando regresaba de percibir las cuotas de su pensión. El notario, para decir la verdad, no lo trataba mal, pero siempre echándole en cara lo mismo, sobre su feo vicio de

estar viviendo demasiado. Y el pobre viejo sufría. Jamás, en su vida, había dependido de nadie, y aquí que ahora vivía únicamente para pensar sobre sí y sobre los demás. Ese ir, cada quince días, a que le pagaran el descuento de esa lira, se había convertido para él en una verdadera condena, y de todo corazón deseaba, cada vez que regresaba de casa del notario, que fuera la última. Pero los días pasaban y pasaban los meses, y los años. Su pobreza aumentaba y la muerte le robaban sus cuidados. No permitía que él, de noche, se durmiera mucho para conversar con ellas, sentada ante la puerta de la casa.

—Entrese... hace frío. En seguida vamos nosotros.

Esperaban que sus hombres regresaran de sus trabajos o de sus campos o de las fraguas o de las fábricas; su primera visita era para el viejo. Y, en el desván, después de su flaca cena, se recostaban allí, en las noches de invierno, para acompañarlo. Los hombres fumaban su pipa, las mujeres tejían y obligaban al taciturno viejo a que hablara de su prolongada vida, de América lejana, donde había estado cuando joven y en donde se había acostumbrado a crecer de todo.

—Mejor negro pan, que hambre negra. Así había podido juntar el capitalito que apenas regresa a su patria, le permitiera comprar una tierra, allá. Y poco a poco, hablando de los años de su trabajo, el viejo se aliviaba del peso de su melancolía. Hablaba de todo. Sabía de todo. ¡Había visto cada cosa!

—¡Usede! ¡Oh! Santa María! ¿Y usted qué sabe! —le decían sin embargo, moviendo la cabeza algunas de las vecinas más jóvenes. Usted es como si fuera un niño.

Y todas las demás mujeres rián. Estas conversaciones nocturnas, sin embargo, no se prolongaban hasta muy tarde, sea porque los hombres debían levantarse al alba, sea porque querían cansar al viejo demasiado. Le deseaban las buenas noches, le encarecían cerrar bien la puerta y llamar si necesitaba de algo. Luego al descender del desván, cambiaban en voz baja, entre ellos, sus impresiones sobre el estado en que lo dejaban.

—¡Cien años! ¡Cien años vive, como que un Dios! —le decía a poco le faltaba... ¡maravilla!

—Sí, pero muchas veces, aun encontrándose fuerte así, de golpe... a esa edad nunca se sabe. Mueren como los pájaros. Y se daban vuelta para contemplar con los dedos la puerta cerrada del desván, sobre la plazoleta desierta, cuyas losas brillaban bajo luna:

—¿Quién sabe si el viejo mañana abrirá la puerta?

VIII

Durante años y años, la primera en abrirle la alba, en la plazoleta, fue siempre aquella vecina. Era, sin duda, una extraña la muerte.

Mallés antes y a la vez al notario Zigarra. Y ella se acordaba grandemente en todo el barrio, de la transcurrida sin que, tres o cuatro curules no se dirigieran a la plazoleta para ver al

lo que «por castigo no se moría». Habían formado en el lugar, alrededor de Marabito una especie de leyenda que lo presentaba vivo, enhiesto, obstinado en vivir por despectos curiosos experimentaban de improvisación, ante un desengaño, al verse, en cambio, y esquivo, que se hubiera rudamente de sus miradas y a preguntas, que, en sus oídos, sonaban cual

laciones para el pobre notario, a quien, no se debía elogios, sino que compadecía sinceramente por el daño que ese obstinado en vivir, a todo despecho, le causaba, sin placer alguno a él.

—¡Déjenle tranquilo! ¡No me fastidien! —gritaba, humillado y exasperado a las vecinas que iban a estrecharle a su desván, donde había escondido ante la aparición de algún conocido en la plazoleta de Santa Cruz.

Las vecinas no le hacían para su mal. Esa curiosidad de todo su barrio le parecía de buen augurio, para que él, viejo que ellas cuidaban, como si alguien no le hubiera cuidado a su custodia, para que, verdaderamente, se cumpliera un milagro. Y por esto, en turno, lo mostraban a todos.

—¡Pasado mañana, noventa y cuatro! ¡No se muere ya!

Cerca de veinte años ha, cuando el vino del campo para instalarse allí, ellas tenían los cabellos rubios, o negros. Y ahora, helas allí: ¡grisés! ¡blancos! mientras el viejo permanecía tal cual era. Para todos pasaba el tiempo. Para él, no. Hubo de haber muerte también. Zúgano, el de al lado. No era, entonces, cosa de afirmar que la muerte no había pasado por la plaza. Pero fue como si ese desván del viejo no existiera para ella.

Maribito escuchaba, atónito, ese razonar de las vecinas, tan reiterado, pero, cada vez, al oír nombrar a los muertos en el vecindario, todos muchos menos viejos que él y necesarios aun a sus respectivas familias, se callaba. Y los rasgos por los años. Las lágrimas le rodaban por los surcos de sus arrugas, hasta la boca sumida y crispada. Y, entonces, llevaba una mano trémula a esa boca y con los nudosos dedos apretaba sus labios.

—Y ¿Esa — decían, en seguida, las vecinas para distraer al viejo, señalando a Anita, su protegida—. Tenía apenas dos años, pobre huérfana, cuando vino aquí y ahora, ¡qué muchachona! ¿eh? El duelo había prometido pensarlo a ella, pero, desde hace un tiempo, se porta muy mal, demostrando no querer bien a nadie.

En efecto, Maribito había convertido su vejezidad en una idea fija. Comenzó a creer, muy de veras, que la muerte se había olvidado de él, de propósito, para cometer esa burla a que todos se referían. Ya su tierra, entre el dinero que había recibido del Maltes y lo que él había percibido del notario Zúgara, había sido y requerida. La muerte, entonces, atendiendo aún de pie, se divertía realmente, haciéndole cometer una mala acción; haciéndole crear una parte de embudo, ¡eso es! El no quería. Todo el lugar se reía, como si el viejo contrara placer en vivir así, a costa de otros. En cambio, ¡no!, ¡no!, ¡no quería, no quería más! Y los cuidados, los consejos preñados de las vecinas lo enfadaban. ¡Acaso no verían reír ellas también a sus expensas? Y se ponía al frío, de intento; salía de su desván antes del tiempo era feo, de intento; y de intento regresaba calado por la lluvia y se rebotaba en ellos lo acusaban de ser un viejo tonto y se reían apresuradamente en su desván para burlarlo de ropa y abrigarlo en su cama.

—¡Déjenme! ¡Déjenme! ¡Quiero morir! ¡Eso lo quiero buscar! Estoy cansado... Se le ocurrió también, que, acaso, una fueran, de ultratumba, lo manuscrito; el albañil de Guizzo Pace, quien ciertamente había estado llorando su granjita perdida por su dinero. Sí, sí, sin duda alguna era Guizzo Pace, Guizzo Pace, que quería ser vengido por Ventonnes ordenó que todos los domingos diera una misa en sufragio de esa alma en pena.

—Se le libra él, me libro también yo. Estas y otras noticias, confidadas por las vecinas a esos curiosos, eran después referidas al notario Zúgara, quien hacía frente, como mediador, a las burlas que todos hacían de él. —¡Ríase!, ¡ríase! —exclamaba—. Muy poco me da, muy poco. Merezco mucho más; ¡garro! Pero no hablen mal del viejo, los ruegos, el caballero, el pobrecito. Lo sé. Lloro tanto el castigo que yo me he merecido. Le debo solamente gratitud, sino una recompensa y se la daré. Si llega a los cien años, como lo deseo, ¡verán ustedes! Música, luces, un festejo, que hará época. Quedan todos invitados desde ahora.

—No tenía parientes, ni lejanos ni próximos.

Podía entonces darse el gusto de coronar triunfalmente la estupidez que cometiera. Y, un día, en que vencía la quincena de la pensión, no viendo al viejo desvanecerse en su estudio, se condolió verdaderamente, y quiso alargarse hasta donde él moraba para saber qué le había ocurrido.

Encontró a Maribito, como de costumbre, frente a la puerta de su desván, todo encogido bajo un débil rayo de sol invernal.

—¿Qué lindo gusto encuentra en hacer mover a las montañas? —le dijo jadeando, dejándose caer lentamente sobre una silla, que una de las vecinas corrió a ofrecerle—. ¿Qué le pasa? ¿Por qué no vino hoy a mi estudio?

En lugar de Maribito, respondió la Tía Nela, comiéndose junto a las otras vecinas: «¿Vucencia quiere saber el porqué? Porque maestro viejo se ha vuelto loco o tonto.»

—¡No, nada de eso! Ni tonto, ni loco, Vucencia — dijo Maribito, arrugando las cejas—. He hecho cuentas. La tierra, Vucencia, me la ha pagado ya hace rato. Soy pobre, pero honesto. Dinero, ya no quiero.

Zúgara se quedó contemplándolo un rato, como admirado; luego dijo:

—Mi querido viejo, usted es más imbécil que yo. Le agradezco por todo lo que me dice, pero no puedo aceptar. Debo pagar hasta el último centavo y pago por mi gusto y mi placer.

—Pero no sabe, Vucencia — prorrumpe Ma-

De MARTIN FIERRO

Para vencer un peligro,
Salvar de cualquier abismo

— Por esperiencia lo afirmo —

Más que el sable y que la lanza

Suele servir la confianza

Que el hombre tiene en sí mismo.



—rbito con rabia —, que si no procedo así, no me muero nunca. Le juro que si no fuera pecado, hace rato que... Pero ya verá, Vucencia, como ésa viene sola, la muerte, apenas yo deje de cobrar un solo centavo de ese dinero que, en conciencia, no me corresponde. Mi tierra, lo repito, la pagó ya usted más de lo que valía.

—No, todavía no — replicó el notario—. Yo llevo con usted la cruz desde hace setecientos años, ¿verdad? Quiere decir que al día de hoy le he dado... aquí está la cuenta: también yo me la hice... Le he dado diez mil doscientos veinte liras. Su tierra fue estimada en doce mil. De manera que aun me quedan muchos años que pagar.

—Y los años que me pagó esa buena alma del Zúgara — le hizo notar Maribito.

—Eso no es asunto mío.

—Pero el notario, perdón, ¿lo hice yo o lo hizo Vucencia? ¡Eso sí que está bueno! ¿De manera que si no quisiera soy dueño de morir?

El notario alzó la cabeza con cómica seriedad. —No, hasta que yo le haya pagado el último centavo. Si usted quiere vivir todavía, ¡mucho gusto! Le prometo que vamos a divertirnos. Y se fue dejándole el dinero.

IX

Hombre de palabra, el notario Zúgara. La mañana del gran día, el suburbio fue despertado por el alegre estrépito de una banda de

música que, en son de marcha, se dirigía al desván del viejo centenario. Su entrada había sido engalanada festivamente con guirnaldas y banderas, durante la noche, mientras el viejo dormía.

En la plazoleta habían izado los palos para las ruedas de fuegos artificiales. Y otra sorpresa habían preparado las buenas vecinas a su vecicito: un traje nuevo para la fiesta, cortado y confeccionado por ellas.

Cuando la multitud, junto a la banda, se volvió en la plazoleta, la puerta del desván estaba todavía cerrada.

—¡Viva Maribito! ¡Abra! ¡Abra! ¡Abra Maribito!

Nada. La puerta permanecía cerrada. En vano los vecinos golpeaban con las manos y los pies. Los trompetazos y golpes de bombo de la banda soltaban su furiosa estridencia; entre el rumor confuso de los gritos y de los aplausos que aturdían y en vano, aquí o allá, alguien se erguía, intérprete de la consternación del vecindario, haciendo señas para que todos callasen, a fin de esperar a que el viejo abriera su puerta.

De pronto, otro grito partió de la multitud: —¡Viva el notario!

Nocio Zúgara se apresuraba, con el sombrero de copa en la mano, a agradecer, sobrepasando a todos con su alta persona. Pagaba caras esos videntes, que no eran burla ese día. La gente se divertía en la extraordinaria fiesta y le agradecía su diversión. Ciertamente que nunca había tenido el Maltes fiesta como ésa. Si, pero no la hubiera gozado tampoco el notario, ante la sola suposición de ocasionar al pueblo tanto dolor y tanta humillación. Lo comprendió así, apenas llegado, entre ese montón de gente, junto a la puerta del desván. Se abrió paso. Ordenó a los vecinos que cuidaran de la entrada para impedir que la multitud se precipitara dentro, y llamó a la puerta con su bastón.

El viejo finalmente abrió y entonces estallaron más celosos los aplausos y los gritos de la concurrencia.

—¿Cómo? Por qué? —exclamó Don Nocio, viendo a Maribito, todo temblante y en lágrimas—. Todo el barrio, toda la ciudad le festeja a usted y usted... ¿llora? ¿Así me agradece el haber querido festejar sus cien años?

No hubo manera de hacerle comprender que esa fiesta no era para ponerlo en evidencia. Y, cuando, por fin, empujado por el notario asomó su cabeza por la ventanilla de su desván, lloraba y sacudía la cabeza, ante los vítores y aplausos de la multitud.

Después, en la Iglesia de Santa Cruz, fue rezada una Misa a la que también el notario quiso asistir.

—La primera y última —dijo, Y, a la salida, disparo de bombas y cohetes. Hasta que llegó la hora del banquete.

Nocio Zúgara había alquilado para ese acontecimiento un salón de planta baja, tan ancho como no terminaba pueblo. De un extremo al otro, en seguida, a rugos del notario, lo llevaron en triunfo, casi a viva fuerza, y fue sentado en el sitio de honor, junto a Zúgara. Estaba aturrido. En medio de la batatola, se dirigía ora a uno, ora a otro de los comensales, que le reclamaban con el vaso en alto para augurarle otros cien años de vida. E inclinaba la cabeza en señal de agradecimiento. Él, solamente entre todos, no reía, no comía, no bebía. Algunos, al comienzo, quisieron forzarlo a ello, pero en seguida, a rugos del notario, lo dejaron tranquilo. La fiesta no era para él. Era para los otros. El representaba allí sólo los cien años. Los cien años que ya no significaban nada.

Pensándolo a fondo, todo ese ruido era, en su grosería, tan triste como para hacer caer los brazos y el aliento. Y, por añadidura, se acordó que el viejo hablase, que pronunciara un discurso, que dijera por lo menos unas palabras. Tanto insistieron que, por fin, el viejo se levantó, con el vaso, que le temblaba en la mano,

¡ES AQUÍ!
DONDE LA TIERRA SE
CONVIERTE EN PARAISO

Donde
todo es:
vida,
salud,
bienestar,
tranquilidad.
Clima ideal!
bellezas
incomparables...

Sierras de Córdoba

en **VILLA MUÑOZ TANTI**

Envíe HOY MISMO y sin compromiso este cupón

Sr. Ricardo Muñoz - Chacabuco 78 - Buenos Aires

Ruego enviarme GRATIS y sin compromiso de
mi parte PLANOS E INFORMES sobre los lotes
de Villa Muñoz - Tanti.

Nombre.....

Dirección.....

Localidad..... L. 244

Ricardo
MUÑOZ
CHACABUCO 78
U. T. 33 - 0370
Buenos Aires

PLACER Y NEGOCIO

Sea un feliz propietario de este encantador paraje, por pocos pesos mensuales, y habrá realizado la mejor inversión, pues día a día aumenta el valor de estas tierras privilegiadas.

CURSOS que enseñamos



COMERCIALES

- **HOY MISMO** envíenos su nombre y dirección y le enviaremos **GRATIS** y **SIN COMPROMISO** la "GUÍA DE ENSEÑANZA" interesante libro de 92 páginas ilustradas, con los detalles completos de los cursos que enseñamos por correo desde el año 1923.
- **SABER LEER Y ESCRIBIR**, es suficiente para estudiar cualquiera de los cursos Comerciales, Técnicos o Especiales, pues nuestros textos, exclusivamente preparados para la enseñanza por correo, son de fácil comprensión. Usted estudiará en su casa en sus **MOMENTOS LIBRES**, hasta llegar al final de sus estudios y recibir su **DIPLOMA**.
- **NUESTRA ORGANIZACIÓN**, moderna y perfecta, instalada en **EDIFICIO PROPIO** con un cuerpo de Profesores competentes, numeroso personal técnico y administrativo y elementos mecánicos que permiten a las **ESCUELAS LATINO-AMERICANAS** ofrecer una enseñanza práctica, útil y eficaz a un costo reducido.

PIDA USTED GRATUITAMENTE la "GUÍA DE ENSEÑANZA". Hágalo AHORA MISMO.

PRECIOS DE LOS CURSOS EN MONEDA ARGENTINA

SECCION COMERCIAL		SECCION DIBUJO	
Comisario de Comercio	\$ 45	Refrigeración	\$ 100
Cuero	45	Aire Acondicionado	120
Secretario Comercial	80	Construcciones	100
Tenedor de Libros	65	SECCION TEXTIL	
Comodador Mercantil	60	Técnico en Hilados	\$ 100
Oficinero en Publicidad	80	" en Tejidos	120
Administrador de Es-		" en Tejidos de	
tradas	100	Punto	85
Empleado de Banco	50	SECCION RADIO	
Vendedor	50	Técnico en Radio	\$ 85
Jeefe de Ventas	80	" en Radio F. M.	40
Gerente Comercial	200	Armador de Radio	65
SECCION TECNICA		SECCION INDUSTRIAL	
Técnico Mecánico	\$ 85	Técnico en Industria	\$ 70
Mecánico	85	Luchero	85
Metalúrgico	85	Técnico Avialtor	70
Motocor Diesel	85	" Aplicador	70
Explosión	85	Perito Empleado	70
Mecánica de Automó-		Técnico Jabonero	70
viles	85	Curtidor	80
Técnico Tomero	85	SECCION QUIMICA	
Fresador	55	Técnico Químico	\$ 80
Técnico en Máquinas		Químico Industrial	150
de Taller	85	SECCION IDIOMAS	
Camarín y Ebanis-		Inglés	\$ 70
tería	70	Francés	70
Técnico Electricista	85		
Bobinas	85		
Fotografía Artística	70		
Caligrafía y Venti-			
lación	100		

TECNICOS



OBSEQUIOS A LOS ALUMNOS
Inscrito como alumno en las **ESCUELAS LATINO-AMERICANAS** recibirá algunos de los siguientes obsequios:
VELOGIGRAFIA. "el nuevo método de escritura rápida": Regalamos el material de estudio y la enseñanza completa.
VELOGIGRAFIA. Es suficiente un nuevo estudio para poder escribir y leer rápidamente.
RADIO F. M. (Frecuencia Modulada). Enseñanza superior para los alumnos criptos en el curso de Radio, autorizada especialmente por su inventor, ingeniero Armstrong, de Estados Unidos.
DICCIONARIO: 512 páginas y 50,000 palabras.
CARNET DEL ESTUDIANTE, en cuyo título, con letras doradas y terminación artística.

GRATIS

Si no desea recortar el cupón, mándenos su nombre y dirección, mencionando esta revista.

ESCUELAS MAS ACREDITADAS
Director de las **ESCUELAS LATINO-AMERICANAS**
Ave. Boyaca 932 - Buenos Aires
Envíenos su nombre y dirección y le enviaremos **GRATIS** y **SIN COMPROMISO** la "GUÍA DE ENSEÑANZA".

\$5 POR MES SON SUFICIENTES PARA ESTUDIAR EN ESCUELAS LATINO-AMERICANAS
AVENIDA BOYACA 932 BUENOS AIRES